BIENVENIDOS A NUESTRA CALLE, DONDE ABUNDAN LOS SECRETOS Y ACECHA LA MUERTE

UN LUGAR DEMASIADO TRANQUILO

MEGAN MIRANDA

MOTUS

un lugar demasiado tranquilo

Megan Miranda

Traducción: Graciela Rapaport

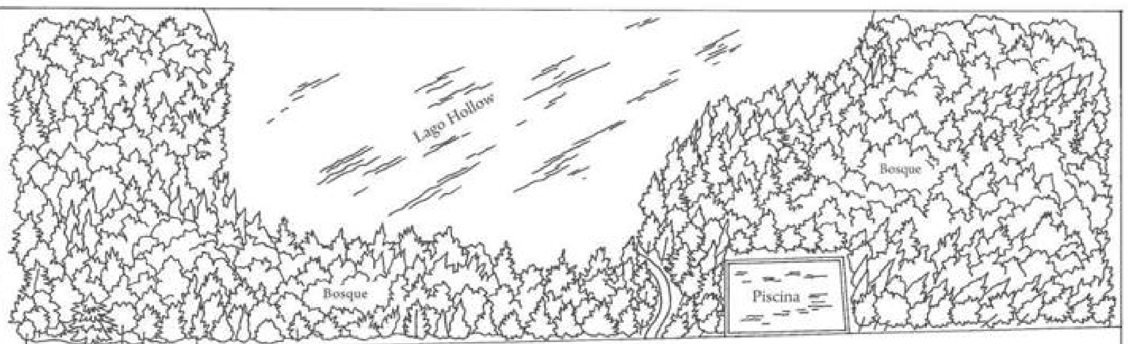


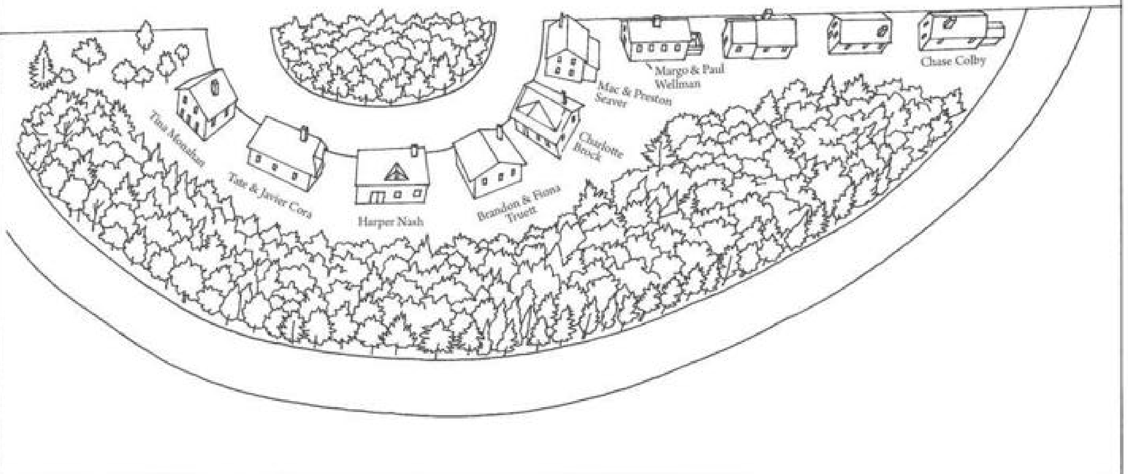
Título original: *Such a Quiet Place*
Edición original: Simon & Schuster
Derechos de traducción gestionados por International Editors & Yáñez Co’ S.L.

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-13-4

Índice de contenidos

Para mis padres


Lago Hollow
Bosque
Piscina
Bosque


Margo & Paul Wellman
Chase Colby
Mac & Preston Seaver
Charlotte Brock
Tina Monahan
Tate & Javier Cora
Harper Nash
Brandon & Fiona Truett

SÁBADO
29 DE JUNIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: ¡HA VUELTO!

Publicado: 11.47 a. m.

Tate Cora: Hay un taxi en la puerta de la casa. ¿Alguien sabía que iba a volver?

Preston Seaver: ¡¿Qué?! ¿Seguro que es ella?

Tate Cora: La estoy viendo por la ventana. Es ella. No hay duda, es ella.

Charlotte Brock: BORRAD ESTO YA.

CAPÍTULO 1

NO HUBO FIESTA EL DÍA que Ruby Fletcher volvió a casa. Tampoco aviso, ni tiempo para prepararnos. No oí la puerta del coche, ni la llave en la cerradura, ni la puerta principal. Fueron los pasos —el sonido familiar sobre el suelo de madera, junto a la cocina— lo primero que escuché. Me quedé paralizada frente a la encimera, apreté más fuerte el mango del cuchillo.

Pensé: "No es la gata".

Contuve la respiración, me quedé muy quieta, muy atenta. Había ruidos de algo arrastrándose por el pasillo, como si estuviera deslizándose contra la pared. Me volví; todavía tenía el cuchillo en la mano, por casualidad con la punta hacia fuera…

Y allí estaba ella, asomada a la cocina. Ruby Fletcher.

Fue ella la que dijo:

—¡Sorpresa!

La que se rio cuando se me cayó el cuchillo —un reflejo brillante entre nosotras— sobre las baldosas, la que disfrutó mi expresión aturdida. Como si nos faltaran motivos para tener los nervios de punta. Como si no temiéramos que alguien entrara a hurtadillas en nuestras casas.

Como si ella no lo supiera.

Me llevó tres segundos encontrar la expresión más adecuada. Me temblaba la mano cuando me la llevé al pecho.

—Ay, Dios mío —dije, para hacer tiempo. Luego, me agaché para levantar el cuchillo y ganar un momento más—. Ruby —dije al erguirme.

Se le ensanchó la sonrisa.

—Harper —contestó alargando cada sílaba.

Lo primero que me llamó la atención fueron los zapatos bajos en la mano, como si de verdad hubiera querido acercarse a escondidas.

Lo segundo, que llevaba la misma ropa que en la rueda de prensa del día anterior: pantalón negro y blusa blanca sin mangas, ahora, sin la chaqueta y con el primer botón desabrochado. Tenía el pelo rubio

peinado como en la televisión, pero hoy parecía más aplastado. Y lo llevaba más corto que la última vez que la vi en persona, le llegaba solo hasta los hombros. El maquillaje corrido bajo los ojos, las mejillas brillantes, las orejas levemente rosadas por el calor.

Se me ocurrió que había salido veinticuatro horas atrás y que no se había cambiado de ropa.

Había equipaje detrás de ella, en el vestíbulo —seguramente, el roce contra la pared beis que había oído—, un bolso de cuero marrón y un maletín a juego. Por la ropa, sería fácil imaginar que iba a trabajar.

—¿Dónde has estado? —le pregunté cuando dejó los zapatos en el suelo.

De todo lo que podía haberle dicho... Pero tratar de reconstruir la línea de tiempo de Ruby era un hábito profundamente arraigado en mí y que me era muy difícil abandonar.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Yo también te he echado de menos, Harper. —Evasiva, como siempre.

Era casi mediodía, y parecía que todavía no se había ido a dormir. Tal vez, había estado con su abogada. Tal vez, había ido a ver a su padre. Tal vez, lo había intentado en algún otro lugar —cualquier otro lugar— antes de venir aquí. Tal vez, había exprimido al máximo estas primeras veinticuatro horas de libertad.

De pronto, cruzó la habitación en busca de un abrazo inevitable. Todo se desarrolló con un ligero retraso, como si estuviera coreografiado. Su manera de caminar era diferente, los pasos más serenos, más intencionados. Su expresión también: prudente, cautelosa. Algo nuevo que ella había aprendido o practicado.

De pronto, me pareció distinta a la Ruby que yo conocía; todas sus proporciones habían cambiado ligeramente: estaba más delgada, más estilizada; los ojos azules, más grandes y claros de lo que yo recordaba; parecía más alta que la última vez que estuvimos en la misma habitación. O, tal vez, era mi memoria la que había cambiado, la que le suavizó los ángulos, la que la convirtió en algo más pequeño, más frágil, incapaz de las acusaciones que se le imputaban.

Tal vez, un artificio de la pantalla de televisión o de las fotos de los periódicos la había reducido a dos dimensiones, e hizo que olvidara a la verdadera Ruby Fletcher.

Me rodeó con los brazos y, en ese momento, volvió a parecer la misma de siempre.

Metió la barbilla angulosa entre mi cuello y mi hombro.

—No te he asustado, ¿verdad?

Sentí su respiración en el cuello, se me puso la piel de gallina. Empecé a reír cuando retrocedí, fue como un delirio, fuerte e intenso,

entre la euforia y el miedo. “Ruby Fletcher. Aquí”. Como si nada hubiera cambiado. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Inclinó la cabeza mientras yo me secaba las lágrimas.

—Ruby, si hubieras llamado, yo…

¿Qué? ¿Habría planificado la comida? ¿Habría preparado su habitación? ¿Le habría dicho que no viniera?

—La próxima vez lo haré —dijo sonriendo—. Pero eso… —Señaló mi cara con un gesto—. Ha valido la pena.

Como si esto fuera un juego, parte de su plan, y con mi reacción le hubiera dado toda la información que buscaba.

Se sentó a la mesa de la cocina; yo no tenía ni idea de cómo seguir, ni siquiera sabía por dónde empezar. Puso un pie debajo de la otra pierna, apoyó un brazo sobre el respaldo de la silla y giró el cuerpo hacia mí, ni se preocupó por disimular el lento examen: primero, los pies descalzos con el esmalte color cereza descascarillado, después los vaqueros cortos deshilachados, después la camiseta sin mangas demasiado grande sobre el bañador. Sentí que detenía la mirada en el pelo, ahora de un castaño más claro, trenzado con descuido sobre el hombro.

—Estás exactamente igual —afirmó con una sonrisa amplia.

Pero yo sabía que eso no era cierto. Había dejado de ir a correr por las mañanas, los músculos de las piernas habían perdido definición, me había dejado crecer el pelo hasta la mitad de la espalda; una transformación opuesta a la de ella. Había pasado el año anterior reevaluando todo lo que creía saber sobre los otros, sobre mí misma. Cuestioné el recorrido que me había traído hasta aquí, la convicción que siempre había tenido a la hora de tomar decisiones, y me preocupaba que, de algún modo, esas dudas se manifestaran en mi comportamiento.

Su mirada me incomodó; me pregunté qué estaría buscando, qué estaría pensando al darse cuenta de que estábamos solas.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

Señalé la comida que estaba en la encimera —el queso y las galletas, las fresas en un bol, la sandía que yo estaba cortando— deseando que no me temblara la mano.

Se estiró, subió los brazos sobre la cabeza y entrelazó los dedos: ese crac desagradable de los nudillos que tenía un único objetivo.

—En realidad, no. ¿He interrumpido tus planes? —preguntó, mirando los bocadillos.

Cambié el peso del cuerpo al otro pie.

—Te vi ayer —dije, porque había aprendido de Ruby que responder a una pregunta directa siempre era opcional—. Vi la rueda de prensa.

Todos la vimos. Sabíamos que iba a suceder, que la iban a liberar, sentíamos cómo iba creciendo la indignación compartida, porque

después de lo que habíamos pasado —el juicio, las declaraciones, las pruebas—, todo iba a quedar en nada.

Estábamos esperándolo. Hambrientos de información, compartiendo enlaces y actualizando los mensajes del grupo del vecindario. Javier Cora había publicado los datos sin contexto y vi los comentarios que aparecieron en rápida sucesión:

Canal 3. Ahora.

Estoy viendo…

Por Dios.

¿Esto es legal?

Por experiencia, ya sabíamos que no debíamos decir demasiado en los mensajes, pero lo habíamos visto todos. Ruby Fletcher, con la misma ropa que el día de su detención y una leyenda en la parte de abajo de la pantalla mientras ella está de pie, en el centro de una multitud de micrófonos: SE PRESUME INOCENTE. Simple pero eficaz, o, tal vez, completamente cierto. El juicio estuvo contaminado, se tachó de parcial la investigación y el veredicto fue desestimado. Si Ruby era inocente, era otro tema muy distinto.

—Ayer —dijo sin aliento, eufórica, con el rostro levantado hacia el techo— fue una locura.

Parecía tan equilibrada, tan estoica, en la televisión. Una versión reprimida de la Ruby que yo conocía. Pero mientras hablaba, yo me había inclinado hacia el televisor desde el sofá donde estaba sentada. Incluso desde lejos, podía inclinar la gravedad de una habitación a su antojo.

En la transmisión, oí que un periodista le gritaba: “¿Cómo te sientes, Ruby?”. Y ella entrecerró los ojos con ese encanto tan suyo, conteniendo la sonrisa, y miró de frente a la cámara, a mí, por un segundo, antes de responder: “Estoy ansiosa por seguir con mi vida. Por dejar todo esto atrás”.

Y, sin embargo, veinticuatro horas después, había venido aquí directamente —a la escena del crimen por el que había sido encarcelada— para hacerle frente.

Lo primero que pidió Ruby fue una cerveza. Todavía no era mediodía, pero a ella nunca la preocuparon esos asuntos tan mundanos como el qué dirán o la aprobación social. No trató de inventar excusas, como lo habría hecho cualquiera de nosotros —el verano; estar reunidas—, en busca de aceptación o de algún aliado en nuestras pequeñas rebeldías.

Se puso delante de la nevera, dejó que la bañara el aire frío.

—Jo, tía, esto sienta tan bien —dijo. Como si fuera algo que hubiera extrañado.

Cerró los ojos al inclinar la botella de cerveza, la garganta expuesta y en movimiento. Después, miró el cuchillo sobre la encimera, los

trozos de sandía. Cogió uno y se lo llevó a la boca, masticó con lentitud exagerada, saboreándolo. Un aroma levemente dulce inundó la habitación, y yo imaginé el sabor en mi propia boca cuando ella se relamió.

Me pregunté si esto iba a seguir indefinidamente: cada objeto, cada experiencia, algo inesperado y que se da por sentado. Una locura.

Mi teléfono vibró donde lo había dejado, junto al fregadero. Ninguna de las dos se movió para mirarlo.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en enterarse todos? —preguntó, haciendo una mueca con la comisura de los labios mientras se apoyaba en la encimera. Como si intuyera los mensajes de texto que iban a llegar.

No mucho. No aquí. En cuanto la vieran, aparecería en el chat, si es que no había aparecido ya. Al comprar una casa en el vecindario de Hollow's Edge, automáticamente se pasaba a ser miembro de la Asociación de Propietarios, un grupo oficial, autogestionado, con un consejo directivo elegido que tomaba decisiones sobre nuestro presupuesto, recaudaba la cuota, establecía las reglas y las hacía cumplir.

A partir de allí, se recibía una invitación a unirse a un chat privado, sin control oficial, que al principio se creó con las mejores intenciones. Se convirtió en una bestia diferente después de la muerte de Brandon y Fiona Truett.

—¿Quieres que se enteren? —pregunté. "¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?".

—Bueno, supongo que en algún momento se darán cuenta. —Se cruzó de piernas—. ¿Siguen todos aquí?

Carraspeé.

—Más o menos.

Los inquilinos se fueron en cuanto pudieron, pero el resto de nosotros no podía vender en ese momento sin sufrir grandes pérdidas. La casa de los Truett, junto a la nuestra, todavía estaba vacía, y Ruby Fletcher, inquilina de larga duración, había sido condenada por los asesinatos. Fue un golpe por partida doble. Tal vez, podríamos habernos recuperado de uno u otro, pero no de ambos.

Tate y Javier Cora, mis vecinos de la izquierda, querían mudarse, pero estaban a dos puertas de la escena del crimen y su agente inmobiliario les había aconsejado que esperaran. Pero hubo otros que fueron desapareciendo lentamente. Un prometido que se fue. Un marido al que casi se lo dejó de ver.

El cierre del caso trajo muchos otros cierres en el proceso.

—Los Wellman tuvieron al bebé. Un niño.

—Supongo que ya no será tan bebé —sonrió Ruby.

Apreté los labios en un gesto parecido a una sonrisa, sin saber qué

decir, ni en qué tono.

—Y Tate está embarazada.

Ruby se quedó paralizada, con la botella de cerveza a medio camino de la boca.

—Debe de estar insoportable —supuso arqueando una ceja.

Lo estaba, pero no iba a decirle eso a Ruby. Yo siempre intentaba suavizar asperezas, disolver tensiones, un lugar que ocupé durante mucho tiempo en mi propia familia. Pero esta era la conversación más inocua que podíamos tener, así que continué.

—Y la mayor de Charlotte se acaba de graduar, así que vamos a perder a otra más cuando termine el verano. —Estaba llenando el silencio, las palabras salían con demasiada rapidez, casi tropezando unas con otras.

—¿No podríamos votar para que se fuese otro en su lugar? —preguntó, y yo me reí al imaginar los muchos nombres que propondría Ruby y preguntarme cuál sería el primero de la lista. Chase Colby, probablemente.

Parecía que el tiempo no hubiera pasado. Ruby siempre había sido así: cautivadora, impredecible. “Una personalidad hipnótica”, había declarado el fiscal. Como si todos nosotros fuéramos víctimas y, por eso, irreprochables en nuestra lealtad.

Era algo que me repetía a mí misma continuamente, para absolverme. Pero, entonces, entendí por qué ella estaba preguntando por todos, averiguando quién estaba y quién se iba a quedar: Ruby planeaba quedarse.

En realidad, no me había puesto a pensar demasiado adónde iría Ruby cuando la liberaran. No se me hubiera ocurrido que este fuera un lugar posible, con todo lo que había pasado. No habíamos hablado desde aquel día en el juzgado, después de que yo hubiese testificado, y eso casi no contaba: ella se había limitado a decir “Te debo una” cuando pasé a su lado.

Hice como si no la hubiera escuchado.

Si hubiera tenido que adivinar, tal vez habría pensado que iría a ver a su padre a Florida. O que se refugiaría en la suite de algún hotel pagado por el equipo de abogados que la había liberado, para trabajar sobre los diferentes aspectos del caso con su abogada. Hubiera pensado que habría optado por desaparecer sin dejar rastro, y que habría aprovechado la oportunidad para resurgir lejos, como una persona nueva. Como una persona sin historia.

Miré el reloj que estaba sobre la nevera, vi que pasaba, arrastrándose, el mediodía; tamborileé sobre la encimera.

—¿Esperabas compañía? —preguntó. Volvió a mirar la bandeja con los bocadillos.

—Iba a llevar esto a la piscina. —Meneé la cabeza.

—Buena idea —coincidió—. Echaba de menos la piscina.

Se me revolvió el estómago. Cuántas cosas había echado de menos: el aire frío de la nevera, la piscina, a mí. ¿Iba a seguir enumerándolas, retorciendo el cuchillo?

—Enseguida vuelvo —dijo, y se dirigió al baño del pasillo, que estaba al pie de la escalera.

Lavé el cuchillo en cuanto salió de la habitación; apoyado en la encimera, era una provocación implícita. Cogí el teléfono y, rápidamente, miré los mensajes que se iban acumulando.

De Tate: "¿Por qué no nos dijiste que iba a venir?".

De Charlotte: "Llámame".

Los ignoré, pero le mandé un mensaje rápido a Mac, con los dedos temblorosos por los restos de adrenalina: "No vengas".

No sabía cuánto tiempo pensaba quedarse. El equipaje de Ruby todavía estaba en la entrada de la cocina. Tal vez podría averiguarlo sin tener que preguntar directamente. Quise escuchar si corría el agua en el baño, pero en la casa reinaba un silencio perturbador. Solo el ruido de la gata, Koda, que saltó desde algún mueble en la planta de arriba, y el canto ahogado de una cigarra en los árboles de atrás, cada vez más sonoro.

Lentamente, abrí la cremallera del bolso más grande, miré el interior. Estaba vacío.

—¿Harper?

Aparté la mano con rapidez, se me enganchó un dedo en la cremallera. La voz de Ruby llegó desde lo alto de la escalera, pero desde donde estaba yo, solo se veía su sombra. No sabía qué podía ver ella desde ese ángulo.

Se dejó ver cuando me alejé de sus maletas, bajó la escalera lentamente, deslizando la mano por la barandilla.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Su voz había cambiado sutilmente, y así lo habían señalado durante la investigación; para algunos era hipnótica, para otros, maliciosa o iracunda. Todo eso junto, cargado en el filo de una navaja. En cualquier caso, llamaba la atención. Se entraba en sintonía fina con lo que Ruby iba a decir.

—¿Sobre qué? —pregunté, y sentí los latidos de mi corazón en el pecho. Tenía tantas cosas que decirle:

"Todos siguen pensando que eres culpable".

"No sé por qué estás aquí".

"Me acosté con tu ex".

—Mis cosas. ¿Dónde están mis cosas, Harper?

—Ah —dije. No había tenido tiempo de explicárselo. No había pensado que podía ser un problema. Tampoco que ella podría esperar

algo distinto—. Hablé con tu padre. Después.

Se detuvo en el escalón inferior, arqueando una ceja.

—¿Y?

Carraspeé.

—Me dijo que las donara. —No es que yo fuera poco compasiva, es que veinte años era mucho tiempo. Actuaba como si hubiera estado ausente una semana, no catorce meses.

Ruby cerró los ojos un momento e inspiró lentamente. Me pregunté si habría aprendido eso tras las rejas. No era así, en absoluto, como Ruby Fletcher solía manejar la frustración.

—¿Vino Mac aquí, por casualidad?

Dios, yo no sabía qué estaba preguntando. Todo lo que decía se enlazaba con algo más.

—Puedo llevarte de compras. Para lo que necesites —dije.

Podía comprarle ropa nueva, artículos de tocador. Podía ofrecerle alojamiento en un hotel, darle algo de efectivo, desearle lo mejor. Ojalá no volviera a verla.

Pero ella chasqueó los dedos en el aire, delante de mí.

—Después. —Se inclinó y cogió su bolso —el bolso vacío— y volvió a subir la escalera.

Se me ocurrió que, tal vez, yo estaba siendo testigo de un delito contra mi propiedad. Que ella iba a robarme y que yo iba a ser cómplice, porque así de fácil era volverse cómplice de los deseos de Ruby Fletcher.

No siempre habíamos vivido juntas. Nunca se habló de la situación, pero, pensaba yo, se sobreentendía que iba a ser breve y temporal. Cuando Aidan se fue de casa, cuando el padre de Ruby se jubiló y vendió la de ellos, surgió como una necesidad del momento, un período en el que las dos necesitábamos una pausa, ver dónde estábamos, entender nuestras circunstancias. Decidir qué queríamos hacer después.

Pero no se fue y tampoco se lo pedí. Parecía que las dos queríamos que se quedara. Habíamos hecho una alianza por conveniencia, aunque solo fuera para que alguien le diera de comer a la gata.

Había llegado a acostumbrarme a la soledad desde que ella se fue. Había llegado a valorar mi independencia y mi privacidad, estaba sola por primera vez desde la universidad. Sabiendo que, aquí, todo era mío.

Cuando bajó con mi ropa puesta —el tirante marrón de un bañador asomando bajo mi vestido negro sin mangas—, yo no tenía demasiados argumentos con qué discutir: me había desecho de sus cosas. Era más alta que yo, y ahora más delgada, pero en general nuestra ropa era de la misma talla.

Koda la siguió enredándose entre sus piernas, la traidora. Al principio, había sido la gata de Aidan; era decididamente antisocial y, al parecer, despreciaba la atención de todos los humanos, con excepción de la de Ruby.

Ruby se recogió el pelo en una coleta, llevaba una de mis gomas para el pelo en la muñeca.

—¿Tienes unas gafas de sol que no uses? —preguntó.

La miré asombrada. Era como ver un accidente de coche a cámara lenta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

A modo de respuesta, abrió el cajón del mueble del recibidor —el mismo lugar donde siempre guardábamos las llaves—, el mismo lugar donde Ruby también guardaba la llave de los Truett cuando llegaba de pasear a su perro. Por un segundo fugaz, pensé que la estaba buscando; pero, en cambio, tomó la tarjeta electrónica de la piscina que abría la verja de hierro negro.

—Voy a la piscina. ¿Vienes?

—Ruby —dije, en tono de advertencia.

Con los labios apretados, esperó a que yo continuara.

—No creo que sea buena idea en este momento —dije. Seguramente lo sabía. Claro que lo sabía.

Volvió la cara, pero no antes de que yo viera lo que, creí, era un esbozo de sonrisa.

—Estoy quitando la curita —explicó mientras abría la puerta principal.

Pero eso no era del todo cierto. La cárcel había matizado sus metáforas. Estaba coqueteando con el infierno. Estaba derramando vinagre sobre una herida abierta.

Salió descalza; la puerta entreabierta era una invitación que yo no tenía intención de aceptar. No a plena luz del día. No en esa calle. No en este vecindario.

Ya era bastante malo que ella estuviera aquí, en mi casa.

Aun así, salí y la vi pasar frente a la casa de los Truett sin mirar el porche vacío ni las ventanas con las persianas bajadas. No vaciló ni cambió el ritmo al pasar frente a la casa donde, supuestamente, entró en plena noche, sacó el perro fuera, encendió el motor del viejo Honda aparcado en el garaje y dejó entreabierta la puerta que comunicaba el garaje con la casa, para que, por la noche, Brandon y Fiona Truett murieran en silencio por intoxicación con monóxido de carbono.

Mi casa estaba situada en el centro de la calle; seis casas rodeaban el borde de la media luna, que tenía un amplio círculo asfaltado con un montículo de hierba en el medio, y una serie de árboles que bloqueaban la vista al lago en verano, pero no en invierno.

La piscina estaba en la calle principal, la bordeaba el bosque y tenía

vistas al lago, y, desde cierto punto de vista y con ánimo generoso, podía pasar por una piscina infinita.

A medida que Ruby iba pasando frente a todas las casas, yo imaginaba que las cámaras de seguridad la estaban filmando. Que la estaban vigilando. Que la estaban grabando en segmentos temporales que luego podrían unirse para seguir cada uno de sus movimientos. La casa de los Brock, cuyos videos habían captado un ruido esa noche. La casa de la esquina, de los hermanos Seaver, cuyo timbre con cámara había registrado la silueta encapuchada que pasó caminando, y que tenía mucho más que contar sobre Ruby Fletcher.

Ahora ya no tenía a Ruby a la vista; probablemente, había dejado atrás la casa de los Wellman, cuya cámara la había tomado corriendo a toda velocidad para internarse en el bosque, en dirección al lago.

Yo estaba escuchando el silencio con mucha atención, cuando percibí un movimiento por el rabillo del ojo.

Tate estaba de pie en la entrada de su garaje, al lado de mi casa, mitad dentro, mitad fuera, con los brazos cruzados sobre el estómago. Nuestros chalés independientes estaban a pocos metros de ser adosados, con medianeras compartidas. Estábamos prácticamente una junto a la otra. Sentí su mirada clavada en mi perfil.

—No sabía que venía —dije.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —preguntó Tate.

Pensé en el bolso que estaba en casa.

—Todavía no lo sé.

Oficialmente, Tate y Javier Cora no habían visto ni oído nada esa noche, llegaron a su casa luego de una fiesta después de medianoche, y no había nada en su cámara. Extraoficialmente, no los sorprendió. Ahora, yo sentía los dientes apretados de ella, pero no sabía si era por enfado o por miedo.

Tate medía un metro y medio, y además era de constitución delgada. No supe que ese no era su nombre de pila hasta la investigación. Era el nombre que usaba de soltera, pero ella y Javier se habían conocido en la universidad, donde ella jugaba al *lacrosse*, y en ese entonces todos la llamaban Tate. También él. Todavía llevaba el abundante pelo rubio recogido en una coleta alta, y una cinta en la cabeza, como si la fueran a llamar para entrar al campo de juego en cualquier momento. Podía imaginarla. Era capaz de invocar una intensidad que compensaba su tamaño.

Todos conocían a Tate y a Javier como la pareja sociable del vecindario. Los fines de semana organizaban barbacoas en su casa y ayudaban a planificar eventos sociales.

—Haz algo —pidió Tate, abriendo mucho los ojos.

El embarazo la había vuelto menos sociable, más demandante. Pero todos nos habíamos endurecido con el paso del último año y medio.

Todos nos habíamos vuelto, sucesivamente, más escépticos, recelosos, impenetrables.

Yo asentí con indiferencia.

Las dos nos quedamos mirando en la dirección por donde se había ido Ruby.

—Chase se va a poner como loco cuando la vea —dijo, antes de meterse en su casa.

Aunque Tate tenía una tendencia a exagerar, esta no era una de esas ocasiones.

Si Chase la veía allí…

Si nadie se lo había advertido antes…

Tomé mis cosas deprisa y fui tras de Ruby.

CAPÍTULO 2

Es justo decir que aquí nadie quería a Brandon y Fiona Truett.

En apariencia, todo iba bien. Sonreíamos, saludábamos. Pero en realidad no socializábamos con ellos.

Brandon era el jefe de admisiones de la Universidad de Lake Hollow, donde trabajábamos muchos de nosotros, y creía firmemente en la separación entre el trabajo y las relaciones personales. Era huraño y crítico con el resto, con los que no seguíamos su código de conducta personal, y también era un poco imbécil. Fiona era huraña por derecho propio, criticona por derecho propio, imbécil por derecho propio.

Nos caían mejor en retrospectiva. Por compasión.

Su casa estuvo desocupada desde el día en que los encontraron. Ahora pertenecía al banco, pero nadie hacía una oferta, así que allí quedó, vacía, inquietante. Un recordatorio permanente.

Pasaron los meses y el jardín se descontroló y se cubrió de maleza, hasta que hicimos un calendario para guardar las apariencias, como lo hicimos después del accidente de Charlotte Brock y su operación de rodilla. No teníamos intenciones altruistas; no éramos tan buenas personas. Pero nos preocupaba nuestro estatus, tanto como para no dejar que la casa se fuera a la mierda y nos llevara a todos con ella. Aquí, todos dependíamos de los demás.

El vecindario de Hollow's Edge abrazaba un sector del lago Hollow; era un semicírculo de cincuenta casas muy juntas con vista al agua; unas explanadas en forma de media luna salían de los dos caminos principales. El proyecto se había completado unos cinco años atrás, y muchas de las casas estaban ocupadas por sus propietarios originales. Tenían diseños similares y precios modestos; no había grandes industrias en la zona a las que desplazarse. En Lake Hollow, la mayoría trabajábamos para la universidad, para el instituto Lake Hollow, o en el sistema de educación pública.

Teníamos mucha formación, pero poco sueldo. Aunque también teníamos esto: la vista, la ventaja de vivir en una zona residencial a las

afueras, y el ambiente de nuestra parcela privada de naturaleza; se la oía volver a la vida por la noche, junto al agua. Y el verano: los puestos administrativos eran empleos de todo el año, pero el resto tenía el período que iba de mediados de junio hasta mediados de agosto para sí mismos. Más de dos meses de horas desestructuradas, de no rendir cuentas. Aunque, técnicamente, yo tenía un empleo de año completo en la universidad, los días se flexibilizaban en verano, los horarios eran más una sugerencia que una obligación.

Había otras urbanizaciones más exclusivas al otro lado del lago, más cerca de la universidad: casas más grandes, comunidades más establecidas, con acceso al lago y muelles para embarcaciones. Nuestro vecindario no tenía acceso oficial, aunque habían hecho un camino que atravesaba el área boscosa frente a la casa de los Wellman, un sendero con una pendiente suave por el que se trasladaban kayaks y canoas. Un tablón de contrachapado apoyado sobre la parte más irregular hacía más fácil pasar sobre las raíces sin sufrir daños.

Todavía no había muchos niños aquí; el vecindario autoseleccionaba basándose en sus instalaciones. La ausencia de un parque infantil. La piscina sin socorrista. La cercanía del lago. Todos peligros ocultos, visibles para quienes eran padres. Nosotros éramos, sobre todo, profesionales jóvenes con aspiraciones de movilidad ascendente, en proceso de establecernos.

Aidan y yo nos integramos enseguida. Nos dieron la bienvenida al redil en cuanto descargamos nuestras cosas; acabábamos de salir del enorme entorno académico de la Universidad de Boston, donde nos conocimos, y estábamos enamorados de las posibilidades de vida que íbamos a construirnos aquí. Los dos habíamos crecido cerca del agua: yo, a un kilómetro y medio de un cabo donde aprendí a pescar y a navegar y a calcular el tiempo por las mareas; él, en la costa del golfo de Florida, donde se aficionó a la biología y la navegación. Sentíamos que algo aquí nos atraía, una vaga familiaridad, como si también hubiera algo que nos reconocía a nosotros.

Cinco años después, podía nombrar a todas las familias de la calle mientras caminaba hacia la piscina siguiendo a Ruby.

Pensé en pasar por la casa de Mac, en la esquina, para asegurarme de que había recibido mi mensaje, pero tenía las persianas bajas. De hecho, la calle tanto delante como detrás de mí estaba silenciosa, anormalmente silenciosa; solo las cigarras volvieron a cantar en los árboles, llamándose unas a otras. Yo estaba acostumbrada a oír a mis vecinos.

Nuestros jardines estaban pegados; las cercas blancas, altas, en cuadrícula, nos garantizaban la ilusión de privacidad. No nos veíamos unos a otros, pero lo oíamos todo, aunque fingiéramos que no lo

hacíamos. Todos quedaban reducidos a una caricatura de sí mismos al otro lado de las cercas, sintetizados en sus rasgos más característicos. A veces se veían colores que se desplazaban por las rendijas de los delgados listones, alguien que se movía, cuando uno pensaba que estaba solo.

En una típica mañana de fin de semana en estas fechas, casi todos estaban levantados, trabajando en proyectos hogareños o leyendo en el jardín. Otros paseaban por el lago en bicicleta hasta al centro, o iban a caminar antes de que hiciera demasiado calor.

Pero este sábado en especial, el vecindario estaba tranquilo. “Adormecidos”, nos habían llamado alguna vez en las noticias, como si fuéramos holgazanes colectivamente, como si estuviéramos ajenos al peligro que acechaba entre nosotros.

En realidad, aquí los veranos siempre fueron peligrosos. Por su lujo. Por su sopor. Por la falta de estructuras y la afluencia repentina de tiempo. Tiempo para notar las cosas que no notábamos el resto del año porque estábamos demasiado ocupados. Tiempo para obsesionarse. Tiempo para hacer cambios.

Cualquier cosa llevada al extremo era peligrosa. Aquí, en verano, no había dónde esconderse, ni de los demás ni de uno mismo.

A primera vista, Hollow’s Edge todavía podía dar la ilusión de ser un vecindario pequeño, tranquilo, pero era mentira. Si bien fue cierto en algún momento, la realidad era muy diferente ahora. Había algo que podía asegurar: todos nos habíamos despertado.

No había mucha gente en la piscina, cosa que agradecí. Ruby ya había cogido una tumbona azul y se había instalado junto a la escalera de la piscina. Pero ella tenía mi llave, y yo no podía entrar sin llamar su atención.

Chase, por suerte, no estaba allí. Tampoco Mac.

Había un hombre en el rincón más alejado; tenía un sombrero oscuro inclinado sobre las gafas de sol, la tumbona apuntada al sol, los brazos bronceados a los costados del torso pálido. Preston Seaver. El hermano menor de Mac. No me sorprendió: se lo solía ver en la piscina los fines de semana; tal vez, con la misión de igualar el bronceado. Preston trabajaba en la seguridad de la universidad durante la semana y parecía que siempre sabía todo lo que pasaba, dentro y fuera del trabajo, y, generalmente, siempre estaba muy dispuesto a compartirlo.

Preston le había contado a la policía que, una vez, cuando Ruby y Mac estaban discutiendo, alguien entró a su casa y rompió algunos platos, lo que estableció un patrón. Preston ahora me mantenía a distancia, como si no se pudiera confiar en mí.

Pero la desconfianza era mutua, y yo no sabía quién desconfiaba

más del otro. Lo rápido que se puso en contra de Ruby. “Yo se lo advertí a mi hermano”, les dijo. Como si desde siempre hubiera intuido en ella una amenaza agazapada, a punto de emerger en cualquier momento.

A veces, cuando me miraba, yo me preguntaba si veía en mí algo indeseable. Algo por lo que también tuviera que advertir a su hermano.

Ahora estaba completamente quieto, pero no me quedaba claro si había visto a Ruby o si estaba dormido. Nunca se habían llevado bien, ni siquiera antes. Preston creía que Ruby era muy pedante; Ruby creía que Preston era intrascendente, una extensión desafortunada de la existencia de Mac. Incluso antes, ellos podían evitarse el uno al otro sin interactuar en absoluto. Era toda una habilidad, pero solo funcionaba mediante un acuerdo mutuo, algún tipo de pacto que habían establecido los dos.

Pero Margo Wellman sí había visto a Ruby. Estaba con el bebé dentro de la piscina y de vez en cuando la miraba de reojo, aunque eso no la hizo cambiar sus propios planes. Había puesto al bebé, ya no tan bebé, sobre un flotador amarillo, con el que iba dibujando círculos perezosos sobre el agua.

Yo me quedé en la entrada, no quise gritar el nombre de Ruby —no quería declarar una alianza, alterar el equilibrio—; ella se acercó al borde de la piscina y se puso en cuclillas.

—¿Este es tu pequeño? —le preguntó a Margo.

Margo no se acercó, pero tampoco se alejó. Estaba fuera de su alcance; inconscientemente, atrajo el flotador hacia sí.

—Sí, se llama Nicholas.

El niño tenía el mismo pelo rizado y pelirrojo de la madre, fino y escaso, pero innegablemente era el suyo. Margo llevaba el pelo recogido en un moño sobre la cabeza para que no se mojara, aunque algunos rizos se habían soltado y, empapados, se le habían pegado al cuello.

—Hola, Nicholas —dijo Ruby saludando con la mano. Sonrió cuando Nicholas le devolvió el saludo con los brazos regordetes y la carita de bebé encantador.

—Enhorabuena, Margo, es precioso.

—Gracias —respondió ella.

Ni una palabra sobre la liberación de Ruby, o sobre el hecho de que estuviera allí. Ni disculpas, ni condolencias, ni felicitaciones. Toda su interacción fue exquisita, dolorosamente civilizada. Nada sobre el hecho de que la cámara de Margo, con su gran angular sobre el lago y el sendero que atravesaba el bosque, hubiera filmado a Ruby corriendo por la arboleda esa noche, y por eso nos preguntamos si no habría tirado parte de las pruebas en el lago o en los bosques

circundantes, aunque nunca se encontró nada.

Cuando se puso de pie, Ruby me vio en la verja y sonrió al dejarme pasar.

—Mira quién ha decidido venir después de todo.

—Oye —dije. Levanté el bolso—. Tengo toallas y protector solar. Y la comida. —Como si su falta de preparación fuera el motivo para que yo hubiera ido. El sol estival de Virginia, ese sol abrasador que, seguramente, ella había olvidado.

—Siempre puedo contar contigo —afirmó.

Miré a Margo cuando pasé. Quería dar explicaciones. Decirle que estaba allí para calmar cualquier situación. Para no perder de vista a Ruby, para aliviar tensiones. Con la mano libre, Margo se subió uno de los tirantes azul marino del bañador, después el otro, mientras nos seguía con la mirada. Era como si el cuerpo de Margo hubiera ido cambiando gradualmente desde que nació el bebé, mes tras mes, haciendo adaptaciones sutiles, por lo que todo el tiempo se estaba subiendo un tirante, ajustándose la goma del pelo o acomodándose el escote.

Cuando me senté en una tumbona junto a Ruby, Margo volvió a concentrarse en el bebé y a canturrearle suavemente. Le pasé el protector a Ruby, le di la fruta, vigilé la entrada.

Era fácil caer en los viejos hábitos: el vaso térmico violeta, suyo; el azul, mío. La tumbona más cercana a la sombrilla era para mí, por la sombra, porque yo me quemaba con más facilidad que ella, aunque nunca me daba cuenta hasta que era demasiado tarde.

Era tan fácil fingir que todo era normal. Siempre fuimos grandes fingidores aquí.

Cuando miré a Preston, tenía el teléfono apoyado en el abdomen y miraba hacia abajo, como si estuviera leyendo algo en la pantalla. Y pensé que, desde ese ángulo, tal vez estuviera haciéndonos fotos. Filmándonos. No era la primera vez que yo pensaba que él hacía fotos a quienes estaban en la piscina.

Inclinó un poco el teléfono y apretó los labios, como si tratara de contener una sonrisa. Se me erizó el vello de la nuca, así que me levanté de la tumbona y le devolví la mirada. Su expresión no cambió, y me pregunté si yo no estaría paranoica. Si, en realidad, no estaría viendo un vídeo —tenía los auriculares puestos, después de todo— o leyendo un artículo, o mandándole un mensaje a su hermano: “Adivina quién está sentada al otro lado de la piscina en este momento…”.

Sonrió, después dejó el teléfono bocabajo junto a él y volvió a recostar la cabeza.

Nadie decía nada. Margo siguió empujando al bebé dentro de la

piscina; Preston permanecía casi inmóvil, solo lo delataban los dedos, que repiqueteaban algún ritmo en un lado de la tumbona.

Deseé que alguien interrumpiera. Que alguien dijera lo que estaba pensando. Aquí, nadie era desconocido. Todos conocíamos a Ruby desde hace años. Y el otoño pasado, todos habíamos declarado en su juicio.

Conocí a Ruby cuando yo tenía veinticinco años y trabajaba en la oficina de admisiones, y ella era una estudiante de veinte que estaba viviendo con su padre durante el verano. Eso fue cuando Aidan y yo nos mudamos y ella era una joven que llevaba a sus amigos a la piscina.

Los vecinos se quejaban a escondidas, con agresividad disimulada, en nuestro chat: "¿Cuál es la política de invitados en la piscina? Por ejemplo, ¿cuántos universitarios menores de edad pueden estar bebiendo antes de que alguien diga algo?".

Ya en ese entonces, Ruby coqueteaba con Mac, que era mayor que yo y no le daba ni la hora, solo le hacía un gesto con la cabeza cuando pasaba con una lata de cerveza en la mano.

Siempre sentí debilidad por ella. Me recordaba los mejores aspectos de mi hermano. La diversión, la alegría y la emoción que rozaban la imprudencia, los aspectos que yo imaginaba que todavía debían de existir en él si se sustraía todo el resto.

Después de graduarse, Ruby siguió con su máster, y empezó a trabajar a tiempo parcial en nuestra oficina haciendo visitas guiadas para estudiantes, y llegué a conocer otra faceta de ella. Empezamos a comer juntas. Ella hablaba de su futuro.

Después de sacarse el máster, empezó a dar clases de Literatura en el instituto; todavía vivía con su padre, para ahorrar. Ese mismo año, Aidan terminó su posdoctorado.

También fue cuando me dejó; un duro golpe por la espalda, repentino, tan veloz e inesperado que, al principio, la rabia enmascaró el dolor, y aún hoy no sé con certeza si estaba más enfadada por el fin de la relación o por el modo en que había terminado.

Se iba "en busca de una oportunidad mejor", dijo, "y, tal vez, ya sea hora de que dejemos de fingir que esto estaba funcionando". Podía ser una oportunidad para ambos. Y cuando intenté protestar, cuando traté de entender de dónde venía aquello, él extendió los brazos y exclamó: "Dios mío, Harper, es que tengo que salir de aquí".

Como si se hubiera activado un interruptor y él hubiera visto este lugar con ojos nuevos: las cuatro paredes que lo limitaban, los caminos del vecindario que daban vueltas en círculos, y yo, ese lugar adonde él siempre volvía.

Como si yo fuera algo de lo que tuviera que escapar.

No hubo nada secreto en nuestra ruptura, fue una baja del verano,

y no había nada mejor que hacer que mirar el derrumbe. Hubo un camión de mudanzas, porque Aidan se llevó la mitad de los muebles. Yo exigí la gata en un momento de locura. Aidan organizó una fiesta de despedida con los muchachos del vecindario —Javier Cora, Mac y Preston Seaver, Chase Colby— y todos hicieron como si eso fuera lo más natural. Nadie mencionó que yo lo había apoyado durante sus estudios y que, cuando los hubo terminado, me dejó.

Hasta mi padre reaccionó con indiferencia cuando se lo conté. Nunca le había gustado Aidan, había enumerado sus defectos con los dedos de las dos manos cuando le dije que nos íbamos a vivir juntos; me advirtió que estaba en mi naturaleza ver solo el potencial de las personas, como si eso fuera un gran defecto de mi carácter.

Teóricamente, Aidan y yo habíamos comprado la casa juntos. Pero solo figuraba mi nombre en la hipoteca, porque él tenía una situación crediticia espantosa y la relación entre sus deudas y sus ingresos no era nada atractiva (una de las advertencias de mi padre), así que era más fácil cumplir los requisitos sin él.

Y entonces, el padre de Ruby vendió su casa y se mudó. Cuando Ruby me preguntó si me vendría bien compartir casa, todavía me estaba recuperando del golpe por la espalda de Aidan, todavía me sorprendía el silencio al final del día. El vacío inquietante que, al parecer, tenía su propia presencia.

Le cedí el estudio de Aidan, en la planta alta, frente al dormitorio principal. Ella amontonó sus cosas en el coche y condujo las dos manzanas hasta mi casa y, entre risas, yo recogí su ropa del asiento de atrás. Yo tenía veintiocho años, ella veintitrés, y no estaba muy claro quién le estaba haciendo un favor a quién en ese momento.

Ahora, con treinta y veinticinco, la brecha entre nosotras se había acortado.

Finalmente, Margo salió de la piscina dando un espectáculo, diciendo a nadie en particular que parecía que era hora de la siesta —como si necesitara una excusa educada para salir de escena—; metió sus cosas en el cochecito, tiró el flotador amarillo sobre el asiento y se colocó al bebé en la cadera.

Preston se puso de pie inmediatamente después —la toalla colgada sobre la línea del bronceado marcada en la parte superior del brazo— e hizo un gesto general con la cabeza hacia donde estábamos nosotras. Yo incliné la barbilla, la respuesta más leve, la inercia del hábito. Ruby, comprometida con la causa, no devolvió el gesto.

Miré mi teléfono, pero nadie se había puesto en contacto conmigo. Mac no había respondido. Para ser justa, yo tampoco lo habría hecho, no si pensara que ella podía darse cuenta. Mantendría la distancia. Me haría a un lado. Con la expectativa de que fuera transitorio y que todos pudiéramos volver a nuestras vidas al día siguiente.

Nadie más vino a la piscina, aunque el clima se volvió más caluroso, más sofocante con el correr de las horas.

—Qué suerte —dijo Ruby, metiendo la mano en el táper con fruta —, tenemos toda la piscina para nosotras.

Pasamos el tiempo en silencio. Sol y bebidas, y yo, siempre, con la mirada en la entrada.

Ruby se zambulló en la parte profunda, flotó de espaldas, y yo me transporté al pasado. A todo lo que habíamos hecho antes, como si pudiéramos eliminar el tiempo transcurrido. El olor del protector solar y el cloro y los pasos de Ruby que dejaban huellas en el cemento, las manos retorciendo las puntas del pelo, para escurrir el exceso de agua.

Enganchó el pie en la pata de la tumbona, la alejó de la sombra invasora, y en un intenso golpe de nostalgia, casi sentí el sabor de la sangría extradulce que preparaba Ruby con cualquier fruta de la nevera, y la mezcla empalagosa en el fondo de mi garganta. Cómo sentía la piel en esos días interminables, antes de que me duchara más tarde, cuando el escozor de las quemaduras se manifestara hacia fuera.

Y entonces, los vecinos empezaron a venir para ver mejor: a pasear el perro o a dar una vuelta, con sus teléfonos. Uno por uno, como si estuvieran coordinados. Todos bajaban la velocidad, miraban un poco y seguían.

Todas esas personas que, después del arresto, siempre tuvieron "un presentimiento" sobre Ruby Fletcher; sus delitos percibidos aumentaban en retrospectiva. Decían: "Me desapareció dinero de la cartera en la barbacoa; de mi sala de estar en la fiesta de Año Nuevo; de mi bolso en la piscina… Fue Ruby. Lo sé." La paranoia cobraba fuerza a medida que se buscaban señales, pistas, de que habíamos pasado por alto el peligro que estuvo acechando entre nosotros tanto tiempo.

Finalmente, vi a Chase. No iba de uniforme, pero caminaba como si lo fuera. Confiado y con autoridad, con su complexión robusta y la espalda recta. Se detuvo y se quedó mirando desde la calle de enfrente, como si no pudiera creer lo que veía. El pelo oscuro rapado, las piernas separadas, los brazos colgando estoicamente a ambos lados. Se quedó así un rato largo. Si Ruby se dio cuenta, no lo dejó entrever.

Para nosotros, Chase era nuestro policía. Podíamos contar con él para que nos pusiera al tanto de la causa de las sirenas, o del estado de la investigación del robo del coche, y lo invitábamos a las reuniones vecinales en la piscina y le pedíamos información con una cerveza de por medio. Nos generaba una sensación de seguridad. Pero se convirtió en algo diferente después de lo de Brandon y Fiona Truett.

El chat empezó de la misma forma, como una fuente de

información: “¿Alguien tiene el teléfono de un buen fontanero?”, o “¿Qué fue ese ruido de anoche?”, o “¿Sabéis algo sobre el merodeador del vecindario que está calle arriba?”.

Hollow’s Edge fue una fuerza organizada durante los últimos cinco años. Atrapamos ladrones de paquetes. Vimos un coyote y advertimos a los vecinos que dejaran dentro a sus mascotas pequeñas por la noche. Sorprendimos al marido de Charlotte llegando con otra mujer a casa cuando ella no estaba. Todos aportábamos información y publicábamos vídeos provenientes de nuestras cámaras de seguridad. Extrapolábamos resultados.

Pero también el chat se fue transformando con el tiempo. Después de que se declararan sospechosas las muertes de Brandon y Fiona Truett, con tiempo y con la guía de Chase, creímos haber descubierto quién los había matado. Reconstruimos los movimientos de Ruby, su línea temporal, y la policía vino a buscar nuestras pruebas; nuestros comentarios en el chat se convirtieron en declaraciones oficiales.

Ahora éramos más cuidadosos. En persona y en el chat. Las publicaciones se borraban en cuanto dejaban de recibir respuestas y, a veces, antes.

Ruby cogió su vaso violeta y, parodiando un saludo, lo levantó en dirección a la verja de hierro, donde estaba Chase. Por supuesto que sabía que él estaba allí.

Por fin, Chase se dio media vuelta y se fue; yo respiré lenta, profundamente, cuando se perdió de vista.

—Bueno, ya lo has dejado claro —dije—. Me estoy cociendo. Vamos.

—Muy bien —respondió ella estirándose—. De todos modos, me muero por comer comida de verdad.

Mientras volvíamos, observé la zona en busca de Chase, me preocupaba que pudiera estar en algún otro lugar: esperando en el bosque, o en la puerta de mi casa. Estuve alerta por si llegaba a salir alguien, quien fuera. Pero no salió nadie.

Sin embargo, estaban vigilando. Podía percibirlo en las sombras, detrás de las ventanas. En el hecho de que todos permanecieran detrás de la seguridad de sus paredes.

Pensar en todo lo que nos había parecido tan atractivo cuando nos mudamos a Hollow’s Edge: su aislamiento, su privacidad, esa familiaridad cercana, la seguridad de los vecinos que se cuidaban mutuamente.

Ahora, todos éramos rehenes.

La realidad era que, después de la muerte de Brandon y Fiona Truett, quedamos atrapados aquí. Atrapados unos con otros y con todo lo que habíamos dicho y hecho.

CAPÍTULO 3

CONVENCÍ A RUBY DE PEDIR la cena a domicilio, de que nos relajáramos con una pizza en la sala. Koda se enroscó junto a ella en el extremo opuesto del sofá, donde ella se sentó con el portátil abierto.

—¿Estás segura de que no te molesta pagar? —preguntó, mientras rápidamente agregaba un surtido de prendas de ropa al carro de compras en línea.

—No, claro que no.

Yo me había deshecho de sus cosas, y ahora ella estaba sentada junto a mí, todavía con un leve olor a cloro, y el pelo húmedo y enredado, con otra ropa mía de verano. No tenía tarjeta de crédito, ni trabajo, ni cuenta bancaria.

Eligió la entrega urgente en un día y me pasó el portátil para que yo tecleara mis datos de pago.

—Se me da bien esto —afirmó, guiñando un ojo.

Yo nunca la había visto guiñar un ojo antes. Eran esos gestos —rarezas que yo no reconocía— los que más me desconcertaban.

Se acercó, los almohadones se hundieron entre nosotras y sentí que me rozaba el hombro mientras miraba como yo terminaba de hacer la compra.

—Eh —exclamó—. A ver qué dicen.

Me quedé paralizada, con el corazón en la garganta.

—¿Quieres que busque tu nombre en Google?

Me imaginé lo que podía llegar a aparecer: enlaces que yo ya había visitado, artículos que había leído; todos ellos, devorados por mí en privado.

—No —dijo—. Aquí. En el chat. Lo que están diciendo aquí.

Me hormiguearon los dedos. Eso era peor. Ruby nunca había sido miembro del chat de vecinos de Hollow's Edge, porque no era propietaria. Charlotte era la presidenta de la junta y había impuesto una serie de normas arbitrarias que determinaban a quién se le permitía acceder al chat: ser propietario era el criterio principal. En ese entonces, ella había decidido que Ruby era algo entre una

inquilina no registrada y una huésped permanente.

Pero en este momento, yo no podía negárselo. No con ella tan cerca, con mi ropa puesta porque no tenía nada propio. No cuando yo la había convencido de quedarnos en casa; un oscuro secreto que, tal vez, todavía podía contener.

Ella miraba mientras mis dedos volaban sobre el teclado escribiendo la URL, con mi contraseña ya introducida. La página se cargó rápidamente, las entradas estaban ordenadas por fecha. No había mensajes con fecha de hoy. Ni uno.

—Ya no es lo mismo —le informé—. Ya no se usa tanto. —Cerré el portátil con rapidez, antes de que ella se desplazara hacia abajo, antes de que pudiera desmentirme.

Suspiró mientras volvía a su lugar en el sofá.

—No sé muy bien qué esperaba —dijo, tomando otra porción de pizza—. Tal vez, mi foto en todas las cámaras de la calle. —Sonrió con superioridad y cerró los ojos al inhalar el aroma de la pizza grasienta. Supuse que era otra de las cosas que echaba de menos—. ¿Arreglaste la tuya, Harper?

Hubo una vez, una época, en la que yo también tuve una cámara de seguridad. En ángulo sobre el porche delantero, como elemento disuasorio, más que nada. Pero no había filmado esa noche. Fuera cual fuese el servicio que había contratado Aidan, había caducado hacía mucho.

—Nunca me puse a ello —contesté.

Pero el aparato todavía seguía allí, apuntado inútilmente al espacio vacío. Esas cámaras, instaladas para nuestra seguridad, podían volverse en contra de uno con suma facilidad. Las infracciones insignificantes que dejaban expuestas; las relaciones que habían destrozado. Yo no creía que una cámara me diera seguridad si la persona que había sido condenada tenía una llave de mi casa.

Cuando terminamos de cenar, llevé los platos a la cocina y tiré la caja de la pizza en el cubo de la basura que estaba dentro del garaje, pensando que Ruby se iría a la cama pronto. Pensando que, seguramente, ella estaría tan cansada como yo. El sol y las copas, y quién sabía cuánto tiempo llevaba sin dormir.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya a la cama? —pregunté al apagar la televisión, esperando que entendiera la indirecta.

Cambió de posición en el sofá, dejó que Koda se acomodara en su regazo.

—Estoy bien. Solo… Dios, hay tanto silencio. No estoy acostumbrada a tanto silencio.

Pero solo había silencio de puertas adentro. Fuera, los sonidos de la noche cobraban vida; invasores que llegaban del bosque y del lago. El canto de los grillos y el grito de las ranas diminutas; alguna vez pensé

que ese sonido provenía de algo más grande, hasta que una rana se pegó a la ventana del frente y lanzó un canto tan agudo y cercano que lo confundí con una llamada de auxilio.

Durante la investigación, habíamos organizado una vigilancia vecinal. Un toque de queda autoimpuesto. Los resabios de nuestros miedos perduraron mucho tiempo después. Cerrábamos nuestras puertas y las verjas de los patios con llave, corríamos las cortinas, dormíamos con espráis para defensa personal junto a la cama, y más. Escuchábamos el silencio. Hablábamos en susurros. Reinterpretábamos los sonidos que venían de las casas de nuestros vecinos. La música a las tres de la madrugada. Las peleas. El portazo. Nos quedábamos mirando el techo, dormíamos a horas extrañas, revisábamos las antiguas filmaciones de nuestras cámaras.

Ruby no sabía que había vuelto a un lugar distinto.

—Buenas noches, Harper —se despidió, cuando yo todavía no había hecho ningún ademán de irme.

—Buenas noches —dije. Odiaba dejarla allí, pero lo hice. No quería que pensara que yo desconfiaba de ella o que estaba asustada.

Mi habitación —la principal— daba al frente, y la suya, a la parte de atrás. Era más pequeña y tenía un baño con dos puertas, conectaba con el ático y daba a la escalera y a la entrada. En mi habitación, miré mi teléfono por última vez. Nadie había dicho nada. Yo había esperado más llamadas, más mensajes de texto, más preguntas. Pero el silencio también decía algo. La naturaleza de mis amistades en este lugar era demasiado frágil para soportar el regreso de Ruby.

Lo que habíamos aprendido el año anterior, o tal vez lo que siempre supimos, era que había dos versiones de Hollow's Edge. Una superficial, en la que saludábamos a nuestro vecino, y nos dábamos consejos y sosteníamos la verja de la piscina sonriendo.

Y estaba la otra, que se cocinaba a fuego lento por debajo.

No tendría que haberme sorprendido. Yo había visto lo mismo desde dentro, mientras crecía. Con mi hermano, Kellen, que entraba y salía de rehabilitación a los dieciséis, y la tensión en la relación de mis padres, que se rompía por los desacuerdos y las acusaciones, pero ellos disimulaban la realidad cuidando las formas y diciendo mentiras piadosas.

Finalmente, oí que Ruby subía la escalera. La oí en la ducha. Me relajé, me di la vuelta, con los ojos fijos en la puerta. Y entonces, vi su sombra por debajo de la puerta. Conté hasta diez y no me moví. Miré el picaporte, pensando que tendría que haber cerrado con llave. Después me pregunté qué era peor: que entrara Ruby o que se diera cuenta de que yo estaba asustada.

Por fin, la sombra se retiró. Pero oí el sonido de pasos en la escalera y, después, el chirrido de la puerta trasera que se abría. Me

enderecé como un rayo en la cama, imaginando los lugares a donde ella podría ir. Miré el reloj en la mesita de noche para ver la hora… para ser una buena testigo.

Tal vez no hubiera nada de qué preocuparse. Tal vez, yo me estaba imaginando demasiadas cosas. Tal vez, solamente quería tomar aire fresco, y, en realidad, ¿quién podía culparla?

Pero solo podía pensar en aquella otra noche. La que tuvimos que volver a revisar una y otra vez, con los policías, entre nosotros mismos, cuando oí el mismo chirrido de la puerta trasera y el agua que corría en el baño a las dos de la madrugada.

No había significado nada para mí en ese momento. Ni siquiera después de que los encontrásemos.

Al principio, no estábamos asustados. Conmocionados, sí; disgustados, por supuesto. Pero no asustados. O, al menos, no asustados más que de nosotros mismos, de lo que habíamos pasado por alto. Porque cuando encontraron muertos a Brandon y a Fiona, todavía no sabíamos que era un crimen; en todo caso, era un crimen doméstico, un asesinato seguido de suicidio (y podíamos justificar que fuera en un sentido u otro). Un crimen contenido en sí mismo.

Pero lentamente, a medida que pasaron los días, la escena cambió.

El detector de monóxido de carbono —el mismo modelo que había en todas las casas—, ya no estaba en su lugar, tampoco dentro de la casa.

La policía empezó a ir puerta por puerta, preguntando dónde habíamos estado esa noche, qué habíamos oído, qué habíamos visto. Y, finalmente, lo entendimos: hubo alguien más en la casa con Brandon y Fiona Truett.

Alguien los había matado.

DOMINGO
30 DE JUNIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: ¡RECORDATORIO! Fiesta del 4 de Julio en la piscina de Hollow's Edge *Publicado: 8.47 a. m.*

Javier Cora: ¡Venid el jueves a ver los fuegos artificiales del 4 de Julio con vuestros vecinos! Tenemos una vista maravillosa del espectáculo del lago desde nuestra propia piscina. ¡Todos sois bienvenidos!

Margo Wellman: ¿Es buena idea en este momento?

Javier Cora: ¿Por qué no?

***

Asunto: Vigilancia vecinal

Publicado: 9.02 a. m.

Margo Wellman: ¿Podríamos retomarla, por favor?

Preston Seaver: Sí, la interrumpimos en el invierno. Me apunto para volver a empezar los turnos.

Margo Wellman: ¿Chase? ¿No nos ayudaste a organizarla la última vez?

Charlotte Brock: Chase ya no es miembro de este grupo.

CAPÍTULO 4

CUANDO BAJÉ, UN POCO PASADAS las diez de la mañana, Ruby estaba preparando el desayuno: tostadas y huevos y los dados de sandía sobrantes en el táper plástico abierto. Yo había estado esperando pacientemente en mi habitación, me duché en mi baño, leí los mensajes del chat de vecinos, miré por la ventana en busca de alguna señal de actividad, sin saber cómo abordar otro día con Ruby en esta casa.

—¡Buenos días! —dijo en voz alta, con dos tazas de café sobre la encimera. Koda estaba comiendo su comida recién puesta en un bol a sus pies.

Por el tono brillante y la sonrisa fácil, imaginé que no era su primera taza. Llevaba una de mis viejas camisetas y uno de mis pantalones cortos de gimnasia, tenía la cara lavada y el pelo recogido muy tirante. Tenía la piel algo bronceada por el sol, salvo donde se había puesto rosada, en la parte superior de las mejillas y el puente de la nariz.

—¡Ay! —exclamó, y me tocó la base del cuello; con dos dedos fríos hizo presión sobre la piel—. Te has quemado.

Yo lo había sentido en la ducha, calor y dolor bajo el chorro de agua.

—¿Hace cuánto estás levantada? —pregunté, tomando la taza que ella me ofrecía con la mano estirada. Viejos hábitos. Viejos roles.

—Un rato. Creo que tengo el cuerpo tan acostumbrado a la rutina que ya no sabe qué hacer consigo mismo. —Inclinó la cabeza, como si esperara que yo siguiera preguntando.

La cortadora de césped se puso en marcha en la casa de al lado, y eso me salvó, porque me puse a mirar por la ventana que estaba sobre el fregadero. Esta semana, le tocaba a Charlotte cortar el césped de la casa vacía, y una de sus hijas adolescentes estaba allí fuera. De lejos, yo nunca podía distinguirlas. Se llevaban un año solamente —tenían diecisiete y dieciocho— y las dos tenían pelo largo y oscuro y piernas largas y pálidas y el hábito nervioso de tocarse las puntas del pelo

mientras hablaban.

—¿Trabajas mañana? —preguntó Ruby, y me aparté de la ventana. Me pregunté si quería que me fuera de casa o si estaba buscando tema de conversación.

—Me he tomado la semana de vacaciones, igual que el resto del departamento.

Eso no era del todo cierto, pero era creíble. Se acercaba el 4 de Julio y las tres mujeres con las que trabajaba habían alquilado una casa en la playa para pasar la semana con sus seres queridos. Me habían invitado a ir, pero no acepté, aunque ante la sola idea de la playa se me relajaron los hombros, se me calmó la respiración. En cambio, bromeé diciendo que alguien tenía que defender el fuerte, aunque el trabajo fuera flexible en verano y, técnicamente, yo fuera la que estaba al mando.

Pero de ningún modo iría a trabajar mañana. De ningún modo iba a dejar a Ruby sola aquí.

—Oye —dijo, y se apoyó en la encimera, con una pierna flexionada y actitud despreocupada—. ¿Has cambiado los setos de atrás? —No me miró cuando lo dijo, sino que se concentró en algún punto imaginario, tras las ventanas de la sala, en el patio.

Intenté mantener el volumen de la voz, el tono sereno, rodeé la taza con las dos manos y me la acerqué a la cara.

—Ah, sí, en primavera. —Nada del otro mundo, una ocurrencia—. Unos tipos pasaron ofreciéndose para hacer trabajos de jardinería y les pedí que me los cambiaran.

Ruby se volvió y me miró de frente; apoyó su taza en la encimera.

—¿Quiénes eran?

La cortadora de césped pasó frente a la ventana de la cocina armando un estruendo y tuve que esperar un momento antes de responder.

—No sé, unos universitarios que querían ganar dinero extra, supongo.

Se volvió hacia la encimera y colocó la taza en el fregadero.

—Bueno, ha quedado muy bien. Pero me parece que tenemos conejos otra vez. Algo estuvo escarbando allí.

Y, de pronto, pensé: “¿Tú, Ruby? ¿Has estado tú allí? Anoche, cuando escuché que salías, ¿estabas buscando algo que hubieras dejado atrás?”.

La cortadora de césped volvió a pasar, y esta vez, la hija de Charlotte —Whitney, la mayor, que por fin estuvo tan cerca que pude distinguir cuál era— miró por la ventana de la cocina. Ruby la saludó con la mano, y Whitney le sonrió. Me di cuenta de que había estado pasando junto a la ventana una y otra vez, con la expectativa de ver a Ruby; la curiosidad morbosa, que se aprovecha mejor en los años de la

adolescencia.

Ruby siguió a Whitney con la mirada.

—Nada como una chica a la que no ves hace mucho para enfrentarte cara a cara con el paso del tiempo.

—Pronto va a irse a la universidad —dije.

Se había organizado una fiesta en la piscina el mes anterior, y habían venido todos, como si la estuviéramos lanzando al mundo y no solo a la universidad que estaba en la otra orilla del lago. Pero Charlotte era así, apegada a los hitos, aferrada a las tradiciones; hasta había traído a sus dos hijas para hacer una visita guiada, y esperó en mi oficina con Molly, la menor, mientras Whitney hacía su entrevista en el pasillo. Como si no fuera un hecho que sería admitida.

Ruby la miró desplazarse a la parte delantera del jardín.

—Antes me recordaba tanto a mí a esa edad —dijo. Y sonrió, burlona—. Creo que debería advertirla. —Ahuecó una mano alrededor de la boca y gritó hacia la ventana—. ¡Cuidado! —Aunque yo fuera la única que podía oírla.

Ruby había sido profesora de Literatura en el instituto de Lake Hollow, donde iban las hijas de Charlotte. Supe que hubo efectos colaterales en la escuela después de su arresto, furia de los padres porque una asesina había estado tan cerca de sus hijos.

Me preguntaba qué pensaban los chicos. Si al principio habían visto a Ruby como alguien con quien poder identificarse. Si ahora tardaban más en confiar en la gente. Si estaban asustados o intrigados. En ese entonces, cuando yo llegaba a casa de trabajar, algunas veces encontraba a Whitney haciendo los deberes en la mesa de la cocina mientras Ruby corregía ejercicios, en apacible armonía.

Ruby tenía la edad justa para ser su profesora y también para decirles que siempre eran bienvenidos aquí, que podían recurrir a ella en cualquier momento, si lo necesitaban, y para que ellos lo creyeran. La edad justa para llamar a los vecinos señor y señora Truett, para que la gente le pagara por darles de comer a sus mascotas y porque recogiera el correo cuando se iban. Ella cuidó el perro de los Truett desde que estaba en la universidad, y si se ponían muy imbéciles, nos contaba algún cotilleo, por ejemplo: “Duermen en habitaciones separadas”.

Ruby carraspeó.

—Tengo miedo de preguntar, pero ¿también donaste mi kayak? —dijo, cambiando abruptamente de tema.

—No, está en el garaje —afirmé—. Pero tal vez tengas que ayudarme a desenterrarlo. —Ahora guardo muchas cosas allí. Después de las muertes en la casa de al lado, empecé a dejar mi coche en la calle. Pendiente de todos los peligros que no había advertido antes. Lo fácil que era arrancar un coche y olvidar apagarlo. Una muerte lenta,

insidiosa.

Lo que pasó después del crimen —y yo imaginaba que les pasó lo mismo a todos los que vivían cerca, en la misma calle— fue que siempre tenía la sensación de que mi propia mortalidad estaba muy cerca de la superficie. Que era despiadada y omnipresente, y me hacía sentir que mi vida pendía de un hilo.

Pero después de que encerraron a Ruby, pareció que ese factor estaba a buen recaudo, que se había retirado de la superficie. Como si yo hubiera vencido a algo y sobrevivido. Como si yo hubiera derrotado a la muerte, esquivado el peligro. El poder de verla acercarse tanto y de que fallara.

Volví a sentirla, invasiva. El peligro ya no estaba encerrado. Tal vez, nunca lo había estado.

—Entonces, no lo donaste todo —corrigió.

—No cabía en el coche —expliqué con una sonrisa.

Lanzó una carcajada fuerte que me tomó por sorpresa.

—Siempre fuiste una pésima mentirosa.

En realidad, también había guardado otras cosas. Un par de pendientes de aro que siempre me encantaron; su esmalte de uñas de un rosa perfecto; el bolso que usaba en ocasiones especiales. Cuando vino su padre y me dijo, mirando las cajas por encima, que me deshiciera de todo, tomé la decisión. No me sentí mal por ello en ese momento. Como ya dije, veinte años era mucho tiempo.

Pero no podía admitirlo frente a Ruby: que había revisado cada objeto, uno por uno, para decidir qué valía la pena conservar. Así que, sí, el kayak se había quedado aquí.

Temprano por la mañana, la ayudé a llevarlo al lago. Sacamos los cubos de basura y los de reciclado del garaje, las cajas de entrega a domicilio que había que tirar y la bicicleta para la que yo había tenido grandes planes, pero que casi ya no usaba. Quitamos la lona y mi viejo equipo de camping antes de desenterrar el kayak, que estaba contra la pared y cubierto de polvo. El carro estaba roto —una de las ruedas estaba girada hacia dentro, el metal retorcido—, así que lo llevamos entre ambas por la calle, una detrás de la otra, Ruby delante, el kayak rosa brillante de lado, para llevarlo bajo el brazo.

El sendero que atravesaba el bosque apareció ante la piscina, mal señalizado pero muy transitado, justo frente a la casa de Margo y Paul Wellman. Imaginé que Margo estaría mirando, mientras yo seguía a Ruby por la pendiente de tierra, con la reja de hierro negro de la piscina junto a nosotras, a la derecha. No vi a nadie mirando, no oí ninguna voz, solo el zumbido de los mosquitos y las ardillas que corrían por los arbustos. Aunque yo estaba segura de que la gente se había fijado en dos mujeres que andaban con un kayak rosa brillante por el vecindario.

Finalmente, los pasos de Ruby resonaron sobre el tablón de contrachapado, y yo oí el agua que golpeaba contra la tierra y las raíces frente a nosotras.

En la orilla del lago Hollow, estábamos acostumbrados a una brisa, a una corriente fresca proveniente del agua. La ilusión, al menos, en la medida en que el aire se moviera. A veces, por la mañana temprano, yo venía hasta aquí y me quedaba mirando la extensión de agua como esperando que pasara algo. Algo que empujar, como un bote luchando contra la corriente. Recordaba la ola de adrenalina en el océano, cómo había que gritar para hacerse oír, el golpe frío del agua, el pinchazo amargo del viento, la necesidad de moverse, de actuar.

Pero en el verano, el agua había empezado a retroceder, la sequía dejaba expuestas las raíces en la orilla. Y la calma solo removía algo en la inquietud. Algo más silencioso.

Vi que Ruby recorría el área con la mirada cuando dejamos el kayak en el suelo, como si estuviera haciendo un esfuerzo para conciliar los recuerdos.

—El lago está bajo —dije—. No ha llovido en todo el mes.

Se quitó las chanclas —mis chanclas, un número más pequeñas— y metió el kayak en el agua.

—Gracias por ayudarme a arrastrar esta cosa hasta aquí. Seguro que puedo llevarla de vuelta sola.

—No seas tonta —repliqué. No es que yo creyera que no podía hacerlo. Ya no subestimaba lo que Ruby podía hacer. Pero no quería perderla de vista. No quería perderme lo que hacía aquí—. ¿Qué otra cosa podría hacer? —Me descalcé y me metí en el agua tibia, los pies se me hundieron en el barro—. Qué bien me siento aquí.

—Vale —dijo—. No voy a tardar. Llevo mucho tiempo pensando en volver a hacer esto.

Salió con el kayak, directamente hacia el centro de la angosta ensenada, en dirección al cuerpo principal del lago Hollow. Si no fuera por la topografía de la línea costera, los brazos dentados que se ramificaban desde el canal principal, yo habría podido ver claramente el embarcadero de la universidad en la orilla opuesta, y más allá, los techos de los edificios bajos de ladrillo, que se extendían entre los árboles.

En esas condiciones, lo único que se veía era el otro lado de la ensenada, una espesura de árboles y matorrales, el hogar perfecto para ratas almizcleras y serpientes. No era nuestro. El terreno era propiedad privada, con un área alejada del lago que estaba desbrozada, pero sin construcciones, y un camino de acceso angosto, en pendiente irregular. Había un letrero en el árbol más cercano que nos recordaba nuestros límites.

Los investigadores tardaron una semana en registrarlo por completo

en busca de pruebas. Según Chase, lo único que encontraron fueron botellas de cerveza semienterradas y los restos de una fogata antigua en el centro del claro.

El agua reflejaba el sol como un espejo y me quemaba los ojos, mientras Ruby se abría paso por la superficie inmóvil. Me quedé mirándola, con la mano sobre los ojos para darles sombra y los pies cada vez más hundidos en el barro, cuando oí un silbido detrás de mí.

Me volví, pero no vi nada. Pájaros en los árboles, llamándose unos a otros.

Otro silbido, esta vez, más agudo, que venía de la ladera. Fui hacia un lado, para ver mejor a través de los árboles. Solo pude distinguir el perfil de Mac en el borde de hormigón de la piscina a lo lejos —alto, flaco, sombrero azul de marca—, que, con la mano entre los barrotes de hierro, me hacía gestos para que me acercara.

Algunos rizos del pelo castaño claro de Mac sobresalían por debajo de su sombrero; llevaba gafas de sol, así que no podía distinguir hacia dónde estaba mirando. Lo único que vi fue mi propio reflejo al acercarme, caminando con cuidado por el terreno boscoso.

Miró por encima del hombro una vez, después rodeó los barrotes con las manos y acercó la cara.

—Eh —dijo, acercándose a mí cuando subía por la pendiente, me sujetó de la muñeca para estabilizarme.

—¿Era ella? —Nada sobre el mensaje de texto que le había mandado el día anterior y el silencio que le siguió.

—Sí, quería salir con el kayak. —Con la mano que me quedaba libre, me agarré del barrote de hierro que estaba junto a él. Pero no retiró la mano de mi muñeca; tenía el pulgar apoyado donde se toma el pulso.

—Ella quería… —Sacudió la cabeza, volvió a empezar—. Perdona, Preston me dijo que ayer os vio a las dos en la piscina, pero me quedé helado con eso de que ella está aquí en tu casa.

—Ya somos dos —contesté. Él, más que nadie, tendría que entender lo infructuoso que era negarle a Ruby lo que quería.

—No sé qué decir, Harper.

"Perdón, tendría que haberte contestado el mensaje. Perdón por no llamar. Lamento que estés sola con esto". Yo no sabía si su comentario estaba dirigido a mí o a Ruby. A menudo, no había manera de distinguir sus confesiones de sus preguntas, como ahora.

—No digas nada —le pedí—. A ella no. —Hice una pausa cuando él acercó su cara a la mía y me soltó la muñeca—. Por favor.

—No estaba en mis planes. —Se quitó las gafas de sol y las puso sobre el sombrero. Le quedaron unas leves hendiduras en el puente de la nariz. Se acercó más, bajó más la voz—. ¿Qué mierda quiere?

—No lo sé. —En realidad, no sabía si quería algo en particular.

Mac gimió, se pasó una mano por la cara.

—No puedo creer que haya vuelto. —Se detuvo de pronto y se volvió hacia un sonido que vino del bosque, un animal que se escabullía. Inconscientemente, dio un paso atrás—. Supongo que esta noche sabremos más.

—¿Por qué esta noche? —pregunté.

—Es la reunión de Charlotte.

Negué con la cabeza, confundida.

—Nadie me ha dicho nada de una reunión. —Si lo había publicado en el chat, yo no lo había visto.

Mac se encogió de hombros y miró hacia atrás; la piscina estaba vacía, salvo por la toalla a rayas que indicaba su tumbona y la pequeña nevera portátil roja junto a ella.

—Bueno, pues la hay. Charlotte mandó un mensaje. A las siete y media, creo.

—¿Vas a ir? —pregunté.

Mac no era muy sociable. No planificaba. Se tropezaba con las cosas y se sorprendía gratamente por las oportunidades que se presentaban solas.

—Sí, bueno, preguntó si esta vez la podíamos hacer en casa.

—¿Charlotte te lo pidió?

Nosotros nos referíamos, medio en broma, a la casa de los hermanos Seaver como la residencia universitaria, aunque fueran los más pulcros de todos nosotros. En realidad, eran muy queridos aquí, eran nuestros hermanos Seaver, con su aspecto despreocupado, sus bromas amistosas. Como si hubiera algo de juventud que persistía en ellos y no al revés. Pero no podía imaginar a Charlotte pidiéndoles algo a Mac o a Preston.

—Sí, no quería hacerla tan cerca de donde pasó, ¿sabes?

O tan cerca de mí.

Él hablaba como si yo no tuviera que sentirme ofendida por quedar excluida. Como si no hubiera una línea trazada y yo no hubiera quedado claramente del otro lado por Ruby.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Quién va a estar allí? ¿Han invitado a todos menos a mí?

—Ni idea, Harper. Yo solamente pongo el sitio.

A veces yo no entendía cómo alguien que parecía tener una personalidad tan audaz podía ser tan pasivo para la acción. Aunque, probablemente, no tendría que sorprenderme tanto. Mac tenía más de treinta años, pero se había apoltronado en su falta de ambición hacía mucho. O tal vez, su ambición solo había tomado otra forma; había encontrado el modo de invertir la menor cantidad de energía para obtener una vida relativamente cómoda. Pero su alegría era contagiosa. Su sonrisa, encantadora. Las finas líneas que irradiaban de

sus ojos color avellana —algo reciente, habían aparecido un año o dos atrás— no hacían más que aumentar su atractivo.

Durante el juicio, Mac no declaró por ninguna de las dos partes. No tomó partido en un sentido ni en otro, y estuvo conforme, incluso en ese entonces, con dejar que las cosas sucedieran como tuvieran que suceder. Dejó que su hermano se encargara de lo difícil, de corroborar las imágenes de las cámaras de seguridad desde el estrado.

En ese momento, se abrió la verja con un chirrido de bisagras y entró Preston. Vaciló un instante al verme.

—Eh —Mac gritó por encima del hombro y Preston saludó con la mano antes de ir a sentarse en la tumbona que estaba junto a la de su hermano.

Cuando estaban juntos, Preston parecía una versión comprimida y limpia de Mac: unos centímetros más bajo, algunos centímetros más ancho, el mismo cabello de color arena, más corto y cuidado, fijo en su lugar con algún tipo de producto. De perfil, tenían la misma nariz aguileña, la misma forma de ojos, pero los de Mac eran color avellana y los de Preston eran de un verde impactante.

Aunque era cinco años menor que Mac, Preston era el más exitoso de los hermanos Seaver, el más motivado, el más fiable. Aunque Mac dijera que se había hecho cargo de su hermano después de la universidad para ayudarlo a salir adelante, fue Preston quien le consiguió el trabajo en el departamento de jardinería de la Universidad de Lake Hollow. Hasta ese momento, Mac había trabajado en el muelle privado, en la otra orilla del lago, trasladando los barcos con la grúa, preparándolos para los propietarios.

Mac había desarrollado un tipo de estética en ese trabajo, fuera consciente de ello o no. Las bermudas con estampados audaces, las camisetas grises gastadas sobre la piel muy bronceada, las chanclas y el modo en que caminaba al usarlas. Arrastraba el talón despacio, pero lograba verse seductor.

—Escucha —dije bajando la voz—, no te acerques, ¿vale?

—Bueno, sí. No iba a hacerlo. —Mac miró por encima de mi hombro, hacia el agua—. No sé por qué no se va. Yo me iría. ¿Tú no?

—Voy a averiguar qué está haciendo aquí. Díselo a Charlotte. Diles a todos que voy a averiguarlo.

—Ten cuidado, niña —me advirtió dando unos golpecitos en los barrotes antes de irse.

—¿Qué ha sido eso? —Las palabras de Preston resonaron en la terraza de la piscina mientras abría una cerveza; estaba sentado, erguido, balanceando las piernas a los lados de la tumbona, pero no llegué a oír la respuesta de Mac.

Volví por la pendiente pronunciada, resbalando en el polvo y las hojas caídas, oyendo que se acercaban los remos que se hundían en el

agua y volvían a salir a lo lejos.

No tenía sentido presentarme en esa reunión. Todos ellos, aquí, con su vigilancia, con sus reuniones, estaban concentrando la atención en el lugar equivocado, en la parte equivocada. Nadie había cambiado de opinión. Ni durante la investigación ni tampoco ahora. Creían que Ruby Fletcher era culpable.

En ese entonces, nosotros creímos que lo había hecho ella porque teníamos que creerlo. Porque si no había sido ella la que entró furtivamente en la casa de al lado —para girar la llave, para arrancar el coche—, entonces, tenía que haber sido otra persona.

Tenía que haber sido uno de nosotros.

CAPÍTULO 5

CUANDO VOLVIMOS A CASA, LAS cajas con las compras estaban apiladas en la puerta, todas a mi nombre, pero eran para Ruby. Dejamos el kayak en el jardín y Ruby subió corriendo los escalones del porche. Levantó las cajas como una niña en Navidad y las subió a su habitación de una en una.

—Te lo devolveré —afirmó, con la última caja haciendo equilibrio contra su cadera—. Te lo prometo.

—Da igual —dije.

—Tengo algo de efectivo, pero no mucho.

—¿Tienes efectivo? —Este detalle, más que cualquier otro, me pilló por sorpresa.

—Sí, mi abogada me lo dio para venir aquí. Para tener con qué empezar.

Claro. Si no, ¿cómo había cogido un taxi? Quizás, por eso estaba aquí, para llevarse lo que había dejado atrás. Pero yo me había desecho de sus cosas, y había estropeado sus planes, y, de pronto, otro rumbo se presentó ante mí.

—¿Necesitas más dinero? —pregunté.

La fiscal la había descrito como estafadora, ladrona, sociópata; había para elegir. Tal vez, yo también tenía que aceptar esa posibilidad. Quizás, yo fuera una víctima, pero una víctima voluntaria. Contuve la respiración esperando que ella aceptara el ofrecimiento y que siguiera adelante, que se fuera. Que se fuera de Hollow's Edge y que no se volviera a mirar atrás.

Ruby se detuvo, con una mano apoyada en la barandilla de la escalera.

—Ya has hecho bastante —aseguró—. Pero, quizás, ¿podrás conseguirme trabajo mientras tanto? —Me quedé mirándola. Su expresión era indescifrable, tenía los ojos fijos en los míos, hasta que, finalmente, agregó—: Ahora eres la jefa de admisiones, ¿no es cierto?

El aire que había entre nosotras parecía cargado, vivo.

—Sí, es cierto. —Una pausa—. Justo ahora no estamos

contratando…

Una sonrisa asomó en su rostro.

—Es una broma, Harper. Ay, Dios mío, ¿te lo imaginas, siquiera? —preguntó—. ¿Te imaginas que yo trabajara en esa oficina, en este momento, después de todo? ¿Qué impresión daría?

Lo dijo con frivolidad, pero yo no pude evitar el escalofrío, me quedé paralizada en mi sitio. No sabía cómo se había enterado de eso, a qué tipo de información había tenido acceso o por qué había estado investigando lo que yo había hecho durante los últimos catorce meses. El puesto que había conseguido. Mi vida, que continuaba, mientras que ella estaba encerrada…

Necesitaba salir de esta casa. Aclarar mis ideas. Pero no quería dejarla sin vigilancia.

Cuando subió a la planta de arriba, salí fuera, pero me quedé cerca.

Limpié el kayak con la manguera, también nuestro calzado; el agua embarrada empezó a correr por la entrada. Esperaba que saliera algún vecino —Tate, exigiendo saber qué estaba haciendo aquí Ruby; Charlotte, para informarme sobre la reunión—, pero la calle seguía vacía y silenciosa.

Un perro empezó a ladrar desde algún lugar y, como siempre, se me tensaron los hombros, se me hizo un nudo en el estómago. Una señal. Una advertencia. Un recordatorio permanente de que algo terrible, inenarrable, había ocurrido aquí.

Esa mañana clara del mes de marzo pasado, yo había salido a correr. Al irme, oí al perro que ladraba en la casa de al lado, la de los Truett. Y pensé: “Mira quiénes descuidan a su mascota. Mira quién está violando la ordenanza de silencio ahora”.

Cuando volví, media hora después, el perro todavía estaba ladrando, más fuerte ahora, con un llanto regular, y esta vez, pensé: “Tal vez, Ruby tenía que sacarlo a pasear y se le ha olvidado”. Era el primer día de las vacaciones de primavera, y quizás los Truett se habían ido de viaje. Quizás habían sacado el perro afuera, seguros de que Ruby iría a buscarlo pronto.

Pero, entonces, pensé en Ruby, que había entrado a las dos de la madrugada, en el sonido de la ducha corriendo, y no quise despertarla si estaba equivocada.

Eran casi las siete de la mañana, pero, en general, se levantaban temprano. Sin embargo, llamé suavemente, no quería despertar a nadie en un día de vacaciones. Menos a mi jefe, al que no le gustaba cruzarse conmigo fuera del ámbito laboral.

Fue entonces, mientras esperaba en su el porche, cuando oí el ruido en el garaje. El coche con el motor encendido, como si alguien se estuviera preparando para salir. Esperé que la puerta del garaje se

abriera, pero no sucedió. Seguí esperando hasta que supe, en mi interior, que había pasado demasiado tiempo.

Esta vez, toqué el timbre, dos veces seguidas, pero nadie acudió a la puerta.

Me temblaba la mano cuando cogí el picaporte. La puerta no estaba cerrada con llave.

Abrí la puerta y lo supe. De inmediato, lo supe.

No entré. Retrocedí tambaleando, miré alrededor frenéticamente, vi a otro corredor que iba por la esquina y reconocí el paso familiar. Lo llamé a gritos —¡Chase! ¡Chase!—, y algo debió notar en mi tono de voz que lo alarmó. Porque cambió de dirección, con paso más veloz, más errático. Charlotte debió de haberlo oído también, porque salió en pijama y se reunió conmigo en el porche. “El motor del coche está encendido”, dije, y ella se llevó las manos a la cara.

Fue Chase el que se cubrió la boca y la nariz con el pliegue del brazo y entró corriendo a apagar el motor, el que gritó que abriéramos las puertas y las ventanas.

Demasiado tarde.

Desde entonces, los ladridos de los perros me sobresaltaban, me llevaban a ese momento: el momento anterior a saber, el que lo cambió todo.

Pensar en esa época era como pensar en otra versión de este vecindario, un momento en el que la percepción de nuestra propia seguridad se derrumbó a pedazos. Un momento en que entendimos que aquí, con nuestros veranos perezosos, con nuestros vecinos que también eran colegas y amigos, con nuestro policía al final de la calle, solo quisimos convencernos de que estábamos protegidos.

Este ya no era el mismo lugar, y nosotros no éramos las mismas personas.

Cuando volví a entrar a mi casa, oí la ducha en el piso de arriba e intenté llamar por teléfono a Charlotte. Como no contestó, le mandé un mensaje de texto: “Me enteré de la reunión. ¿Hay algo que pueda hacer?”.

Hacía mucho había aprendido que la mejor manera de conseguir algo de Charlotte era ofrecerle ayuda. Como presidenta de la Comunidad de Vecinos, mucha gente la paraba en la calle o iba a su casa a quejarse a cualquier hora, y le preguntaba cosas o protestaba. Entre eso y su trabajo de consejera en la universidad, vivía rodeada de los problemas de otros.

Una puerta se abrió ruidosamente arriba, y Ruby apareció corriendo. Bajó la escalera saltando, con tantas prisas que una sensación de pánico se esparció por la habitación. Su ropa todavía llevaba las etiquetas, y tenía el pelo mojado y sin peinar; yo busqué de

dónde venía el peligro, quién la estaba persiguiendo. Pero se detuvo en la sala de estar y se puso a revolver los almohadones del sofá desesperadamente.

—Ya ha empezado. Ya ha empezado.

—¿Qué dices? ¿Qué pasa? —Me puse a su lado, para ayudar, pero no tenía idea de qué necesitaba. Ella me lo mostró.

Entonces vi el teléfono que tenía en la mano. Un teléfono que no había visto ni sabía que tenía. Me lo tendió.

—Me llamó mi abogada. Las noticias. Están haciendo un programa.

—¿Tienes teléfono? —El comentario equivocado. La pregunta equivocada.

—Sí, me lo dio mi abogada. Pero no tengo el número de nadie. —Estaba prestando atención a medias, miró por toda la habitación buscando el mando de la tele.

Fue la primera vez desde que llegó que vi a través de la fachada cuidadosamente construida de Ruby. Le temblaban los dedos cuando encendió el televisor, con los ojos como platos y la boca entreabierta. Estaba casi sin aliento, de pie frente al sofá, pasando el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Es ella —dijo Ruby apuntando con el mando a la pantalla—. Esa es mi abogada.

La mujer tenía cabello oscuro y lacio, con un corte recto que le llegaba hasta los hombros, pómulos angulosos, y un traje elegante. Su nombre estaba escrito en negrita en el ángulo inferior izquierdo de la pantalla: Blair Bowman. Y ahora, se oían sus palabras:

—Un error grave de la justicia. Las pruebas que podrían haberla exculpado al principio fueron destruidas por aquellos que conocían el asunto. Los delitos contra Ruby Fletcher se remontan a un tiempo anterior al juicio en sí. Nunca tendrían que haberla arrestado.

Ruby se sentó en el borde del sofá. En la pantalla, Blair Bowman estaba sentada a una mesa con un hombre y con otra mujer, debatiendo sobre los diferentes aspectos del caso. Que uno de los vecinos era policía y nunca tendría que haberse involucrado profesionalmente; que había contaminado la investigación desde el principio al aconsejar a los demás qué decir y qué no. Que el vídeo presentado como prueba no probaba nada, salvo que Ruby estaba en los alrededores, y claro que lo estaba, vivía allí, no era un delito salir a la calle. Que los testigos habían mentido.

—Las relaciones entre todos esos vecinos fueron conflictivas desde el principio —dijo la abogada, subrayando la idea con la mano sobre la mesa.

Un sonido se escapó de la garganta de Ruby, y la tensión en mis hombros subió otro nivel. No había sido yo. No había mentido. Me había convocado la defensa —la única vecina a la que llamaron por su

lado— para apoyar a Ruby, y ese fue mi plan. Pensé que había hecho lo correcto, lo que estaba bien.

Pero en ese momento, en el estrado, lo que tienes pensado cambia. Lo que dices es entre tú y tu dios, o tu fe en un sistema. Una creencia, de cualquier modo. En que el sistema que construimos no condenaría ni absolvería por error. Y se juega con esas reglas por creer en algo más grande que tú mismo.

Así que les dije: sí, ella a veces paseaba a su perro; sí, yo creía que tenía una llave; sí, ella había salido esa noche y la oí entrar a las dos de la madrugada por la puerta de atrás, oí la ducha inmediatamente después.

Pero también les dije que ella no tenía motivos para hacerlo. Que todos conocíamos a Ruby desde hacía años. Que era buena compañera y que era de fiar, que no había rencillas entre ella y los Truett, no más que con el resto de nosotros. Les dije que los Truett confiaban en ella.

Pero no sabía qué habían dicho los demás. No conocía la grabación que habían visto. La línea de tiempo tan precisa que habíamos creado. No había oído la declaración de Chase.

Les había dicho que, la mañana que encontramos a los Truett, todos los vecinos vinieron corriendo. Por la conmoción, salimos todos. Todos, excepto Ruby. Como si ella ya conociera la escena que habíamos descubierto.

Yo no sabía nada del mapa que mostraron, en el que estaba marcado dónde vivía cada uno de nosotros. Las pruebas adjuntas a cada casa y el camino muy claro, establecido por cada uno de los testigos, un círculo cerrado, desde la escena del crimen hasta el regreso a casa: Charlotte Brock. Preston Seaver. Margo Wellman. Yo.

Cuando entré en la sala, no pensé que fuera suficiente con lo que tenían. Al parecer tampoco Ruby, que, sin fianza, había presionado para tener un juicio rápido, creyendo que iba a salir pronto.

En ese momento, en el estrado, no sabía que iba a proporcionar la pieza que faltaba para condenarla.

Ruby ahora estaba inclinada hacia delante, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, concentrada.

Su abogada estaba cerrando el debate.

—Estamos considerando varias opciones, pero pueden estar seguros de que esta no es la última vez que van a tener noticias nuestras.

Ruby se volvió y me miró de frente, casi borracha con alguna emoción sin nombre: excitación o poder.

—Vamos a poner una denuncia —dijo.

Entonces sonrió y la reconocí: su primera sonrisa genuina. La auténtica Ruby Fletcher. La que yo recordaba. Y, de pronto, supe por qué estaba aquí. Supe exactamente qué estaba haciendo, que quería. Incluso antes de que lo dijera, ya lo sabía.

—Alguien va a pagar por esto.

LUNES
1 DE JULIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: ¡Apuntaos a la fiesta del 4!

Publicado: 9.22 a. m.

Tate Cora: Traed la bebida. Preston, ¿vas a volver a encargarte de la barbacoa este año? ¡Avisad de lo que vais a traer, así no nos repetimos! Yo voy a llevar la limonada.
Preston Seaver: ¡Por supuesto! También llevo las salchichas.
Mac Seaver: Patatas y salsa.
Margo Wellman: ¡Yo voy a preparar mi limonada!
Tate Cora: Ya me he anotado yo con eso.
Charlotte Brock: Está bien. Bebemos mucha limonada. Yo llevo las hamburguesas y el pan.

***

Asunto: Apuntaos para la vigilancia vecinal *Publicado: 10.47 a. m.*
Charlotte Brock: Hola a todos, algunos estuvimos hablando y vamos a volver a ponerla en marcha, la idea es empezar lo antes posible. Va a haber reunión en el club social de la piscina hoy a las 7.00. Mientras tanto, ¿alguien se ofrece para empezar esta noche?
Mac Seaver: Yo.

CAPÍTULO 6

NO HABÍA SEÑALES DE RUBY cuando me desperté. Al salir de mi habitación, mareada y aturdida, en la casa había un silencio escalofriante. No había olor a café ni el ruido de ella dando vueltas por ahí. Una vez más, se había vuelto tan familiar que su ausencia era más perturbadora que su presencia. Desde el ático, donde me encontraba, veía la puerta de su baño compartido abierta, y más allá de ella su habitación a oscuras.

—¿Ruby? —llamé, antes de entrar al baño.

La cama de matrimonio estaba contra la pared opuesta, con el edredón color turquesa revuelto. Las persianas estaban bajadas y, por las rendijas, se filtraban rayos de sol que llegaban al suelo.

Anoche, después de ver en el informativo a su abogada, Ruby había contestado una llamada y desaparecido en la planta de arriba; no volvió a bajar. La oí detrás de la puerta cerrada —los sonidos bajos y regulares de una conversación—, pero no entendí qué estaba diciendo. Solo el tono: palabras entrecortadas, la voz que se elevaba antes de que en la habitación se hiciera un silencio prolongado, antinatural.

Ahora su habitación estaba vacía. Me pregunté cuánto tiempo lo había estado. Si se habría ido anoche, después de que yo me durmiera.

Salí del baño a toda velocidad porque no quería que me sorprendiera husmeando, y bajé la escalera, esperando verla en la cocina, o apoltronada en el sofá.

No estaba por ningún lado y, poco a poco, se me fue acelerando el ritmo cardíaco. No tenía coche, no había muchos lugares donde pudiera estar. Ninguno de ellos era una buena opción.

Recorrí el piso de abajo con la mirada buscando algo fuera de lugar; la puerta principal todavía estaba cerrada con llave, pero la de atrás… Me acerqué hasta que tuve la certeza: el cerrojo estaba abierto.

Abrí la puerta de par en par y allí estaba ella, en la silla Adirondack gastada, que había llevado al otro extremo del jardín, al único cuadrado con sol; tenía los pies apoyados sobre el escabel de madera que hacía juego.

—Hay…

Se llevó un dedo a la boca, para que me callara. Al principio, solamente oí los pájaros y los animales que saltaban de rama en rama en los árboles, detrás de nosotras. Pero ella inclinó la cabeza hacia la cerca blanca y alta que separaba mi jardín de la casa de al lado. Se oían voces amortiguadas, que casi no pude distinguir. No en el jardín mismo; era como si alguien hubiera dejado una ventana abierta.

Lentamente, mientras escuchábamos, las voces fueron subiendo de volumen y se hicieron más claras; la carga emocional se iba intensificando.

Durante todos los años que fui vecina de Tate y Javier Cora, nunca los había oído pelear. Discutir, claro, pero siempre se provocaban con cierta delicadeza, algo que seguramente habían aprendido a hacer cuando estaban delante de otras personas en el instituto local, donde trabajaban los dos. “Te podías haber acordado de sacar la basura” y “A ver si no se te olvida la cita esta vez”. Pero nunca levantaban la voz, nunca se acusaban el uno al otro. Ni siquiera durante la investigación, cuando la tensión era alta y las relaciones se rompían, y las fisuras quedaban expuestas por todos lados. Tate y Javier se habían mantenido como un frente unido.

Pero no hoy.

—No estás pensando, Javi. —Las palabras de Tate se oyeron como si estuviera hablando con los dientes apretados.

—No estoy pensando, no estoy prestando atención… Siempre hay algo que no estoy haciendo, según tú. Tal vez, seas tú la que tenga que cambiar. Tal vez, tendrías que tranquilizarte de una puta vez.

Ruby abrió la boca exageradamente, con los ojos como platos por la alegría. Sentí que mi expresión reflejaba la suya propia, un impacto compartido, feliz. No podía imaginar a nadie, mucho menos a Javier, diciéndole a Tate que se tranquilizara.

Pasó un segundo, dos —suficiente como para que pensara que se habían ido a otra habitación— antes de que la voz de Tate, fuerte y clara, cortara la mañana tranquila.

—Y a lo mejor eres tú el que debería irse de una puta vez.

Y después, el sonido de la puerta trasera que se abría de un golpe, los pasos de Javier en los peldaños, y la respiración agitada, tan cercana, del otro lado de la cerca. Un destello azul brillante: su camisa que iba y venía.

No podíamos movernos. Yo estaba de pie en el último de los escalones de ladrillo, intentando que no me vieran. Ruby, sentada en la silla, con una mano, cómicamente, a medio levantar. Tenía los labios apretados. Yo estaba conteniendo la respiración.

El sonido inconfundible de los mensajes de texto, enviados y recibidos, sonaba desde su lado de la cerca; siguió deambulando, la

mancha azul aparecía y desaparecía por las rendijas de los listones. Quise poder verlo, ver qué aspecto tenía —si tenía los puños apretados, si se había puesto colorado—, pero la única forma de ver el jardín del vecino era desde la planta de arriba; incluso así, solo se podía ver la parte trasera del patio, donde la verja daba paso a la arboleda, detrás de la cerca.

Cuando Aidan y yo nos mudamos, Tate y Javier Cora se convirtieron en nuestra pareja de amigos más íntima. Pasábamos noches en su jardín o en el nuestro, bebiendo cerveza, haciendo barbacoas, riendo. Los chicos salían juntos por la noche de vez en cuando, y Tate y yo nos encontrábamos en la piscina, copa en mano, las tumbonas mirando al lago, la cara inclinada hacia la brisa.

Después de que Aidan se fuese, quedó claro que ellos sabían desde hacía tiempo que él estaba pensando en dejarme; ninguno de los dos pareció sorprendido cuando pasó. Cuando se lo conté a Tate —la primera persona a la que quise ver; aparecí en el porche con ira justificada y una botella de vino—, fue obvio que alguien se me había adelantado. Y en ese momento entendí que, en algún punto del camino, Tate había decidido no contarme que mi prometido no estaba para el largo plazo.

Pensé en todas las oportunidades que había tenido para contármelo. Cada vez que le mencionaba el momento ideal para la boda —“Ah, sí, mayo es perfecto, más tarde os vais a achicharrar”, coincidía conmigo—, o que estábamos esperando que primero Aidan terminara su diplomatura. Después, al mirarla, no podía dejar de preguntarme durante cuánto tiempo lo había sabido. Cuántas veces lo habían hablado ella y Javier, la pena que debían de haber sentido por mí. Algo que llegaba casi al límite de la vergüenza.

Era difícil que una amistad se repusiera de eso. Siempre que los veía juntos, me imaginaba que estaban hablando del tema, los susurros apagados en la cocina, desde donde se podía ver nuestra sala de estar por la ventana: “No es cosa nuestra, Javi. Ay, pero pobre Harper. Seguro que no tiene idea”.

Un nuevo tono de mensaje llegó desde el otro lado de la cerca, y Ruby arqueó una ceja; toda su cara se convirtió en una interrogación. Supe lo que estaba sugiriendo, quería que yo llenara los espacios en blanco. “¿A quién le mandaría Javier un mensaje de texto después de una pelea con su mujer?”.

Una ventana se cerró de golpe. La puerta trasera se abrió de pronto, las bisagras chirriaron. Hubo una pausa en la que se produjo una comunicación silenciosa. Como si Tate acabara de entender su error: la ventana abierta, la intensidad de las voces.

Ruby empujó un poco el escabel de madera con el pie descalzo para que chirriara en los adoquines del patio, y no me pareció accidental.

Se le dibujó una sonrisita en la cara. Oí que Javier respiraba hondo, oí sus pies en los escalones, la puerta que se cerraba, la cerradura que giraba con fuerza innecesaria.

Ruby no necesitaba montar un escándalo. Podía perturbar el equilibrio con el movimiento de su silla. Simplemente con estar del otro lado de una cerca alta. Su sonrisita se convirtió en una sonrisa amplia, y yo meneé la cabeza, aunque también estaba sonriendo. Sentí que se esfumaban los últimos catorce meses; el vínculo amenazaba con volver a formarse, el mismo que había hecho tan fácil nuestra convivencia.

Cuando Aidan se fue, Ruby se me unió rápidamente en la frialdad hacia Tate, percibió el trasfondo. Había quedado un espacio vacío, el del aguijón profundo de la traición, y Ruby lo había llenado.

—Me preguntó qué habrá sido todo eso —dijo Ruby, levantándose de la silla.

Después deambuló por el pequeño patio adoquinado y miró rápidamente el borde del lecho de mantillo, donde el suelo estaba removido en algunos lugares. “Conejos”, había dicho, pero era demasiado simétrico. Demasiado premeditado.

—Ven —le pedí, haciendo un gesto para que entrara conmigo—. ¿Cuánto tiempo has estado fuera? —pregunté una vez que la puerta quedó cerrada al entrar.

Siempre, siempre, llevando la cuenta de sus minutos. Como si pudiera controlar sus actos contabilizando su tiempo. Sabiendo que la culpa aparecía en los huecos vacíos: “El tiempo para desatornillar el detector de monóxido de carbono del techo; el tiempo para coger las llaves del coche de Fiona que estaban colgadas detrás de la puerta del garaje; el tiempo para arrancar el coche y correr hacia el lago, hacia el bosque; el tiempo para deshacerse de las pruebas y volver a escabullirse dentro de casa…”.

—No mucho —dijo ella—. Eh… ¿hoy me puedes prestar el coche?

Mi flujo de pensamientos se tambaleó.

—Te puedo llevar —me ofrecí.

Pasó junto a mí y atravesó la cocina hacia el vestíbulo.

—Tengo una reunión con mi abogada. —Su voz quedó resonando cuando llegó a las escaleras—. Viene a la ciudad y me pidió que me reuniera con ella y su equipo en privado. —Se detuvo en el escalón de abajo, con una mano en la barandilla—. ¿Te parece bien?

No. Dejarle mi coche no era lo mismo que dejarle un traje de baño, o un par de chanclas.

—Tenía pensado ir al supermercado —contesté.

—Podemos ir mañana —replicó ella, y yo recordé que, con Ruby, había que ser firme y terminante, había que decir lo que se pensaba. No iba a dar el beneficio del matiz o conceder un punto que no

estuviera bien ganado.

—Te pido un Uber —le ofrecí, y sus dedos se aferraron con fuerza a la barandilla, con las uñas rotas y mordidas.

—Harper —dijo—, el caso está en todos los informativos. No me puede venir a buscar un chaval con carnet, que me lleve por ahí y tome una foto para tener sus quince minutos de fama.

La amenaza implícita: que la siguieran hasta aquí. Personas fisgoneando. Furgonetas de los medios de comunicación instaladas fuera, como en los días posteriores a su arresto…

Todas las decisiones implicaban un equilibrio, y yo no podía ver la decisión correcta, la respuesta correcta. Sentía que estaba perdiendo el control de las piezas.

Ella ni siquiera esperó a que yo dijera sí.

Cuando volvió a bajar, un rato después, con ese maletín marrón de cuero cruzado en el pecho, se dirigió directamente al cajón que estaba junto a la puerta principal, en el que yo guardaba mis llaves. Esa era otra de sus habilidades, presionarte para que hicieras algo, tomarte por sorpresa antes de que pudieras entender qué estaba pasando. Preguntar, medio en broma, "Por casualidad no te vendría bien alguien con quien compartir la casa, ¿no?", cargar el asiento de atrás de su coche, y mudarse a tu casa; decir, con la policía en el porche, "Díselo, Harper. Diles que yo no lo hice. Que ya no tengo su llave. Que yo no pude haberlo hecho". Así que lo único que se podía decir, con ella justo allí, los ojos bien abiertos y escrutadores: "Sí, claro, sí."

—Gracias, Harper, te debo una —dijo, dirigiéndose a la puerta principal. Toda mi vida, de pronto, en sus manos.

La seguí, la vi sentarse en el asiento del conductor. Arrancó el motor, bajó las cuatro ventanillas, como si dentro del coche se sintiera demasiado encerrada. Las manos en el volante, los ojos al frente…

—Como andar en bicicleta, ¿no?

Me dedicó una sonrisa exagerada y yo quise preguntar: "¿Tienes carnet? ¿Todavía está en vigor?". Pero más que nada, quería que se fuera… antes de que alguien la viera en mi coche. Ruby en mi casa. Ruby en mi coche. Lentamente, volvía a infiltrarse en mi vida.

—Eso dicen —respondí.

No dio señales de haberme escuchado y el coche se deslizó por la suave pendiente.

Miré desde la acera hasta que llegó a la señal de stop y giró, para perderse de vista en la casa de los Seaver; después oí el sonido del motor perdiéndose en la distancia, sin saber qué estaba esperando. ¿Un accidente? ¿Un cambio de opinión o de rumbo? ¿Ver mi coche, de pronto, volviendo por donde se había ido? A Ruby, arrepentida, devolviéndome las llaves, mientras me decía: "Ay, por Dios, no sé en

qué estaba pensando”.

Un movimiento fugaz en la ventana de la casa de Charlotte Brock me llamó la atención: cortinas que volvían a su lugar.

Por supuesto que todos estaban mirando. Fuera lo que fuera que hubiera pasado en su reunión de la noche anterior, nadie iba a contármelo. Seguramente, eso empeoraría las cosas.

Pasé frente a la casa de los Truett y tuve un escalofrío al sentir el olor del tubo de escape de mi coche. El disparador de un recuerdo, la piel de gallina en los brazos… Chase gritándome que abriera la puerta del garaje mientras apagaba el coche, después el sonido del mecanismo, tan dolorosamente lento, y yo, conteniendo la respiración…

El olor tardó en disiparse. Persistió tanto tiempo que por momentos me preguntaba si no fue eso lo que me llevó a su casa esa mañana. Un mal presentimiento subconsciente, exacerbado por los ladridos del perro.

Ya había pasado la casa de los Truett, y estaba subiendo las escaleras del porche de Charlotte; todavía sentía escalofríos, como si el fantasma de un recuerdo me persiguiera en la oscuridad.

Cuando llamé al timbre, oí pasos del otro lado de la puerta y, después, silencio. Como si alguien estuviera mirando. Tomando una decisión.

—Charlotte, vamos —grité al llamar con los nudillos.

La puerta se abrió de pronto. Molly miró detrás de mí.

—Hola, ¿está tu madre?

Parpadeó rápidamente; tenía pestañas largas y pecas claras en las mejillas, igual que su madre.

—No, ha tenido que llevar a Whitney al dentista.

Me fijé en sus propios dientes, blancos y brillantes. Yo pensaba que llevaba aparato; seguramente, se lo acababa de quitar. Se pasó el pulgar por los dientes de arriba, como si todavía se estuviera acostumbrando a la sensación.

Cuando empezó a cerrar la puerta, vi la bolsa de viaje en el vestíbulo, azul oscuro contra las paredes gris claro, haciendo juego con la colección de fotos de paisajes colgadas en el recibidor. Como si hasta esto hubiera estado conjuntado. La disposición de su casa era muy parecida a la de la mía, pero con un dormitorio principal abajo y dos dormitorios más arriba, y estaba decorada con mucho mejor gusto.

—¿Os vais de viaje? —pregunté.

Molly me bloqueó la vista; entrecerró los ojos, con una nueva desconfianza, como si el hecho de que yo estuviera alojando a Ruby tiñera mi propio carácter. Como si no me conociera desde hace años.

—Mi madre quiere que nos quedemos con mi padre. Pero no lo

había hablado con él y resulta que no está en su casa. —Con la mano se peinaba las puntas del pelo oscuro, recogido sobre el hombro.

Bob Brock era tan genérico como su nombre, flaco, alto y anodino. Guapo y soso en persona, pero nada digno de recordar. Tenía el tipo de cara que uno creía haber visto antes. Que me había hecho preguntar: “¿Nos conocemos?” cuando nos mudamos. Nada que ver con Charlotte, en la que era fácil fijarse, que era fácil de recordar. Tenía pelo oscuro y pecas y aparentaba menos edad. A distancia, cuando iban juntas, Charlotte y sus hijas podían pasar por hermanas. Todas eran llamativas, más aún en grupo.

Hasta el trabajo de él era algo común, trabajaba en contabilidad. Eso fue lo que hizo tan difícil creer lo que pasó. Bob trabajaba desde su casa, dependiendo del proyecto, y, aparentemente, tenía la costumbre de pedirle a su novia que aparcara el coche a la vuelta de la esquina, para que quedara fuera de la vista, y que fuera por nuestra calle y entrara por su garaje antes de que su cámara de seguridad pudiera captarla. Pero Margo Wellman se había fijado en el coche extraño en la acera, en que había un patrón horario, y publicó en el chat una foto del sedán azul y de la mujer rubia, bajita, que bajaba de él, porque teníamos una regla estricta que prohibía la prostitución. “¿Alguien conoce a esta mujer? —escribió—. Ha estado aparcando aquí toda la semana, alrededor del mediodía. Nunca la había visto antes.” Y entonces, Preston Seaver buscó en su cámara de seguridad y publicó un vídeo de ella, pasando frente a su casa, con gafas de sol y la cabeza gacha: “Parece que iba por nuestra calle”. Pero nunca llegó a la cámara de Charlotte, en la casa de al lado. Charlotte fue la que publicó: “No aparece nunca en mis vídeos. ¿Desaparece en algún lugar entre tu casa y la mía?”.

Nadie respondió, ni una palabra, hasta que la verdad cayó por su propio peso, y el drama pasó del chat a la realidad.

Si algo tenía Charlotte es que era detallista y organizada. Guardó cuidadosamente las cosas de Bob en cajas y las apiló en el porche de su casa. Vimos la furgoneta del cerrajero aparcada en la calle antes de que el día llegara a su fin.

Como era de esperar, las chicas se pusieron del lado de su madre, y se quedaban aquí la mayor parte del tiempo, aunque sus padres vivieran en la misma ciudad y tuvieran la custodia compartida. Bob se quedó con su amiga. Corrió la voz de que se fue a vivir con ella enseguida, del otro lado del lago, después de que Charlotte lo echara.

—No tendrías que estar aquí —me dijo Molly, cerrando la puerta.

Pero era demasiado mayor como para andar teniendo cuidado de los extraños y, de todos modos, yo no era una extraña. Por más parecidas que fueran las hermanas, sus personalidades eran muy diferentes. Aunque se llevaban solo un año, Molly siempre fue la más

cautelosa de las dos, la más insegura, la más tranquila. A veces, si su hermana estaba cerca, una podía olvidarse de que ella estaba allí.

Fue la mayor de las dos, Whitney, la más audaz, la que había estado pasando con la cortadora de césped cerca de la ventana para ver a Ruby.

—¿Le podrías decir a tu madre que me he pasado a verla, por favor? —pedí.

—Díselo tu misma esta noche —respondió Molly—. ¿No hay una reunión general en el club social? —Más audaz de lo que yo recordaba, entonces. Mayor, de todos modos.

—Por cierto, no hay necesidad de ponerse nerviosa. Va a estar fuera un rato —aseguré mientras retrocedía. Molly parpadeó dos veces, con la cara pálida por la emoción—. Ruby —continué—. No tienes que esconderte.

Molly se quedó mirándome.

—Es culpable, lo sabes —dijo con un matiz de indignación en el tono, por mí o por Ruby, no lo sabía—. No deberían permitirle quedarse aquí.

—Bueno —repliqué intentando recordar cómo era yo a los diecisiete años, cómo odiaba que los adultos me mintieran; que lo único que quería en ese entonces era honestidad—, no pudieron probarlo. —Era la única cosa honesta que se me ocurrió. Pensé que era tarea de Charlotte explicarles el sistema legal a sus hijas.

—Sí. —me contradijo Molly poniendo los ojos en blanco, una imitación perfecta de su madre—. Lo probaron.

Y cerró la puerta, poniéndole fin a la conversación de manera eficaz.

Cuando estaba bajando los escalones del porche de Charlotte, vi a Chase corriendo por la calle, su familiar contextura ancha, el paso mecánico, acelerado. Caminé a casa más rápido, con la esperanza de evitarlo. Sabiendo que, en ese momento, Ruby estaba fuera, en el mundo, hablando con su abogada. Me preguntaba a quién se refería cuando dijo “Alguien va a pagar”, si se refería solo al agente Chase Colby del Departamento de Policía de Lake Hollow. Chase estaba de baja en el departamento, a la espera del resultado de la investigación interna. Había tenido todo el tiempo del mundo para dejar que la herida supurara. Y ahora, el origen de todos sus problemas, de todo lo que había perdido, estaba aquí, conmigo.

Subí rápidamente los escalones de mi porche, con la cabeza gacha. Acababa de cerrar la puerta cuando oí el sonido de su pisada firme. Me asomé por la ventana del frente, vi que se alejaba. ¿Quién necesitaba una vigilancia vecinal si sabíamos que Chase estaba observando?

En realidad, yo no lo culpaba. No culpaba a ninguno de ellos, ni por pasar junto a la piscina para ver más de cerca, ni por acercarse con la cortadora de césped para mirar por nuestra ventana, tampoco por pasar corriendo para controlarla; no eran los únicos que querían saber qué estaba haciendo Ruby aquí.

"Vamos a poner una denuncia", había dicho. En las noticias, la abogada dio a entender que había conflictos con los vecinos, con nosotros, que a Ruby no solo la había perjudicado el sistema. Yo ya no confiaba en que ella compartiese la verdad conmigo, ya no. Si es que alguna vez lo había hecho. "Díselo, Harper. Diles que yo no pude haberlo hecho…".

Al principio, quise confiar en ella por instinto. Antes de que se descubriera su imagen en las cámaras. Antes del juicio y los testimonios. Había oído el eco de mi hermano en su alegato, lo que interpeló algo más arcaico dentro de mí.

Tal vez, eso es lo que me hizo confiar en Kellen, una confesión desacertada la noche de Navidad, después de haber bebido mucho licor de huevo y de haber dormido poco. Pensé que él lo iba a entender, a decirme que había hecho lo correcto.

Por tradición, pasábamos el día de Navidad con la familia de mi madre, en la casa del cabo en la que habíamos crecido, y donde todavía vivían ella y a veces Kellen, por propia elección, pero más bien por insistente sugerencia de ella.

Después de la cena, nos escapamos de las preguntas inquisitivas de nuestra familia extensa —"¿Has conocido a alguien, Harper? ¿Cómo anda el trabajo nuevo, Kellen?"— y buscamos refugio en el patio cerrado, a pesar del frío implacable.

Siempre nos habíamos parecido más de lo que hubiéramos querido: ojos grandes, castaños, y la boca caída; pómulos altos y una sonrisa que me parecía conocida, que me reflejaba. Por eso, a veces, creía que éramos más cercanos de lo que éramos en realidad.

Así que le conté, bajo el tenue resplandor de la lámpara amarilla, junto a la puerta trasera, con las voces apagadas del otro lado.

—La persona con la que comparto la casa ha sido declarada culpable de matar a nuestros vecinos —dije rompiendo el silencio—. Yo he testificado.

Kellen me miró con una expresión que nunca había visto antes. Como si no supiera quién era yo ni qué secretos guardaba.

—¿Sabías que lo había hecho? —preguntó.

—No —respondí—. No estaba segura.

Su expresión se volvió más oscura, más reflexiva. Su aliento escapó en una niebla de aire frío.

—¿No tendrías que haber estado segura antes de testificar?

Pero yo había pensado que ese era el objetivo del juicio. Presentar

cada pieza individualmente, para saber más allá de toda duda razonable.

—Solo dije la verdad. No fui yo quien la declaró culpable.

Como si cada uno pudiera absolverse individualmente.

La conversación terminó con una sensación de incomodidad, y yo cogí mi vuelo temprano por la mañana, sin despedirme.

Pero me llamó una semana después, en la víspera de Año Nuevo, cerca de la medianoche —las fiestas, la época más lógica para llamar — y se disculpó, como si se hubiera quedado pensando. Dijo que había proyectado, y me largó una frase de desprecio hacia sí mismo —"Yo no soy quién para hablar, ¿no?"— y algún comentario sobre que nunca se podía estar seguro de lo que las personas eran capaces de hacer. Nos deseamos "feliz Año Nuevo" y colgamos el teléfono y, siguiendo otra tradición familiar de los Nash, no volvimos a hablar.

Ahora, oía el eco de su pregunta: "¿No tendrías que haber estado segura?". Ni siquiera estaba segura de lo que ella hacía aquí. Pero, de pronto, con Ruby fuera, vi la oportunidad.

Esta vez, me acerqué a su habitación con un objetivo.

Como la puerta de su dormitorio estaba cerrada, entré al baño, como esa mañana, para interferir lo menos posible. En la encimera estaban los artículos básicos que habíamos comprado el día anterior por internet: un cepillo de dientes nuevo y productos de higiene; la mitad de ellos, amontonados en un rincón, sin abrir. Todavía había humedad en el baño, la condensación estaba pegada al espejo, como si ella acabara de salir. Encendí el extractor para que circulara el aire y algo revoloteó en el techo.

Arriba, había un fajo de billetes metido entre las aspas. Bajé la tapa del inodoro y subí con cuidado, haciendo equilibrio con una mano apoyada en la pared. Cuando estiré el brazo, con los dedos rocé el borde de un papel, un billete de veinte dólares que se había desplegado y aleteaba con el aire del ventilador. Me incliné hacia un lado, para ver mejor el rollo de dinero. Si eran todos de veinte, era mucho más dinero del que yo hubiera pensado que la abogada le habría dado para volver a empezar.

Por lo que podía ver desde ese ángulo, había distintos billetes de poco valor, de cinco, de diez, de veinte dólares. Como si alguien hubiera metido la mano en un cubo lleno de dinero y hubiera cogido billetes al azar. No me imaginaba a su abogada abriendo el monedero, contando el cambio que tenía y dándoselo, mientras se encogía de hombros, pero tampoco se me ocurría de qué otro modo podría haberlo conseguido.

Apagué el extractor rápidamente.

Se me aceleró el corazón cuando abrí los cajones de debajo del lavabo, en busca de otras cosas que ella pudiera tener escondidas, y

detecté una bolsa de color amarillo brillante metida detrás del desagüe. Me arrodillé en las baldosas y lo saqué. Una bolsa impermeable, como la que usábamos cuando salíamos con el kayak, donde poníamos los teléfonos y las llaves para que no se mojaran.

Estaba vacía.

Debía de haberla encontrado donde estaba guardado su kayak, enterrado bajo catorce meses de basura. De pronto lo entendí. Ese dinero escondido en el baño; la bolsa impermeable bajo el lavabo; el miedo de que yo me hubiera desecho de su kayak y la insistencia por rescatarlo: había escondido su dinero allí antes de su arresto. Tal vez había planeado escaparse con él.

Y ahora volvía a buscarlo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo ante el descubrimiento de que tal vez no era paranoia lo que sintieron mis vecinos, con los rumores que circularon después de su arresto. Las quejas porque les había desaparecido dinero de un monedero, de una cartera, de una casa durante una fiesta. Tal vez, yo nunca llegué a conocer a Ruby tanto como había creído.

Pero sentí que el pulso se me volvía a normalizar, porque finalmente había encontrado el sentido de sus acciones. Ruby había entrado a hurtadillas el primer día, con los zapatos en la mano, el bolso vacío en el vestíbulo. Había venido aquí, a mi casa, a buscar lo que había dejado atrás. Allí había una serie de pasos que yo podía rastrear hacia delante y hacia atrás, entender su motivación, ver el inevitable final: ella se iría de esta casa.

Koda saltó desde el borde de la cama de Ruby en la habitación contigua, y yo me sobresalté.

La maleta de Ruby estaba en el otro extremo de la habitación. La miré y seguía vacía. Abrí uno de los cajones de la pequeña cómoda que había traído de la casa de su padre cuando se mudó, y busqué con cuidado entre la ropa que habíamos comprado juntas, todavía con las etiquetas. Algunas prendas, como los calcetines, seguían en la bolsa de plástico en la que habían llegado.

No encontré nada fuera de lugar en el resto de los cajones. Me quedé junto a la única ventana, mirando a través de las rendijas de las persianas bajadas; su habitación daba a la parte de atrás de nuestro patio y al jardín de Tate y Javier Cora. Detrás de la cerca de separación, las ramas de los árboles se mecían, aunque no había brisa cuando yo estuve fuera.

Acerqué la cara a la persiana, apoyé la frente en los listones blancos. Si alguien estaba acechando desde la arboleda, detrás de las casas, no tenía forma de saberlo, porque la cerca tapaba la vista del suelo. Las hileras de árboles de hojas perennes, muy juntos, creaban la ilusión de privacidad, de modo que uno se olvidaba de que el camino

llevaba a otro semicírculo de casas justo al otro lado.

Una ardilla, seguramente. Las oíamos todo el tiempo, saltando desde las ramas y correteando por el techo. Un repiqueteo de patas que siempre me aceleraba el corazón.

Dejé el armario para el final. Dentro, las pocas perchas de alambre seguían vacías en la barra de metal. Un montón de ropa sucia estaba apilada en un rincón oscuro, como si todavía no supiera qué hacer con ella. Hundí el pie en el montón de tela solo para revisarlo. Nada.

No había muchos más sitios en la habitación donde buscar. Una toalla beis colgaba del borde de la cama en el que la gata había estado durmiendo, y resistí el impulso de levantarla y colgarla en el baño antes de que le saliera moho.

Antes del arresto de Ruby, yo misma había dejado entrar a la policía, les había permitido inspeccionar; buscaban el detector de monóxido de carbono perdido. Yo estaba tan segura de que no lo iban a encontrar aquí… y no lo hicieron. Finalmente, la policía creyó que ese era el motivo por el que Ruby aparecía en los vídeos de la cámara de Margo y Paul Wellman corriendo hacia el lago: fue a deshacerse de la prueba, aunque nunca se encontró nada.

Yo vi cómo registraron la habitación en ese entonces, metódica y cuidadosamente. Recordé todos los lugares que revisaron. Así que le di la vuelta a la almohada. Recorrí el edredón con las manos, después las juntas de la cama donde se apoyaba contra la pared.

Por último, busqué con los brazos entre el colchón y el somier, por toda la superficie de la cama. Con el meñique toqué algo afilado cerca de la cabecera, y di un salto hacia atrás. Una gota de sangre, el comienzo de una herida; me lo llevé a la boca para detener el ardor. Después, volví a deslizar la otra mano con cuidado debajo del colchón, cerré el puño sobre algo pequeño y metálico. Enseguida reconocí el objeto. Era un cuchillo de cocina pequeño. Un mango negro con forma convexa que yo conocía. Una pieza del juego de la cocina. Ruby se lo había llevado para esconderlo y tenerlo a mano bajo su cama.

Como si estuviera asustada por algo.

Me quedé un largo rato allí, escuchando los sonidos de la casa vacía. Preguntándome si yo también tendría motivos para estar asustada.

CAPÍTULO 7

CADA VEZ MÁS INTRANQUILA Y ansiosa, empecé a dar vueltas por la casa. A mirar el reloj. Cené de pie en la encimera de la cocina, por si tenía que cambiar de tarea en algún momento.

Mi cabeza seguía dando vueltas alrededor de ese cuchillo. Por qué sintió la necesidad de cogerlo. De qué —o de quién— tenía miedo, cuando, en realidad, la mitad del vecindario estaba haciendo planes para enfrentarse al miedo que ella les provocaba.

Volví a dejar el cuchillo bajo el colchón con cuidado, en el mismo lugar donde lo había encontrado; no quería que se enterara de que yo había estado revolviendo sus cosas. Imaginaba lo que ya le habría dicho a su abogada: "Harper se ha deshecho de todo lo que era mío, ¿te lo puedes creer?".

Eran casi las siete de la tarde y Ruby no había vuelto.

¿Me había dicho a qué hora iba a volver o dónde iba? "Una zona de oficinas", me había dicho. Me dio a entender que estaba cerca, que su abogada iba a pasar por la ciudad. Pero no me dio margen para seguir preguntando, ni oportunidad para pedirle información específica.

Las agujas del reloj de la chimenea resonaban en el silencio. Apreté la mandíbula.

Oí que había gente hablando enfrente de casa, y el ruido me llevó al comedor, con la esperanza irracional de que iba a ver a Ruby que había bajado de mi coche y se había puesto a conversar con algún vecino como si no pasara nada.

Pero en la acera estaba Tate, llamando a Javier.

—Vamos, que llegamos tarde —dijo mientras él cerraba la puerta.

Su expresión se volvió relajada y amistosa cuando se acercó Tina Monahan desde su casa, que estaba al lado. Tina caminó hacia ellos con el aire de eficiencia de siempre, el pelo recogido en una coleta, el flequillo corto, que parecía cortado por ella misma, y una bata sanitaria del surtido que iba rotando con regularidad.

—¡Hola! —gritó Tate, con una mano apoyada en la cadera—. ¿Te lo puedes creer?

Tina meneó la cabeza una vez. Aunque yo no le veía la cara, no podía imaginarla diciendo algo negativo. Tina —“¿Para qué podría necesitar yo una cámara de seguridad, oficial?”— era una santa, una optimista tenaz. Era la única persona del vecindario que parecía caerles bien a los Truett, la menos frívola de todos.

Tina era enfermera y trabajaba en la universidad. Había traído a sus padres a vivir con ella un año después de que Aidan y yo nos mudáramos, era de las que decían “Es una bendición poder pasar este tiempo con ellos”. Su padre estaba en silla de ruedas. Su madre no podía cuidar sola de él. El modelo de casa de Tina tenía una habitación principal en el piso de abajo. “De verdad, fue una decisión fácil”.

Nunca la oí quejarse, nunca oí un comentario negativo. Creí que su comportamiento había sido auténtico después de los asesinatos. Ella nunca había tenido que mirar a las personas que vivían con ella y preguntarse de qué eran capaces. Nunca había tenido que dar cuenta de lo que había hecho ni en qué momento. Cuando la policía vino a investigar, dijo que no había necesidad de vigilancia porque siempre había alguien en casa.

Esperé a que se alejaran, cerré mi puerta y seguí al resto de mis vecinos al club social.

La reunión no podía hacerse en el club social, que era solo una construcción de una planta con tres puertas y pegada a la terraza de la piscina a la que se accedía desde esta. Constaba de dos baños y un salón de reuniones, que hacía las veces de depósito de objetos perdidos. Ese era el lugar donde se reunía la junta vecinal, pero en ese espacio no entraban más de quince personas. Nuestras reuniones siempre terminaban en la terraza, donde nos sentábamos en las tumbonas y en las sillas con tiras de vinilo y patas metálicas que arrastrábamos por el hormigón al sentarnos.

Pero los responsables siempre salían de la sala de reuniones como si vinieran de una charla técnica previa a un partido y decidieran qué compartir con las masas. Cada vez que se abría la puerta, podíamos ver el salón fugazmente: el borde de una mesa y un cubo grande y gris lleno de flotadores y gafas de natación, objetos no reclamados que se habían acumulado durante años, ahora disponibles para que los residentes los cogieran prestados cuando los necesitaran.

Charlotte Brock era la presidenta, Tina Monahan la secretaria y el marido de Margo Wellman, Paul, el tesorero. Habían ocupado esos puestos durante años. Nadie quería saber nada del trabajo extra y los problemas.

Aunque esta reunión no había sido convocada oficialmente por la junta, Tina estaba de pie junto a Charlotte en la puerta de la sala

cuando yo llegué. Busqué a Paul Wellman con la mirada —el traje de negocios informal que llevaba siempre, sin importar que estuviéramos al aire libre, en una piscina, mientras el resto vestíamos ropa playera o de deporte, y el pelo con canas prematuras que le daban un aire de responsabilidad—, pero no estaba por ningún lado. Sin embargo, Margo estaba allí, sentada a una de las mesas redondas de la piscina, meciendo el cochecito con el pie porque Nicholas no paraba de moverse. Me senté en la silla que estaba junto a ella, aunque pareció no notarlo.

—Ey —dije, acercando un poco la silla.

Abrió mucho los ojos al verme y miró detrás de mí, para ver si venía Ruby. Igual que Molly antes.

—Estoy sola —aclaré, y ella asintió.

De cerca, vi la nariz quemada que se le estaba empezando a pelar, y los labios agrietados. A los treinta, Margo tenía la cara redonda, rasgos suaves y ojos grandes y azules; entre los ojos y el pelo, que nunca estaba del todo prolijo, siempre parecía que la habían tomado por sorpresa. Ella y Paul contrastaban en su comportamiento, pero daba la impresión de que se equilibraban el uno al otro.

—Sobre lo de ayer —continué—. No sabía que Ruby iba a venir. La seguí hasta la piscina para asegurarme de que no pasara nada. —Miré hacia atrás y bajé la voz—. Con Chase.

Relajó los hombros y se acercó.

—No sabía que había vuelto —dijo—. Cuando habló me quedé paralizada.

—Bueno, ella entró en mi casa y yo también me quedé paralizada.

Pude sacarle una media sonrisa, al menos. Estaba construyendo el camino de vuelta de este modo. Tenía que asegurarme de que supieran que yo estaba de su lado.

Cuando me llamaron para declarar en defensa de Ruby, me situé en un lado decisivo de la línea. El ambiente en el vecindario se había tensado en los momentos previos al juicio, cuando supimos quién iba a declarar y quién no. Pero después de la condena de Ruby, pareció que ya no importaba. Todos habíamos presentado solo una parte de la verdad, y nadie podía culparme por eso.

Después, todo fueron sonrisas superficiales, amables y educadas y saludos desde el coche. Pero, prestando atención, se podía ver la división existente. Los mensajes de texto que yo no recibía; las invitaciones que no llegaban. Ya no me contaban todos los secretos.

—¿Ya se ha ido? —preguntó.

Cerré los ojos un instante.

—Ha salido para reunirse con esa abogada. Pero sigue aquí.

En el cochecito, Nicholas empezó a llorar, y Margo lo puso en su regazo y acarició sus bucles pelirrojos de bebé.

—Bueno, bueno —dijo ella con tono ausente, y yo no supe si me estaba hablando a mí o al bebé.

—¿Dónde está Paul? —pregunté.

Pensándolo bien, no lo había visto en semanas. Si algo había pasado entre ellos, nadie había mencionado su ausencia; la suya fue una retirada silenciosa.

—Ha tenido que quedarse en el trabajo —respondió. Le dio unas palmaditas al bebé en la espalda y susurró para que se callara, de manera que pude seguir preguntando—. Le dije a Charlotte que no todo el mundo podría llegar a una reunión a las siete en punto. Pero ya sabes cómo es ella.

Como si le hubieran dado pie, la voz de Charlotte resonó en el espacio:

—¿Me oís todos? —gritó con las manos extendidas hacia los lados, como si estuviera invocando algo.

El parloteo se convirtió en murmullo. Con la mirada, recorrí el espacio de la piscina y vi a los vecinos que se acercaban, y sentí claustrofobia. Las familias de la calle anterior a la nuestra arrastraban las sillas por el suelo. Sus miradas se apartaban cuando se encontraban con la mía.

En ese momento, Mac atravesó la verja abierta junto a su hermano, Preston. Se abrieron paso entre el mar de sillas, y se dirigieron a un lugar libre cerca de la parte de atrás, saludando con la cabeza a los vecinos a medida que pasaban. Al menos la mitad de los hogares estaban representados esta noche. La noticia se había difundido con rapidez.

—Gracias a todos por venir esta noche. —La voz de Charlotte siempre se levantaba sobre la multitud, aunque no fuera demasiado sonora; más bien, los otros se callaban para compensar—. Sé que ya hemos pasado por esto antes, pero pensé que sería útil repasar el protocolo. Por favor, por favor, recordad que todos somos voluntarios, así que no exijamos más de lo que se nos ofrece. ¿De acuerdo?

Un rozar de telas. Una tos cerca de la parte de atrás.

Charlotte asintió para sí misma, luego continuó:

—Estamos pidiendo que todos los que puedan se apunten para una noche completa, de modo que no haya demasiadas exigencias para nadie. Sé que es difícil asignar un horario fijo semana tras semana. Así que hemos pensado que esto funciona un poco mejor. El que pueda, que haga una noche completa, y ya habrá cumplido por todo el mes. Lo que necesitamos es que se hagan rondas a pie periódicas desde el atardecer hasta el amanecer. Por supuesto, si queréis compartir la responsabilidad con alguien más, sois bienvenidos. Voy a dejar una hoja de inscripción aquí, y podemos ver el tema de la logística juntos. Solamente queremos saber con quién podemos contactar, quién va a

estar vigilando cada noche. Me acuerdo de que el año pasado, mis hijas se pusieron nerviosas porque no sabían que Javier tenía un coche nuevo. —Un guiño en su dirección, una risita entre dientes que se propagó por la multitud—. A modo de recordatorio, o para los que son nuevos en esto… —Recorrió la multitud con la mirada. Ninguno de nosotros era nuevo en esto—. Vamos a hacer un repaso rápido de lo que se permite y no se permite hacer.

La última vez, fue Chase quien nos contó todo esto; estaba de pie en ese mismo lugar con su uniforme de policía y nos explicó exactamente dónde estaba el límite de lo legal. Como si él mismo no lo estuviera cruzando en ese momento.

—Tenéis derecho a decir que este es un vecindario privado —continuó Charlotte—. Tenéis derecho a preguntar a quién vienen a visitar. Pero no tenéis derecho a detener a nadie. La presencia de alguien con autoridad desalienta la mayoría de los delitos. Independientemente de eso, tenéis que llamar a la policía de inmediato después de un encuentro sospechoso para que quede registrado. Recomendamos llevar un registro de todo lo que veáis, de todas las personas con las que habléis y no pertenezcan al vecindario.

—¿A quién se considera que es del vecindario? —Una voz retumbó detrás de mí, y al darme la vuelta vi a Preston Seaver, con la mano levantada, aunque ya había empezado a hablar—. Por ejemplo, si el problema es alguien que ya está en el vecindario.

Junto a él, estaba Mac, inmóvil, la mirada hacia delante. Como si no tuviera opinión sobre el tema. Charlotte forzó una sonrisa.

—Si surge algún problema, se aplican las mismas reglas. Se llama a la policía.

—Quiero decir, a pesar de eso, está permitido pasear de noche, ¿no? —preguntó otro hombre, sentado a una mesa a mi derecha.

Vivía en la casa detrás de la nuestra, solo. Había estado comprometido, pero su novia se fue en algún momento del año pasado. Se adelantó en la silla, y vi a Chase brevemente, apoyado sobre uno de los lados de la entrada.

—Por supuesto —dijo Charlotte—. Todos nos conocemos aquí. Usa tu criterio, Pete.

Sabíamos lo que implicaban esas preguntas y de qué daban cuenta las respuestas de Charlotte. Estábamos todos aquí para controlar a Ruby. Para vigilarla. Para observarla.

Ruby había estado en la última reunión, cuando Chase era el que estaba allí comunicando las reglas básicas. Antes de que una mujer que se parecía muchísimo a Ruby fuera identificada en la cámara de seguridad de los Seaver, y la investigación y Chase empezaran a concentrarse en ella.

En ese entonces, Ruby todavía era una de nosotros, hacía la cola, se

apuntaba en la lista. “¿Compartimos turno, Harper? Podemos salir juntas”.

—Si eso es todo —dijo Charlotte, y dejó la hoja en la mesa plegable, blanca y rectangular que estaba frente a ella—, os liberamos para que vayáis a disfrutar de vuestra noche.

Hicimos una fila, igual que la última vez, el vivo retrato de la comunidad civilizada. Ocupé mi lugar y avancé, estaba entre Charlotte y los hermanos Seaver.

Al verme, Mac retrocedió un poco.

—¿Cómo te las has arreglado para venir? —preguntó, hablando por la comisura de la boca, como si todo fuera un juego.

—Ha salido —contesté.

Preston, mirando hacia adelante, hizo un ruido, entre asqueado y divertido. Mac arqueó una ceja, pero era el siguiente en la fila y no tuvo oportunidad de responder.

—Creo que nosotros deberíamos hacer la primera semana, ¿os parece bien, chicos? —les decía Charlotte ahora.

“Nosotros” era nuestra calle. Nuestro grupo. Nuestro clan. “Nosotros” éramos los que nos superponíamos en el trabajo y en casa, los rebosantes de conversaciones y bromas, sin límites definidos. “Nosotros” éramos la hilera de casas, desde nuestro sector hasta la piscina, que había detectado a Ruby en las cámaras. Nosotros éramos los que habíamos declarado.

Nosotros éramos los que podíamos llegar a pagar.

—Buena idea —dijo Preston, y me perdí el resto de la conversación, tapada por el sonido de Margo intentado calmar a un inquieto Nicholas.

Cuando llegó mi turno, el siguiente, Charlotte no se inmutó.

—Harper, gracias por venir. ¿Qué noche te viene bien? —Sostuvo el bolígrafo sobre la hoja de inscripción.

—Apúntame donde haya una noche sin cubrir, Charlotte. Y algo más, quería hablar contigo. Hoy he pasado por tu casa.

Deslizó el dedo por la lista de fechas, los ojos fijos en la hoja.

—Me lo contó Molly. Perdón, es un poco caótico, he agendado un montón de citas para esta semana. ¿Hay algo urgente?

Me acerqué para captar su atención. Presioné los dedos contra la mesa de plástico hasta que ella se encontró con mi mirada.

—Creo que sé por qué está aquí.

Charlotte parpadeó dos veces y se colocó el pelo sobre el hombro, como yo le había visto hacerlo a Molly antes ese mismo día. Su mirada se dirigió a la entrada y luego de nuevo a mí, con los labios apretados. Seguí la línea de su mirada, preocupada por ver a Ruby, por que me hubiera sorprendido aquí. Pero era Chase, apoyado contra los barrotes de hierro.

—Hace tiempo que no tomamos un café —dijo ella—. ¿Puedes venir a casa mañana? ¿Alrededor de las nueve?

Asentí. Ella garabateó mi nombre en un espacio vacío, luego le sonrió a Margo, que estaba detrás de mí.

—Margo, en serio, no tienes que hacerlo.

—Se despierta a cada rato porque le están creciendo los dientes. Estoy despierta de todos modos.

—Me acuerdo de esa etapa —dijo Charlotte, comprensiva, mientras yo me alejaba.

Busqué a Chase cuando salí, pero había desaparecido hacía unos minutos. No estaba en la fila ni en la terraza de la piscina. Empecé a pensar que se me había aparecido a mí de la nada. Un *déjà vu* de la última vez que hicimos esto, un ciclo que se repetía a sí mismo. Mientras nos aferrábamos a la ilusión de seguridad con la estructura y la rutina.

La casa de Chase estaba en dirección opuesta a la piscina, a la izquierda, en la esquina frente a la casa de Margo y Paul Wellman. Antes de la muerte de los Truett, Chase tenía una profesión y una buena posición en la comunidad. Autoridad y reputación. Poder. Me pregunté si, en última instancia, las personas de aquí no terminarían culpándolo por la liberación de Ruby.

La tarde se había nublado, como si fuera a llover, incluso antes de que empezara a anochecer. El farol de la esquina se encendió automáticamente y me iluminó.

Apreté el paso más de lo necesario. Imaginaba a Ruby esperando en casa, en total libertad. Esperándome.

No tenía motivos para preocuparme. Mi coche no estaba. Incluso si ella hubiera podido meter el coche en el garaje, las luces de la casa estaban apagadas, como las había dejado yo. También la luz del porche lo estaba; a tientas, metí la llave en la cerradura, rodeada de sombras. Al abrir la puerta, un papel se deslizó por el suelo de la entrada.

Encendí la luz del vestíbulo y me agaché para cogerlo. Era solo un folio, doblado por la mitad; se veía la tinta negra del otro lado. Algo cayó con suavidad al suelo cuando desplegué el folio, un mensaje en negrita me devolvió la mirada: “COMETISTE UN ERROR”.

Una línea, eso era todo. Sin nombre. No indicaba si era para mí o para Ruby.

Pero sobre el suelo de madera, con la mirada fija en mí, había una foto. Me fui agachando hasta quedar arrodillada, con la foto en la mano. Era una imagen ampliada y un poco borrosa; solo una parte de la escena entraba en el papel fotográfico brillante, de tamaño estándar. Pero pude distinguir que era la imagen de una mano

agarrando un objeto. Un fotograma de una cámara.

Desde ese ángulo, solo una cosa se podía ver con claridad, algo pequeño y brillante que sobresalía desde el puño cerrado. Un llavero con forma de hueso de perro. Metálico, lo sabía. Algo que se calentaba con el sol y se enfriaba en el invierno.

Un regalo de los Truett para Ruby cuando era adolescente y empezaba un negocio de pasear perros. Alguna vez, lo tuvimos en el cajón de la entrada, pero había desaparecido hacía mucho.

La policía lo había estado buscando. Habían abierto la puerta principal de la casa de los Truett esa mañana. Como si alguien hubiera entrado con una llave. Nunca la encontraron.

Pero alguien más lo vio. Lo había captado con la cámara y había guardado la prueba.

Hasta ahora.

CAPÍTULO 8

SE OYERON PASOS EN LA escalera del porche —muy fuertes para ser de Ruby— y la imagen del llavero me tembló en la mano. A gatas, desde donde estaba en el suelo, encendí la luz del porche a toda prisa antes de abrir la puerta de par en par. Mac estaba allí, boquiabierto, con las manos levantadas en un gesto de sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, mientras deslizaba la foto y la nota dentro del bolsillo trasero de mi pantalón corto.

—Me dijiste que ella no estaba —respondió con una media sonrisa —. No hemos tenido oportunidad de hablar. —Entró y pasó junto a mí observando la zona diáfana de la entrada.

Cerré la puerta desde dentro y me di cuenta de que había venido a quedarse.

—Bueno, ella no está en este mismo instante. Pero va a volver. Y tú, ¿no tendrías que estar haciendo tu ronda?

Se quedó mirándome de reojo.

—Ella no está aquí, Harper. ¿Por qué mierda crees que estoy vigilando? No va a pasar nada ahora, lo sabes.

No era Ruby la que me preocupaba en ese momento. Era el cuchillo que guardaba bajo el colchón para protegerse. Y la nota y la foto de la prueba perdida y que la habían dejado por debajo de la puerta cuando yo estaba en la piscina, reunida con todos los demás.

Enseguida pensé en Chase. Intenté recordar quién se había ido antes que yo. Quién había llegado después. Quién habría podido dejar esto aquí sin que yo lo notara.

Pero el brazo de Mac ya me rodeaba la cintura, y me conducía a mi propia cocina.

—Vamos, te vendría bien beber algo —afirmó.

Todos los que vivíamos en Hollow's Edge nos movíamos con soltura en la casa de los demás, todas las construcciones eran tan parecidas que uno sentía que estaba en su propia casa, aunque no lo fuera.

Sentí que se me relajaban los hombros. Había estado funcionado en estado de alerta máxima desde el regreso de Ruby, sintiendo que

estaba dos pasos por detrás, intentando mantener todo bajo control. Necesitaba relajarme. Tomar decisiones sensatas. Pensar bien.

Había algo contagioso en el comportamiento de Mac —algo que faltaba en el mío—, la capacidad de vivir en el momento, de no mirar nunca demasiado adelante ni demasiado atrás.

Cuando llegamos a la cocina, Mac se apoyó a un lado de la nevera, ignorándome, algo que para mí había llegado a ser parte de su atractivo. La abrí y tomé dos cervezas, me puse una detrás de la nuca y le di la otra.

—¿Todo bien por aquí, niña? —preguntó, mientras desenroscaba el tapón de su botella y lo tiraba sobre la mesa de la cocina.

—Sí, bien —aseguré—. Me has asustado.

—Están todos muy nerviosos. Es una persona, nada más. Una persona. Le pregunté a Charlotte "¿De verdad crees que va a hacer algo ahora que está libre?" —Meneó la cabeza, se apoyó en la encimera junto a mí, esperando que yo bebiera un trago. Levantó la botella para brindar.

Ya sabía cómo seguiría aquello, y me reconfortaba la sencillez de ver los pasos desplegados ante mí, predecibles y fiables. Había sido muy parecido la primera vez.

Ocurrió después del juicio de Ruby; estaba como perdido, como si no pudiera creer lo que había pasado y no supiera qué lo había llevado hasta mi puerta, salvo que yo era alguien que lo entendería. Alguien que había visto el otro lado de Ruby, alguien dispuesto a hablar en su defensa. Ese día, como ahora, Mac se quedó mirando fijamente el centro de la casa, como si todo fuera un truco y Ruby fuera a aparecer desde un rincón de la sala en cualquier momento. En aquella ocasión, también le ofrecí una cerveza.

"Me llamó", me había confesado con la voz quebrada por la emoción. "Era un mensaje automático, una llamada desde…". Había dejado la frase en suspenso.

"¿La aceptaste?", le había preguntado, imaginando a Ruby de pie contra una pared de hormigón, una mano sobre la otra oreja.

Meneó la cabeza y me miró.

"¿Hice bien?", me había preguntado.

Y, de pronto, lo entendí. Él. El modo en que Ruby había perseguido ese sentimiento, con intermitencias, durante años. Cómo miraba hacia arriba desde la silla junto a la mesa de la cocina, el brillo de cachorrito en los ojos. Cómo las palabras sonaban francas y honestas, como si estuviera confesando algo más profundo. Ese acento suave y cadencioso tan seductor. El hecho de que desestimara mis juicios, mis opiniones, era su propia marca de poder. Tragué el nudo que tenía en la garganta.

"Sí, hiciste bien", le había asegurado.

“Bueno, me siento un imbécil”.

Tenía la cabeza apoyada en una mano, hizo girar la botella de cerveza a un lado y al otro sobre la mesa.

“Veinte años es mucho tiempo”, le había asegurado, como si nos estuviera absolviendo a ambos de lo que todavía no había pasado.

“También hay que tener en cuenta el doble homicidio”, había observado, con esa media sonrisa íntima que yo llegaría a conocer tan bien.

Era la primera vez que alguien hacía una broma del tema. Me reí a carcajadas, más de lo debido. No me había reído desde antes de que encontráramos los cuerpos de los Truett. Como si todo, desde ese momento, hubiera quedado tapado por un gran peso. Y ahora, al liberarse, yo le atribuía una importancia desproporcionada.

Pero en ese entonces, todo era emoción en carne viva. El miedo, la lealtad, la vergüenza. Todo estaba tan en carne viva y expuesto que era fácil pensar: “¿Y qué? ¿Qué es un poco más?”.

Así que cuando él dijo:

“No íbamos en serio. Quiero decir, lo sabes. Nunca fue nada serio”.

Yo pude responder:

“Lo sé”.

A grandes rasgos, yo sabía cómo iba a seguir, había visto la misma rutina con Ruby. El modo en que él la llamaba “niña”, cómo la rondaba, cómo se quedaba en su órbita, siempre asegurándose de que ella estuviera vuelta hacia él, siguiéndolo.

Se había puesto de pie y dejó la cerveza vacía en el fregadero, inclinándose cerca de mí.

“Lo necesitaba”, me susurró.

Yo ya no sabía a qué se refería y ya no me importaba.

Antes de Mac, antes del juicio, antes del ronroneo del motor durante tanto tiempo en el garaje de al lado, yo sentía, a menudo, que estaba al borde de algo, mirando hacia abajo, siempre con cuidado de no acercarme demasiado. Al crecer junto a mi hermano, siempre sentí el impulso hacia el extremo opuesto. Como si estuviera luchando por mantener un delicado equilibrio; como si cualquier resbalón pudiera empujar al resto de nuestra familia dentro de un torbellino. Creía profundamente en la necesidad de control, para mí misma y para otros. Había pasado mi vida entera dentro de los confines que yo había establecido para mí o de los límites que me habían impuesto otros.

¿Qué pasaría —pensé de pronto— si traspasara esos confines? ¿Si no retrocediera, y si, en cambio, fuera hacia adelante, si me entregara al impulso y a la inconsciencia del momento?

La respuesta, sin embargo, fue a la vez liberadora y aterradora:

nada. No hubo consecuencias, ningún derrumbe provocado por mí; confirmarlo tenía algo de seductor.

Pero ahora, con Mac junto a mí, todo parecía más peligroso, más intencionado. En ese entonces, ¿cuál podía ser el daño? No existía el miedo a ser descubiertos, ninguna consecuencia que tuviéramos que afrontar, más que las miradas de reojo de Tate, o la mirada cómplice de Preston. Hasta parecía justificado. Dos personas que entendían lo que estaba atravesando la otra. Dos vidas sacudidas por la cercanía con Ruby Fletcher.

Las cosas fueron fáciles y simples con Mac. Tampoco íbamos en serio. Era algo que nos convenía. Nunca imaginé a Mac tomándose algo en serio. Lo que hubiera pasado entre nosotros en ese entonces se disipó para las vacaciones de invierno, solo para volver a empezar el mes pasado; fue una respuesta pavloviana al cambio de estación.

Al dejar la botella de cerveza sobre la encimera, Mac se acercó. Se sentía el ambiente cargado, como si me estuviera poniendo a prueba con juegos: algo provocador, algo excitante. Algo apremiante. Como si él esperara que Ruby nos encontrara.

—Espera —dije.

Porque no era fácil tomar decisiones habiendo pasado la veintena y sin muros de hormigón interpuestos entre nosotros. Entonces, pensé: “Y si me descubre, ¿qué? ¿Qué va a hacer? ¿Irse? ¿Eso sería lo peor?”.

No puse demasiada resistencia cuando Mac se inclinó y puso los labios en mi cuello. Pero debió de percibir alguna.

—No permitas que te atrape, Harper —me pidió mientras respiraba junto a mi oreja y hacía presión con su cuerpo para subir el mío a la encimera—. ¿Estás asustada?

—No —dije, aunque estaba atenta al sonido del coche y no dejaba de mirar la puerta principal.

Lo que había aprendido sobre el miedo era que intensificaba todo. Reafirmaba en quién se confiaba y en quién no. Aclaraba cosas sobre los demás, sobre nosotros.

Un ruido que vino desde el patio me sobresaltó. Hasta Mac retrocedió de un salto y tiró la botella de cerveza, que rodó sobre la encimera, demasiado fuerte en el silencio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, escudriñando la oscuridad por las ventanas de la sala.

Había sonado como si algo hubiera caído en el patio. Mac se quedó quieto mientras yo atravesaba la sala hacia la puerta trasera. La abrí, y no oí más que el sonido de los grillos y el chirrido de una bisagra. El patio de atrás estaba vacío, pero la puerta de la cerca no tenía el cerrojo echado y se batía hacia delante y hacia atrás.

Esa puerta tendría que estar cerrada desde dentro. Había que echar el cerrojo desde el patio, que no se podía alcanzar desde fuera.

Empecé a cerrarlo después de lo de los Truett. Nunca se me olvidaba. Sin el cerrojo, cualquiera podía abrir la puerta desde fuera; de vez en cuando, se abría por el viento o porque algún vecino empujaba la cerca.

Bajé los escalones, crucé el patio y miré por encima de la cerca hacia la arboleda. El sonido de los grillos sonó más fuerte, pero no había nada visible entre las sombras de los árboles de hojas perennes que se superponían. Ni siquiera se podían ver las luces de la calle, al otro lado de la carretera, donde estaba la siguiente explanada con forma de medialuna, un poco más elevada que la nuestra.

Tiré de la puerta hasta que se oyó el pestillo, después eché el cerrojo. Tal vez Ruby no lo hubiera cerrado cuando estuvo aquí antes. Cuando estábamos escuchando a Javier y a Tate. Tal vez, salió a dar una vuelta y se olvidó de cerrar la cerca después. Pero estaba descalza esta mañana; no creí que fuera a salir.

—Creo que alguien estuvo espiando la casa —supuse, mientras me retiraba a la seguridad del interior; cerré con llave la puerta trasera al entrar.

Me volví para mirar a Mac de frente y volví a sentir la foto del llavero escondida en mi bolsillo trasero. Me pregunté si quien la había dejado donde la encontré estaba tratando de acercarse para ver mi reacción.

Mac todavía estaba mirando por la ventana, y me pareció que no me había creído.

—Tal vez tendrías que volver a la calle —le sugerí con un enfado irracional. Como si él fuera el culpable.

—Harper —intentó tranquilizarme—, seguramente ha sido el viento, nada más. No dejes que ella te moleste.

Mi enfado creció. Como si la presencia de Ruby estuviera transformando la trama de mi realidad. Como si yo estuviera viendo peligros en lugares donde no existían.

Como si Mac no estuviera aquí solo porque lo atraía el peligro del momento.

Cuando Mac se fue, apagué todas las luces exteriores y me aseguré de que las persianas y las cortinas estuvieran cerradas. Y pasé la hora siguiente volviendo a conectar la vieja cámara que estaba sobre el porche, la que Ruby había mencionado. Básicamente, era una vieja cámara web, algo que, originalmente, Aidan había instalado encima de la puerta cuando empezaron a correr rumores sobre unos paquetes que habían desaparecido antes de las Fiestas. Cuando logré hacerla funcionar, pude acceder al vídeo y ver lo que ocurría en tiempo real, pero no tenía instalado el servicio de grabación.

Ruby todavía no había venido; si no fuera por el dinero que había

en el baño, habría pensado que se había ido para siempre con mi coche y que ese era mi castigo.

En mi habitación, guardé la foto y la nota en el fondo del cajón de los pijamas. Cercanas, pero ocultas.

Como ya era casi medianoche, dejé mi portátil abierto en mi habitación, con la pantalla frente a la cama, para ver a cualquiera que se acercara. A quien pudo haber dejado la foto. A quien todavía podría estar vigilando. Me quedé oyendo los ruidos de la noche detrás de la seguridad de los muros cerrados y las puertas con llave. Los sonidos del lago en la distancia —un zumbido constante, un bullicio creciente— ahogaban lo que sonara menos, lo que estuviera más cerca. No se escucharían pasos furtivos, ningún esfuerzo por no hacer ruido.

Estuve mirando la pantalla hasta que me quedé dormida; tuve sueños intermitentes y oscuros. Me desperté varias veces, preguntándome qué me había despertado. Y, cada una de ellas, presionaba una tecla del portátil hasta que la pantalla volvía a enfocar, para ver las sombras en el vídeo pixelado. Me preguntaba si había sido Mac que pasaba. Ruby que volvía a casa.

O alguien más.

MARTES
2 DE JULIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: Horario de la vigilancia vecinal *Publicado: 8.24 a. m.*

Charlotte Brock: Pongo el horario definitivo para la vigilancia de la semana próxima que salió de la reunión de anoche. Si no podéis cumplir vuestro turno, por favor, buscad a un sustituto e informad aquí, para saber a quién esperar.

P. D.: Gracias a Mac Seaver por hacerse cargo del primer turno de anoche.

2 de julio: *Tate y Javier Cora*
3 de julio: *Harper Nash*
4 de julio: *Margo y Paul Wellman*
5 de julio: *Tina Monahan*
6 de julio: *Charlotte Brock*
7 de julio: *Preston Seaver*

CAPÍTULO 9

Me despertė acurrucada de lado, de frente al portátil, con una ligera resaca, aunque había tomado una sola cerveza. A veces, me pasaba, sin importar el alcohol que hubiese tomado; el estrés o la adrenalina me provocaban un dolor leve de cabeza, una náusea persistente. Estaba empezando a amanecer, la luminosidad suave del alba comenzaba a filtrarse por las rendijas de las persianas.

Tardé un segundo en recordar qué estaba haciendo, por qué estaba tan desorientada: esperar a Ruby; vigilar para descubrir quién estaba acechando.

Salí de la cama con dificultad, me sostuve del marco de la puerta abierta.

—¿Ruby? —llamé, caminando hacia su habitación oscura, vacía, con olor a rancio, antes de bajar la escalera.

Todavía en pijama, abrí la puerta principal, aunque sabía qué iba a ver: una calle vacía, la entrada libre. Ni mi coche ni Ruby habían vuelto.

Pero la calle no estaba muerta, a pesar de la hora. Preston Seaver caminaba en dirección opuesta, la cabeza gacha, las manos en los bolsillos de los pantalones cortos de deporte. No me vio en el porche, no modificó el paso, solo siguió caminando, con pasos largos, hacia su casa, en la esquina. Seguramente, estaba cubriendo la última parte del turno de Mac.

A pesar del ajuste de horarios en verano, Mac entraba a trabajar más temprano que el resto de nosotros, para empezar antes con los trabajos en exteriores por la mañana. Lo último que había oído fue que estaba supervisando los trabajos de albañilería del patio central del campus.

Cerré la puerta con cuidado y evalué mis opciones: denunciar la desaparición del coche; buscar los datos de la abogada y contactar con ella para averiguar el paradero de Ruby; esperar.

Tal vez, Ruby no pensaba en los demás como yo pensaba en ella. Tal vez, se había perdido en su libertad; después de catorce meses, no

había nadie que le dictara un horario, nadie que diera cuenta de todos sus movimientos. O tal vez, me estaba diciendo algo.

Yo me había desecho de sus cosas y ella se llevó mi coche. Todo era un tira y afloja.

Como había dicho, alguien iba a pagar.

Miré el reloj; tenía que llegar a casa de Charlotte para tomar un café en quince minutos. Cuando vine a vivir aquí, me encantaban los encuentros para tomar café que ella organizaba en su casa. La promesa de amistades íntimas y secretos guardados. Charlotte tenía la capacidad de hacer que una se abriera, probablemente por eso era tan buena en su trabajo en la universidad como consejera. O tal vez, era un truco que había aprendido durante su formación. De cualquier modo, era normal llegar a la casa de Charlotte para tomar un café e irse con la mitad de los temas propios conversados y más liviana.

Ahora, todos éramos distintos. Nos aferrábamos más a nuestros secretos y a nuestra confianza.

Dejé que el pelo se me secara al aire; seguro que Charlotte estaría tranquila, pero no tenía sentido que yo fingiera. Cuando salí, Javier estaba sentado en su porche; llevaba una camiseta gris gastada y pantalones pijama azules. Había un café junto a él y tenía un cigarrillo en la mano. Yo sabía que, en teoría, lo había dejado hacía años y que Tate no permitía que se fumara en su casa. También sentía el olor que se colaba por los listones de la cerca algunas noches, mucho después de que ella se hubiera ido a dormir.

—Buenos días —saludé bajando los escalones de mi porche.

Él levantó el cigarrillo levemente a modo de saludo, sin hablar. Me pregunté si Tate todavía estaría dentro, durmiendo.

Javier Cora abrazaba el verano con convicción, era muy diferente al personaje que interpretaba en el período escolar, con su estrafalaria pajarita y el pelo negro detrás de las orejas, como si se encogiera para entrar en el disfraz de Profesor Preferido. Probablemente, no lo reconocerían con su pelo en verano, más largo y despeinado, una barba que afeitaba solo una vez a la semana, y ni siquiera; el cigarrillo, un escándalo para los padres de alumnos de instituto de todo el mundo.

Aquí, ante nuestros vecinos, nosotros revelábamos un lado que ocultábamos a nuestros colegas y conocidos. La persona que éramos a las cinco de la madrugada el día de la recogida de basura; nuestros horarios; la vida que llevábamos. Estábamos más cerca de ser una familia que de no serlo, conocíamos los horarios, las visitas y las inseguridades de los demás.

Sabíamos quién no había ido a trabajar (y si había mentido sobre el motivo); veíamos qué coche no había llegado a casa por la noche;

veíamos de quiénes eran los cubos de reciclaje a rebosar junto a la acera (aunque raramente nos sorprendíamos); escuchábamos las discusiones que se colaban por las ventanas abiertas o los jardines, y nos sentíamos más confidentes que mirones.

Llamé al timbre de la puerta de Charlotte justo a las nueve. Abrió la puerta descalza, llevaba mallas y una camiseta sin mangas sobre un sujetador de deporte, como si hubiera estado entrenando. Aunque no había más pruebas que la ropa. Tenía el pelo brillante y alisado con secador, y en la casa había olor a café y a flores recién cortadas. En el pasillo no había rastros del equipaje de ayer ni de sus hijas.

—Hola —saludó fingiendo tranquilidad. Enseguida señaló la escalera que estaba detrás de ella—. Las chicas todavía duermen. —Puso los ojos en blanco—. Adolescentes en verano. Pasa. Desde la cocina no nos oyen.

La seguí; pasamos la escalera y atravesamos el pasillo hasta la cocina, donde había tres taburetes altos junto a la encimera que la separaba de la sala de estar.

Charlotte todavía tenía una leve cojera, si te fijabas bien. Un accidente ocurrido en medio de su divorcio había hecho que aterrizase en una zanja con la pierna en una mala posición. La consecuencia, una cirugía de rodilla. La cojera era más pronunciada cuando estaba descalza, como si todavía fuera con cuidado. Un miedo residual al dolor que sintió. Yo casi nunca la veía en pantalones cortos, así que a veces la cojera me pillaba por sorpresa. Pero me tranquilizaba que hubiera cosas fuera de nuestro control. Que ni siquiera ella pudiera anticipar que un ciervo saldría del bosque corriendo. Que hasta sus instintos —girar el volante en la dirección equivocada, hacia el lago, donde el camino iba en pendiente hacia una zanja— podían fallar.

—¿Se van a ir tus hijas a casa de Bob? —le pregunté.

Titubeó, me miró por encima del hombro y dijo:

—No, van a pasar las vacaciones aquí.

—Ah, ayer Molly me contó que…

—Sí, bueno. —Desestimó mi comentario—. Mi ex se hizo un lío sobre quién las iba a tener el fin de semana.

Sirvió dos tazas de café y se sentó en uno de los taburetes de la encimera, apoyó la barbilla en una mano y esperó, esperó lo que yo había venido a decir.

Siempre me sentía insegura cuando estaba a solas con Charlotte. Como si nuestras diferencias no fueran demasiado evidentes como para no admitirlas. Desde que Bob se había ido, parecía que había doblado la apuesta. Tranquila e imperturbable antes y después. El hecho de que su matrimonio se derrumbara de manera tan pública, de que ella fuera consciente de que todos lo sabíamos, debe de haberla aniquilado. Yo sabía lo que era tener a todo el vecindario mirando,

mientras la vida que una había construido se desmorona de repente. Pero lejos de humanizarla, había tenido el efecto contrario. Se había endurecido, y desafiaba a todos a encontrarle una debilidad.

—Primero —apunté con las manos levantadas, la señal universal de inocencia—, yo no tenía ni idea de que iba a aparecer en mi casa. Casi me muero del susto, para ser sincera.

—Ajá. —Un sonido que podría significar cualquier cosa. Su rostro, imperturbable—. Ya me imagino. —Le echó azúcar a su taza, el metal de la cuchara resonó contra los lados.

—Ella… —Me incliné hacia adelante, en actitud conspiradora—. Simplemente entró como si nada hubiera cambiado.

—¿Y? —preguntó, y se llevó la taza a los labios; el vapor ascendió.

—Creo que ha vuelto a buscar sus cosas. —No mencioné el dinero que había dejado escondido en su viejo kayak. Carraspeé—. Y… ¿viste a su abogada por televisión la otra noche?

Charlotte meneó la cabeza, la taza quedó inmóvil. Pero la falta de movimiento la delató, estaba conteniendo la respiración. Estaba intrigada, a pesar de sí misma. Yo quería sacudirla, atravesar su superficie, compartir un secreto. Pero era como si pensara que mostrar cualquier emoción la haría perder su posición de superioridad. Como si tuviera que ser la persona a la que se le pedían cosas y que no necesitaba nada a cambio.

—Ruby me dijo que van a poner una denuncia —dije por fin.

Charlotte volvió a dejar la taza en la encimera.

—¿Denunciar a quién, exactamente?

Me encogí de hombros y eché leche y azúcar en mi taza. Necesitaba urgentemente la cafeína, estaba confusa por la noche de sueño intermitente.

—No lo dijo. Pero ayer fue a reunirse con su abogada.

Ella volvió a arquear las cejas.

—¿Y?

—Y todavía no ha vuelto.

Charlotte suspiró.

—Tal vez no vuelva. Tal vez, esto no tenga nada que ver con… —agitó la mano con las uñas pintadas sobre la cabeza— ninguno de nosotros. —La misma expectativa que tenía yo.

—Bueno —añadí, después de tomar el primer sorbo de café hecho a la perfección—, tiene mi coche. Así que la verdad es sí que espero que vuelva en esta ocasión.

Charlotte cerró los ojos y rio suavemente, a pesar de sí misma.

—Ay, Harper —agregó, y supe que estaba perdonada.

Que había vuelto al papel que ella esperaba que ocupara. La demasiado confiada, la demasiado inocente. La demasiado cegada por el deseo de ver el bien en todos. La última en enterarse cuándo iba a

irse Aidan. La última en aceptar la verdad sobre Ruby, pero perdonable por el diseño de mi propia naturaleza.

—Lo sé, me sorprendió con la guardia baja. No le dije exactamente que podía llevarse mi coche —admití—. Pero en su defensa diré que tampoco le dije que no podía hacerlo.

Charlotte hizo un movimiento imperceptible con la cabeza y me dirigió una mirada casi paternalista. Como si se estuviera preparando para impartir algunos sabios consejos; había mirado en las profundidades de mi alma y había encontrado el defecto, y ahora iba a exponerlo para repararlo.

—Bueno, creo que vas a tener que decirle que se vaya. Cuando recuperes el coche —dijo.

—¿Cómo lo hago exactamente? —pregunté.

Había cierta cuota de sarcasmo, pero también quería saber su opinión. Era madre de dos adolescentes, estaba metida hasta las cejas en los problemas de toda una comunidad escolar, y era sabido que podía poner las cosas en contexto. Quería imaginarme qué habría hecho Charlotte si Ruby hubiera entrado a su casa sin avisar.

—No es su casa, Harper. Nunca lo fue.

—Pagaba el alquiler —argumenté.

Siempre lo hacía por adelantado, me pagaba tres meses a la vez, era la inquilina ideal. Decía que el dinero siempre creaba situaciones incómodas y que no quería que yo tuviera que pedírselo. Siempre quería asegurarse de ir un paso por delante.

Charlotte puso una mano sobre la mía.

—Eres una buena persona, pero no le debes nada, Harper. Es una delincuente. —Retiré la mano bruscamente. Ella frunció la frente y se le acentuó la única arruga que tenía, entre los ojos. La única señal de su edad—. Tú no crees que sea inocente, ¿no? —preguntó. Inclinada hacia delante, como si fuéramos a compartir aquel secreto, después de todo. Hizo un gesto fugaz de disgusto—. Fue un tecnicismo, Harper. Una injusticia.

Salvo que no fue un solo tecnicismo. La investigación estuvo contaminada desde el principio. Chase no era un papel mal archivado. Era una persona muy real involucrada en una investigación muy real, con las manos metidas en todos sus recovecos. El chat fue la prueba. Según la abogada de Ruby, había más elementos que no conocíamos. Pruebas ocultadas. Personas que deberían haber sido advertidas.

—No lo sabemos —respondí—. Todo el asunto, la investigación, fue demasiado rápido, ¿no te acuerdas?

Una vez que la atención se centró en Ruby, las fichas de dominó cayeron con rapidez y precisión, y la hundieron de manera inverosímil. Su media sonrisa en todas las noticias. La línea temporal, forzada entre fotos fijas tomadas por distintas cámaras.

Charlotte juntó las manos sobre la encimera, la imagen misma de una madre que aconseja a sus hijos.

—Mira, vamos a imaginarnos qué paso. Avancemos e imaginemos cómo fue. Ruby estuvo allí fuera esa noche. Aparece en varias cámaras. Como mínimo, ella sabía algo y no dijo nada. Corrió hacia el lago. Mintió. La oíste entrar a hurtadillas por la puerta trasera a las dos de la mañana. ¿Te parece que es una persona inocente?

No. Pero tampoco me parecía que Ruby fuera culpable antes de su arresto.

—No hubo un móvil —dije mirando por la ventana de la cocina.

Daba directamente a la casa de los Truett, junto a la de Charlotte. Las cortinas habían desaparecido, estaba vacía y sin muebles. Eso era lo que más me molestaba. Según parecía, no se necesitaba un móvil para que te condenasen, y eso no me dejaba dormir por las noches. Por eso estuve de su lado más tiempo que la mayoría. No había motivos para que Ruby lo hiciera; por lo tanto, yo podía creer que no lo había hecho.

—Ella les robó, lo sabes. A Brandon y a Fiona.

Volví a mirar a Charlotte.

—¿Qué? ¿Le dijiste eso a la policía? —Cuando arrestaron a Ruby, hubo muchos rumores, pero yo nunca había escuchado nada parecido.

Se volvió a sentar en el taburete, volvió a coger la taza entre las manos.

—Por supuesto. Pero no lo pudieron usar en el juicio. No hubo nadie que lo respaldara. Pero Chase lo sabía. Todos ellos lo sabían. Fiona dijo que le había desaparecido dinero.

—¿Creía que había sido Ruby? —Fiona todavía dejaba que Ruby paseara a su perro, que tuviera sus llaves. Aquello no cuadraba.

Charlotte se encogió de hombros.

—Nunca lo dijo. Aunque sabes que Fiona era un poco… —Abandonó el pensamiento, como si no se pudiera hablar de las limitaciones de los muertos. Pero entendí lo que había querido decir. Distante. Complaciente. Indiferente a todos nosotros. Charlotte continuó—: Lo sé porque una vez abrió el monedero para pagarme cuando conseguimos la tarifa grupal para airear el suelo de los jardines, ¿te acuerdas? Abrió el monedero y puso un gesto de preocupación, y me di cuenta de que algo iba mal. Estaba nerviosa, eso estaba claro, llamó a Brandon para preguntarle si él había cogido dinero de su monedero. Y cuando le dijo que no, se estremeció, yo me di cuenta. En seguida miró a Ruby, que estaba fuera lavando su coche. —Charlotte apretó los labios y supe que estaba recordando: Ruby con el sujetador de su bikini, pantalones cortos deshilachados; todos miraban, a pesar de sí mismos.

—Pudo haber sido cualquiera —conjeturé—. O, quizás, Fiona

estaba equivocada. Ruby no necesitaba el dinero.

La habían tratado de estafadora, pero eso no era cierto; me pagó para vivir en casa cuando Aidan me dejó colgada con la hipoteca; me ayudó a superar una mala situación. Decían que era seductora, farsante. Una persona que conseguía lo que quería. Pero había estado encerrada los últimos catorce meses, y nadie le creía, así que eso tampoco era cierto.

Incluso mientras lo decía, volvía a ver el dinero, escondido en el baño, húmedo en mi mano…

Charlotte se encogió de hombros.

—¿Quién dijo que lo necesitase? Era como una niña malcriada, aburrida. No es el primer rumor que oí sobre Ruby, aunque yo supuse que había madurado desde entonces. Siempre estaba tratando de salirse con la suya. —Como si fuera la única que se aburría—. Según mi opinión, los Truett sabían que había sido ella. Quizá se enfrentaron a ella. Quizá le pidieron que les devolviera la llave y Ruby supo que tenía que hacer algo.

—Vamos, no creerás que ella mataría por eso.

—¿Hay una buena razón para matarlos, Harper? —Cogió aire lentamente, volvió a empezar—: Mira, algo así se nota… Aquí estamos todos muy conectados. La universidad. El instituto. Nuestros trabajos. Hasta las pequeñas cosas tienen una gran repercusión aquí.

En ese momento, no pude evitar que mi mente volviera a todas las ocasiones en las que había perdido algo. A todas las ocasiones en que me sorprendió tener menos dinero del esperado o en las que encontré alguna joya en cierto lugar y no donde yo creía haberla dejado. Cosas que yo atribuía al hecho de que estaba ocupada y no podía concentrarme en las acciones simples del día. Ahora veía algo más: a Ruby, con la mano dentro de mi joyero, revisando mi monedero, buscando qué llevarse. Observando mi reacción para su propio entretenimiento.

—A Ruby nunca le cayó bien Fiona —afirmó Charlotte en voz baja.

Como si ella fuera distinta, mejor. No dije lo que estaba pensando: que a ninguno de nosotros nos caía bien. Los días buenos, los mirábamos con mala cara, envalentonados por el sentimiento compartido que nos unía al resto. Nos hacía sentir más justos, más legítimos. Los días malos, Brandon y Fiona representaban algo más grande, algo que se alimentaba de nuestra inseguridad: que la vida que llevábamos tenía algo de indigno.

Un crujido en el techo justo encima de nuestra cabeza rompió el silencio: alguien caminaba en el ático, si el diseño del piso de arriba era igual al mío. Las dos miramos hacia arriba.

Charlotte miró su reloj.

—Ya era hora —dijo. Después se dirigió a mí—: Me parece que

tendrías que irte antes de que bajen las chicas. No quiero que nos oigan. No quiero preocuparlas.

Pero, a juzgar por mi conversación con Molly del otro día, Charlotte ya se las había arreglado para hacerlo ella misma.

Asentí, y me dirigí al vestíbulo.

—Gracias por el café, Charlotte.

—Claro —dijo—. Y, Harper. —Miré hacia atrás, con una mano en el picaporte—. Dile que se vaya.

—Se lo voy a decir —respondí.

Era pleno día, media mañana, pero no había nadie en la calle. Había algo fuera de lugar en toda la manzana, como en una escenografía abandonada.

La casa de los Truett se integraba con el entorno inmóvil. Nada, salvo la falta de cortinas, que la diferenciara. Nada que anunciase: "Esta es la casa del asesinato". En los meses que siguieron al juicio, cuando las personas pasaban por aquí, bajaban la velocidad, miraban. Trataban de ver el interior, ahora que el peligro había pasado.

Yo nunca miré por las ventanas, ya lo había hecho una vez y fue suficiente. La realidad me ardía detrás de los párpados. La habitación, arriba; la expresión de Chase. El grito que me subía por la garganta.

Algo me llamó la atención cuando pasé. Un movimiento breve y rápido en las ventanas a oscuras. Un efecto de la luz. Mi memoria y mi imaginación que se superponían.

Pero me encontré volviendo a subir esos escalones del porche, escuchando con atención.

Apoyé la oreja contra la puerta —el sonido del motor, los ladridos desde el jardín—, pero no había nada. Esta vez, cuando cogí el picaporte, no se movió. Estaba cerrado con llave. Había sido mi imaginación, entonces.

Lo solté, retrocedí, vi la aureola de la huella de mi pulgar en el picaporte de bronce. Durante la investigación, se encontraron las huellas de Ruby junto con las mías, las de Brandon, las de Fiona y más. Ahora, pensé en eso, en cuánto de nosotros mismos dejamos atrás en cada interacción. En que todos los lugares donde hemos estado, todo lo que decimos, pueden usarse para construir una historia.

Pero también se habían encontrado las huellas de Ruby en la puerta de atrás, donde dejaban al perro. En el picaporte del dormitorio del piso superior, como si hubiera espiado a Brandon y a Fiona mientras dormían antes de armarse de valor. Su mirada fría, su corazón frío. Y en la puerta del coche, en el garaje, el lugar más condenatorio de todos.

La defensa de Ruby consistió simplemente en esto: por supuesto, había estado en su casa. Ella paseaba al perro cuando hacía falta. Imposible decir qué podría haber tocado ni cuándo. Si pudo haber rozado el coche cuando estaba aparcado en la puerta.

Solo que no estaba en casa esa noche. Había ido a dar un paseo, dijo. Y, ¿por qué no? ¿Era eso un delito tan terrible? No había llevado el teléfono porque ¿a quién podía llamar en plena noche? ¿Qué tenía que temer aquí? Este era un lugar seguro. Eran las vacaciones de primavera en el instituto de Lake Hollow. Ella tenía veinticinco años. Había más gente fuera, le dijo a quien quisiera escucharla, había oído que había alguien en el lago y se acercó a ver qué pasaba.

Insistía en eso: había más gente fuera. No estaba sola esa noche. Pero las cámaras no respaldaron su declaración.

Y nadie lo hizo.

Los vecinos lo atestiguaron con los vídeos que habían publicado en el chat. Con la fecha y la hora y la ubicación de las cámaras, y describieron lo que vieron: una mujer caminando desde la casa de los Truett; una mujer corriendo hacia el bosque. Una mujer que no volvió a aparecer en ninguna cámara de regreso a su casa, alguien que debió de haber atravesado el bosque hacia el otro lado de la ensenada, que ignoró el letrero de "PROPIEDAD PRIVADA". Que volvió a hurtadillas por un camino escondido —el acceso de tierra, el bosque espeso—, moviéndose sigilosamente en la calle de atrás, esperando que nadie la viera. Tal vez había dejado el teléfono en casa, decidieron, porque no quería dejar rastros de dónde había estado.

La mayoría de los dispositivos grababan solo cuando detectaban movimiento. No hubo más actividad en nuestra calle.

El jurado estaba satisfecho: no había pasado nada más esa noche. Y sin embargo, estaba la imagen de ese llavero que habían dejado dentro de mi casa.

Había cosas que sabía la gente de aquí. Cosas que había visto.

Me pregunté, no por primera vez, qué más habrían visto, y qué habían decidido ocultar.

CAPÍTULO 10

Yo estaba de pie en el pasillo, en la entrada de la cocina, con el teléfono móvil en la mano, debatiéndome sobre qué hacer, cuando oí el zumbido mecánico de la puerta del garaje. Casi treinta horas después de que Ruby hubiera ido a reunirse con su abogada. Tiempo suficiente para rastrear zonas de oficinas y buscar información sobre Blair Bowman, sin saber si hacer esa llamada, o llamar a la policía para denunciar la desaparición de mi coche.

Abrí la puerta principal y me quedé en el umbral, mirando como Ruby revolvía en el maletero. No me dirigió la mirada hasta que llegó a la mitad de la escalera; llevaba otra ropa, no la que tenía cuando salió. Cruzó la puerta, tenía dos bolsas llenas con compras colgadas de un brazo.

—¡Hola! —dijo, tendiéndome las bolsas—. Espera, hay más.

Ni un comentario sobre su ausencia, sobre su desaparición. Ni sobre la ropa nueva, o sobre no haberse puesto en contacto conmigo.

Volvió a bajar los escalones, sacó las últimas bolsas, cerró el maletero con un golpe sonoro. Probablemente, la mitad de la calle había oído y ya estaban asomándose a la ventana y murmurando, mientras ella recogía el resto de las compras. Pasó junto a mí con las tres bolsas restantes. Se dirigió a la cocina, donde empezó a tararear mientras las vaciaba. Esas bolsas eran mías, estaban guardadas en mi maletero, ahora desbordaban de todo tipo de comida.

—Ruby —dije, inmóvil en la puerta.

Se detuvo, se volvió, y apretó los labios al verme la cara.

—Estás enfadada —afirmó perdiendo un tanto el ánimo.

—Por supuesto que estoy enfadada —exclamé, sin molestarme por el volumen de la voz, sin tener cuidado de que alguien pudiera oírnos —. ¡Te has ido durante dos días con mi coche! He estado… —“Furiosa, preocupada”—. He estado así de cerca de llamar a la policía.

Oí el eco de mi madre dentro de la cabeza, cuando entraba a casa detrás de Kellen, después de una de las tantas ocasiones en las que

desaparecía toda la noche, todo el fin de semana o más tiempo. El eco de las noches que mis padres habían pasado discutiendo si era mejor llamar a la policía o a sus amigos. Si era mejor no permitirle entrar o no dejarlo salir. Sobre quién lo había abandonado y quién lo había protegido. El alivio evidente en su cara a su regreso, aunque gritara enfadada.

Ruby parpadeó con rapidez.

—Ay, Dios, perdón. Lo sé, no lo había pensado. —Levantó los brazos, cerró los ojos, fingiendo arrepentimiento—. Me dejé llevar. Quise llamar, pero no sabía tu número de memoria. Antes estaba en mi teléfono. —Revolvió su maletín, sacó su teléfono—. Listo. Dime tu número.

Recité el número mecánicamente, y empezó a sonar mi teléfono en el bolsillo trasero. Cortó la llamada.

—Ya estamos conectadas. No volverá a pasar. —Como si el problema no hubiera estado en sus manos hasta ahora.

—¿Dónde has estado? —pregunté, porque era mi coche, mi casa, y Charlotte tenía razón. No le debía a Ruby que tuviese acceso ilimitado a mi vida.

Suspiró.

—Era tarde cuando terminamos, y bebimos con la cena, y yo pensé… que debía quedarme. Lo último que necesito ahora es que me detengan, ¿no? —Los ojos muy abiertos, como si estuviera compartiendo un secreto —. ¡Te habria llamado si hubiera tenido tu teléfono, lo juro! Y después quise compensarte haciendo la compra, porque habías dicho que tenías que hacerla. Encontré estas bolsas en el maletero. Muy ingenioso. Muy buena idea. —Una sonrisa de oreja a oreja—. Y te voy a preparar la cena —dijo, con una sonrisa vacilante —. Para compensarte. Y darte las gracias. Por todo. —Parpadeó una vez, lentamente—. ¿Me perdonas?

Asentí con la cabeza, empecé a sacar las cosas de la bolsa más cercana. Porque ¿qué se podía decir con ella en la casa, con un juego de llaves, y habiendo pasado los últimos catorce meses encerrada?

—Lo siento de verdad, Harper —se disculpó, en voz más baja, más confidencial.

—Me has asustado —dije, y nuestras miradas se cruzaron sobre el tramo de encimera que nos separaba.

Ella me sostuvo la mirada, sin moverse, hasta que volví a mirar las bolsas. Había algo perturbador en las compras que había hecho. Sabía con precisión lo que yo necesitaba. Huevos, la marca de zumo de naranja que tomaba yo, lo que empezaba a escasear; había traído de todo y más aún. Pensé en el dinero en el baño. ¿Cuánto más tenía ella? Había vuelto con ropa nueva y comida recién comprada. Supuse que se había alojado en un hotel cercano al lugar de reunión, pero tal

vez me equivocara.

—Vete —me soltó, y la palabra me impresionó, era la que yo tenía pensada decirle a ella—. Ve a relajarte. Yo me arreglo sola. Por favor, déjame hacerlo.

Como no me moví —porque era mi casa, mi cocina, eran mis muebles los que ella estaba abriendo en ese momento—, sacó el vino de la última bolsa.

—Mira, ¿todavía es tu preferido? —preguntó.

Y algo se enterneció dentro de mí, porque lo era. Porque, catorce meses después, todavía lo recordaba. Y me acordé de esa otra parte suya: lo considerada que era siempre. Cada vez que tenía un mal día en el trabajo, y cuando Aidan se fue, ella supo exactamente qué decir y qué hacer.

Me trajo flores —lirios, mis preferidos— de varios colores que alegraban la habitación. Estaba de pie en mi porche con el florero en las manos y dijo: “Es un imbécil, y lo lamento”. La hice pasar, y ella recorrió con la mirada la casa medio vacía, y en ese momento, viendo los espacios que había que llenar, me preguntó si yo necesitaba alguien para compartir la casa. Justo cuando todo lo que yo sentía era que las personas que habían sido nuestros amigos ya no llamaban, como si mi angustia fuera contagiosa.

En realidad, yo no necesitaba compartir la casa, pero Ruby llenaba el espacio con sus cosas, su risa, su consideración.

Abrió el cajón correcto al primer intento, sacó el sacacorchos, abrió la botella y me sirvió una buena cantidad. Tomé la copa de su mano, nuestros dedos se rozaron.

—Bien —dijo, con una sonrisa pícara—, vamos a ver si recuerdo cómo se usa una cocina.

Esta vez, yo también sonreí. Le seguí la corriente, me entregué a la torpeza, de la misma forma que ella la aceptaba, la hacía parte de sí, no trataba de combatirla o de fingir que no existía; todo lo contrario de Charlotte en muchos sentidos.

Salí con la copa al jardín, me senté en la silla Adirondack con la pintura blanca descascarillada, a mirar cómo la sombra se deslizaba por el patio de adoquines. A pensar cómo la habían descrito en el juicio, donde quisieron convertirla en una villana manipuladora en vez de en una persona completa. Que podía ser generosa y descuidada, temerosa y temida.

En la casa de al lado, se oía la monotonía cotidiana de la cena de Tate y Javier Cora: las puertas de los armarios, el ruido de una cacerola sobre el fogón, la voz amortiguada de Javier. Fuera lo que fuera lo que hubiera pasado ayer, parecía que hoy habían vuelto a la normalidad.

Apoyé los pies sobre el escabel y me quedé mirando a las abejas

que volaban de flor en flor en el jardín cubierto de mantillo, frente a la casa. La esquina derecha del lecho de mantillo había sido excavado: Ruby tenía razón, aunque no era evidente a menos estuvieras a cierta distancia. Un agujero entre las flores y el borde de ladrillos; en ese lugar, el mantillo estaba oscuro y removido.

Cuando Ruby abrió la puerta un rato después, tenía la cara brillante, y detrás de ella, llegó el olor a ajo y orégano.

—La cena está servida —anunció, haciendo un ademán con el brazo, para indicarme que entrara. Estaba nerviosa, y miró mi expresión cuando me hizo pasar.

Había puesto la mesa en el salón, que nunca usábamos. Terminamos usándolo para dejar el correo y los paquetes. Generalmente comíamos en la mesa de la cocina, o de pie frente a la encimera, o en el sofá, con el plato en equilibrio sobre nuestro regazo, la copa de vino en la mesita de café.

Ahora, la lámpara de araña parecía un candelabro, atenuado y envolvente. La mitad de las bombillas se habían fundido con el tiempo y no encontré repuestos, lo que le daba a la habitación un ambiente peculiar, de penumbra y tranquilidad.

—Ese es tu sitio —dijo, señalando la silla contra la pared del fondo, en la que faltaba la copa de vino.

La suya estaba recién servida, junto a su plato, que estaba al lado del mío, de frente al ventanal que daba a la calle. Había preparado pasta con langostinos, una ensalada, pan de ajo. Con gran formalidad, hizo un gesto para que me sentara primero. Observaba atentamente cada movimiento, pendiente de mi reacción.

—Tiene muy buena pinta, de verdad, Ruby —aseguré, y lo dije en serio. Hacía mucho que nadie cocinaba para mí.

—Espero que tengas hambre —lo dijo como si fuera una pregunta.

¿Y acaso no lo era? ¿No era esto algún tipo de prueba? Para comprobar si yo pensaba que ella era una asesina. Si creía que podía llegar a serlo. La pregunta definitiva: ¿confiaba en ella?

¿Iba a remover la comida, a mirarla con recelo? ¿Iba a masticar con inseguridad, preguntándome con cada bocado de qué podría ser capaz Ruby? ¿Iba a comer?

Por supuesto que iba a comer. Ni siquiera esperé a que ella empezara, enrollé la pasta en el tenedor, cerré los ojos mientras masticaba. Con Ruby, yo lo sabía, te entregabas o tomabas distancia.

—Dios mío —exclamé, entre bocado y bocado—, esto está muy bueno, Ruby. En serio, está de puta madre.

Sonrió; iba relajando la expresión a medida que pinchaba lechuga con el tenedor.

—¿Sabes lo que más echaba de menos cuando estaba dentro? Escapar de la rutina. No solo la libertad en general, eso no es lo peor.

Sino las pequeñas libertades. Sinceramente, fue más difícil sobrellevar eso que la falta de libertad en sí. —Vi el movimiento en su garganta, la mirada perdida por sobre mi cabeza—. Simplemente la idea de poder preparar la comida para alguien…

Tardé un segundo en entender qué quiso decir con “dentro”. Que no había querido decir “dentro de sí misma”. Hablaba de un lugar. Un lugar donde había estado durante catorce meses. Y esto, incluso encerrada aquí conmigo, con los vecinos mirando, esto era “fuera”. Por fin podía hacer lo que quisiera. Desde pasar la noche en otro lugar, sin someterse a controles, solo por capricho, hasta comprar ropa nueva, porque podía hacerlo. ¿Iba yo a culparla por eso? ¿De verdad? La marca de cada día en la pared. Añadir una semana a la anterior, que se volvió una rutina. La acumulación del imperdonable paso del tiempo.

Tiempo para criar un hijo. Para que a un hijo le salgan los dientes, para que un hijo aprenda a hablar, deje de ser un bebé y se convierta en niño. Para que se gradúe y se haga adulto. Y para nosotros, tiempo para definir algo. Para reconciliarnos con la verdad, para que se filtrara en los huesos, ganara peso y se volviera parte de nuestra conciencia: “Ruby era culpable. Lo decidió un jurado. Nosotros teníamos razón”. Cambios, todos ellos, imposibles de revertir.

Carraspeé.

—¿Cómo te ha ido con tu abogada?

Una pausa.

—Bien —contestó—. ¿Y tú? ¿Cómo fue la reunión?

Me quedé paralizada, después cogí la copa de vino, tratando de no demostrar lo que me había afectado. ¿Cómo se había enterado de lo de nuestra reunión? ¿La había mencionado yo? ¿Lo había visto en el chat? ¿Se había conectado desde mi ordenador cuando yo no la veía? ¿Había hablado con alguien más aquí?

Pero sentí que mi alianza cambiaba en su presencia. El vino, la comida, la honestidad. Las palabras en la parte inferior de la pantalla, el día de su liberación: “presunta inocente”.

—Como siempre —dije—. Van a empezar a hacer turnos de vigilancia vecinal.

—¿Por eso acaba de pasar Javier Cora?

No me había dado cuenta, pero Ruby estaba frente a la ventana, y me pregunté si era a propósito. Si había llegado a acostumbrarse a no perder de vista su entorno. Si estaba atenta a algo ahora mismo.

Miró por la ventana buscando algo; por primera vez, noté en ella signos de fatiga: la delgada piel bajo los ojos estaba apagada y descolorida; las mejillas ligeramente hundidas, como si estuviera desesperada por beber algo.

—Es probable —admití. Anochecía.

—O tal vez, no —replicó ella con una sonrisa irónica.

Y por un momento, pensé que esa mirada era para mí, que me había sorprendido mirándola con demasiada atención. No respondí; no sabía si los comentarios que hacía Ruby de pasada querían decir algo o si yo estaba interpretando demasiado cada palabra, cada gesto.

—Bueno, no importa. ¿Y tú? ¿Qué has hecho? —preguntó.

Pensé en Mac, anoche; Charlotte, esta mañana.

—¿Eh?

—Catorce meses —aclaró—. ¿Qué me he perdido?

—Ah, no mucho.

Nada que pudiera contarle, las cosas mundanas que yo daba por sentadas por la libertad que ella no tenía. Aparentemente, se había enterado de mi nuevo trabajo. Pero ahora, pensándolo bien, tal vez yo también estuve metida en un patrón de conducta los últimos catorce meses. Por algún motivo, entendí —o creí, o temí— que ella volvería algún día y que yo había perdido mi propia trayectoria vital en el proceso. Que lo único que hice fue esperar su regreso.

Catorce meses y ¿qué tenía yo para mostrarle?

—Me he enterado de una cosa —dijo, con el tenedor en la mano. Me clavó la mirada y yo contuve la respiración, y entonces sonrió, primero con los dientes, después también con los ojos—. Has cumplido treinta y me lo perdí. Espero que lo hayas celebrado.

Aunque estaba llena, me obligué a comer el último bocado solo para tener algo que hacer con mi cuerpo.

—Algo hicimos en el trabajo.

Era febrero, pleno invierno, y Mac y yo nos habíamos enfriado junto con el tiempo. Salí a cenar con mi grupo de amigos de la oficina; lo pasamos bien y nos divertimos, pero yo me había convertido en su jefa, y eso alteraba la dinámica.

Mis amistades del vecindario se alejaron cuando empezó el juicio. Incluso antes, quizás. Lo que había perdido con Aidan —las parejas amigas, las actividades en común que ya no eran posibles—, lo que había ganado con Ruby. La facilidad con la que ella decía: “Tu ex es un gilipollas” o “Estás muy guapa”, igual que las chicas en la universidad, esos halagos simples que ya no hacíamos ni recibíamos fuera de ese confinamiento íntimo.

—Bueno, vamos a celebrarlo ahora —propuso—. No hay reglas que lo prohíban.

Salió de la cocina y volvió con una segunda botella de vino; yo no podía recordar cuándo habíamos terminado la primera, no me había dado cuenta de cuántas veces había rellenado las copas. Lo cerca de la superficie que estaba todo.

—¿Cómo quieres celebrarlo? —preguntó—. Podemos hacer cualquier cosa, en serio.

El modo en que lo dijo, como si yo no hubiera buscado lo suficientemente lejos o lo suficientemente cerca, como si hubiera dado por sentadas mis opciones y nunca hubiera mirado mis posibilidades en perspectiva, porque nunca me las habían quitado. Me pregunté qué quería yo en realidad, y tal vez, por primera vez en mucho tiempo, me puse a pensarlo.

Había estudiado en la misma universidad que mi padre y me fui a vivir a otro lugar del país con Aidan, y me quedé con el trabajo de Brandon de forma provisional porque yo era la persona con más antigüedad, y había trabajado tanto que nadie podía encontrar motivos para quitármelo. Había aprendido a aferrar con fuerza lo que me había ganado. Pero aquí, sentada con Ruby, todos los caminos que había tomado parecían tan estrechos, tan predeterminados…

Tal vez fue el vino o tal vez fue ella, pero no podía dejar de pensar en todo lo que, de pronto, se volvía posible más allá de las paredes de esta casa; más allá de las fronteras de esta ciudad.

Pero pensé en Javier, que estaba haciendo su turno, patrullando, vigilando; que iba hacer su informe para una comunidad que creía que se estaba cuidando. La nota que había encontrado anoche. La foto que había dentro. Los peligros que había fuera.

—Así —dije—. Así es como quiero celebrarlo.

Acercó su copa a la mía y brindó, ambas casi vacías. Insistió en fregar los platos después, aunque había cocinado ella, mientras yo buscaba una vieja película que nos gustara a ambas.

Me entregué a esto, a ella. Borracha de vino y de la libertad que ella acababa de revelarme. Con su rostro cerca del mío cuando se partía de risa en el sofá y las piernas le quedaron colgando hacia fuera, parecía que todos los demás estaban muy lejos. Otra vida, otro mundo.

Esa mañana, con Charlotte, yo había mentido, por supuesto.

Por supuesto, no iba a decirle a Ruby que se fuera.

MIÉRCOLES
3 DE JULIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: Vigilancia de anoche

Publicado: 5.35 a. m.

Javier Cora: Acabo de terminar mi turno, y sí, había unos chicos charlando junto al lago. Los oí en el bosque, pero no llegué a verlos bien. No llamé a la policía porque se fueron pronto. Creo que tenían un bote al otro lado de la ensenada.

Margo Wellman: ¿No se ahogó allí un chico del vecindario hace unos años, por la noche?

***

Asunto: Reglas para la fiesta del 4 de Julio *Publicado: 10.52 a. m.*

Charlotte Brock: Dado que la fiesta se paga en parte con la cuota de los gastos comunes, nos es imposible admitir no residentes.

Preston Seaver: Eso es una mierda. Nosotros llevamos la comida.

Javier Cora: Sí, de hecho, no nos podéis prohibir que llevemos invitados a la piscina. El reglamento dice que podemos llevar hasta dos.

Tina Monahan: No creo que esto sea para vosotros, chicos.

Preston Seaver: Bueno, a lo mejor, la próxima vez tendrías que ser más directa.

Charlotte Brock: Vale, perdón por la confusión, lo hemos comentado con la junta, tenéis razón sobre el reglamento. Solo para vuestra información, quizá la comida no alcance para todos. Y solo un recordatorio: sois responsables de vuestros invitados.

Preston Seaver: No te preocupes. Le diré a mi invitado que no coma nada.

CAPÍTULO 11

Siempre me despertaba temprano después de una noche de copas. Sobresaltada y presa del pánico, mientras, con la mente trabajando a toda velocidad, trataba de recordar qué podría haber dicho y hecho la noche anterior.

Estaba en la cama; la puerta de la habitación, abierta de par en par; el sol brillaba a través de la rendija entre las cortinas. No pude recordar todos los pasos que me habían traído hasta aquí. Estaba la cena de Ruby, la película, nuestra conversación, y aunque no pude rescatar específicamente todos los temas, lo que más recordé fue la risa. Ataques de risa, nos doblamos en dos, nos agarrábamos el estómago, los brazos del sofá, ella y yo.

Y después: más vino en el patio —no podía recordar cómo llegamos allí— y Ruby, que apareció en la oscuridad; una ráfaga de aire tibio la siguió desde la puerta. Más risas. Ruby, que dijo, como si se le acaba de ocurrir: "Tendríamos que llamar a Mac. Siempre se apunta a las fiestas". Y yo que, al menos, tuve la lucidez para decir: "No, no, gracias; es mi fiesta".

Entré en el juego, aunque la sobriedad hubiera quedado muy lejos. Algo profundamente arraigado.

Y después, Ruby apoyada en el borde de mi cómoda, cantando una versión espantosa del "Cumpleaños feliz" mientras yo me desplomaba sobre la cama.

Presa del pánico, llegué dando tumbos hasta la cómoda y abrí el primer cajón, busqué en el fondo con la mano. Dejé escapar el aire al sentir el papel doblado bajo mis pijamas: la imagen, dentro, sana y secreta y segura.

La cabeza me daba vueltas porque me había puesto de pie con demasiada rapidez, y pensé seriamente en volver a meterme en la cama y quedarme allí por tiempo indefinido. Pero otra parte de mí necesitaba ver a Ruby, saber dónde estaba, y tal vez, descubrir dónde había estado. Con qué rapidez había caído bajo su hechizo la noche anterior. Todo por el precio de una comida casera y mi vino preferido.

Fui al ático y me acerqué a su habitación de puntillas. La puerta del baño estaba cerrada, pero la de su habitación estaba entreabierta. Me asomé y la vi, boca abajo sobre el edredón turquesa, con la ropa del día anterior, un brazo colgando por el borde. Tenía la cara vuelta hacia la pared, así que lo único que se veía era el pelo rubio oscuro y el sutil, pero continuo, sube y baja de la espalda. La gata me devolvió una mirada furiosa desde el borde de la cama.

Me preparé para el día con rapidez —una ducha breve, el pelo en una trenza húmeda, nada de desayuno, para no despertarla— y salí por la puerta principal, mi llavero otra vez seguro, en mis manos. Seguramente, yo volvería antes de que ella se despertara.

En el coche, coloqué el espejo que ella había movido; el borde tenía la marca de una huella digital. Después, me alejé de la entrada, los ojos fijos en la puerta de casa, como si esperara que ella saliera y me hiciera gestos para que volviera. Como si yo fuera su prisionera y estuviera ajena a los límites que me retenían.

Pero no apareció, y yo conduje por la calle, y pasé frente a la piscina, donde me detuve un momento.

Quería buscar pistas de dónde podría haber estado Ruby esas treinta horas. Dónde se había reunido con la abogada del corte de pelo recto y pómulos afilados y nombre pegadizo; dónde se alojó después, dónde hizo las compras —la ropa nueva, la comida— antes de volver conmigo. Sus palabras, un escalofrío en la nuca: “Alguien va a pagar”.

Miré el cuentakilómetros, pero no sabía qué marcaba antes de que se fuera. Revisé la guantera, para ver si había algo fuera de lo normal, rebuscando entre mis viejos papeles desparramados sobre el manual del coche. Hundí los dedos en los portavasos, en el bolsillo de la puerta, y no encontré nada, salvo dinero suelto y una goma para el pelo. Lo único que quedaba era cierto olor, como de ambientador. Como si hubiera tenido que tapar todo lo demás.

Tal vez, Ruby había estado fumando. Tal vez, había conducido con la ventanilla baja, el viento en el pelo, el brazo fuera, con un cigarrillo entre los dedos. Tal vez, había soñado con conducir sin detenerse jamás y se había dejado llevar por la sensación y el aroma y la libertad.

Tal vez no era nada... varias horas en una zona de oficinas, tal como dijo ella: vino con la cena; una abogada que le indicó un hotel en la acera de enfrente, unos grandes almacenes donde fue a comprar algo de ropa y comida camino a casa; el olor persistente del jabón de hotel.

Todos esos pequeños misterios. ¿En realidad tenían alguna importancia? ¿O yo estaba dejándome llevar, como lo había hecho todo el vecindario, que se volvió loco y construyó su propia narración?

Y adónde habíamos llegado.

Nos criamos viendo programas de televisión basados en delitos reales y con la promesa de fama viral. Consumimos misterios sin resolver y concebimos nuestras propias teorías, de las que estábamos firmemente convencidos. Creímos que no era necesario tener experiencia en el sistema legal ni en la justicia criminal para ver el interior genuino de las personas, para extirpar la verdad. Que lo único que hacía falta eran una perspectiva clara y una mente aguda.

Aparte de Chase, era la única que tenía experiencia real con la justicia. Mi hermano, Kellen, fue arrestado por primera vez a los dieciséis años; mi padre lo denunció. Creyó que algo así lo asustaría, lo despertaría. Pero eso fue antes de que entendiéramos que una vez que se entraba en el sistema, era casi imposible salir. Que había que tener cuidado, eso era seguro. Kellen y mi madre no lo perdonaron jamás.

Me puse en marcha de nuevo y encendí la radio, pero el sonido me sobresaltó; clavé el dedo en el botón de encendido: el ruido era demasiado fuerte, instrumental y duro; la radio estaba sintonizada en una emisora distinta a la mía.

De pronto, sentí que la intrusa era yo.

El camino de ida y vuelta a mi trabajo era muy distinto a las típicas carreteras. Aquí, el camino serpenteaba alrededor del lago, y la arboleda se extendía en ambas direcciones, hacia el agua, o se internaba en el bosque. El único tráfico que encontraba en el camino era a la entrada de la “Panadería junto al lago”, un local pequeño pero concurrido, que se había instalado en el bosque, a medio camino entre mi casa y la universidad.

Me detuve a buscar un *bagel* y un café. Después, me quedé sentada en el aparcamiento, comiendo dentro del coche, con la cabeza echada hacia atrás, y las ventanillas bajadas; el dolor de cabeza se iba disipando lentamente. La ironía de sentirme libre al fin estando dentro de mi propio vehículo. Cuando terminé, seguí por el camino sinuoso, bordeado de árboles, que dibujaba el límite de Lake Hollow.

No sabía cuánto tiempo pensaba quedarse Ruby, ni cuándo me sentiría cómoda dejándola sola todo el día, así que quise pasar a buscar el trabajo de la semana, por si llegaba a necesitarlo.

La Universidad de Lake Hollow estaba en la otra orilla del lago. Siempre que salía con el kayak de Ruby, remaba hacia el canal principal, casi no llegaba a distinguir el embarcadero de la universidad ni a los estudiantes que aprendían navegación desplazándose con elegancia sobre la superficie del agua. Después, el verde exuberante de los árboles y los edificios de ladrillo y los ventanales que reflejaban el sol, dependiendo del ángulo. Algunos

profesores jóvenes que vivían en comunidades con muelles y acceso al lago se trasladaban en motos náuticas si hacía buen tiempo, y llevaban sus documentos seguros en una mochila impermeable.

Por supuesto que la otra cara de esta escena idílica eran las tragedias. Los accidentes que preveíamos y aceptábamos con el paso de los años, algo que incorporamos como parte de la vida en el agua. La moto náutica que chocó con un kayak unos años atrás y mató al kayakista, un hombre de unos sesenta años que no llevaba chaleco salvavidas; los veraneantes que no sabían nadar y que pensaban que los lagos eran plácidos y tranquilos, que no podían tener corrientes, una profundidad infinita, cosas que se te podían enganchar bajo el agua cuando saltabas desde un bote de alquiler, atraparte y desorientarte. Los adolescentes que anclaban y amarraban botes juntos por la noche, a la orilla de un brazo del lago, y no se daban cuenta de que alguien había desaparecido hasta que era demasiado tarde.

También estaban las historias que se contaban en el campus, historias basadas vagamente en hechos. Los chicos que se atrevieron a atravesar el lago a nado una noche, creyendo que la orilla estaba mucho más cerca de lo que estaba en realidad: salieron cuatro, volvieron dos. (A los otros dos los encontró, aferrados a una boya, la patrulla del lago, después de que sus amigos dieran el aviso). El chapuzón anual en plena noche que se daban los estudiantes de primer año de universidad durante las jornadas de orientación de agosto, a oscuras, medio vestidos y medio sobrios. Supuestamente, era una ofrenda al lago, para que no viniera a buscarlos más adelante.

Toda tradición estaba arraigada en una leyenda. Las historias exacerbaban cualquier riesgo.

En verdad, era un campus seguro, un colegio seguro, una ubicación relativamente segura. Hasta que se cometió el crimen, el aspecto más peligroso de vivir en Lake Hollow eran los ciervos. El camino sinuoso serpenteaba junto a la línea costera, y si no tenías cuidado, al tomar una curva se te aparecía el brillo de unos ojos fijos. Si tenías mala suerte, no había tiempo para que lo vieses correr hacia el bosque, justo frente a tu coche, como le pasó a Charlotte.

Los accidentes del lago ocurrían, en su mayoría, en el verano, sin estudiantes universitarios que fueran testigos de la tragedia. Pero la mayor tragedia hasta la fecha era la más verdadera: el asesinato de Brandon Truett, jefe de admisiones, y Fiona Truett, que administraba una cadena de centros de apoyo escolar. Encarcelada por el crimen, había una exestudiante de la universidad y vecina de las víctimas.

Ruby Fletcher era una leyenda viva y ahora había regresado.

Cuando los estudiantes volvieran en el otoño, si Ruby seguía aquí, imaginaba que empezarían a venir al vecindario para verla de cerca. Un nuevo desafío. Me pregunté si los jóvenes locales ya habrían

empezado a hacerlo.

La semana del 4 de Julio, el campus estaba casi vacío, sobre todo porque era temprano. Incluso, los que trabajaban ese día no llegarían hasta casi las diez, salvo el departamento de jardinería.

Dejé el coche en el aparcamiento que estaba detrás del edificio de admisiones, un edificio bajo de ladrillo con cristales en la parte superior, por lo que daba la impresión de que había un segundo piso. Todos los edificios administrativos en esta área eran pequeños y pintorescos y estaban separados unos de otros.

Había otro coche en el aparcamiento pequeño. La mayoría de los visitantes terminaban aparcando en el principal y atravesaban a pie el parque que ocupaba el centro del campus, recorriendo los caminos sinuosos de adoquines. Esta zona no tenía señalización y estaba retirada; se accedía por los estrechos caminos de la facultad, y había que mostrar un permiso en el parabrisas.

No reconocí el todoterreno blanco que estaba aparcado en el espacio de atrás, a la izquierda, bajo la sombra de un roble. Supuestamente, el resto del personal estaba de vacaciones. Aparqué al otro lado, lo más cerca posible de la puerta trasera del edificio.

No teníamos programada ninguna visita al campus ni reuniones en nuestra oficina para la semana de vacaciones. Pero a veces, la gente venía por su cuenta, en viajes familiares, para conocer las universidades en el camino, y hacían el recorrido solos. Otros dejaban el coche en nuestros aparcamientos durante el fin de semana para pasear por el campus en bicicleta o hacer un picnic en el parque por la tarde.

Usé mi llave para abrir. Las luces se encendieron automáticamente cuando entré.

—¿Hola? —saludé en voz alta, por si había alguien de informática que estuviera actualizando nuestros sistemas. Pero las luces se activaban con el movimiento, y como había estado a oscuras hasta que llegué, pensé que no había nadie más aquí. Las tres oficinas que quedaban pasando el vestíbulo principal estaban a oscuras, aunque todas tenían paredes de cristal, una reforma moderna dentro de una estructura clásica, tradicional.

Cerré con llave la puerta, cosa que hacía siempre que estaba sola aquí. Era una política que había implementado Brandon Truett. Nos contó que hubo un estudiante que apareció después de ser haber sido rechazado exigiendo saber por qué. Parece que hubo un arma de por medio. La recepcionista llamó a la seguridad del campus cuando oyó lo que estaba pasando. Brandon dijo que por eso teníamos que cerrar la puerta con llave fuera del horario laboral, cuando la seguridad del campus no estaba a un botón de distancia. Sobre todo, si estábamos solos.

En ese momento, según mi opinión, pensé que estaba exagerando como siempre, sospeché de la veracidad de la historia, y la asocié con otra leyenda que había crecido entre los viejos edificios de ladrillo. La historia pareció menos improbable después de su muerte. Y siempre que yo quería creer en la inocencia de Ruby, pensaba en eso: en alguien que estuviera tan enfadado que quisiera hacerles daño. Le dije a la policía que había miles de personas con motivos para hacerlo. Que su trabajo lo convertía en la cara visible del rechazo. Lo que, de uno u otro modo, era un motivo habitual para matar. Algo que golpeaba en el centro de las personas, con precisión y rapidez.

—¿Hay alguien aquí? —pregunté, levantando la voz, solo para no asustar a nadie. No hubo respuesta.

Yo tenía una llave diferente para mi oficina privada; cambié la cerradura después de ocupar el despacho de Brandon, en los días en que la paranoia se iba infiltrando. Esos primeros meses, no podía mirar la oficina sin ver la versión que había existido antes: el gran escritorio en el centro de la habitación, la silla gastada, la única fotografía sobre la superficie libre. Las paredes decoradas con parafernalia de la Universidad de Lake Hollow, una foto aérea enmarcada del lago y el campus que lo rodea.

Nunca llegué a hacer mía esa oficina. Tal vez, por el recuerdo de un camión de mudanzas, de los espacios vacíos en casa…, por el miedo a que todo fuera temporal, a que fuera posible despojarme de todo.

Primero, cambié la silla, la huella de su cuerpo me dio escalofríos la primera vez que me senté allí, también puse mi propia decoración, incluido un estrafalario estante azul que había hecho yo misma, y una maceta con una planta que necesitaba agua en este momento. Pero dejé colgado todo lo de la universidad y la foto enmarcada del campus. Guardé el resto en un armario.

Con mi taza negra, que yo dejaba sobre el estante —"¡HOLA!", gritaba, en una tipografía cursi de color blanco a quien se sentara frente a mí—, cogí agua del baño que compartíamos en el pasillo; hice tres viajes seguidos en mi intento de mantener la planta con vida.

Acto seguido, tomé el montón de archivos azules de mi escritorio, donde me estaban esperando. Brandon tenía la mayor parte de su trabajo organizado mediante un sistema oculto a la vista: en los cajones del escritorio o en cajas de archivo dentro del armario del rincón. Pero yo prefería tener todo donde pudiera verlo, para no olvidarme, como una lista visual de tareas pendientes.

Ahora, yo usaba el mismo armario para guardar todo lo que Brandon había dejado atrás, lo que la policía no se había llevado durante la investigación. Sabía que era raro, después de todo este tiempo, que sus cosas estuvieran dentro del armario, cogiendo polvo. Pero yo no era la persona que tenía que hacerse responsable de decidir

qué hacer con todo eso. Así que todos esos objetos quedaron allí, esperando que alguien más tomara una decisión.

Su portátil se había quedado en su casa, así que imaginé que la policía se lo había quedado; su agenda de reuniones era electrónica y a ella también tenía acceso Anna, la recepcionista. No hubo nada fuera de lugar en ninguno de los dos.

Lo que quedó: una foto personal, enmarcada, de él y Fiona, ambos vestidos en colores caqui y blanco, de pie en la playa, bronceados y despreocupados, tan distintos a la versión que yo recordaba de ellos; informes que se habían enviado pero que se recibieron después de su muerte; la tarjeta de su último cumpleaños firmada por el personal, junto con una tarjeta de regalo de Visa, porque no sabíamos qué regalarle, guardada en el cajón inferior; una revista de pesca que, por error, había pedido que se la enviaran a la universidad y no a su casa, y que siguió llegando mes tras mes hasta que venció la suscripción, y un paquete pequeño que llegó a la universidad, pero que tendría que haber ido a su casa. Llegó cuando yo ya estaba trabajando aquí, Anna lo dejó sobre mi escritorio y se desentendió. Al ver su nombre, me dieron escalofríos y lo guardé en el armario con el resto de sus cosas.

Nunca tuve el suficiente coraje para tirarlo todo. El familiar más cercano era el hermano de Brandon, y solamente se quedó con el perro. Jamás puso un pie en esta oficina, y yo no tuve el valor de preguntarle: “¿Quieres una foto de vacaciones que estaba en su escritorio? ¿Una tarjeta de regalo de Visa a medio usar?”. Llegué a acostumbrarme al contenido del armario, del mismo modo en que llegué a pasar frente a la casa de los Truett sin estremecerme. Pero ahora, me quedaba mirando la puerta cerrada y me estremecía. La vuelta de Ruby lo había removido todo, todos los recuerdos. No se había salvado nada.

Mientras estaba allí, de pie, con los archivos bajo el brazo, oí algo al otro lado de la puerta, pero no pude determinar si venía de dentro o de fuera del edificio. Podían ser las tuberías, que se estaban asentando después de mi excursión al baño; había un sistema antiguo detrás de las paredes remodeladas. O podía ser alguien que intentaba abrir la puerta principal.

Se me erizó la piel, me volví y me quedé de frente a las paredes de cristal, mirando el espacio vacío. Aquí, en los antiguos edificios de ladrillo, no había cámaras. Creíamos en el código de honor, para nuestros estudiantes y para nosotros mismos. Creíamos que éramos una comunidad aislada y que la comunidad era nuestra; y la ciudad, una extensión de la universidad, o la universidad, una extensión de nuestra ciudad. De un modo u otro, estábamos condicionados para creer en nuestra seguridad compartida.

Me quedé escuchando el silencio. Conté hasta diez, después hasta

veinte. Como no oí nada más, decidí que debió de haber sido el antiguo edificio, las tuberías y el aire acondicionado, que no se habían renovado durante las reformas.

Cerré la puerta de mi oficina con llave al salir y me apresuré hacia la salida. Fuera, aquel coche blanco aún estaba al otro lado del aparcamiento.

Y fue en ese momento cuando lo escuché con claridad: un paso fuerte a un lado del edificio, una bota sobre grava. Giré a tiempo para ver a Preston Seaver entrando al aparcamiento.

—Hola, Harper —saludó. No podía saber si había estado esperando o acababa de llegar. Si había estado aquí todo el tiempo.

Tenía el uniforme de seguridad, pero estaba a pie, no en su coche ni en uno de los carritos de golf que a menudo usaba el equipo de seguridad para desplazarse.

Di un paso atrás instintivamente.

—Casi me da un infarto —dije, recorriendo el aparcamiento con la mirada—. ¿Trabajas esta semana? —Lo había visto el día anterior por la mañana temprano, terminando la vigilancia de Mac, y supuse que tendría esta semana libre.

—Solamente el turno de mañana, para controlar que los edificios estén seguros durante las vacaciones. ¿Había alguien dentro contigo? —Me echó una ojeada rápida.

—No —contesté, levantando las carpetas que llevaba entre la cartera y el cuerpo—. Solo estoy llevando algo de trabajo a casa. Por lo demás, está vacío.

Asintió, y señaló la todoterreno con la cabeza.

—¿Sabes de quién es ese coche?

—No, es la primera vez que lo veo. Pensé que era de alguien que había venido a hacer un recorrido por su cuenta.

—También estaba aquí ayer. No tiene matrícula.

Volví a mirar, las ventanillas tintadas contrastaban con los neumáticos embarrados.

—¿Estaba en el mismo lugar?

Se mordió la mejilla.

—No me acuerdo.

Me recordó lo que había pasado después de la muerte de Brandon. Los medios que llegaron a su casa, a nuestro vecindario y después a su lugar de trabajo, que informaban desde nuestro aparcamiento, mientras nosotros mirábamos por la ventana, detrás de las puertas cerradas con llave. Anna tuvo que llamar a seguridad para hacer que se fueran. Un asesinato tampoco era buena prensa para la universidad.

—Puedes llamar para que se lo lleven —sugerí—. Si no tiene permiso para aparcar.

—Aquí no conviene que se lleven el coche de la persona

equivocada por accidente. —Se acercó, miró por las ventanillas, dio una vuelta lenta a su alrededor.

Yo abrí mi coche y tiré mi cartera y las carpetas en el asiento del copiloto; me preparé para irme antes de que me hiciera más preguntas.

—¿Te veo mañana? —preguntó.

—Sí, en la fiesta —contesté, mientras me sentaba en el coche.

Cuando salí del aparcamiento, miré por el espejo retrovisor. Preston estaba de pie junto al todoterreno blanco, con las manos en los bolsillos, siguiendo mi coche con la mirada.

CAPÍTULO 12

CUANDO LLEGUÉ A HOLLOW'S EDGE, después de pasar el cartel de piedra y los macizos de flores y los faroles de imitación de la entrada, vislumbré el resplandor del lago, antes de que el camino hiciera una curva y mi respiración se detuviera, como pasaba siempre. Al llegar, a veces, se tenía la sensación de estar deslizándose hacia el agua, especialmente cuando estaba oscuro. Yo sabía que los caminos allanados y las parcelas elevadas daban la impresión de que todas las casas tenían buenas vistas, pero también podían crear la ilusión de que todo el vecindario formaba una pendiente hacia el lago, como si estuviéramos resistiendo la gravedad.

Más allá de nuestras diferencias, este era el motivo por el que estábamos aquí, lo que nos atrajo. Formábamos un grupo que valoraba una determinada estética, un determinado estilo de vida. Gravitábamos aquí, unos con otros, solamente por esa coincidencia. Por eso mismo presuponíamos cosas sobre los demás. Presuponíamos que éramos parecidos.

Teníamos kayaks y remos y cañas de pescar. Pasábamos los fines de semana del verano en traje de baño con vestidos o camisetas encima, neveras listas, un montón de vasos termo para conservar nuestras bebidas frías. Teníamos nuestra "horas felices" al mediodía y barbacoas por la noche, tarde; también el pelo enredado por el viento y el agua.

Tal vez, Brandon y Fiona no sabían en qué se estaban metiendo cuando se vinieron a vivir aquí. Para ser justa, tampoco lo sabía yo. Recorrí la zona con Aidan antes de mudarnos, pensamos que era silenciosa y pacífica y tranquila, la clase de lugar que se asentaría en mí, que me asentaría a mí. Que me convertiría en una persona motivada, pero más despreocupada, como Aidan. Pero eso fue antes de que nos sorprendieran las personas en las que, finalmente, nos convertimos. Vernos por primera vez fuera de contexto cuando nos vinimos aquí. Tal vez, Aidan estaba tan motivado por su carrera académica solo porque prefería eso a lo irreversible que vendría

después. Algo que estaba evitando activamente.

Y tal vez, parecía que la vida al aire libre y la aventura eran lo mío, solo porque trataron de alejarme de casa toda mi vida, me mandaban a campamentos, me inscribían en actividades; todo para evitar las emboscadas de las que mi hermano era presa fácil. Tal vez, crecí así solo porque mis padres estaban aterrorizados de lo que podría pasarme si me quedaba quieta. Como si hubiera algo sinuoso que apuntaba y disparaba a lo que estuviera quieto, algo que estaba siempre agazapado para atraparme, para meterse dentro de mí. Este miedo mío de estar a merced de algo más grande y que estaba fuera de mi control.

Ahora era fácil olvidar que los Truett fueron una de las primeras familias que llegaron aquí. Y tal vez, eso también empañó su punto de vista: siempre había alguien que se mudaba, que cambiaba las reglas, que se las cambiaba a ellos.

Un gran subgrupo de Hollow's Edge se superponía en el trabajo. Brandon y yo, en el departamento de admisiones; y Ruby, como exestudiante. Tina, en el centro de salud, y los hermanos Seaver, en jardinería y seguridad. Paul Wellman, en donaciones de exalumnos; Charlotte como consejera; y Tate, como ayudante del entrenador de *lacrosse*, su segundo trabajo.

Por ese motivo, creía yo, a veces daba la sensación de que, en el vecindario, llevábamos una vida de residencia universitaria. Como si fuéramos una extensión de la universidad, tanto por la ubicación como por la edad. Todos nos habíamos adaptado a la singular estructura de una educación superior privada.

Menos los Truett.

Cada vez que presentaban una queja (las fiestas en los jardines durante la semana, en las noches de verano; los fuegos artificiales la víspera de Año Nuevo; el cubo de la basura que quedaba fuera demasiado tiempo), crecía la antipatía por ellos. Nadie sabía por qué querían vivir aquí. No se los veía en la piscina los fines de semana. Nunca fueron a ninguna fiesta del vecindario. Nunca caminaron descalzos por el borde del camino, ni cruzaron el bosque para llegar directamente al lago.

En teoría, no se podía nadar en el lago, pero lo hacíamos todos. La franja de agua nos ponía a resguardo de la corriente del canal principal. Era privado y solo nuestro, un secreto más de la comunidad.

Pero con la sequía de los últimos meses, se había perdido algo. Los bordes ocultos de la costa habían quedado al descubierto, y también las raíces, el barro y los desechos. La basura que traían los botes y dejaban allí, que luego arrastraba la corriente y se quedaba pegada a los troncos en descomposición. Secretos que ascendían desde el fondo.

A veces, por la noche, pensaba que todo esto era consecuencia de lo

de Brandon y Fiona Truett. Que aquí, nada hermoso volvería a ser duradero jamás. Que la historia que nos habíamos contado a nosotros mismos sobre este lugar estaba podrida, y ahora este lugar tenía que pudrirse también.

Ruby estaba fuera.

En la esquina de casa, frente a la de los Seaver. En ese momento, a no más de dos metros de Mac, que iba caminando, sorprendido, con las manos apoyadas en las caderas.

Ahora, a un metro y medio, se acercaba.

Pisé el freno al llegar, y me acerqué a la acera. Ruby estaba de espaldas a mí, y Mac sonreía por algo que ella había dicho. No se inmutó cuando me vio aparcar junto a ellos.

Bajé la ventanilla.

—¿Qué tal? —grité.

Ruby se volvió rápidamente, su coleta se sacudió como un latigazo.

—¿Y tú? —preguntó—. Ya te habías ido cuando me desperté.

—Tenía que ir a buscar algunas cosas al trabajo, para más tarde —contesté, y Ruby arrugó el entrecejo fugazmente. Le dije a Mac—: Me encontré con Preston en el campus. Pensé que, quizás, tú también estarías trabajando esta mañana.

Tenía las manos en los bolsillos; negó con la cabeza.

—Yo no. El proyecto está paralizado durante esta semana. De todas maneras, la mitad del personal está de vacaciones.

Miré a Ruby, que se estaba estirando de manera exagerada, inclinada hacia un lado, las manos en las caderas.

—Bueno, he salido a correr —dijo—. A prepararme para correr. A pensar en correr. —Se rio para sí misma, y oí la risa de Mac como un eco.

—Si esperas un minuto, voy contigo —le pedí.

Aunque hiciera demasiado calor y yo tuviera resaca. Ruby, por el contrario, parecía estar completamente recuperada.

—Ah, no —se negó—, mejor paso vergüenza sola. Disfruta la paz y el silencio, Harper.

Y se fue, con lentitud, pero confiada. La vi por el espejo retrovisor hasta que desapareció en el camino. Mac también se quedó mirando.

—¿Qué quería? —pregunté.

—Decir hola, supongo. —Se rascó un lado de la cara; necesitaba afeitarse—. Pensé que sería peor si la ignoraba. Ya sabes cómo es. Persistente.

¿No lo éramos las dos?

—“¿Hola?” —le pregunté, con el brazo colgando por la ventanilla, que casi se estaba cocinando sobre el metal caliente por el sol—. ¿Eso fue todo?

—Harper, vamos —protestó, mirando rápidamente hacia los lados antes de acercarse. Se inclinó, apoyó el brazo bronceado junto al mío, con la mano libre me colocó el pelo detrás de la oreja—. Fuiste tú la que me echó la otra noche.

Le aparté la mano.

—Mac, en serio, ¿qué te ha dicho? —pregunté.

Con él, yo sabía que tenía que hacer preguntas directas, para que él fuera directo con sus respuestas.

—Creo que me ha dicho: "Hola, Mac, cuánto tiempo. ¿Cómo estás?" —Sonrió, se le marcaron las arrugas de los ojos. Puse los míos en blanco y él me apretó el brazo.

—Sé justa, Harper. Creí que, a estas alturas, al menos me harías el favor de actuar como si confiaras en mí.

Y ahí estaba el motivo por el que me había quedado en ese limbo de informalidad, aunque ninguno de los dos parecía interesado en llevarlo más allá. Yo sí confiaba en él, de un modo simple, directo, y había algo valioso en eso. Él no ocultaba quién era ni cuáles eran sus intereses. No iba a despertarme un día y verlo camino a la puerta y la mitad de mis muebles dentro un camión. Él era el camino fácil. El camino simple. El que no exigía compromiso ni promesas.

Dio un golpecito en la puerta del coche cuando se enderezó.

—Aunque —continuó—, también quiso saber dónde estabas. Me preguntó si te había visto. Tal vez, lo sabe. Tal vez no sea malo. —Levantó un hombro lentamente, tenía dibujada una media sonrisa despreocupada en los labios.

Abrí mucho los ojos. Ruby tenía mi número. Podría haberme llamado si de verdad quería saberlo. Lo miré con severidad. Quise dejar claro que yo estaba hablando en serio.

—Mac, eso nunca pasó —negué.

Su expresión cambió: había confusión y algo más. Resignación. Aceptación. Asintió.

—Si tú lo dices —admitió, retrocedió y borró todo lo que había pasado.

Como si pudiéramos reescribir la historia, deshacer los errores, volver atrás y tomar un camino diferente. Y fue como si los dos hubiéramos entendido, en ese instante, que había terminado.

Nuestro final, tan sencillo como nuestro comienzo.

Miró hacia el bosque.

—Entonces, mejor me voy de aquí —dijo—. Antes de que vuelva y se pregunte por qué sigues aquí.

Los vecinos empezaron a salir otra vez. Whitney, sentada con las piernas cruzadas en el escalón más alto del porche, sonriéndole al teléfono apoyado en su regazo; Tina, empujando a su padre en la silla

de ruedas, con su madre junto a ella, mientras saludaba a alguien que yo no llegaba a ver. Algo había cambiado; hubo una vuelta a la normalidad.

Las personas se acostumbraban al cambio. Todo lo que necesitábamos era tiempo.

Había un teléfono sonando en algún lugar. Amortiguado, con un tono de llamada genérico, agudo, que venía de arriba.

El teléfono de Ruby.

Subí con las carpetas del trabajo, pero primero fui a su habitación. El teléfono estaba en el borde de la cama, bocabajo. Lo di vuelta antes de llegar a pensar alguna excusa para hacerlo, me preguntaba quién podría llamarla.

La identificación apareció en la pantalla, “BB”, un nombre que ella había agregado a sus contactos. Me llevó solo segundo descifrarlo: Blair Bowman. Tenía que ser ella. La abogada cuyo nombre yo había visto en la televisión. El teléfono dejó de sonar y empezó a mostrar el mensaje “cinco llamadas perdidas”.

El teléfono sonó una vez mientras lo sostenía para mirar la pantalla. Esta vez, un mensaje de texto, del mismo contacto: “Tenemos que hablar. Por favor llámame en cuanto puedas”.

Sin duda, era su abogada; quién más iba a molestarse en invertir un milisegundo de más para escribir “por favor”.

Abajo, se abrió una puerta, unos pasos atravesaron el vestíbulo. Dejé caer el teléfono sobre la cama con la esperanza de haberlo dejado en la posición original y salí corriendo de la habitación. Había llegado a la escalera con las carpetas en la mano cuando Ruby empezó a subir con sus nuevas zapatillas de correr.

—Has tardado poco —dije.

Fue disminuyendo la velocidad a medida que subía; una pátina de sudor le cubría los brazos desnudos y la zona de la clavícula.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, mirando las carpetas.

—Trabajo —contesté—. Estoy buscando mi portátil. —Como si yo tuviera que rendir cuentas de mis movimientos dentro de mi propia casa. Y entonces, como si pudiera ganarle de mano, salvarme con una verdad—: Ah, te han llamado por teléfono. Ahora mismo.

Se hizo a un lado, empezó a cruzar el ático. Le vi los músculos de las pantorrillas, los de los brazos. Los tendones debajo de la nuca.

—Seguro que es para venderme algo —dijo—. Creo que me dieron un número que fue de otra persona hace poco.

Quería decirle “No, era tu abogada”. Quería oír lo que tenía que decirle. Pero no había modo de hacerlo sin delatarme.

Llevó una pierna hacia atrás para estirarla.

—Casi no llego ni a dar la vuelta a la manzana. Hace demasiado

calor para correr —dijo. Se echó a reír—. Pero Mac, por Dios. Actuó como si…

Esperé, pendiente de cada palabra. Desesperada por saber qué había visto, qué sabía.

Se secó la cara con el borde de su camiseta verde sin mangas.

—Ya sabes que vino a verme una vez.

Moví la cabeza lentamente antes de recuperar la voz.

—No, no lo sabía.

Me pregunté si había sido antes o después del día en que él apareció en mi cocina y me contó de la llamada de Ruby. Más aún, no me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación; la culpa, alojada en lo más profundo, estaba ascendiendo a la superficie. No había ido a ver a Ruby. Ni una vez. La ignoré después del juicio, como a alguien que había existido, pero ya no existe. Qué fácil había sido para todos los demás.

—Supongo que quería dejar bien claro que habíamos terminado. Solo por si me quedaba alguna duda —dijo.

Traté de imaginarlo; Mac, sentado detrás de una mampara de plástico, o tal vez en una mesa, yo no sabía cómo era aquello. Ruby llorando. O no. Mirándolo con los ojos entrecerrados. Riendo por la situación, por la cobardía de él.

Pero no, la cobarde era yo. Mac había sido valiente, había ido a verla donde yo no había ido. Yo lo había interpretado mal, lo etiqueté como alguien que evitaba las responsabilidades adultas, cuando, en realidad, el único que estuvo a la altura de las circunstancias fue él.

—Ahora lo miro y no recuerdo qué le vi —continuó Ruby. Sonrió para sí—. Bueno, sí me acuerdo. —Una sola carcajada aguda—. De cualquier modo, me acuerdo de cuando yo era demasiado joven para él. Dios, me encantaba el juego de seducción. Me encantaba porque yo sabía que él me miraba siempre, hasta cuando no debía.

Me estremecí. Ruby no era ninguna niña cuando se conocieron. Tenía diecinueve o veinte años. Demasiado joven para él, sí, pero no tanto. Desde mi punto de vista, él apenas la toleraba en ese entonces. No tenía claro a cuál de las dos se le confundían los recuerdos.

—Algo pasa con esos chicos Seaver, ¿eh? —preguntó. Me miró, entre sonriente y dolida. No entendí qué quería decir—. Por aquí adoran a esos muchachos, aunque parece que nunca van a terminar de crecer. Pero no a las chicas. No a las personas como yo.

Tenía razón. Así la veían los vecinos. Tal vez, porque Ruby estaba en la universidad cuando la conocimos. Paseaba perros y nos traía el correo, llegaba tarde a casa o no llegaba, se movía en patines y se reía fuerte, hablaba más por impulso que con tacto. Tal vez, era así porque ni su padre podía manejarla, siempre andaba preguntando si la habíamos visto.

—¿Cómo está tu padre? —le pregunté.

Como si ella necesitara un recordatorio de que tenía otro lugar donde ir. Otro lugar donde estar, ahora que había conseguido lo que había venido a buscar. Una de esas llamadas perdidas, claro, podría haber sido suya.

Se le ensombreció la expresión, entrecerró los ojos en un gesto casi cruel antes de mirar hacia otro lado.

—Murió —contesto—. Pensé que lo sabías.

—Ah, ah, no.

Negué con la cabeza; me inundó una repentina ola de pena, aunque no había tenido mucho más contacto con el señor Fletcher que en aquella ocasión en la que se negó a aceptar las pertenencias de Ruby. Parecía demasiado blando para su hija, demasiado desorientado, como si hubiera renunciado a controlarla hacía mucho. El camino que había tomado mi propio padre con mi hermano, mientras que mi madre iba hacia al otro extremo.

Cuando el señor Fletcher se jubiló, se fue a vivir a Florida. Tal vez, suponía que Ruby ya era mayor para arreglárselas sola, como el resto de nosotros. Y ella se trasladó dos calles más allá, vino a mi casa.

—No lo sabía —me disculpe. Acorté la distancia entre nosotras y, torpemente, le apoyé la mano en el brazo—. Lo siento.

—Bueno —dijo, mientras se iba—, estoy hecha un asco, perdón. Necesito una ducha fría urgente. —Y eso fue todo.

Tal vez, las llamadas de su abogada fueran por su herencia. Tal vez, su estancia conmigo era una escala en su viaje, y terminaría cobrando la herencia de su padre para empezar de nuevo.

Ruby se metió en su habitación, pero yo me instalé en el sofá del ático, esperando escuchar la llamada que, lo sabía, ella iba a devolver. Ya fuera por su caso, por la herencia de su padre, o por lo que Ruby estuviera planeando hacer con todos nosotros, las personas que íbamos a pagar.

Pero se quedó en silencio. No hubo nada, nada, desde el otro lado de la pared, hasta que se oyó el agua en las tuberías. Y, unos momentos después, el canturreo leve de una melodía desafinada en la ducha.

CAPÍTULO 13

Ruby lavó su ropa.

Preparó tostadas francesas para comer; el aroma del sirope permeaba toda la planta baja.

Salió a caminar junto al lago —para tomar aire fresco, para despejar la cabeza— y después tuvo que limpiarse el barro de la suela de sus zapatillas blancas nuevas.

Bien entrada la tarde, recorrió con los dedos los libros sobre los estantes empotrados a ambos lados del televisor, y cogió títulos que no había leído nunca. Miró las contraportadas, los abrió por páginas al azar, leyó algunas palabras.

La seguí con la mirada por toda la casa desde donde estaba yo, sentada a la mesa de la cocina. Me había instalado con mi portátil abierto, las carpetas apiladas junto a mí, fingiendo que estaba trabajando, distraída con sus desplazamientos.

No mencionó el teléfono ni ninguna otra llamada. No dijo una sola palabra, salvo para responder preguntas directas. El silencio se fue consolidando, se cargó con demasiados sentidos, con demasiadas posibilidades. Con todo lo que yo estaba ocultando. Con todo lo que yo creía que ella, tal vez, sabía. Una tensión que iba creciendo por toda la casa hasta que no pudiera más que resquebrajarse.

—Estoy de guardia esta noche —informé, y carraspeé.

Dio la espalda al estante, cruzó la habitación con pasos largos y silenciosos.

—¿De quién fue la idea?

—Le dije a Charlotte que me apuntara para cuando me necesitaran. Supongo que me necesitan esta noche.

Soltó una carcajada.

—Claro que fue idea de Charlotte.

Se sentó en la silla que estaba frente a mí, con los dedos extendidos sobre el montón de carpetas azules que estaba entre nosotras.

—¿Qué están vigilando, Harper?

—Actividades sospechosas, claro —dije.

Intenté que mi sonrisa imitara la de ella, como si las dos participáramos de la misma broma.

—Hagamos una apuesta —propuso, reclinándose sobre la silla de madera—. Algo que sea divertido. Voy a anotar lo que yo creo que vas a ver esta noche y después tú me dices si he acertado.

Al menos, esto era mejor que el ofrecimiento de acompañarme, ese había sido mi primer miedo.

—¿Qué ganas si aciertas? —pregunté. Porque tenía que haber un trueque. Todos los juegos tenían un ganador.

—Saber que yo tenía razón —contestó; sus ojos perforaron los míos —. Saber que todavía puedo predecir todo lo que pasa por aquí —enfatizó cada palabra con cuidado, con intención—. Anótalo, Harper. Vas a ver.

Me recorrió un escalofrío, pero forcé una sonrisa.

—No va a haber nada de lo que informar —dije, tratando de igualar su actitud despreocupada—. Todo el mundo va a quedarse en casa esta noche.

En principio, ese era el sentido de hacer guardias. Sabíamos que había alguien allí fuera; entonces, todos nos quedábamos dentro, una disuasión autoimpuesta.

Inclinó la cabeza, casi sonrió.

—Ah, estoy dispuesta a apostar cualquier cosa a que no vas a ser la única allí fuera esta noche.

Me estremecí al recordar el ruido que vino del patio cuando Mac estuvo aquí; el fotograma que dejaron aquí cuando yo estaba en la reunión del club social; el cuchillo que encontré bajo el colchón de Ruby.

Probablemente tuviera razón. ¿No lo habíamos aprendido antes? En Hollow's Edge, siempre había alguien vigilando.

Al anochecer, me preparé para salir a hacer mi primera ronda.

Ruby estaba recostada en el sofá viendo las noticias, con la cabeza apoyada sobre un brazo flexionado. Yo seguía pensando que estaba esperando algo. Blair Bowman anunciando alguna novedad, tal vez; o una actualización del caso, un cambio de dirección. Pero el tema principal de conversación era la sequía, el nivel actual del lago, la posibilidad de que tuviéramos que implementar restricciones con el agua, de que nuestras parcelas de césped se pusieran marrones y quebradizas.

Cerré la puerta despacio al salir sin decir adiós. En la oscuridad que iba descendiendo, vi un coche extraño en la acera; una silueta subía los escalones del porche de la casa de los Brock.

—¡Hola, Charlotte! —llamé, caminando hacia ella, pero la silueta no se detuvo.

El coche arrancó en otra dirección, y tardé un segundo en darme cuenta de que no era Charlotte la del porche, sino Whitney, que llegaba a casa. El pelo largo le cubría el perfil cuando abrió la puerta principal, al mismo tiempo que el tono decepcionado de Charlotte llegaba al jardín.

—No has venido a cenar.

Parecía que el resto del vecindario se iba desarmando. Empezaron a encenderse las luces en las casas de la calle e iluminaron mi camino.

Alguien apareció en la esquina, avanzó por la calle. Tina, empujando a su padre, que tenía las manos entrelazadas sobre el regazo, en su silla de ruedas.

—¿Qué tal, Harper? —preguntó, cuando se acercó. Se quitó el flequillo oscuro de la frente.

—Todo bien —dije. Su amabilidad y su sinceridad eran un alivio bienvenido—. Estoy de guardia esta noche, acabo de empezar.

—¿Ha vuelto esa chica? —preguntó su padre, alerta, de pronto.

El señor Monahan era de contextura robusta, y tenía la cabeza hundida en los hombros anchos. Su apariencia era la de alguien que alguna vez había sido fuerte. Tina tenía esa misma contextura, baja y ancha, la ropa amplia disimulaba su fortaleza; yo la había visto cargar la silla de ruedas en la parte de atrás de un coche como si no pesara. Su madre, por el contrario, era pequeña y de apariencia frágil, y probablemente había tenido dificultades para cuidar a su marido, incluso en su juventud.

—Papá —dijo Tina en tono de advertencia.

—Ha vuelto —afirmé. No tenía sentido mentir cuando todos sabíamos la verdad.

El señor Monahan se llevó la mano al escaso pelo blanco, le temblaron los dedos al alisar un par de mechones rebeldes.

Tina suspiró.

—Mejor que lo lleve a casa pronto; si no, mi madre se va a preocupar.

—No hables de mí como si yo no estuviera aquí —dijo el señor Monahan con un gesto infantil. Tina le apretó el hombro y me sonrió, y después siguieron hacia su casa.

—Buenas noches —me despedí.

—Ten cuidado —respondió el padre.

Cuando retomé mi ronda por los alrededores, hice un inventario de las rutinas de nuestra comunidad: Paul Wellman giró con su sedán plateado en la entrada de su casa y entró al garaje, la puerta mecánica empezó a bajar antes de que él saliera del coche. Una pareja salió de la piscina a la hora de cierre, descalza y envuelta en toallas; los siguió el sonido de su risa.

Luces encendidas en los porches, escenas fragmentadas a través de

las ventanas abiertas. Destellos de pantallas de televisión, el olor a hamburguesas que se cocinaban en una parrilla, mientras yo recorría el camino que conducía a las altas cercas blancas de nuestros patios.

Cuando llegué a mi casa, me pregunté cuántas rondas más sería necesario que hiciera.

—¿Todos a salvo en el frente interno? —preguntó Ruby. Parecía que no había cambiado de posición en el sofá.

—Todo despejado.

El televisor estaba en el mismo canal de noticias, aunque con el volumen bajo, más como ruido de fondo que para prestarle atención. Ruby tenía un libro de bolsillo en la mano, con la cubierta doblada hacia atrás, así que no pude leer el título.

Volví a mi lugar en la mesa de la cocina, volví a abrir mi portátil y decidí que iba a salir otra vez antes de irme a la cama. Dividir la noche a una hora razonable. Seguramente, nadie iba a quejarse si la persona a la que de verdad querían vigilar estaba dentro de mi casa en ese momento. Cuanto más tiempo me quedara, más tiempo podría vigilarla.

A las once, Ruby se levantó y se estiró, apagó el televisor, ahora que el informativo principal había terminado.

—Bueno —dijo, con el libro en la mano—, buenas noches y buena suerte. ¿Me despiertas si te apetece tener compañía? —Igual que la última vez, cuando compartimos el turno para sentirnos más seguras.

Pero yo también me había convertido en alguien distinto durante su ausencia.

—Estoy bien —le contesté.

Se detuvo frente a la mesa de la cocina y se quedó allí hasta que levanté la vista del portátil.

—Cuéntame lo que veas allí fuera —me pidió.

Apartó la mirada, como si no quisiera que yo viera algo más en su jugada. Como si importara lo que viera yo. Como si esto no fuera solo un juego.

Se hizo más tarde de lo que hubiera querido. Me fui pasadas las once y media; esta vez me llevé la linterna del cajón de la cocina. Por la noche, la quietud podía rebosar de posibilidades. La humedad sofocante, los grillos y las ranas, el sonido lejano de animales corriendo a internarse en el bosque, un portazo dentro de una de las casas.

Las palabras de Ruby resonaron cuando pasé por la casa de los Seaver: que yo no sería la única aquí fuera. Con la mirada, busqué la ventana derecha del piso de arriba —la habitación de Mac—, donde vi el resplandor cálido de una lámpara detrás de las cortinas cerradas.

Me quedé allí, mirando hacia arriba, cuando lo oí: el sonido de

metal contra metal. Una verja que se abría o se cerraba. Venía de la piscina.

Seguí apuntando la linterna hacia adelante; tal vez, la pareja que vi saliendo de la piscina se había olvidado de echar el cerrojo cuando salieron.

Pero la verja estaba cerrada. Empujé los barrotes solo para verificarlo, el cerrojo estaba puesto, el sonido del metal contra el metal resonaba en la noche. Apoyé la mano en los escalones metálicos, escuché con mucha atención. Recorrí con la luz de la linterna la superficie de la piscina —quieta y tranquila— y sus alrededores.

Un rastro de agua. Huellas que salían de la piscina, atravesaban el cemento blanco, hacia la verja donde estaba yo, del lado de la acera, para desaparecer en el pavimento negro de la acera.

En la piscina, tan cercana al lago, los sonidos de la noche se hicieron casi ensordecedores: el agua que golpeaba las raíces y las rocas, el viento que atravesaba las hojas de los árboles, las ranas que ya no estaban lejos, sino aquí, rodeándome en los árboles que bordeaban la piscina. Me di una palmada en la pierna, pero sentí que ya aparecía la roncha por la picadura del mosquito.

De todos modos, seguramente era un residente el que había salido de la piscina. Alguien con llave, aunque, en teoría, estuviera fuera de horario. Un chapuzón de medianoche. Una violación a las reglas de nuestra junta de propietarios, pero nada de lo que valiera la pena informar.

Sin embargo, temblé al imaginar todo lo que podía llegar a pasar por la noche, mientras permanecíamos ajenos, detrás de puertas con llave y entre cuatro paredes. Empecé a acelerar el paso, me puse a planear la ruta, me quedé en la acera, con la linterna como guía. Quería estar en casa, terminar con esto. Claro que había otras personas fuera de sus casas por la noche. No era un delito. Esa había sido la defensa de Ruby después de todo.

—Eh.

Una voz suave delante de mí me detuvo en seco antes de que pudiera ver a alguien. Al principio, me pareció que me lo había imaginado, en medio de los sonidos de la noche. Apunté la linterna hacia un lado y me detuve en la silueta sentada en el peldaño superior del porche. Chase se puso de pie.

—Esperaba alcanzarte —dijo.

Pero la luz de su porche estaba apagada y él llevaba zapatillas y pantalones cortos de deporte y una camiseta oscura ajustada en los hombros. Me pregunté si había estado vigilándome. Si me había seguido. Desde aquí, con la luz del día, la piscina casi no se veía. Podría haber estado aquí fuera todo el tiempo.

—Estás sentado en la oscuridad —indiqué, lo más parecido a una acusación que fui capaz de expresar, incluso cuando volví a ponerme en movimiento, y pasé frente a su puerta.

—No quería que me evitaras —dijo, con la mano extendida hacia mí, la palma hacia arriba.

Dejé de caminar, pero no me acerqué más.

—Debes tener cuidado, Harper —me advirtió, bajando los peldaños.

Me obligué a no ceder terreno, a no demostrar mi incomodidad. Él ya no era policía; no tenía que seguir sus instrucciones.

—¿O qué? —dije—. ¿La gente hablará?

Puso un gesto ceñudo, avanzó un paso.

—Intentó entrar en mi casa ayer por la mañana. Cuando salí a correr. Lo sé.

Negué con la cabeza, pero lo entendí. La paranoia se había apoderado de él, lo había invadido.

—Ayer estuvo fuera todo el día —informé—. Hasta la hora de cenar.

—¿Quién lo dice? ¿Ella? —Como no respondí, continuó—: Mira, dejé el garaje abierto, y alguien intentó abrir la cerradura que da a la casa. ¿Quién más pudo ser? Es peligrosa, Harper, y tú no lo ves. Siempre quisiste protegerla, y a veces, me pregunto por qué.

El espacio entre los dos desapareció, y pude advertir su tamaño, su rabia.

—Tienes que mantenerte al margen —le dije en voz baja—. Ella podría pedir una orden de alejamiento. —Para recordarle quién era el infractor. Quién era el peligro en realidad.

Retrocedió.

—No, no puede. Nunca la he amenazado. Nunca le he puesto una mano encima. Voy a salir limpio. Lo saben todos. Seguí todas las normas. ¿Dónde estuvo la mentira, Harper?

No hubo mentira. Fue el modo en que se gestionó todo. El rumbo que habíamos tomado. Todo en nombre de la superioridad moral y las buenas intenciones.

—Te oí —le dije para que lo supiera—. Mi casa está junto a la de Tate y Javier Cora. Se oye todo.

Por la noche, las voces viajaban a través de las cercas y las ventanas abiertas. Le había oído hablar con Javier durante la investigación. Chase me miró con atención; un único sonido, el de su respiración.

—¿De qué hablas? —La cabeza hacia un lado.

—Estabais hablando de la estrategia. Que todo tenía que ser simple. “No os compliquéis”. —Esa fue la frase concreta que se me quedó grabada en la memoria. Como si les estuviera diciendo qué pruebas

servirían y cuáles no—. Así que dímelo otra vez, Chase, ¿cómo te vas a librar?

—Eso no es… —Se rascó la nuca—. No sé qué crees que oíste, pero estás equivocada. Ella era sospechosa, y nosotros estábamos estudiando el caso. Un jurado la declaró culpable. —Desvió la mirada—. Cuando los encontramos, no salió fuera. Lo sabes. —Bajó la voz, como si estuviera viendo una escena indescriptible.

Cerré los ojos para ahuyentar la imagen.

—Ruby estaba durmiendo. Duerme como un tronco —repliqué. Después de todo, había vuelto a las dos de la madrugada—. Dijo que había alguien más allí fuera.

—Estás viendo lo que quieres ver —me acusó.

—O tal vez seas tú el que ve lo que quiere ver —repliqué—. Todos sabíamos que había cámaras por todos lados.

Eso siempre me había molestado; debería de haberle molestado a él también. Lo que tendría que haber dicho en el estrado de haber tenido la oportunidad. Lo que tendría que haberle explicado a la policía en primer lugar. Nuestras cámaras habían captado al marido de Charlotte engañándola. Habían atrapado ladrones de paquetes. ¿Por qué Ruby se expondría delante de ellas, sabiendo que la estaban grabando, si estaba cometiendo un delito, si había matado a los Truett?

Chase sacudió la mano en el aire.

—No me cargues a mí con eso. Tú eres la única que declaró que ella había llegado a las dos de la madrugada y que entró por la puerta trasera, que la oíste en la ducha. Actuó con rapidez, y trató de ocultar lo que había hecho limpiando las pruebas. Sabía que era un error. Los asesinos, Harper, no siempre piensan con claridad. No siempre son metódicos y lógicos. Un crimen es caótico. A veces, no es más que el calor del momento, pero siguen siendo asesinos. No serán asesinos expertos, pero siguen siendo culpables.

—La abogada dijo… —empecé, porque ¿no había visto él el mismo programa? ¿No había oído la misma amenaza implícita en su declaración?—. Dijo que había pruebas que iban a exculparla. —"Había alguien más allí fuera", había insistido Ruby, y tal vez había pruebas…

Chase extendió las manos delante de sí como si estuviera revelando el final de un truco de magia.

—¿Viste esa prueba misteriosa alguna vez? —preguntó—. ¿Crees que, si existió de verdad, habrían esperado hasta ahora para mostrarla? —Negó con la cabeza—. Están en el juego por dinero. Quieren demandar al Departamento de Policía, hacer que todos duden. Antes de que decidan volver a juzgarla. Mira, quedó libre hace menos de una semana y ya te tienen en sus manos.

—No me tienen en sus manos. Es inocente hasta que se demuestre

lo contrario.

Miró hacia un lado, como si creyera que alguien nos estaba escuchando. Después volvió a concentrarse en mí.

—¿No crees que es raro que haya vuelto aquí? ¿Que haya vuelto contigo?

Lo creía. Pensé que cogería el dinero y se iría. Pero todavía estaba aquí. Todavía esperaba algo.

—Ella confía en mí. Fui la única que habló en su defensa.

Puso cara de estar confundido.

—En absoluto, ella no confía en ti.

—Después de que yo declarase me dio las gracias. —Me encogí de hombros al recordar esa comunicación final cuando bajé del estrado. La última vez que la vi.

—Ella… —Dejó la frase sin terminar, meneó la cabeza—. Eso no es lo único que dijo.

—Tú no estabas allí —repliqué.

Él había testificado antes, así que no pudo ver el resto.

—Lo sé, pero muchos amigos del departamento sí. Vieron todo el juicio, y es de lo único que se habló después. Lo que dijo quien compartía la casa contigo cuando bajó del estrado. —Abrió mucho los ojos, que brillaban a la luz de la luna—. Estaban preocupados por ti y con razón, Harper. Si no la hubieran declarado culpable…

Pestañeé rápidamente.

—Qué…

—Cuando se volvió hacia ti, con todo el mundo mirando, claro como el agua, dijo: "Nos vemos, puta". Como si no le importara que la viera el jurado.

Tenía la mente hecha un lío, intentaba encontrarle sentido a la escena. Dije que no con la cabeza, di un paso atrás.

—No, no fue así —le contradije.

Yo estaba allí, no él. Pero volvía una y otra vez a ese día: me sentía floja y mareada cuando bajé del estrado, todas esas miradas sobre mí, y las preguntas y Ruby sentada justo allí. Me sentía desconectada y lejana, todo estaba distorsionado por un filtro. Y esta vez, cuando el recuerdo llegó a Ruby, vi que juntó los labios al final, y su mensaje se convirtió en otro…

—En serio, Harper —me advirtió, mientras todavía me estaba reponiendo—. Ten cuidado.

Cerré los ojos, traté de ver. El recuerdo se transformaba cada vez: "Te debo una". "Nos vemos, puta".

—Oye —dijo, con la mano apoyada en mi hombro—. Tienes mi número, ¿no?

Pero retiré el hombro. Ruby sabía que esto iba a pasar, que iba a haber alguien fuera. Alguien que también estaba vigilando. Chase

había arruinado su propia carrera, todo su futuro, y ahora estaba desesperado por recuperarlo.

—Deja de vigilarnos —insistí.

Porque estaba obsesionado. Lo estaba en ese entonces y también ahora. Todavía pasaba corriendo por delante de mi casa, se quedaba fuera de la piscina esperándome.

Levantó las manos en señal de inocencia y entró.

Me alejé de él todo lo rápido que pude, por lo que no estaba prestando atención cuando giré en la esquina, en la siguiente acera, detrás de nuestra calle. No podía quitarme la escena del juzgado de la cabeza… La cara de Ruby, volviéndose hacia mí; los ojos de Ruby, encontrándose con los míos, así que no percibí el ruido al principio.

Un coche que se alejaba. Luces de freno que desaparecieron en la curva siguiente.

Había muchas posibilidades; alguien perdido; algún curioso; alguien que sabía que Ruby estaba aquí.

Me quedé allí, mirando el espacio por donde el coche había desaparecido, y percibí algo extraño en los jardines.

Algo que se movía. No del lado de dentro, sino más cerca, entre los árboles.

Iluminé los pinos con la linterna en busca de alguna señal de alguien más. Me preocupaba que fuera la persona que Chase había confundido con Ruby, y que ahora estuviera sondeando los límites de su casa. La misma que estuvo en mi patio cuando vino Mac.

Me quedé inmóvil, y después escuché el mismo sonido familiar, el chirrido de una verja.

Recorrí la cerca hasta que llegué a la puerta abierta: la casa junto a la mía.

La casa de los Truett.

Empujé la verja, iluminé los rincones con la linterna. Pero no había nada detrás de la cerca del patio. Una mancha de óxido en los adoquines donde alguna vez había estado la barbacoa. Las ventanas oscuras, sin cortinas, abrían paso a la casa vacía.

Tiré de la puerta para cerrarla, era imposible echarle cerrojo desde afuera, y lo primero que me pregunté fue cómo se habría abierto. Si alguien había encontrado la manera de entrar y estaba husmeando por ahí.

Y entonces, me detuve.

Tal vez fueron las palabras de Chase, o haber recordado mi testimonio, pero me quedé paralizada en el lugar, reflexionando, una vez más, sobre lo que había oído esa noche. La historia que se había creado.

“Ruby salió por la puerta principal, cogió las llaves de la casa de los Truett. Llevó el perro afuera. Mientras, vigilaba la habitación para

asegurarse de que estuvieran dormidos. Cogió las llaves del coche de Fiona, arrancó el motor, dejó la puerta entreabierta…”.

Lo planificó con tanto cuidado. Tan metódicamente. Sin piedad. Desde el momento en que cogió esas llaves.

En ese caso, ¿qué hacía exponiéndose frente a las cámaras después?

Si hubiera planeado volver a entrar a escondidas por la puerta de atrás, no habría permitido que la mitad de las cámaras de la calle la filmaran en la parte delantera.

O bien lo había planeado cuidadosamente y no había sido nada cuidadosa, o fue un delito caótico. Las dos cosas no podían ser ciertas.

Chase tenía que estar equivocado. Sobre ella, sobre lo que había dicho. Me ceñí al perímetro de la cerca al dar la vuelta manzana, pasé por todos los patios traseros, hasta volver a nuestra calle, a la casa de Tina Monahan. Sin la luz del porche, la esquina estaba totalmente a oscuras. Cuando pasé frente a la casa de Tina, de pronto una luz brillante iluminó la entrada. Debían de tener un detector de movimiento.

Me iluminó hasta llegar a los peldaños de mi casa, donde había dejado la luz encendida para cuando volviera. Quise abrir la puerta, pero la llave no giró, ya estaba abierta. ¿Había olvidado cerrar con llave cuando me fui? Con lo tarde que era y todo lo que había pasado, no podía estar segura.

Al entrar, casi me resbalo. Bajo mi zapatilla, encontré un papel, lo habían dejado en medio de la entrada, doblado sobre el suelo de madera del vestíbulo.

La sala vibraba, y yo me quedé inmóvil, escuchando el silencio de la casa. Alguien había estado dentro.

Tal vez, todavía lo estaba.

Con los hombros tensos y la respiración contenida, intenté oír algún sonido del intruso, pero lo único que oí fue mi propio corazón, los latidos dentro de mi propio cráneo creciendo sin parar. Sentí la adrenalina circulando en mi interior: luchar o huir; quedarse o escapar.

Encendí las luces, pensando que alguien saldría huyendo. El ruido de la máquina de hielo al dejar caer los cubitos recién hechos en el congelador me sobresaltó, me llevé la mano al corazón.

Rodeé sin hacer ruido el papel que estaba en el suelo y me adentré en la casa, encendiendo todas las luces al pasar. Un murmullo en la planta alta; me detuve junto a la escalera, me agarré del pasamanos y escuché. Seguramente, Ruby estaba dando la vuelta en la cama.

Empecé a subir lentamente, con cautela, con todos los sentidos en alerta máxima; llegué a la puerta de la habitación a oscuras de Ruby. La luz del vestíbulo iluminaba la moqueta, y la vi, bocabajo, en la cama, con los pies que se movían por algún sueño agitado.

Ya sintiéndome más segura, revisé cada rincón de la casa, me aseguré de que estuviéramos solas. Revisé todas las cerraduras, cerré todas cortinas.

Todo el tiempo estuve pensando en que Ruby estaba dormida, arriba, con el cuchillo bajo la cama. Lo despreocupada que había salido, sin pensar que había dejado la casa desprotegida, sin vigilancia, cuando todo el mundo sabía que esta noche yo estaba de guardia.

Con qué seguridad le había dicho a Ruby que no habría nadie fuera. Lo equivocada que estuve. Lo inquieta que era nuestra calle en realidad.

Con el corazón todavía acelerado, cogí el papel del suelo del vestíbulo y volvió a caer una foto.

Era una copia de la misma imagen, del mismo llavero con forma de hueso de perro. Pero como el encuadre era más amplio, tenía un contexto: una persona corriendo por el camino del bosque hacia el lago; el agua, una oscuridad que se extendía en la distancia.

Una línea negra bloqueaba el lado izquierdo de la imagen, y me llevó un momento darme cuenta de qué era.

Un barrote de hierro negro que rodeaba la piscina.

Era una foto tomada a cierta distancia. Pero no por una cámara de seguridad. La habían tomado desde una de las esquinas de la piscina, desde dentro. Donde estaba Mac el otro día cuando me pidió que me acercara.

Era una foto en blanco y negro, tomada en la oscuridad, pero esta vez se distinguían algunos detalles. Vaqueros cortos, piernas pálidas y zapatillas, el logo de Nike, brillante a la luz de la luna.

Detalles identificables.

Una escena que alguien había visto en silencio, de pie en el límite de la terraza de la piscina.

Desplegué el papel dentro del que venía la foto. Dos palabras impresas en tinta negra. Un mensaje simple, austero: “LO SABEMOS”.

JUEVES
4 DE JULIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: ¿De verdad? ¿Vamos a hacer esto?

Publicado: 9.20 a. m.

Margo Wellman: Disculpad, pero justo en este momento, la fiesta me parece una muy mala idea.

Javier Cora: Vamos a estar todos juntos. ¿Cuál es el problema?

Margo Wellman: Sí, bebiendo.

Preston Seaver: No voy a permitir que el miedo maneje mi vida.

Charlotte Brock: Mira, si quieres, vienes; si no, no. Nadie va a decirte qué hacer. Pero no puedes evitar que el resto vayamos a la piscina por la que pagamos todos los meses solo porque tú piensas que no es buena idea.

***

Asunto: He oído algo…

Publicado: 10.13 a. m.

Tate Cora: … fuera, anoche. Me desperté alrededor de las 2.45. Acabo de revisar la grabación, pero no hay nada en la cámara de seguridad. Harper, ¿viste algo?

Harper Nash: Nada fuera de lo común anoche.

CAPÍTULO 14

NO VOLVÍ A SALIR. NO desde que llegué a casa y vi que alguien había entrado. Me quedé en mi habitación, detrás de una segunda puerta cerrada con llave, sabiendo que, en realidad, no me protegía ninguna de las dos.

Volví a mirar el mensaje de Tate en la página y cerré el portátil de golpe cuando apareció Ruby bajando a escalera. Aminoró el paso cuando me vio sentada a la mesa de la cocina.

—¿Estás bien? Ni que hubieras visto un fantasma.

—Solo estoy cansada —contesté.

La imagen de la foto que dejaron en el vestíbulo la noche anterior me ardía dentro de la cabeza. Alguien había entrado en mi casa cuando yo no estaba, así que tampoco había dormido, y ahora esto: una colisión entre una fiesta que nadie iba a cancelar y la vuelta repentina de Ruby Fletcher, la fusión de la paranoia y el miedo en un punto crítico.

—¿Y? —preguntó, mientras se servía un café de la jarra—. ¿Tenía razón?

Meneé la cabeza sin entender lo que me decía.

—Sobre lo de anoche —continuó, sentándose frente a mí—. ¿Te cruzaste con alguien en tu recorrido? Podemos comparar tus notas con mis corazonadas.

Parecía tan cercana. Me fijé en sus labios sobre la taza de café cuando tomó el primer sorbo. Trataba de recordar ese día en el juzgado. "Te debo una". "Nos vemos, puta".

—No —dije—. No tuve que hacer ninguna anotación. Estuvo tranquilo.

Arqueó una ceja, extendió la mano, me tomó de la muñeca y la volteó hacia arriba, dejando expuesta la piel frágil. Sentí mi pulso.

—¿Cuál es el problema? —preguntó, acercándose más.

Sentí como si yo no tuviera huesos, con mi brazo flácido sobre su mano, sin saber en qué confiar: ni siquiera en mis recuerdos, en mi percepción de los hechos. Lo que pudo haber dicho en el juzgado. El

cuchillo que guardaba bajo el colchón y las fotos amenazantes que dejaron en casa. Si Ruby estaba asustada o era una persona a quien temer.

El hecho de que hubiera entrado a hurtadillas el primer día, descalza, sin aviso. El hecho de que Chase creyera que había intentado entrar en su casa; las llamadas perdidas de la abogada, y ese pensamiento repentino de que ella se había llevado mi coche para no ir a ninguna parte. Que estuvo aquí todo el tiempo, espiando. Que estuvo catorce meses dejando que la herida se enconara, y ahora, había vuelto por una razón.

—Ruby —dije, tranquila—. Ruby, esta noche no puedes ir a la fiesta.

“Ni siquiera tendrías que estar aquí”.

Entrecerró los ojos y su rostro se volvió impenetrable, solo ángulos duros y un gesto inexpresivo.

—¿Sabes lo que no hacen por aquí? Hablar de frente. Hacer preguntas y exigir respuestas. Es contagioso lo que hacen por las apariencias. —La comisura de la boca se le torció en una mueca—. Muestran una sonrisa y dicen otra cosa a la policía. Arrancan a alguien de sus vidas y fingen que nunca existió.

Contuve la respiración, no pestañeé, le sostuve la mirada. No sabía si hablaba en general o de alguien en particular.

—Me ignoraron durante mucho tiempo, Harper.

Pensé en Charlotte y lo que diría. En Chase y lo que haría. Lo que yo temía en realidad.

—No debes ir —dije. Directa y al grano—. No vayas. —Un ruego.

Empujó un poco la silla hacia atrás, las patas de madera chirriaron con el roce del suelo de adoquines.

—¿Esto sale de ti o de ellos? —preguntó.

Tenía la garganta seca, tragué con fuerza.

—De mí.

Abrió los ojos, como si la hubiera sorprendido. Pero se puso de pie de repente y se volvió.

—No te preocupes —dijo, y abrió la nevera, quitó los táperes con fruta y los puso junto a las botellas de vino tinto que se alineaban en la encimera—. No voy a ir con las manos vacías. No quiero ser una mala invitada, ¿verdad?

Tenía ganas de vomitar. La última vez que había sentido esta náusea incesante, esta fuerza imparable que venía hacia mí, fue en los días previos al juicio. Cuando supe que iba a tener que verla de frente, a ella y a todos los demás. Apenas comí en toda la semana.

Margo tenía razón, la fiesta era una mala idea. Yo no sabía si la insistencia en hacerla tenía que ver con la terquedad, la hostilidad o

simplemente la ingenuidad, pero a medida que el día avanzaba, la organización se fue poniendo en marcha, imperturbable.

Yo no tenía control sobre Ruby Fletcher. Fui una inocente al pensar que alguna vez lo tuve.

Desde la ventana de mi habitación, temprano por la tarde, vi a Javier y a Chase llevando las mesas plegables blancas desde el garaje de Javier. Oí chasquido agudo de los pequeños petardos tirados a la acera y algún alarido de alegría.

Tenía que detener esto.

Abajo, Ruby tenía la música demasiado fuerte, y parecía que toda la casa vibraba con el ritmo. Estaba preparando una segunda jarra de sangría y, al parecer, no notó que salí de casa.

Fuera, me encontré con el sonido de risas, con el olor a humo suspendido en la entrada de la casa de Charlotte, donde sus hijas, descalzas en el borde de la hierba seca, tiraban petardos a la calle.

Molly atravesó corriendo el asfalto caliente, y Whitney arrojó uno a sus pies; las dos rieron cuando se apartó de un salto, el humo se elevó a su paso.

Ya llegaba música desde la esquina; seguramente, venía de la piscina.

—Hola —saludé en voz alta, cruzando el césped de los Truett—. ¿Dónde está tu madre? —le pregunté a Whitney, que era la que estaba más cerca de la entrada de los Truett.

—Preparándolo todo —respondió Whitney, y señaló con el pulgar por encima del hombro.

Llegué a ver el contorno de un bikini con la bandera estadounidense bajo la camiseta blanca sin mangas. Detrás de ella, al otro lado, Molly llevaba un pareo a rayas rojas y blancas y vaqueros cortos; no se acercó. Me pregunté qué pasaría si viera a Ruby aquí fuera. Molly tiró un petardo a los pies de Whitney, que todavía estaba frente a mí. Whitney dio un gritito y pegó un saltó.

—Buena jugada —dijo Molly sin inmutarse cuando Whitney devolvió el ataque.

Seguí mi camino, pasé frente a la casa de los hermanos Seaver. La piscina ya estaba a la vista. Las puertas estaban abiertas de par en par, y había vecinos que entraban y salían, organizando todo. Se movían rápidamente, casi con frenesí, como si supieran lo que estaban haciendo: provocar al destino; provocarla a ella.

Como si por desplazarse como si fueran uno solo, se unirían en una fuerza que los protegería.

Chase llevó una barbacoa a un lugar cercano a la valla, donde Charlotte estaba de pie con un vestido amplio, azul claro, semitransparente y largo hasta debajo de las rodillas.

—Charlotte —llamé, y ella volvió la cabeza rápidamente.

—Aquí, Chase. —Señaló con la cabeza el lugar donde estaba ella, sobre el cemento—. Ya voy. ¿Qué pasa? —dijo en voz alta, al reunirse conmigo en la entrada.

—Va a venir —exclamé sin aliento—. No importa lo que le diga.

Molly y Whitney llegaron detrás de mí, pero Charlotte les hizo una seña con la mano cuando cruzaron la verja.

—¿Alguna de las dos se ha acordado de traer las bengalas?

—Podemos volver cuando oscurezca —sugirió Whitney.

Charlotte negó con la cabeza una vez.

—Ahora, por favor.

Molly puso los ojos en blanco, pero las dos obedecieron a su madre y volvieron a casa.

—Creo que lo mejor va a ser ignorar a Ruby, ¿no te parece? Me da la sensación de que quiere que reaccionemos.

Qué tranquila parecía, qué prudente. Como si Ruby fuera una niña pequeña que cambiaba el rumbo cuando no conseguía la respuesta buscada.

—Mira —continuó Charlotte, señalando con un gesto el espacio detrás de mí—, hasta Margo decidió venir.

Margo estaba cruzando la calle, arrastrando una nevera portátil con ruedas. Me hice a un lado cuando la entró por la verja y la puso bajo las mesas blancas. Sacó dos grandes recipientes con limonada y los dejó sobre la barra, después pegó una etiqueta en la nevera en la que había escrito “hielo” .

Charlotte había vuelto a su lista de tareas y ahora estaba desenrollando el cable de un ventilador. Tina echó una bolsa de patatas fritas en un bol violeta y después ayudó a Charlotte a colocar el ventilador en el borde de la mesa, para ahuyentar a los insectos.

Me sentía atrapada entre dos mundos. Igual que en los días previos al juicio: estaba fuera mirando hacia dentro.

Tate y Javier fueron los siguientes en llegar, y Tate sacó la jarra de limonada rival y le hizo una mueca a Margo, que estaba en el extremo opuesto.

Vi, atónita, que Tina se instalaba en una de las mesas con sus padres, en la esquina, y colocaban la sombrilla para tener sombra. Whitney y Molly volvieron con las bengalas, arrastraron unas tumbonas al sol y se quedaron en bañador. Charlotte gritó:

—¡No olvidéis el protector solar!

Yo no sabía si todos se estaban haciendo los tontos a propósito o estaban esgrimiendo su propio sentimiento de poder y seguían con sus vidas como si no pasara nada, como si nada pudiera afectarlos.

Preston pasó volando por la verja con su nevera colgada del brazo y se dirigió directamente a la barbacoa. Empezó a separar las hamburguesas congeladas que Charlotte había apilado en la mesa que

estaba junto a él, buscó entre los asistentes.

—¿Alguien ha visto a Mac? Le pedí que trajera la bombona de gas para la barbacoa. No puedo empezar sin él. —Como nadie respondió, me preguntó a mí directamente—. ¿Sabes cuándo llegará Mac? —Lo dijo tan fuerte, que su voz atravesó la multitud, y todos dejaron de hablar.

En seguida volví la cabeza hacia la entrada, aterrorizada por la posibilidad de ver a Ruby allí, y agradecí que no estuviera.

—No —respondí, mientras me acercaba, para que nuestras voces no se escucharan—. ¿Por qué tendría que saberlo? —Como si yo supiera más que él.

Preston inclinó la cabeza hacia un lado. Bajó la voz cuando se redujo la distancia entre nosotros.

—¿Ella no lo sabe? —Meneó la cabeza, después sonrió al verme abrir mucho los ojos—. No tiene derecho a estar enfadada contigo. En serio, es lo justo.

Me quedé mirándolo, el tic en el labio, su expresión arrogante. Me desafiaba a preguntar. Necesitaba que yo lo hiciera. Y yo, con ese agujero en medio del estómago, odiaba el hecho de desear saber qué había querido decir.

—¿Justo, por qué? —dije.

—Bueno. Ya sabes —se evadió—. Hizo un gesto con la mano, subestimando el comentario, haciéndome esperar. Su público cautivo. Estaba atento a ver si alguien más quería escuchar. Miró a los presentes para verificar que estuvieran escuchando—. Después de lo de Aidan.

Giré la cabeza hacia la persona más cercana, hacia Javier, y al ver que desviaba la mirada rápidamente, entendí que era cierto. Que los chicos, al menos, lo sabían. Tate miró a su marido con la misma intensidad y también parecía sorprendida.

Cerré los ojos y volví a verlo, el día que Aidan me dijo que se iba. Estaba en el centro de la sala de estar, con los ojos fijos en la ventana, suplicándome, como si yo tuviera que entenderlo. “Dios mío, Harper, tengo que salir de aquí”. Tenía los brazos extendidos, y yo pensé que estaba hablando de esta casa, de esta vida conmigo. Pero tal vez había algo más. Un error lo perseguía. Un error que no lo soltaba. Y yo era la persona a la que había que sacrificar por su nuevo comienzo.

Preston me miró con un gesto de dolor exagerado.

—¿De verdad que no lo sabías?

La rabia ardió en el agujero que yo tenía en el estómago. Contra Aidan, contra ella, contra todos los que lo sabían. Contra el hijo de puta de Preston Seaver, el que revolvía mierda, el que era capaz de enseñar tu equipaje en público, solo para transmitir tu reacción en vivo.

—Bueno, quiero decir, es así. Como te dije, ella no tiene derecho a quejarse. —Y entonces, Preston se volvió hacia la entrada—. Hola —saludó a la joven que había bajado desde un coche aparcado y se acercaba caminando por la calle.

Su cita, supuse por el brillo de su sonrisa. Parecía una atleta, alta y con los músculos marcados, de pelo largo y lacio, rubio en las raíces, negro en las puntas. Me pareció conocida, una estudiante del campus.

Preston le hizo señas para que se acercase, sonriente como si no acabara de dar vuelta mi vida entera treinta segundos antes. Acto seguido, estiró el cuello y empezó a gritar cuando Mac llegó con la bombona de propano y la llevó hacia la barbacoa.

—Mirad quién se ha dignado a venir.

—Ey —dijo Mac frunciendo el ceño al ver que todos estábamos tensos y en silencio—, pensé que esto era una fiesta.

Pero todos estaban mirando detrás de él. A la silueta que venía andando despreocupadamente por el medio de la calle, la cabeza alta, una sonrisa que se veía desde lejos.

El corazón me dio un salto y después se endureció.

Ruby estaba aquí.

CAPÍTULO 15

Si no hubiera sido por la música, el silencio se podría haber cortado. Todos los ojos en Ruby Fletcher, que atravesaba la verja de la piscina.

Algunos de los vecinos empezaron a irse. Pete, de la explanada de atrás, y la pareja que había llegado con él.

Pero nosotros no. No los que la conocíamos mejor.

Ruby hizo como si no notara las miradas posadas en ella, dejó la sangría sobre la mesa, sacó los vasos termo de mi bolso.

—Te olvidaste el tuyo, Harper —dijo tendiéndomelo.

Fingió que no notaba mi frialdad, el hecho de que yo le hubiera pedido, le hubiera dicho en la cara, que no viniera.

—Hola, Charlotte —saludó cuando Charlotte desplazó el ventilador sobre la mesa para orientarlo mejor. Ruby saludó con la mano a Whitney y a Molly, que estaban en las tumbonas. Solo Whitney le devolvió el saludo—. Las chicas se parecen cada día más a ti.

Charlotte apretó los labios, asintió una vez con la cabeza, antes de alcanzarles el protector solar a sus hijas. Ignorarla. Esa era la política de Charlotte, pero yo no entendía cómo podía funcionar con Ruby, de pie en medio de la terraza de la piscina, saludando a todos uno por uno.

—Tate, guau, qué bien estás. —Una pausa. Una sonrisa—. Javier. —Alargó el nombre, como si supiera un secreto—. ¿Ese de allí es Chase? ¡Chase! —gritó, con el brazo levantado sobre la multitud—. ¡No pude saludarte el otro día!

“Detente”. Quería sacudirla. Enviarla de vuelta. Enviarla lejos. La gente estaba murmurando. Preston con Mac. Javier con Chase. Y no pude evitar pensar que hablaban de mí. Sobre lo que yo no sabía. Lo inocente que había sido y lo distraída que había estado. Lo equivocada que estuve sobre Ruby Fletcher todo el tiempo.

Me volví hacia Margo, que estaba ocupada en la mesa blanca organizando la comida, cambiando cosas de lugar con aire ausente. Yo no entendía por qué no se había quedado en casa si realmente pensaba

que era tan mala idea.

—¿Dónde está tu niño? —pregunté, tratando de desviar la atención. Tratando de no desbordarme, tratando de ahogar todo lo que había quedado sembrado en mi interior.

—Durmiendo la siesta. Por fin. Lo está cuidando Paul, para que yo pueda salir sola un rato. Es tan raro en estos días…

—¿Cómo estás, Preston? —La voz de Ruby sobrevoló el grupo.

La escuché sobre las otras voces. Se había abierto paso a través del círculo de personas que rodeaba la comida, y yo me quedé atrapada entre la mesa y la multitud. No pude mirar hacia otro lado. Su sonrisa confiada. Su falta de temor.

Mac se hizo a un lado, estaba descolocado, tal vez por primera vez en su vida; tenía una bolsa de patatas fritas en una mano y una botella de cerveza en la otra.

La cita de Preston sonrió y dio un paso adelante, como si la entusiasmara estar cerca de semejante celebridad.

—Hola —se presentó—. Soy Madalyn. Mucho gusto en conocerte.

También quise sacudir a esa chica. Decirle que Ruby no valía tanto la pena como para querer impresionarla. Decirle que Preston le contó a la policía que estaba loca, que no toleraba el rechazo, y que lo volvería a hacer. Quería decirle que Ruby Fletcher tampoco valía su atención. Que la ansiaba, se alimentaba de ella, que estaba aquí por eso. Por fin la veía con claridad. Como la veía Chase. Como la había descrito el fiscal. Estafadora, ladrona, sociópata... había para elegir.

Entonces, Madalyn se volvió hacia mí y Preston nos presentó.

—Claro —dijo—. ¿Tú eres la que trabaja en admisiones?

Miré a Preston, confundida.

—Vimos tu coche —afirmó él.

—¿Ayer? No te vi allí —le dije a Madalyn. Solo a Preston rondando el aparcamiento.

—No, antes de ayer —contestó—. Le estaba haciendo compañía antes de ir a comer. Y vio los coches en el aparcamiento, comentó que te conocía. Que eras su vecina.

Pero yo estaba negando con la cabeza.

—Yo no estuve allí. —Antes de ayer, Ruby tenía mi coche.

Pero antes de que pudiera preguntar a Preston sobre eso, a Ruby dónde había estado en realidad —con mi coche, con todas mis llaves —, Ruby levantó su vaso violeta hacia el cielo.

—¡Toda la pandilla está aquí! —dijo, dando vueltas.

Alguien subió el volumen de la música, como si pudiéramos celebrar a la fuerza, y Preston se llevó a Madalyn.

Ruby se detuvo a hablar con Molly, después con Whitney; Charlotte miraba desde lejos. Me sorprendió que no interviniera físicamente, que no se acercara a sus hijas, que no pusiera el cuerpo entre ellas y

Ruby. Pero Charlotte se apegó a su decisión. Iba a ignorarla todo lo posible.

Ruby estaba disfrutando con nuestra incomodidad. ¿Cuánto había esperado? ¿Había imaginado esto todas las noches de todas las semanas, de todos los meses que pasaron? ¿Qué haría si pudiera…?

Por supuesto, tendríamos que haber entendido cuando la vimos en la rueda de prensa que no iba a ir a otro lado para empezar de nuevo. Que nunca estuvo interesada en seguir con su vida o en dejar todo atrás. Esa nunca fue la naturaleza de Ruby. Esa había sido la diferencia entre nosotras: ella tenía una buena vida, una vida sólida, y sintió el impulso de sacudir los cimientos. De destruir el don de una relativa estabilidad. Una adicta de otro tipo.

Ruby siempre se había comportado como si no tuviera nada que perder, hasta que, de pronto, perdió. Perdió la libertad. Catorce meses de su vida. La trayectoria que iba a tomar su vida para siempre después de eso.

Ah, pero la había recuperado. Había emergido.

Ahora parecía más o menos invencible.

Empujó a Mac a la piscina completamente vestido. Se rio de la sonrisa bonachona que tenía cuando se despejó el pelo de los ojos.

—Joder —dijo, de pronto, Javier, detrás de mí—. Esto va a ser un puto desastre.

Los fuegos artificiales iban a empezar después del anochecer, y entonces la gente se dispersaría en grupos más pequeños, y se retirarían a sus patios, o a sus porches, o a sus salas de estar. En subgrupos más pequeños, más exclusivos.

Y yo tendría que volver a vérmelas con Ruby sola.

Cuando salí del baño que estaba junto al club social, Charlotte estaba recogiendo un montón de platos usados y servilletas de la mesa plegable blanca, mientras Ruby se ponía algo de beber. La sangría se había acabado, así que iba a empezar con la limonada. Cuando quiso alcanzarla, Charlotte dio un salto hacia atrás, y Ruby rio.

—¿En serio, Charlotte? —preguntó.

Charlotte no respondió, no le dio el gusto de reaccionar.

—Chicas —llamó por encima de su hombro—, hora de ir a casa.

Molly la miró, pero Whitney tenía los auriculares puestos, estaba recostada en una tumbona, con las gafas de sol puestas aunque estuviera oscureciendo. Ni se movió.

—Ruby —dijo Charlotte—, creo que es hora de que te vayas.

En voz alta y firme, para que todos la oyeran. Lo que habría dicho en el momento en que Ruby hubiera entrado en su casa. Era fuerte donde yo era débil.

Y ese fue el instante en que Ruby se transformó. Como si todo lo

que estuviera esperando fuera un interruptor. Ese momento. Algo que pudiera usar como arma.

—¿Por qué estáis todos tan asustados? —preguntó, con los brazos extendidos, abarcándonos a todos. Y empezó a reírse—. Yo sé por qué estáis asustados. No es por mí. Es por vuestras insulsas vidas, con vuestros insulsos problemas y vuestros insulsos mundos. Tenéis miedo de que nadie siquiera se dé cuenta de que habéis muerto. Seamos honestos, si no hubiera sido por el perro, ¿alguno de vosotros se habría dado cuenta de lo que les había pasado a los Truett?

Siempre los habíamos evitado. Nos alegraba no cruzarnos con ellos en la puerta, ni oír sus quejas, ni ver sus miradas condescendientes. El ladrido del perro fue lo único que oí.

—Cobardes de mierda —dijo, y hasta la chica que estaba con Preston se estremeció—. Sé lo que hicisteis. —Su mirada iba de un lado a otro tan rápidamente que no llegué a ver de quién estaba hablando.

—Muy bien —Mac rompió el silencio y dio un paso al frente—. Vamos. Hablemos. —La cogió del brazo.

Ruby se soltó de un tirón. Volvió a extender el brazo, acusador.

—¿Y tú, Mac? Ay, córcholis, no sé —imitó—. O sea, a lo mejor mi novia es una asesina. No estoy seguro. —Empezó a arrastrar las palabras, les imprimió cierta pereza—. De todos modos, mi vida no va a cambiar. —Dio un paso adelante, y yo temblé—. Todavía puedo ir tres casas más allá. Acostarme con alguien sin salir de esta calle.

—Vamos, Ruby. Vamos a dar una vuelta para que se te pase —se ofreció Mac.

—¿Dar una vuelta para que se me pase qué, Mac? ¿Los últimos catorce meses? ¿La rabia porque vosotros, todos y cada uno, conspiraron para que me condenaran por un delito que no cometí?

Nos quedamos mirándola en silencio. Eso a lo que ella le había dado voz era, ahora, inevitable. Una acusación abierta de que el asesinato de los Truett no fue obra suya, sino de alguno de nosotros. Pero yo ya no estaba de su lado, y el alcohol me habían dado coraje. Ahora veía lo mismo que todos. De lo que Ruby era capaz. Que era una embustera. Una embustera peligrosa.

—Preston me lo ha contado —solté, porque era lo único que podía hacer para desviar el curso de las cosas, para redirigir el choque de trenes al que se dirigía esta conversación—. Me contó lo tuyo con Aidan. —Ruby se volvió hacia mí lentamente, pestañeó—. Dios, Ruby, me tenías engañada. En realidad, eres una puta mierda.

Le tembló el labio.

—Aidan era un imbécil —afirmó—. Y nunca pasó nada, Harper, lo juro. Pero no porque él no lo intentara. Le dije que iba a contártelo y ¿qué hizo? Huyó, para salvar el pellejo. ¿Tu prometido? Por favor, te

estaba tomando por tonta. Te hice un favor. No como los demás.

Se acercó, una ceja arqueada. Como si me estuviera dando una última oportunidad para cambiar el rumbo, para repensar mi posición. Y entonces, meneó la cabeza.

—¿Y esta? De verdad, ¿en serio? —Señaló al grupo con un gesto—. ¿Fueron los ojos grandes y marrones los que engañaron a todo el mundo? —Abrió mucho los ojos, actuando una falsa inocencia—. ¿A nadie se le ocurrió pensar que esto era raro? ¿Que ella se quedara con el puesto de trabajo del vecino muerto y con mi novio?

Meneé la cabeza como si pudiera negarlo. Todos bajaron la mirada o miraron hacia otro lado.

—Puedo verte —dijo Ruby, ahora más tranquila—. Veo todo lo que eres, Harper.

La tenía pegada a la cara. Yo ya estaba cansada de girar en torno a ella. Estaba tremendamente enfadada. No solo por lo que había hecho; todo puede perdonarse si se elige perdonar. Y el pasado con Aidan estaba muy lejos. Pero la forma en la que lo descubrí, por Preston. La humillación caliente, incisiva; la necesidad de contratacar, de hacer algo, era tan grande que dolía.

Le puse la mano en el hombro y la empujé. Con tanta fuerza que trastabilló.

—Te di un techo —afirmé, cuando recobró el equilibrio, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Y una mierda me diste un techo. Estás demasiado asustada para decirme que me vaya. ¿Y por qué, Harper? ¿Por qué?

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Porque si lo decía en voz alta, yo podría defenderme. Si lo decía, podría acusarla. Una reacción opuesta y equivalente—. ¿Crees que yo les hice daño?

—No, no creo que lleves eso dentro. —Lo dijo no como un halago, sino para insinuar falta de firmeza, falta de carácter—. Creo que eres una oportunista, Harper. Que solo sabes lo que no quieres. Creo que nunca vas a poder ser feliz siendo tú misma.

Me ardían los ojos bajo su mirada impávida. Algo se estaba removiendo al ritmo de sus palabras. Algo demasiado cercano a la verdad. Que siempre me había estructurado a mí misma por reacción a algo: por oposición a Kellen; a Aidan; a ella.

—Vete de aquí de una puta vez — susurré con voz apenas audible

De esta fiesta, de mi casa, de mi vida.

—Vamos, Ruby —repitió Mac, con el brazo extendido, como si fuera el único que pudiera tranquilizarla. Le tocó el brazo, y ella se estremeció.

—Ni se te ocurra—le advirtió.

Y, de golpe, me pregunté cuánto la había herido él. Cuánta capacidad tenía ella de dejarse herir. Creía que ya no la tenía. Que se

había endurecido, por necesidad, por su propia supervivencia.

—Por favor —pidió él, y esta vez, ella lo siguió.

Cruzaron la verja, caminaron por el sendero, hacia la orilla del lago. No los veía con claridad entre los árboles. No distinguía si ella estaba respirando profundamente, ni si él la estaba tranquilizando. Las respuestas de ella. Hasta que vi la cabeza baja, los hombros contraídos, el cuerpo de ella refugiándose en el pecho de Mac y los brazos de él que la envolvieron.

En medio del silencio, Tate sacó limonada de su nevera, que estaba bajo la mesa, y volvió a llenar la jarra.

—Veo que ella no ha cambiado nada —balbuceó, y alguien se rio; la tensión se había disipado.

Las manos todavía me temblaban por la adrenalina, y me sentía desorientada, desconectada. Las palabras de Ruby volvían y solo podía verme como me veía ella. Veía solamente lo que yo no quería ser. Lo que no podía ser. Una profesión que consistía en ayudar a otros a empezar la próxima etapa de su vida, pero yo no me ocupaba de la mía. Me quedaba en el mismo camino, me dejaba llevar por el momento, para no tener que ver demasiado.

—¿Harper? —Javier se había hecho cargo de la barbacoa, estaba dándoles la vuelta a las hamburguesas—. ¿Con queso?

Inclinó la cabeza; sus ojos oscuros amistosos, como si no hubiera pasado nada. Como si ahora, la idea fuera que todos volviéramos a ocupar nuestro papel; habíamos resuelto algo, nos habíamos ocupado de ello y ahora podíamos seguir adelante.

Se me revolvió el estómago.

—No, gracias —dije.

Busqué mi vaso azul; lo había dejado en la mesa plegable blanca, pero no lo encontré. Solo vi el violeta, olvidado sobre el cemento, detrás de una silla; seguramente, Ruby no encontró el suyo y se llevó el mío. Enjuagué el de ella en la fuente, donde Charlotte estaba volviendo a llenar dos vasos de plástico para las chicas. Me dirigió una sonrisa comprensiva cuando llené el vaso de agua y la hice correr por la nuca. Después, me serví la limonada de Tate que, en realidad, era la mejor.

Preston se puso detrás de mí, con una botella de vodka.

—Tú me dices —dijo, mientras servía.

—Vale —corté, pero siguió echándome más.

Me dedicó una sonrisa cómplice. Me tocó la barbilla como si fuera una niña que necesitase consuelo. Le seguí la mirada hasta donde estaban Mac y Ruby, que volvían por el sendero, uno junto al otro, en silencio.

Whitney llamó a Preston desde la tumbona y le señaló el vaso de plástico.

—Yo también, por favor.

Preston se rio con sarcasmo.

—Piénsatelo mejor, pequeña.

Y ella lo hizo, le dedicó una sonrisa resplandeciente, le volvió a mostrar el vaso y le sonrió cuando él se dio la vuelta. Un ciclo que yo había visto antes.

Charlotte pasó junto a mí un momento después, me apretó el hombro.

—¿Estás bien? — preguntó, y se acercó como nunca antes.

Como yo imaginaba que les susurraría a sus hijas palabras íntimas y de consuelo. Como si, por fin, hubiera vuelto a ganar mi lugar en el redil. El precio: vergüenza y exposición públicas, por las que me darían la bienvenida con palmaditas en el hombro y toquecitos en la barbilla, palabras de aliento, y la certeza de saber que ahora yo era una de ellos.

Asentí con la cabeza, cogí una de sus manos y también la apreté.

Ruby y Mac se alejaron al entrar a la terraza de la piscina, y ninguno me miró. Me bebí la mitad del vaso con varios tragos largos, y después me encontré apoyada contra los barrotes de hierro. Chase estaba junto a mí.

—Eh —dijo lentamente, como si me estuviera examinando—. Perdón por lo de anoche. No te lo dije de la mejor manera.

—¿Tú sabías lo suyo con Aidan?

Se dio media vuelta y se quedó mirando hacia delante.

—Dios, eso fue hace tanto. Oí rumores, sí. Pero oí rumores sobre muchas cosas.

—¿Mac también lo sabía?

Lo miré, estaba del otro lado de la piscina, de pie, solo. Me pregunté si no lo había subestimado. Si él no conocía mis puntos débiles y los había explotado.

Había un club masculino aquí, ahora lo veía. Incluso en la época en que Aidan estaba aquí, con Javier y Preston y Chase. Ellos supieron que iba a irse antes que yo. Dios, probablemente, hasta Paul Wellman fue parte de esto. Mac tuvo que haberlo sabido. Los grupos del vecindario no estaban separados por casas. Nunca lo habían estado. Esos podían fracturarse y tensionarse. Pero había una red por debajo que nos mantenía unidos. En nuestro lugar.

Chase siguió mi mirada hacia la multitud que estaba observando el cielo con ansiedad.

—No sé qué sabe Mac. Nunca lo he sabido. En realidad, no es de andar cotilleando. —Respiró profundamente—. Escucha, Harper, necesito explicártelo… Lo que oíste esa noche… —Carraspeó—. Cuando dije “No os compliquéis”, era por esto: algunos de los muchachos querían destapar todos esos rumores que no podíamos

probar y que, en realidad, no eran importantes, salvo para demostrar que ella era una hija de la gran puta. Pero todo eso es una cortina de humo y formas de desviar la atención de la verdad real. De las pruebas concretas. Y tal vez me haya pasado de la raya porque vivo aquí y todos me conocen, pero creía que estaba haciendo lo correcto. —Se volvió y me miró a la cara—. Todavía creo que fue lo correcto.

Me dejó sin aliento enfrentarme con todo lo que no había visto. Lo equivocada que había estado sobre tantas cosas.

—Cometí un error —admití, y tal vez, fue lo más honesto que le había dicho a Chase nunca. Y en ese momento, sentí que era el único que podía absolverme.

—Harper —aseguró—, vamos a echarla de aquí de una puta vez.

Me reí con el vaso en los labios y me bebí lo que quedaba.

—Lo estoy intentando.

Pero temía haber perdido la capacidad de hacer algo con ella. Estaba aquí para provocarnos, para probar algo, para sacudir los cimientos de todas nuestras vidas. Más simple aún: estaba aquí por venganza. Y todos lo sabíamos.

Cuando levanté la mirada, Ruby se estaba balanceando al ritmo de la música. Tenía mi vaso azul en la mano, había bebido tanto que apenas podía tenerse en pie, se había agarrado de uno de los barrotes de hierro para no perder el equilibrio.

El primer cohete atravesó la noche con un aullido, una explosión de llamas rojas sobre la copa de los árboles, y Preston dejo escapar un “hurra”. Ruby cayó tendida en la tumbona más cercana, con la cabeza inclinada hacia atrás; los colores se reflejaban en la piel desnuda.

La miré a ella, a Mac, a Javier; Tate, un poco apartada del grupo, con las manos apoyadas en el estómago; Charlotte, sentada en el borde de la tumbona de Whitney, con Molly junto a ellas; Tina y sus padres, alrededor de la mesa, con los rostros vueltos hacia los fuegos artificiales; Margo le tapaba las orejas al bebé, que empezaba a llorar; Paul miraba su teléfono, con una hamburguesa en la mano libre; Preston, con su chica entre los brazos, agarraba con las manos los barrotes de hierro que estaban detrás de ella.

Por ese breve instante, todos pudimos mirar hacia otro lado, olvidar a Ruby Fletcher y todo lo que amenazó con destapar aquí. Las luces brillantes chamuscaron el cielo. La explosión nos vibró en el pecho.

Apostaba a que, cuando me fuera, nadie lo notaría. Los fuegos artificiales no habían terminado, así que cogí mi bolso y volví a casa, con mi cerebro funcionando a demasiada velocidad para planificar la manera más sencilla de sacarla de aquí. El primer paso, lo sabía, era cerrar la puerta con llave al entrar.

El segundo paso era empacar sus cosas, sacarlas de mi casa.

Los golpes en la puerta empezaron justo antes de la medianoche. Yo estaba arriba, metiendo las últimas prendas de Ruby en el bolso vacío.

De vuelta en mi habitación, abrí mi portátil para ver la cámara, para ver con cuál de las Ruby Fletcher tenía que enfrentarme.

Pero en la pantalla estaba Margo Wellman, que miraba hacia atrás mientras golpeaba la puerta con un lado del puño. Oí la respiración aguda, un solo gemido.

—¡Voy! —grité, mientras bajaba corriendo las escaleras, porque Margo estaba asustada y le tocaba guardia esta noche, y temí que Ruby hubiera hecho algo.

En cuanto abrí la puerta, supe que había pasado algo terrible. Había visto antes esa expresión. "Chase, rodeando la cama, los ojos desorbitados por el horror, la boca ligeramente abierta, ahogado con sus palabras…".

La agarré de los brazos, tenía la piel húmeda y fría. Sentí el tacto áspero de la piel de gallina o del sarpullido por el calor que le cubría los hombros.

—¿Qué ha hecho Ruby? —pregunté, tratando de obligarla a hablar.

Me imaginé infinitas posibilidades: el agua de la piscina, el agua del lago, el cuchillo bajo su colchón.

—Ruby está en la piscina —dijo Margo—. Todavía está allí.

Le apreté los hombros con más fuerza, pensé en todos los que habían estado allí. Todas esas personas que, de pronto, me importaban.

Tomo una bocanada de aire.

—No respira, Harper. —Se llevó la mano a la boca, con los dedos temblorosos, mientras los rostros pasaban por mi mente: Charlotte y las chicas, Tate, Tina…

Margo se echó a correr hacia la piscina, y yo la seguí, descalza, con el corazón que me golpeaba dentro del pecho.

"El momento en que Chase se lanzó hacia las ventanas de la habitación, las abrió de par en par, y yo vislumbré…"

Las luces de la casa de los Seaver estaban encendidas y la puerta abierta, como si percibieran que pasaba algo.

"La voz ronca de Chase cuando esa mañana me gritó: 'Llama al 911. Harper, rápido'".

La puerta principal de los Wellman también estaba abierta de par en par, con las luces apagadas. Un bebé lloraba dentro, ignorado.

Gritos que venían de la piscina: "¡Tumbadla en el suelo!".

Tina, la primera persona que vi, en pijama, bajo la luz de una de las esquinas de la terraza. Paul Wellman la estaba ayudando a bajar una silueta de la tumbona. La tumbona donde vi a Ruby por última vez…

Y entonces lo entendí. Era Ruby, todavía junto a la piscina, y no

respiraba. Se me enganchó el pie en el bordillo y caí con una rodilla sobre el césped, antes de entrar en la terraza.

El alarido agudo de una sirena, un destello rojo y azul y la sombra de Chase iluminada desde el camino, que venía hacia nosotros.

Y el tiempo que se ralentizaba, el cuerpo flojo, la escena que llegaba fragmentada.

Los sanitarios abriéndose camino y Tina que retrocedía y le daba una patada sin querer a mi vaso térmico azul, el que se había llevado Ruby. Tina nos miró desde la puerta de la piscina a Margo y a mí, con la expresión endurecida. Un solo movimiento de la cabeza.

La calle se empezó a poblar detrás de mí. Las sirenas y las luces, la muchedumbre que se reunía. La policía que llegaba en más vehículos y nos hacía señas para que retrocediéramos.

Y nos quedamos mirando, de puntillas, apoyados unos en otros. Hubo movimiento en el sendero que estaba detrás de la piscina, personas que se acercaban para ver mejor.

Todos la miraban, incluso ahora. La conmoción que podía generar, la capacidad para torcer la gravedad de una habitación a su antojo. Un espectáculo… viva o muerta.

VIERNES
5 DE JULIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

No hay publicaciones en este momento.

CAPÍTULO 16

SILENCIO.

SE EXTENDÍA POR TODO el camino y daba vuelta en la esquina. No se abrían ni se cerraban puertas, los vecinos no se llamaban unos a otros, no llegaban voces desde los patios ni por las ventanas abiertas. El silencio se desplazaba como una fuerte advertencia, una presencia física, algo que era mejor acatar.

Lo opuesto a lo que pasó con los Truett, al modo en que nos habíamos llamado unos a otros, en el que nos buscamos unos a otros, los brazos que se entrelazaban dando consuelo y alivio. La sensación de la piel contra otra piel nos recordaba que estábamos vivos.

En esa ocasión, el chat se había llenado de comentarios. Todos estuvimos presentes: “¿Qué ha pasado?” “¿Quién se dio cuenta?” “Ay, por Dios, ¿estáis todos bien?”. Las llamadas, los mensajes de texto, la comunidad aún más unida el día después, en un principio.

Ahora, el chat estaba vacío. No solo eso, alguien lo había revisado todo y había borrado las publicaciones anteriores.

Hasta en mi casa había una quietud siniestra. Nada, salvo una gota que venía de la cocina, el clic de algo mecánico en las paredes de la sala. Como si el tiempo se hubiera congelado la noche anterior con la muerte de Ruby. Su vaso térmico violeta, el que yo había dejado en el fregadero cuando regresé la primera vez, mis chanclas abandonadas en la puerta principal, junto al bolso. No soportaba mover nada.

Sonó mi teléfono, que estaba en el sofá, detrás de mí. El nombre de Mac en la pantalla.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó en cuanto cogí la llamada.

—Sí, bueno, no sé. Supongo. —Mi propia voz viajó en el silencio.

—Quise pasar anoche para ver cómo estabas, pero la policía estaba fuera. No quería que me vieran en tu casa después de que hubieran tomado todas las declaraciones —dijo.

—No pasa nada. —Carraspeé—. ¿Tú cómo estás?

Oí su respiración en el teléfono.

—Es una locura. No puedo creerlo. ¿Llegaste a ver qué pasó?

—No, ya me había vuelto a casa. Me fui temprano.
—Yo también —afirmó—. En cuanto terminaron los fuegos artificiales. Es lo que le dije a la policía. No vi nada. Preston y su chica casi ni llegaron a ver el espectáculo antes de irse. Charlotte no vio nada. —Una pausa—. Ninguno de nosotros vio nada.
—¿Hablaste con ellos?
Yo volví directamente a casa en piloto automático después de declarar. Subí las escaleras y me quedé bajo la ducha hasta que la piel se me empezó a arrugar. Después, me sorprendí en su habitación, en su cama, mirando hacia arriba.
—Solo un momento, sí. Cuando terminamos de declarar. Escucha —contestó, y bajó la voz, acercó más los labios al teléfono—. Nadie dijo nada.
En el silencio, imaginé lo que quería decir: mi pelea con Ruby; lo que dijimos, o al menos insinuamos; cómo se había puesto en contra de todos nosotros, el dedo acusador y las acusaciones lanzadas.
—Nadie va a decir nada —agregó, como una promesa.
Sentí un nudo en la garganta. Sentí el recuerdo de la mano de Charlotte apretándome el hombro, Preston tocándome la barbilla, Chase apoyado en la puerta junto a mí.
—¿Qué le pasó? ¿Dijo algo la policía?
—Nadie lo sabe. Tal vez fue el alcohol. Bebió tanto que apenas podía mantenerse en pie. Tina dijo que había vomitado. Y estaba recostada de espaldas… —No terminó la frase, y la vi allí, la cabeza echada hacia atrás, el resplandor rojo de los fuegos artificiales reflejados en su piel…
—Y ninguno de nosotros se acercó a ver cómo estaba.
—Harper —dijo con dulzura, íntimo, como si estuviera apoyado sobre el codo, en la cama, junto a mí. Cerré los ojos y pensé qué fácil sería volver a eso—. No te hagas esto. Eres una buena persona, e hiciste todo lo que pudiste por ella.
Pero no fue así. Yo quería que se fuera. Le dije que era una mala persona. La quería lejos, quería que saliera de mi vida y que nunca volviera.
—¿Qué te dijo en el lago? —pregunté, pensando que lo que le había confiado a él fueron sus últimas palabras.
—Nada importante —dijo, pero yo volví a ver sus brazos alrededor de ella, el cuerpo de Ruby acurrucado en él—. Estaba borracha y triste, en realidad, no contó nada que tuviera demasiado sentido.
—Joder —exclamé, oyendo mi tono de voz.
Mac suspiró.
—Paso por allí esta noche, ¿te parece? Para ayudarte con sus cosas. Llevo la cena si quieres.
El silencio me enredó los pensamientos, tenía un zumbido dentro

de la cabeza que no podía contener, un vacío que se expandía sin parar. Pero las cosas de Ruby ya estaban guardadas, y yo había terminado con Mac. No quería volver.

—Ya lo estoy haciendo —afirmé—. Pero gracias por el ofrecimiento.

Sonó el timbre, y me devolvió al presente.

—Tengo que irme —dije antes de cortar.

Desde mi lugar en el sofá, abrí mi portátil para ver quién estaba fuera. Había un hombre que yo no conocía en mi porche, mirando hacia la cámara, mirándome a mí.

Sabía que iban a venir.

La policía nos había tomado declaración la noche anterior cuando todos estábamos allí, en la calle. Miraron el ángulo de las casas, las esquinas del club social, preguntaron si había grabaciones.

Pero fue Margo quien negó con la cabeza. Quien explicó que era una norma no filmar en la piscina, donde estábamos semidesnudos. La que dijo que, de todos modos, ninguna de las casas de la calle tenía un buen ángulo.

El grupo de agentes del Departamento de Policía de Lake Hollow inspeccionó la multitud con la mirada, y nosotros los miramos a ellos, con los ojos muy abiertos y en silencio. Todos y cada uno lo entendimos: había muerto a la vista de todos y nadie lo había notado, en el único lugar donde no había cámaras, sin testigos.

Fue todo muy distinto a la experiencia que tuvo la policía después de la muerte de los Truett. Cuando todos aquí eran testigos y tenían algo que decir, algo que compartir, algo que probar.

Así que no me sorprendió ver a un hombre en la puerta de casa. Era obvio que formaba parte de la investigación, con esa camisa almidonada y la corbata negra, a pesar de las altas temperaturas y la humedad. Ruby había estado viviendo aquí, y anoche les había dicho lo mismo.

Cuando abrí la puerta, intenté reconocerlo entre el mar de caras de la noche anterior. Pero parecía fuera de lugar, un extraño. La última vez, Chase Colby fue parte del equipo de investigación, para que las personas se aflojaran, pensamos. Pero también, entendimos, para ganar acceso. Para compartir lo que descubría en el chat, para orientar a los detectives. Para guardar las grabaciones de las cámaras de seguridad que habíamos publicado y enviarlas a sus superiores.

—¿Señorita Nash? —dijo el hombre, balanceándose sobre los talones—. Soy Jay Locke, agente especial de la Dirección de Investigación Criminal. Estamos trabajando con la policía del estado. ¿Me permite un momento?

Aparentaba casi la misma edad de mi padre, con algunas canas

entre el pelo castaño, la tez pálida y ojos rasgados azules.

—Sí, soy Harper.

Abrí más la puerta, pero se quedó en el porche. Llevaba unos zapatos negros bien lustrados, impecables, y había un coche negro con las ventas tintadas aparcado detrás de él en el bordillo.

Sonrió. Se inclinó hacia atrás y señaló la cámara que estaba sobre la puerta, orientada hacia el porche.

—¿Se activa con el movimiento? —preguntó.

—No —negué—. Es una cámara web. Me permite ver desde el ordenador quién está en el porche cuando suena el timbre, pero no mucho más.

Asintió y cruzó el umbral; sus pasos resonaron sobre el suelo de madera.

—Parece que es el sistema de seguridad preferido por aquí. Varios vecinos dijeron lo mismo de sus cámaras.

Yo no entendía por qué quería acceso a mi cámara de seguridad o a la de cualquier otro. Ruby no había salido de la terraza anoche. Volví a imaginarla, tendida en el suelo donde la dejaron Tina y Paul, y me pasé las manos por los brazos, para sacudirme la sensación de frío.

El agente Locke extendió la mano en un gesto de consuelo poco entusiasta.

—Lo siento —dijo—. Debería haber empezado por ahí. Lamento mucho su pérdida.

Asentí sin saber muy bien qué decir. Yo no merecía las condolencias, no tenía muy claro que este duelo fuera mío. El aguijón agudo de su muerte, exacerbado por la culpa de sentir que yo podría haberla evitado, y algo peor: el alivio acallado, susurrado, por su muerte

—Así que Ruby Fletcher y usted compartían casa. —Lo dijo como una afirmación, aunque parecía esperar que yo contestara.

—Estaba viviendo conmigo —aclaré. "Compartir casa" implicaba un acuerdo, no que alguien ocupara la casa con o sin consentimiento —. ¿Saben qué le pasó? —pregunté.

Mac había hablado de alcohol, pero no entendía por qué un agente de la policía del estado vendría a mi casa a preguntar por los vídeos de la cámara.

—Estamos esperando el informe de la autopsia —contestó—. Mientras tanto, pensé que tal vez usted nos podría decir algo más sobre lo que pasó anoche, ya que compartían casa.

—Lo siento, de verdad, no sé nada. No estaba allí cuando… —Miré por la ventana del frente, no terminé la frase.

—Vale, déjeme asegurarme de que lo he entendido todo bien —dijo, llamando de nuevo mi atención—. Anoche, los agentes le tomaron declaración, lo sé, pero en nuestra unidad preferimos hacer

nuestro propio trabajo de campo. Entonces, usted se fue de la fiesta bastante temprano.

Asentí con un poco de retraso, entendiendo que, en realidad, su afirmación era una pregunta y que estaba esperando que yo llenara los espacios en blanco. Oí el eco de las palabras de Mac, y la promesa de que nadie había dicho nada sobre nuestra pelea.

—Sí, estaba cansada —afirmé, tratando de parecer relajada, a un par de metros de distancia de este extraño que estaba en el vestíbulo de mi casa.

Me miró atentamente.

—¿Y dónde estaba ella cuando la vio por última vez?

Me estremecí.

—En esa tumbona. La misma. Durante los fuegos artificiales, la vi allí.

Él también miró por la ventana del frente y entrecerró un poco los ojos, desde donde irradiaban arrugas.

—¿Cómo supo que le había pasado algo?

—Hacemos una vigilancia vecinal. Margo Wellman la vio cuando ya se habían ido todos. Tendida allí.

Fue ella quien se lo dijo a la policía. La voz vacilante, la respiración demasiado acelerada, las manos temblorosas. Dijo que había visto a Ruby recostada en la tumbona cuando dio la primera vuelta de su recorrido. Fue a buscar a Paul para que le dijera a Ruby que se levantara. No quiso acercarse a ella estando sola. Fue Paul quien señaló que algo le pasaba a Ruby. El que llamó al 911 y le dijo a Margo que pidiera ayuda.

El agente Locke continuó.

—Sí, oí algo sobre la vecina que estaba de guardia. Ella mencionó que fue a buscar a alguien para pedirle ayuda… ¿Tina Monahan?

—Sí, Tina es enfermera. Vive dos casas más allá. —Apunté con el pulgar hacia la izquierda.

—Tiene sentido, entonces, que Margo pasara por aquí al volver. Usted compartía casa con Ruby.

Asentí, no sabía qué esperaba de mí. Fui una de las primeras en irme de la fiesta, era lo único de lo que todos parecían estar seguros. Anoche, nadie coincidió en quién fue el último en irse. Todos recogieron sus cosas cuando terminaron los fuegos artificiales, después se dispersaron.

“¿Nadie reparó en Ruby?”. Una pregunta dirigida a la multitud anoche.

Se encogieron de hombros. Se miraron unos a otros. Hasta que Charlotte carraspeó. “Estábamos tratando de ignorar que ella estaba aquí por todos los medios…”.

El agente Locke se acercó a la ventana y miró hacia fuera, aunque

lo único que encontró fue su coche aparcado y los árboles a lo lejos.

—¿Tiene idea de qué estaba bebiendo? —preguntó.

Y allí estaba, lo que Mac había insinuado. Un importante consumo de alcohol. Me pregunté si se podría responsabilizar al vecindario, ya que ella murió en una zona común. Si a mí se me podría considerar responsable, ya que vivía en mi casa.

—Preparó sangría para la fiesta —dije—. Pero no lo sé.

El agente Locke dejó que el silencio se prolongara hasta que la incomodidad se hizo física, como la tensión entre Ruby y yo en esta casa, que creció hasta que una de las dos tuvo que romperla.

—Hubo mucha cobertura mediática en torno a su liberación —comentó—. Estamos tratando de rastrear el recorrido de Ruby desde que salió de prisión, y como estuvo viviendo con usted, pensamos que podría ser de alguna ayuda.

Pero ahora estaba claro lo poco que Ruby me había confiado.

—Pregúntele a su abogada —repliqué—. Creo que estuvieron en contacto.

—Blair Bowman, cierto. La cuestión es que le costaba mucho seguirle los pasos. Dijo que Ruby no le devolvía las llamadas. La última vez que hablaron fue después de un informativo en el que ella había aparecido.

Me llevé la mano al cuello, sentí que me inundaba una ola de calor. Ruby había mentido, no necesitaba el coche para encontrarse con ella. Claro que mintió. Preston vio mi coche en el campus. Y Chase creía que había estado aquí, que había intentado meterse en su casa. ¿En qué cojones estaba metida?

—Su abogada ni siquiera sabía dónde se alojaba. —Se adentró más en la casa—. ¿Puedo ver sus cosas?

—Puede llevárselas —contesté.

Ya estaban en una maleta. Yo misma había revisado la habitación, allí no había nada.

El agente Locke me siguió por la escalera y atravesamos el ático, hasta la habitación de Ruby. Señalé su maleta junto a la pared opuesta, pero yo me quedé en la puerta. El agente entró solo, y recorrió la habitación lentamente, dejando grandes pisadas marcadas en la alfombra.

Koda saltó desde los pies de la cama cuando el agente se agachó para revisar su equipaje. Él se sobresaltó cuando la gata salió corriendo de la habitación, alejándose también de mí.

—Jesús —exclamó, con una mano en el corazón. Después, mirando más de cerca—: ¿Todo esto es nuevo?

—Sí —dije—. Cuando apareció no traía nada.

Suspiró con las manos apoyadas en las rodillas, y tomó impulso para levantarse. Echó un último vistazo a la habitación.

—Da la sensación de que no planeaba quedarse mucho tiempo.

Cuando se hizo a un lado, me asomé al baño. Y contuve la respiración, deseando que no mirara hacia arriba. El dinero, escondido, fuera de la vista.

—No me habló de sus planes —apunté cuando salió de la habitación. Y, al menos eso, era verdad.

Antes de irse, me entregó su tarjeta, por si se me ocurría algo más. Cuando se fue, cerré la puerta y me retiré de la ventana justo cuando él se volvió para mirar. Lo vi en la pantalla del portátil, desde el sofá: abrió la puerta del coche, miró largamente hacia ambos lados, a la izquierda y a la derecha de la calle. Como si calculara algo. Y después, vi que se quedó sentado, inmóvil, durante cinco minutos. Después diez. Hasta que llegué a pensar que el vídeo se había congelado. Me dirigía hacia la ventana para verificarlo cuando por fin oí el sonido del motor.

Y entonces, cogí mis llaves y salí. Sabía qué estaban haciendo por la última vez que habían estado aquí. Estaban reconstruyendo la cronología de los hechos. Nos estaban ubicando en nuestros lugares. Querían saber qué había hecho Ruby desde su liberación, querían reconstruir sus movimientos…, y yo también. Para empezar debieron de haberse preguntado —como todos en el vecindario de Hollow's Edge— por qué había venido aquí. Por qué había venido a mi casa.

Yo sabía que nadie iba a decir nada de la pelea, y no solo para protegerme. Era por lo que Ruby había dejado entrever con sus acusaciones poco veladas. "Un delito que no cometí", dijo.

Primero, sonó como una defensa, como lo que le había dicho a la policía cuando llegó a mi puerta: "Díselo, Harper. Diles que yo no lo hice…".

Yo pensaba que había venido a buscar venganza, y tal vez fuera cierto. Pero enredado en el interior de esa motivación, había algo más, había algo en su núcleo que la alimentaba.

Había vuelto aquí para probar su inocencia.

Eso era lo que estaba insinuando cuando su mirada se deslizó sobre todos nosotros anoche.

Había vuelto para probar que el culpable era otro.

CAPÍTULO 17

RUBY HABÍA ESTADO EN EL campus. Con mi coche. Con mis llaves.

Chase también creyó que ella había tratado de meterse en su casa, en los días en que creíamos que se había ido.

Eso quería decir que estaba buscando algo. Y había un lugar donde yo podía ir para rastrear sus huellas.

El campus seguía siniestramente vacío, el festivo del 4 de Julio se desangraba en el fin de semana largo. En la entrada del personal, pasé por el edificio de seguridad. Todos los aparcamientos estaban vacíos, el viento golpeaba las hojas quebradizas, desparramadas por la angosta calzada.

Cuando estacioné en el aparcamiento de mi edificio, volver a ver el coche blanco roble, pero el mío era el único. Tal vez, el único en el campus, a juzgar el camino de entrada.

Antes de entrar al edificio, me asomé por el panel de cristal que estaba junto a la puerta trasera, pero las luces con sensor movimiento no estaban encendidas. Al entrar, me detuve en la puerta, traté de mirarlo todo, traté de ver las cosas como las habría visto Ruby. Este lugar donde alguna vez guio visitas para estudiantes, y al que me venía a buscar para comer, y donde me pedía consejos, y sonreía cuando Aidan pasaba a saludar.

Todo lo que venía de ella era un engaño.

Las luces se fueron encendiendo, una por una, a medida que yo iba pasando. Me desplacé rápidamente, usé la llave de mi oficina, imaginé a Ruby haciendo lo mismo algunos días antes. Qué obediente debí de parecerle. Qué manipulable. “Ruby en mi casa; Ruby en mi coche; Ruby en mi trabajo…”.

¿Había algún espacio de mi vida que ella no hubiera contaminado?

De pie en la puerta acristalada de mi despacho, intenté buscar señales de ella. Pero todo estaba como yo creía haberlo dejado la semana anterior. Solo mi taza, sobre el estante azul, estaba descolocada —el “¡HOLA!”, apenas visible—, pero esa había sido yo, cuando regué la planta.

Mi escritorio estaba cubierto por carpetas de potenciales alumnos y notas de reuniones y comunicaciones interdepartamentales. Yo no dejaba nada personal o privado aquí. Nada que pudiera interesarle a Ruby. ¿Para qué habría venido aquí a no ser por mí? ¿Qué creía que podría encontrar aquí? ¿Pruebas de que yo no estaba capacitada para hacer mi trabajo? ¿Pruebas de que yo no estaba a la altura de Brandon Truett?

No había nada más, salvo una planta al borde de la deshidratación y un armario lleno de basura: los desechos que dejó atrás Brandon Truett cuando trabajaba aquí. No se me ocurría nada que pudiera interesarle; pero crucé la habitación, y abrí la puerta de ese armario por primera vez en meses.

Estaba vacío.

La respiración me abandonó con una ráfaga veloz. El armario estaba completamente, absolutamente vacío, salvo por un ligero olor a rancio, por la falta de uso y el aire viciado. La caja archivadora en la que yo había guardado los restos del escritorio de Brandon, la foto de Fiona y él… no había nada.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que miré allí dentro, que yo no podía estar segura de nada. Dudé de si el contenido había desaparecido el año anterior, en algún momento, con Anna en la recepción, o el conserje, o alguien vinculado a Brandon Truett… o Ruby.

Las ausencias eran más difíciles de encontrar. Las negativas, más difíciles de probar. Tener la certeza de que no hubo alguien más aquí, el año pasado, que hubiese limpiado y se lo hubiese llevado todo. Para dar el salto y afirmar que había sido Ruby.

Pero, definitivamente, ella había estado aquí.

Recordé su expresión cuando la sorprendí con Mac, camino a casa, y le dije que había estado en el trabajo. La arruga en el ceño. La preocupación. ¿Le inquietaba que yo hubiera descubierto lo que había hecho?

Si eso era así, entonces, Ruby creía que había algo que valía la pena buscar entre las cosas de Brandon. Más aún: sabía que la muerte de los Truett no se había resuelto con su condena. Sus palabras en la fiesta no fueron amenazas vacías. Y ella creía que aquí iba a encontrar las pruebas.

Volví a imaginarla en el momento en el que llegó a la fiesta, las miradas cómplices que les dedicó a todos; el modo en que hizo alarde de su presencia; lo que dijo: que, de algún modo, habíamos conspirado contra ella. Ella sabía lo que había hecho cada uno de nosotros.

Puede que hubiera encontrado esa prueba después de todo. Una nota que él habría garabateado en un margen, tal vez. Una foto detrás de otra foto en el marco. Algo que se nos escapó porque estábamos

muy concentrados en Ruby. Algo que todavía estaba fuera de mi alcance.

Pero lo que ella se había llevado de este armario tenía que existir.

Lo que ella había descubierto tenía que estar en algún lado.

Ella había ocultado cosas, sí, desconfiaba de todos los que la habíamos agraviado. Pero no había muchos lugares donde pudiera tener las cosas a mano.

Todos ellos estaban en Hollow's Edge.

Casi no había señales de vida en la calle cuando llegué a casa. Nadie corriendo o regando el césped o conversando en la puerta. La piscina estaba abandonada, con un letrero rojo y negro que no llegué a leer, pero que seguramente decía que las instalaciones estaban clausuradas. Me pregunté si habría indicaciones en los estatutos para esto.

Cuando pasé frente a la casa de Charlotte, se abrió la puerta. Salió Chase, trotando por los escalones, y se detuvo en la acera cuando vio que yo aparcaba en la mía.

Mi mente ya estaba tres pasos por delante, pensaba dónde podría haber dejado Ruby una caja que yo no hubiera abierto con cosas de Brandon; el armario del baño, debajo de la vieja lona en el garaje… por eso me llevó un momento percatarme de que Chase me estaba esperando en el jardín de los Truett.

—¿Qué pasa? —pregunté, y nos encontramos a medio camino; los tobillos me picaban por el césped crecido.

—Fui a tu casa hace unos minutos. Solo te echaba de menos —dijo, como si fuéramos amigos. El poder que tenía la muerte de alterar todo, de convertir a los enemigos en aliados, y viceversa—. ¿Vino a verte alguien de Investigación Criminal?

Todavía estaba tratando de imaginar cómo encajaba en todo esto el agente Locke. Pero Mac había insinuado que estábamos juntos en esto. Todos del mismo lado.

—Sí —afirmé.

—La policía local no puede hacerse cargo de esto. No con la demanda pendiente.

—¿Hacerse cargo de qué? —pregunté.

Chase miró, con los ojos entrecerrados, la casa de los Truett, las ventanas oscuras, vacías.

—Sospechan que hubo un delito —me informó, acercándose.

"Un delito", un eufemismo tan genérico. Para minimizar la verdad: "Sospechan que alguien le hizo daño a Ruby. Sospechan que alguien la mató".

—¿Dijeron cómo? —pregunté, y oí la vacilación en mi propia voz.

Imaginé a Ruby en la tumbona, tal como estaba anoche, bajo la luz

de la farola de la esquina. Nada de sangre. Ninguna señal de lucha.

—Esto no es oficial —dijo, y volvió a mirar la casa de los Truett—. Esto es solo entre amigos del trabajo. Un sitio pequeño, ¿entiendes? —Yo asentí, y lo urgí a que continuara—. Sospechan que la envenenaron.

Retrocedí, me tapé la boca, sentí náuseas. Sentí el sabor del vodka de ayer, el ácido que subía, el olor a cloro en el fondo de la garganta.

—Mierda —masculló Chase, acercándose a medida que yo retrocedía—. Escucha, no es oficial, ¿vale? Solamente algo que he oído. No sabía si debía contarlo, pero no quería que esto sorprendiera a nadie con la guardia baja si lo escuchaban en algún otro lado.

Negué con la cabeza.

—No, está bien, gracias por contármelo. —Seguí retrocediendo, ansiosa por entrar a casa, por estar detrás de la puerta cerrada, con todos los peligros fuera y a raya.

Se balanceó sobre los talones, las manos en los bolsillos.

—¿Qué te preguntó?

—¿Qué? —pregunté—. ¿Quién?

—El tipo de Investigación Criminal.

—Nada —dije. Después meneé la cabeza—. Solo dónde la vi por última vez. Cómo me enteré. Quiso ver sus cosas, pero no había nada. —Tragué con fuerza—. Me preguntó si mi cámara grababa.

La mirada de Chase se dirigió a mi puerta, donde estaba instalada la cámara.

—Le dije que no. —Otro paso atrás, para zafarme de Chase y de esta conversación—. Me preguntó qué bebió. Le dije que ella había hecho sangría. —Tomé aire, me oí jadear—. Yo creía que había sido porque bebió demasiado. Creía que había muerto porque todos la estábamos ignorando…

—Eh —aseguró, con una mano apoyada en mi hombro, lo más cerca que llegué a estar alguna vez de Chase Colby. Su aliento, de cerca, olía a menta y cigarrillos—. No hay nada que temer. Pero debes saber que eso es lo que quieren. No debes hablar con ellos, Harper. Ten eso presente.

Pestañeé lentamente, esperé a que retirara la mano, a que se fuera. Me pregunté si pensaba que yo tenía algo que esconder.

—Que quede entre nosotros —me pidió, pero hizo un gesto a izquierda y derecha que abarcó toda la calle. Y entendí que había ido casa por casa para hablar con cada uno de nosotros. Para advertirnos

Subí los peldaños del porche conmocionada. No pude controlar el temblor de la mano al abrir la cerradura, hasta que apoyé la frente en la madera, respiré hondo, conté hasta diez.

Dentro, mi plan era registrar los rincones ocultos de la casa, buscar qué podría haber encontrado ella en mi oficina. Pero solo llegué a la

cocina.

Vi su vaso violeta en el fregadero. El vaso violeta que yo había encontrado abandonado en el suelo de cemento. El que enjuagué y del que bebí porque no había encontrado el mío.

Imaginé ese momento, anoche, en el que Tina se alejó del cuerpo de Ruby en la terraza y le dio con el pie al vaso azul que estaba a su lado.

El que había sido mío.

No pude respirar. Abrí la nevera, saqué todo lo que Ruby había bebido, lo que había comido, imaginé todos los lugares donde la muerte podía esperar, oculta, las formas en que ella podría haber sido envenenada. Deseché todos los recipientes abiertos. El vino, el zumo de naranja, los táperes de fruta.

Había una segunda botella de sangría, también me deshice de ella; manchas rojas sobre el fregadero, trozos de fruta que tapaban el desagüe.

Lo lavé todo, dejé correr el agua, junté agua con las manos y la tragué para purgarlo todo. Pero no pude deshacerme de eso, una arenilla que sentía en los dientes; un sabor que imaginaba en el fondo de la lengua.

Revisé el garaje, todos los armarios, todas las alacenas del baño. Debajo del fregadero, los estantes del lavadero, el desván, al que se accedía por la escalera escamoteable que estaba en el ático.

Pero no había nada escondido. Nada, salvo polvo y viejas latas de pintura y cosas que no había usado en todos mis años de vida aquí. Empecé a dudar de mí misma, pensé que tal vez esa caja que estaba en mi oficina faltaba desde hacía meses; que Ruby no había tenido nada que ver.

Todavía estaba revisando la casa, esperando que se me revelara algún hueco, cuando sonó el timbre, y temblé.

Me asomé por la ventana, vi a Mac en el porche con comida china para llevar en una bolsa de plástico blanca y la expresión perturbada. Llevaba un sombrero, aunque ya estaba anocheciendo, y sus ojeras parecían más pronunciadas, como si él tampoco hubiera dormido.

Abrí la puerta, levantó la bolsa con comida con actitud sumisa.

—Sé que dijiste que ya habías revisado sus cosas, pero imaginé que cenar no te iba a hacer daño. —Me hice a un lado y entró.

—Gracias. Aunque no creo que pueda comer —dije.

—Entonces, al menos te van a quedar las sobras —replicó, con una sonrisita.

Se acomodó en la cocina como si estuviera en su casa, sacó los recipientes de la bolsa, tomó dos platos de un armario. Me resultaba fascinante el modo en que iba de un lado a otro, como si todavía

estuviera en la fiesta; todos trataban de volver a la normalidad solo a fuerza de persistir.

—La envenenaron —aseguré, por si no se hubiera enterado.

Se detuvo, de pie junto a la encimera, con la cuchara hundida en el pollo agridulce.

—No están seguros —dijo—. No saben qué pasó.

Sentí náuseas al mirar la comida. Al mirarlo a él.

—Chase dijo…

Soltó la cuchara, se volvió hacia mí.

—Chase ni siquiera es parte de la investigación. El alcohol es un tipo de veneno, ¿no?

—Habló de algo turbio —susurré.

Mac se quitó el sombrero, se pasó la mano por el pelo castaño claro.

—Ey, estoy aquí, y Chase va a reemplazar a Tina en la vigilancia de esta noche. Todos estamos a salvo, Harper.

Pero yo no entendía cómo podía pensar así. Todas esas muertes habían sucedido en nuestra calle. Tal vez era el grado de distanciamiento, como si no hubiera nada que temer si el peligro no estaba donde pudiéramos verlo. Como si, en el fondo, eso no lo hiciera más temible: que no lo viéramos venir; no saber dónde se ocultaba.

El veneno, el monóxido de carbono. Como si alguien prefiriera matar sin tener que mirar a la víctima. Un grado de negación. Algo que requería la mano del destino, el absolvedor de culpas.

Un coche en marcha; una muerte que solo podía sobrevenir estando dormido. Veneno para otro, pero exigía que ese otro lo consumiera.

Se acercó, me apoyó las manos en los hombros, pero lo rechacé con una sacudida.

—Todo es horrible, pero no sé qué podemos hacer en este mismo momento además de cenar, ir a dormir, enfrentarnos al día de mañana.

Llevamos los platos a la mesa de la cocina y comimos en silencio. O, en realidad, lo vi comer a él; yo solo removí la comida en el plato. Nada, solo el sonido de los cubiertos rozando la vajilla y el tictac del reloj de la repisa resonando en la habitación.

—Gracias por la cena —dije, mientras retiraba los platos de la mesa.

—¿Quieres que me quede? —preguntó, mientras se levantaba lentamente de la silla—. No estoy diciendo… Digo que puedo quedarme, solo eso. Tienes pinta de no haber dormido.

—Tú tampoco estás muy sexy —dije, fingiendo frivolidad—. Gracias, pero creo que estoy a punto de derrumbarme.

Porque lo único que quería era estar sola. Sola con mis miedos. Sola para elaborarlo. Para seguir cada hilo suelto de la noche de la

fiesta, por si aparecía algo nuevo.

Porque mientras él estaba comiendo, yo sentí que me fragmentaba. Mis pensamientos se desconectaron del presente y dibujaron un círculo que volvió a los sucesos de los últimos días.

Volví a ver a Ruby, sosteniendo su vaso violeta en el aire: “¡Toda la pandilla está aquí!”.

No pude evitar que mi mente tomara el camino alternativo. Paso a paso, desde el día en que Ruby volvió hasta el día en que murió. “En la tumbona, la bajaron al suelo. Mi vaso azul rodó por el cemento…”.

“Asesinato”.

“Veneno”.

Elaborarlo, día a día, hasta el fin inevitable.

Hasta encontrarme con el miedo repentino de que, tal vez, este final no estuviera pensado para ella, sino para mí.

SÁBADO
6 DE JULIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: Reunión hoy

Publicado: 8.02 a. m.

Charlotte Brock: Para todos los que estuvieron en la fiesta. Al mediodía, en casa de los Seaver. Informad a los vecinos que no estén en la junta. Voy a borrar esto enseguida.
Preston Seaver: ¡Traed bebidas!
Tate Cora: En serio, ¿qué mierdas te pasa a ti?
Preston Seaver: Perdón, me evado con el humor.
Charlotte Brock: El humor implica algo divertido.
Javier Cora: Bueno, a mí me pareció divertido…

CAPÍTULO 18

NADA QUEDÓ MÁS CLARO POR la mañana. Si yo estaba a salvo, si estaba en peligro.

Sola, en el centro de la cocina, con las frías baldosas bajo los pies, el vacío, el silencio; sentí la necesidad de llamar a alguien. De contarle a alguien qué estaba pasando aquí y de qué tenía miedo. Para que vinieran a buscarme en caso de que yo llegara a desaparecer. Para que no hiciera falta el ladrido de un perro para que los demás se dieran cuenta de que algo iba mal.

Mis amigos del trabajo ya habrían vuelto de su viaje, estarían deshaciendo las maletas. Pero ¿qué iba a decirles? "Ruby volvió mientras estabais de viaje, y ahora está muerta". Habían perdido mucho, estaban demasiado conectados con Brandon. Y por mi cargo en el trabajo, ese tipo de amistad confidencial ya no era posible.

Mi padre siempre fue la persona a la que había recurrido para buscar consejo —me quedé con él cuando mis padres se separaron—, pero estábamos distanciados desde lo de Aidan. No pude tolerar que él tuviera razón. Que hubiera visto lo peor de Aidan y que todo hubiera salido exactamente como él lo había predicho. Cuando lo llamé, después del arresto de Ruby, sentí sus palabras muy cercanas en el teléfono: "Santo Dios, Harper, tienes que dejar de juntarte con gente así. Tienes que dejar de juntarte con los que te pasan por encima. Mira con quién estabas viviendo. Pude haber recibido una llamada de un extraño diciéndome que mi hija estaba muerta…".

Se atragantó con sus propias palabras, medio enfadadas, medio temerosas, y en ese momento, me vi a mí misma igual que mi hermano. Entendí que mi padre nunca podría sobrellevar algo así, no podía aceptar un futuro de incertidumbre. Hablaba como si hubiera partes mías que existían más allá de mi control. Fuerzas en acción que constantemente buscaban alguna debilidad. Parecía sentir que el mundo nos ponía en peligro solo por existir en él y que buscaba nuestras debilidades para explotarlas.

Y a mi madre ni siquiera le había contado lo del arresto de Ruby.

No tenía ni idea de lo que sabía ella ni de lo que le habían contado mi padre o Kellen. Siempre me pareció que tenía bastante con mi hermano y no quería cargarla más.

Reí para mis adentros, entré en un estado casi delirante, porque la persona menos fiable que conocía se volvió, de pronto, la única en la que podía confiar.

Tal vez, por eso le conté lo de Ruby y el juicio la primera vez, en Navidad. Tal vez no fueron ni el licor de huevo ni la falta de sueño, sino esta misma necesidad de que alguien más lo supiera. Tal vez, necesitaba que alguien me dijera que yo había actuado bien. Pero, en cambio, lo único que obtuve fue una mirada inquisitiva y la pregunta: "¿No tendrías que estar segura?". Por eso no volví a confiar en nadie más.

Agarré el teléfono con las dos manos cuando sonó. Se me hizo un nudo en el estómago al ver que mi llamada iba al buzón de voz. Estaba por dejar un mensaje cuando sonó la notificación de un mensaje entrante. Pensé que era mi hermano y colgué.

Pero era de Charlotte: "Quería confirmar que has visto lo de la reunión en el chat".

Cómo había cambiado todo desde el fin de semana anterior. Cuando me dejaban fuera del círculo y yo no estaba invitada a sus reuniones.

"Ahí estaré", respondí y, dejando caer los hombros, empecé a tomarme el café.

Pasé la primera mitad del día haciendo una limpieza profunda, como si pudiera purgar todo lo que había pasado la semana anterior. Tenía la sensación de que todo era peligroso y estaba estancado, el olor a madera y yeso persistió mientras limpiaba. Como si fueran los huesos de la casa.

Justo antes del mediodía, vi a Tina Monahan por la ventana, los brazos cruzados, la cabeza gacha, pasando rápidamente frente a mi casa, como si estuviera caminando en medio de una tormenta.

Abrí la puerta.

—Ey —la llamé—. Espera.

Se estremeció y se llevó la mano al pecho al volverse hacia mí. Se ruborizó, las mejillas contrastaron vivamente con el tono ceniciento del resto de su piel.

—No te había visto —dijo—. Perdón.

—¿Vas a la reunión? —pregunté, trotando para alcanzarla.

Ella asintió con movimientos rápidos; todavía estaba ruborizada.

—Perdón, todo es… —Movió las manos, buscando las palabras.

—Sí, para mí también —admití.

De cerca, tenía los ojos irritados y demacrados, el pelo corto

recogido en una coleta, el flequillo pegado a la frente por la humedad. Cuando arrugó el entrecejo, vi la sombra de su padre en ella.

—Nunca he tenido que hacer algo así —explicó, temblando—. Supongo que tengo que considerarme afortunada por haber llegado hasta aquí sin…

Le apoyé la mano en el hombro por un momento, recordando las pesadillas que tuve cuando encontramos a los Truett. La imagen que no podía quitarme de encima, la de ellos en su cama, los rostros vueltos el uno hacia el otro. La quietud sobrenatural que no era ni pacífica ni real. Me pregunté qué imagen estaría acosando a Tina.

—¿Tus padres están bien? —pregunté, caminando junto a ella hacia la casa de los Seaver, en la esquina.

Inspiró lentamente, después soltó el aire.

—Tan bien como cualquiera de nosotros, supongo. Mi madre quiere que nos vayamos a vivir a otro sitio. Como si esa fuera una opción en este momento. Y quiere que, al menos, instale una alarma. —Hizo una pausa y cerró fuertemente los ojos frente al porche de los Seaver—. No puedo creer que esto esté pasando otra vez.

La puerta se abrió frente a nosotras, y Charlotte apareció en el umbral, como si fuera la anfitriona.

—Tina, Harper. Bien, pasad.

Me pregunté si tendría una lista de asistencia. Era la única de las tres que no tenía el aspecto de haber pasado por un infierno desde la última vez que nos vimos.

Cuando entré, un pequeño grupo ya estaba reunido en la sala, deambulando entre los sofás y el televisor, como en una fiesta de instituto un poco siniestra. Chase se sentó en el brazo del sofá, mirando de vez en cuando por la ventana lateral como si temiera que alguien pudiera estar viéndonos.

Mac me saludó con la mano desde la cocina, donde estaba abriendo una cerveza. Por más que intentara parecer tranquilo y controlado, le tembló la mano al desenroscar la tapa.

—¿Has dormido bien? —preguntó.

—No. ¿Y tú?

Inclinó la cabeza en un gesto de camaradería y se llevó la botella de cerveza a la boca.

Tate y Javier Cora llegaron después; todos nosotros, dispuestos a acudir a las reuniones de Charlotte, no fuera a ser que se nos juzgase por no hacerlo. No me quedaba muy claro qué estábamos haciendo aquí. Los presentes murmuraban. Carraspeaban. Evitaban el contacto visual.

—¿Esto ha sido idea de Charlotte? —le susurré a Mac.

—No —contestó.

En ese momento, Margo atravesó la puerta y atrajo toda la atención

hacia sí. Llevaba a Nicholas en brazos —se estaba quejando, algo entre un lloriqueo y un gemido— y una mochila pañalera colgada al hombro.

—Perdón, se me ha hecho tarde —se disculpó; le estaban apareciendo unas manchas rojas en el cuello.

—¿Dónde está Paul? —preguntó Charlotte, asomándose por la ventana principal antes de cerrarla.

—¡Está ocupado! No siempre puede interrumpir su vida en cualquier momento por ti, Charlotte. —La voz de Margo atravesó el silencio de la casa y todos vimos que se llevaba la mano libre al pelo y después al bebé.

Hasta Charlotte tenía la guardia baja frente a la reacción de Margo. Charlotte debió de haber tocado una fibra sensible, porque, de pronto, Margo estaba al borde de las lágrimas.

—No sé… —dudó Margo—. Está… estresado. Y parece que yo tengo algo que ver con ese estrés, que espero demasiado de él, así que por ahora estoy tratando de no pedirle demasiado, de mantener un equilibrio, pero…

—Está bien, entra, vamos —dijo Charlotte, haciéndola pasar a la sala, y bajando el tono de voz.

Cogió al bebé de los brazos de Margo y se lo puso en la cadera.

—Pasa al baño —le pidió, y señaló el tocador al pie de la escalera. "Tranquilízate", fue el mensaje implícito.

No podíamos venirnos abajo en este momento.

Charlotte cogió su teléfono con la mano libre, un movimiento que seguramente había hecho antes.

—Ven a buscar el bebé de Margo, por favor —dijo. Un segundo después, puso los ojos en blanco y endureció el tono—. No, no te voy a pagar, por el amor de Dios, Whitney. —Cortó y suspiró, forzó una sonrisa cuando vio que yo la estaba mirando—. Estas dos adolescentes me van a matar, te lo juro. —Se quedó inmóvil, se le tensaron los hombros—. Perdón. No ha tenido ninguna gracia

Charlotte se quedó mirando por la ventana hasta que Whitney subió las escaleras. La recibió en la puerta, puso a Nicholas en los brazos extendidos de su hija en el instante justo en que Margo volvía del baño.

—Ah —exclamó Charlotte, con las manos extendidas torpemente delante de ella, como si tratara de alcanzar algo.

Cerró la puerta, le apoyó una mano en el hombro a Margo.

—Nada de preocupaciones. Ven. Relájate. Después pasas a buscarlo por casa. Las chicas lo van a cuidar.

Margo siguió a Whitney con la mirada por la ventana del comedor, pero asintió y acompañó a Charlotte a la sala de estar de los Seaver.

Había dos sofás de cuero marrón con reposapiés a juego, todo

orientado hacia la pantalla gigante del televisor sobre la chimenea. La disposición de la casa era casi idéntica a la mía, pero en espejo, y habían cerrado el ático para convertirlo en un despacho compartido.

Mac me había guardado un lugar junto a él en el sofá. Tate y Javier estaban en el sofá de al lado. Tate parecía tener más náuseas de lo normal. Tina se sentó junto a Tate, que hizo una mueca al hacerle sitio.

—¿Cuándo tienes fecha? —preguntó Tina, como si estuviéramos aquí para una charla amistosa.

—En tres meses —contestó Tate.

Parecía que Charlotte estaba esperando algo.

—¿Estamos todos los que fuimos a la fiesta? —preguntó por fin, mirándonos a todos.

Nos miramos los unos a los otros, y todos hicimos nuestro cálculo silencioso.

—Falta Pete —dijo Javier— Y los Wilson. —Ellos debían de ser los que se fueron en cuanto llegó Ruby.

—Me refiero a los que estuvimos allí… durante los fuegos artificiales —corrigió Charlotte.

—Preston todavía no ha vuelto —respondió Mac.

—Bueno —dijo Charlotte—. Puedes contárselo después. Empieza, Chase.

Los padres de Tina tampoco estaban allí, pero nadie los mencionó, tampoco Tina.

Chase fue al frente de la sala de estar y Charlotte tomó su lugar, sentada en el brazo del sofá. Aparentemente, Chase también había vuelto a ganarse nuestra buena voluntad. Cómo lo necesitábamos. Cómo le dimos la bienvenida.

—Algunos os habréis dado cuenta de la presencia de agentes de la policía del estado —informó.

En ese momento se abrió la puerta, entró Preston y se detuvo en seco al vernos.

—¿Dónde has estado? —preguntó Mac.

—Con Madalyn. Perdón por llegar tarde. —La frase estaba dirigida a Charlotte.

Chase le hizo un gesto para que se nos uniera en su sala.

—Como estaba diciendo, hay agentes de la policía estatal que han estado yendo casa por casa haciendo preguntas. Preston, ¿qué pasa con Madalyn?

—Bueno, está asustadísima. Le dije que volviera a su casa por una temporada. De todos modos, no tiene nada para decir. No vio nada.

—¿Es una estudiante? —preguntó Tate, perforándolo con la mirada.

Preston apretó la mandíbula.

—Estudiante de posgrado. Pero sí, va a volver a su casa en Ohio por un tiempo, creo.

—¿Ella está de acuerdo? —preguntó Chase. Yo no lograba seguir la conversación. Me sentía como si fuera yo la que acababa de llegar, y no él.

Preston asintió, y se dirigió a nosotros.

—Madalyn no se sentía bien, así que nos fuimos temprano —comentó.

Tardé un minuto entender qué estaba diciendo. Que no vio nada. Que ninguno de nosotros había visto nada. Que ella no iba a hablar con la policía sobre la pelea o sobre lo que Ruby había dicho, sobre las acusaciones.

Chase asintió. “No os compliquéis”. Que sea manejable. Por una vez, yo estaba del lado de dentro.

—El agente vino a nuestra casa ayer —nos informó Tate en voz alta—. No abrimos la puerta.

Tina asintió.

—Mi madre abrió la puerta, así que tuvimos que hablar con él. Solo le dimos una descripción muy general.

Sacudió la mano como si todos hubiéramos pasado por eso. Como si todos supiéramos qué había visto, qué había dicho. Margo levantó la mano y empezó a hablar.

—Perdón, ¿nadie va a hablar de la sospecha de que hubo “algo turbio”? Todos estábamos allí. Todos fuimos testigos.

—¿Y qué podríamos decir? —respondió Mac—. Yo no vi nada, eso seguro.

—Bueno, joder, parece bastante sospechoso que todos hayamos estado allí y que nadie haya visto una mierda —exclamó Tate.

Fue saltando de uno a otro con la mirada, desafiante.

Así empezó. Cuando comenzamos a reducir el grupo decidiendo a quién íbamos a hacer responsable. La imagen de quién iba a despertar sospechas primero cuando apareciera en alguna de nuestras cámaras de seguridad. A quién estábamos dispuestos a entregar a las masas. ¿Se daban cuenta siquiera de lo que estábamos haciendo?

—Escucha —replicó Mac, la primera vez que lo oía tomar el control de algo—, fue una fiesta pública. No vivimos en una comunidad cerrada. Todos vimos cosas durante la guardia.

—Javier, dijiste que habías oído gente en el lago durante tu turno, ¿verdad? —preguntó Margo.

Javier asintió.

—Sin duda había gente allí fuera, por la noche, durante mi turno. Y Tate también oyó algo la noche que tú estabas de guardia, Harper. ¿No es así, Tate?

—Sí —afirmó Tate—. A eso de las tres menos cuarto, hubo un ruido

fuerte en algún lado, en la parte delantera. De todos modos, estoy en una fase en la que casi no puedo dormir.

¿Fue así como sucedió en realidad? ¿De verdad eran estas las personas que vivían junto a mí? Yo lo sentía, esa idea que ganaba impulso de que el peligro estaba allí fuera y no en esta misma habitación. Lo mismo que dijo Ruby en defensa propia: “Había alguien más fuera. Lo hizo otra persona”. No tenía por qué ser uno de nosotros. No teníamos por qué mirarnos y empezar a cuestionarnos nada.

—La estábamos ignorando —informó Charlotte.

Y todos asintieron, aunque eso no era verdad. Tal vez lo habíamos intentado, pero no la habíamos ignorado: no podíamos, porque nos estaba acusando a todos.

Pero había algo demasiado tentador en esto, un impulso que yo no podía contener. Algo de lo que yo quería formar parte. Una idea que desarrollar juntos, un rompecabezas que resolver, cada uno con su pieza. Una imagen que solo podíamos traer a la luz colectivamente. Algo que pareció posible de repente.

Porque éramos amigos y colegas. Nos conocíamos desde hacía años. Cortábamos el césped del otro si no podía hacerlo; organizábamos fiestas cuando iba a nacer un bebé y de graduación; nos encargábamos del cubo de la basura si alguien trabajaba hasta tarde. Nos conocíamos, sabíamos más de los otros de lo que ninguno quería admitir.

—Había huellas en la terraza la noche que hice la guardia —dije. La verja estaba abierta. Huellas que desaparecían en el asfalto—. Y un coche que se alejaba de nuestras casas.

Volví a pensar en el coche blanco, el de la oficina. ¿Quién tendría motivos para ir allí? ¿Y el hermano de Brandon? Estaba pescando, pero era otra posibilidad. Alguien que había estado vigilando a Ruby. Alguien resentido, tal vez, por su liberación.

Tate asintió. Por fin yo estaba dentro, porque proyectábamos nuestras sospechas hacia fuera.

—Escuchad —pidió Javier—, yo propongo que hagamos un pacto. Nadie va a contarles nada. Ya sabéis cómo es, ¿no? Estábamos todos juntos. Todos podemos responder por los demás. No compliquemos las cosas.

Y ahora comprendí lo que Chase había querido decir con no diluir las pruebas con rumores que no podíamos comprobar. Las respuestas eran simples. No hubo una gran conspiración. A menudo, las respuestas más simples eran las correctas.

Recorrí la habitación con la mirada: todos parecían estar de acuerdo. Aunque la respuesta más simple, lo sabíamos todos, era que lo había hecho alguien que estaba aquí.

Tal vez fue porque todos y cada uno entendieron. Había un móvil colectivo y la atención podía dirigirse a cualquiera de nosotros. Todos habíamos declarado. Todos estábamos asustados. Estábamos protegiendo a los otros tanto como a nosotros mismos.

“La ignorábamos, seguimos con nuestra vida. No sabemos qué pasó. No vimos nada”.

Todos éramos buenas personas aquí.

Margo fue la primera en irse; se acercó a casa de Charlotte para buscar a Nicholas. Yo había empezado a prestar atención a este tipo de cosas, a quién se iba y quién se quedaba. El orden en el que llegábamos y en el que nos íbamos.

Muchos se quedaron para hablar con Chase a solas. El baño que estaba junto a las escaleras estaba ocupado, pero había otros dos arriba, así que subí para hablar con Chase más tarde y preguntarle si se había enterado de algo más por sus amigos, si ya tenían la certeza de que había sido veneno. Si yo tenía motivos para estar asustada.

Mac ocupaba el dormitorio principal, con su propio baño, una imagen en espejo del mío. Pero cuando quise entrar a su habitación, la puerta estaba cerrada con llave. Supuse que la habría cerrado sabiendo que habría una reunión numerosa abajo. Pero me pareció raro.

La puerta de la habitación que hacía de despacho estaba entreabierta; se conectaba con la habitación de Preston a través del baño con doble circulación. Me asomé desde el despacho, pero el baño estaba cerrado del otro lado. Sentí que era entrometerme demasiado usar su baño privado. Sobre todo, porque nuestra relación no era especialmente amigable.

Oí que se cerraba la puerta principal y estaba a punto de volver a bajar cuando una bola de papel me llamó la atención. Estaba junto a una papelera metálica, bajo la larga mesa que usaban como escritorio compartido. Como si acabaran de fallar al tirarla a la papelera.

Pero fue lo que se veía a través de la hoja lo que me llamó la atención. La letra impresa en negrita. Algo que me resultaba muy conocido. Me puse a cuatro patas bajo el escritorio y, con cuidado, desplegué la hoja de papel, la alisé sobre la alfombra bes.

Me temblaron las manos cuando las dos palabras me miraron de frente y sentí un escalofrío fugaz en el silencio: “TE VEO”.

El mismo formato de la advertencia que había recibido yo junto con las fotos. Como si se hubieran impreso otras versiones hasta llegar a la definitiva.

Volví a arrugar la hoja, la tiré dentro a la papelera y bajé la escalera trastabillando. No sé si alguien me vio salir por la puerta a toda velocidad. Si alguna de las cámaras me grabó mientras caminaba

con paso tambaleante hacia mi casa. Las chanclas quedaron enganchadas en una baldosa antes de que pudiera recuperar el equilibrio.

Tenía que calmar la respiración, bajar el ritmo cardíaco. Llegar a casa y recomponerme.

Pero se me revolvió el estómago al pensar en Mac. En Mac, que estuvo en mi casa, a quien dejé entrar en mi vida…

Abrí de golpe la puerta principal, casi no llegué a ver el trozo de papel encajado en el marco. Cayó al suelo, con la foto hacia abajo.

Otra vez no. Esto no. Todavía estaba pensando en Mac, pero había estado con él todo el tiempo.

Preston, en cambio… Llegó tarde a la reunión. Preston había tenido mucho tiempo para dejarlo aquí.

Entonces, no era Mac, sino su hermano.

La hoja de papel con la misma tipografía en negrita que había visto junto al cubo de basura: un “¡HOLA!” amistoso y siniestro a la vez. Como la taza que estaba detrás de mi escritorio en la oficina.

Cogí la foto, me dieron náuseas. Me temblaban las manos. Estaba tan claro. Los árboles y el lago y el llavero con forma de hueso. El logo de Nike en las zapatillas, la coleta, el rostro de perfil. Para verificar que nadie estuviera mirando.

Aquel primer mensaje: “COMETISTE UN ERROR”.

El segundo: “LO SABEMOS”.

Tenían razón, claro que sí. Yo había cometido un error. Cualquiera que viera esta foto lo sabría.

Cualquiera se daría cuenta de que era yo.

CAPÍTULO 19

NO ERAN MÍAS.

ESA ERA la defensa que había pensado, sentada en el patio de atrás, con el llavero en la mano. Lo que le diría a la policía. Lo que les diría a los vecinos.

No eran mías.

Pero estuvieron en mi casa, y mis huellas estaban en todas ellas, y no era solo la llave de los Truett. Ah, no. Si hubiera sido eso, tal vez habría llamado a alguien, las hubiera entregado.

Pero aquí había algo más, y en mis oídos resonó el consejo de Chase, las palabras casi inaudibles que habían atravesado la cerca: “No os compliquéis”.

Sacarlas de la casa.

Alejarlas de mí.

Ya.

Las había encontrado tres meses atrás, en primavera, cuando estaba plantando flores en el patio. Con la pala, cavé el lecho de mantillo hasta la tierra fresca.

La pala chocó contra algo duro, a quince centímetros de profundidad; primero, pensé que eran piedras. Pero metí la mano enguantada en la tierra y los dedos se engancharon en una anilla. El metal brilló al sol cuando lo saqué.

Una anilla grande con llaves, escondida en el jardín.

Ese llavero con forma de hueso de perro fue lo primero que reconocí, enganchado a una anilla más grande con una más pequeña. Pero la anilla grande estaba repleta de llaves. Todas tenían una sola letra pequeña escrita con un rotulador.

Las revisé una por una, limpié la tierra y la gravilla de cada llave para develar qué había escrito allí.

La T, la B, la S, la C… Cuando llegué a la mitad del llavero lo entendí: eran las llaves de otras casas de esta misma calle. La T de Truett; la B de Brock; la S de Seaver; la C de Cora, *etc.*

No sabía qué significaba. Por qué Ruby tenía todas estas llaves. Supuse que las había escondido durante la investigación, después de negar que tenía la de los Truett. Me pidió que la respaldara, que le dijera a la policía: “Ya no tengo su llave”.

Decía una mentira descarada mientras enterraba la verdad.

No solo tenía la llave de los Truett, también tenía las de casi todas las casas de nuestra calle. Y seguramente, ellos no tenían ni idea.

Lo único que fui capaz de imaginar era que ella había ido reuniendo esta colección de llaves durante los años que vivió aquí. Durante el tiempo que estuvo paseando perros, llevando el correo, o cuidando casas. Debían de ser las llaves que le dejaban bajo el felpudo, o las copias que le prestaban temporalmente. O bien no las devolvía, o hacía copias. Mi teoría: hacía copias. Para que nadie supiera que todavía las tenía.

Por lo que pude ver, en el llavero había más llaves de las que le habrían dado. Había muchísima gente que nunca confió en Ruby, que no le hubiera entregado una llave. Pero aquí, todos estábamos conectados. El acceso a una casa podía habilitarle el acceso a otra, la llave de algún vecino, en caso de emergencia, rotulada y colgada en un llavero de pared o dentro de un cajón en la cocina.

Hace años, Tate y yo intercambiamos llaves por si alguna de las dos se quedaba fuera de su casa y no podía entrar. Aunque nuestra amistad se había enfriado, nunca le pedí que me la devolviera, ni ella a mí. Habría sido una admisión demasiado directa. Demasiado agresiva. Así que la llave de Tate y Javier Cora todavía estaba enterrada en el fondo del cajón superior de mi mesita de la entrada, por si llegaban a necesitarla.

Ruby tuvo muchas oportunidades de cogerla, hacer una copia, usarla. Según parecía, nos tenía a todos. A todos y cada uno. Y ahora, este juego de llaves estaba en mis manos.

Ese día me había puesto a pensar qué hacer con las llaves, sentada en el patio adoquinado, mientras la tarde se convertía en noche. Y entonces pensé en el lago, en las huellas que desaparecían, una mano del destino podría, o no, reflotarlas algún día, en el futuro, y dejarme libre de cualquier participación o sospecha.

Así que me dirigí hacia allí en la oscuridad, pasé frente a las puertas cerradas, al resplandor de la luz de los porches. El tintineo de las llaves dentro de mi bolsillo era demasiado estridente en la noche silenciosa. Las apreté en la mano, bajé, en dirección al lago, por el sendero del bosque que empezaba junto a la piscina. Creyendo que estaba sola.

Ahora estaba arrodillada sobre el frío suelo de madera del vestíbulo, con esa foto en la mano y todo lo que podía implicar, todas las

maneras en las que podía volverse en mi contra. Me preguntaba por qué alguien estaría hostigándome con esto y qué estaba planeando hacer.

Aunque Preston y Mac compartían el espacio del despacho, en el primer piso, Mac había estado conmigo en la reunión. Ya estaba allí cuando llegué. Fue Preston el que llegó tarde. El que tuvo tiempo de dejar esta amenaza en mi puerta.

Preston acusó a Ruby con demasiada rapidez cuando encontraron muertos a los Truett. Y cuando ella ya no estuvo aquí, parece que su desconfianza se transfirió a mí solo por la ley de proximidad.

Preston, el mismo que me había estado vigilando en mi lugar de trabajo. Preston, el mismo que tenía un juego de llaves maestras en el trabajo. El que había impreso amenazas en su despacho: el "TE VEO" arrugado bajo su escritorio. Preston, el mismo que vivía a tres casas, el que entró por mi puerta cuando yo estaba de guardia.

Yo creí que esas amenazas eran una presión para hacer que Ruby se fuera. La amenaza de que si yo no la echaba, esto iba saberse, lo iban a saber otros, Ruby misma.

Pero Ruby ya no estaba; sin embargo, había llegado esta nueva foto. Y yo ya no sabía en quién podía confiar.

No tenía la certeza de que Mac no tuviera algo que ver con esto. No sabía cuánto compartían entre hermanos, si la familia estaba por encima de todo lo demás. Me sentí completamente asustada y sola.

Estaba recordando cómo había llegado Mac cuando empezaron las vacaciones de verano, con una cerveza en la mano, una sonrisa pícara en la cara…, justo en ese momento. Si los rumores sobre el caso de Ruby lo habrían traído a mi puerta una vez más. Y si fue así, qué buscaría en realidad.

Volví a llamar a mi hermano, sentada en el suelo frío del vestíbulo, foto en mano.

Esta vez, atendió al primer tono.

—¿Harper? ¿Es papá?

—Perdona, no, están todos bien —me disculpé.

—Ah —dijo—. Bien. —Hizo una breve pausa—. Es que es sábado y has llamado dos veces. Tengo una llamada perdida tuya de antes. —Nuestras llamadas eran infrecuentes, nuestra relación existía básicamente durante las Fiestas y porque nuestros padres nos tenían al tanto de la vida del otro.

—¿Qué tipo de persona dirías que soy? —pregunté de pronto.

Estaba mirando una foto que era una prueba que yo había ocultado. Había escuchado a Ruby llamarme oportunista, decirme incapaz de ser feliz siendo yo misma.

—¿Estás borracha? —preguntó como respuesta.

—No. Pero si tuvieras que describirme a un amigo tuyo. Por

ejemplo, “mi hermana es…”.

—La buena —dijo de inmediato.

—Ja —me mofé.

Lo oí suspirar en el teléfono.

—Supongo que diría: “Me habría gustado conocerla mejor cuando crecíamos, pero estuve dándole por culo a mi familia”. Diría: “Me dio más oportunidades de las que merecía, y es mejor persona que yo”.

Había olvidado una cosa de mi hermano: que era directo y honesto, y siempre estaba tratando de expiar sus culpas, pero era incapaz de detener el ciclo. Yo estaba equivocada: no había nada en él que me recordara a la auténtica Ruby.

En el silencio que siguió, preguntó:

—¿Va todo bien? No estarás teniendo algún tipo de crisis, ¿no?

—Bueno —dudé, pensando cómo empezar siquiera.

Cómo presentarlo sin que sirviese de invitación a juzgarme. Y entonces, dejé de preocuparme. Era mi hermano, y yo lo había visto en su peor momento, y tal vez fuera justo que él me viera en el mío—. El veredicto por el asesinato de mis vecinos ha sido revocado.

—Ah, mierda —dijo.

—Ruby volvió aquí. A mi casa. Fue un lío, y ahora ella está muerta. —Silencio del otro lado—. La policía cree que la envenenaron.

Más silencio.

—¿Hola? —pregunté.

—¿Te has metido en problemas? —preguntó, rápido y en voz baja.

—No. —Una pausa—. No lo creo. No sé. Kellen, por Dios, todo esto es horrible.

Un espantoso lío con tres personas muertas y una investigación que acababa de empezar.

—Tendrías que venir a visitarme.

—No necesito también a mamá respirándome en la nuca en este momento —dije riendo.

—No, tengo casa nueva. Dios, ha pasado mucho tiempo, Harp. —Nuestra última conversación real fue la de la víspera de Año de Nuevo, pensé en ese momento. Más de siete meses sin hablar—. Estoy en Filadelfia —me informó—. Bueno, cerca de Filadelfia.

—¿Qué? —Eran seis horas de viaje.

—Una larga historia. Pero aquí tengo trabajo, y salvo por las llamadas constantes de mamá, es una época bastante tranquila.

“Épocas tranquilas” era la frase que usaba mi madre para los buenos momentos de él. Como si “tranquila” fuera algo positivo y no un inmenso manto de impostura que tapaba lo que, potencialmente, estaba fermentando debajo.

Pero yo me había quedado con la frase anterior.

—Te has ido a vivir a otra ciudad, estás a seis horas de viaje ¿y no

me has dicho nada?

—Es que no quería molestarte.

—No me molestas —repliqué.

—Pero no siempre te alegrabas de verme cuando iba a visitar a papá.

Como mi padre esperaba mucho de Kellen, nunca pudo dejar atrás el pasado. Siempre volvía sobre él de algún modo —el segundo o tercer día—, y yo tenía que ver a mi hermano que se endurecía, nunca capaz de existir en el presente.

—No era por ti —le informé.

—Bueno —dijo—, ahora tampoco tengo coche.

Me reí, recordando que sus excusas siempre tenían varias capas. Pero sabiendo que yo podía ir a verlo en coche en el día.

—Te llamo después —dije—. Me alegro de escuchar tu voz. Pero no se lo digas a mamá ni a papá, ¿está bien?

Él también se rio.

—Harper, para mí es un gran placer empezar a pagarte la deuda que tengo contigo.

Y entonces, me levanté del suelo con esa foto en la mano. Me pregunté qué habría sentido Ruby el primer día que estuvo en casa al hundir la mano en la tierra y sacarla vacía.

El día que volvió, incluso antes de ir a ver el kayak para buscar el dinero, fue al jardín en plena noche y hundió la mano en la tierra buscando esto.

Ahora la veía más claramente: quería tener acceso a todos nosotros, a nuestros secretos, a nuestras vidas.

Cuando descubrí las llaves la primavera pasada, Ruby ya no estaba aquí desde hacía mucho. La habían condenado.

En ese entonces, me pregunté qué habría estado haciendo con ellas. Si las había usado para desmenuzar nuestras vidas y hacer correr rumores soltando frases como por casualidad, si nuestro malestar le había servido como entretenimiento.

Chase me dijo que los muchachos quisieron contar los rumores que conocían, pero que no pudieron probarlos, durante la investigación. Y volví a pensar en el modo en que Aidan se fue, tan rápidamente, desesperado por escapar de algo.

Chase tenía razón: ella siempre fue peligrosa, solo que no por lo mismo que suponía yo.

Recordé a Preston contándole a la policía que una vez Ruby se metió en su casa y rompió unos platos cuando se estaba peleando con Mac. Y a Fiona mirando su monedero extrañada. Lo rápidos que fueron todos para arrojar sospechas sobre Ruby después de su arresto de todas las formas posibles. El acceso que tenía no solo a nuestras pertenencias, sino también a nuestros secretos.

“Duermen en habitaciones separadas, ¿sabes?”, había dicho sobre los Truett. Y ninguno de nosotros preguntó cómo lo sabía. Tampoco ninguno de nosotros dudó de la veracidad de su afirmación.

Porque todos creíamos que Ruby sabía cosas. Solo que no siempre sabíamos cómo las había averiguado.

Si Preston me había hecho la foto cuando estaba corriendo hacia el lago, me pregunté si sabría qué había hecho yo con las llaves. Si me había visto después, mientras estaba en la orilla del lago, rodeada por los sonidos de la noche; la luz de la luna brillando en el metal.

Si había visto que no las había tirado al agua, por miedo a la amplitud repentina, las corrientes, las cámaras que me podrían haber situado allí. Cómo las latas de cerveza que eran arrastradas después de que los chavales las tiraban de las barcas en la boca de la ensenada.

Que, en cambio, me había internado más en el bosque; la oscuridad me protegía, los sonidos del bosque tapaban mis ruidos. Rodeé la ensenada, llegué donde yo creía que nadie iba a oírme. Al límite de nuestro bosque, con el letrero que nos advertía: “PROPIEDAD PRIVADA”.

Las raíces de ese árbol eran gruesas y sobresalían del suelo, y solo con las manos, cavé un hoyo en la base del tronco retorcido. Después, limpié las huellas de cada llave cuidadosamente antes de depositarlas en la tierra, volví a tapar el hoyo con tierra, y dispersé las hojas y las ramas.

Ruby las había enterrado, y yo también. Pero en el fondo del bosque, donde no pudieran rastrearlas hasta mí.

Y entonces, me dirigí hasta el otro lado de la ensenada. Entre los árboles, en la densa maleza, hasta la parcela de tierra despejada, pero en la que nunca se había construido. Un círculo de tierra seca, con los restos de una vieja fogata de campamento en el centro, aunque solo quedaban cenizas en un hueco.

El camino de acceso, de tierra, iba en pendiente y tenía curvas, estaba lleno de rocas grandes y raíces aplastadas, y caminaba con inseguridad en la oscuridad. Pero en esa oscuridad, en la distancia, vi las luces del vecindario a través de los árboles. Atajé por el bosque, con las manos frente a mí, hasta que aparecí en la calle de la casa de la esquina, donde vivía Tina Monahan con sus padres.

Volví a casa desde el otro extremo de nuestra calle, sintiéndome más liviana, como si me hubiera sacado de mi vida lo último que quedaba de Ruby Fletcher.

Pero en ese momento, por primera vez, vi cómo lo había hecho: las llaves, a la casa de los Truett, al lago. El bosque, al claro, al camino de acceso, seguir las luces hasta casa. Meterse furtivamente por atrás para esconder lo que había hecho.

En ese momento, un año después de su arresto, meses después de su condena, finalmente creí que ella lo había hecho.

No tenía ni idea de si las llaves seguían allí, sobre todo porque Preston me había visto. Y ahora temía que alguien hubiera tenido acceso a nuestras casas todo este tiempo si alguien había encontrado el llavero y se lo había quedado.

Tuve que esperar al anochecer, aunque todavía teníamos la vigilancia vecinal funcionando. Supuestamente, esta noche era el turno de Charlotte.

Era muy fácil esperar a que apareciera en mi cámara. Ver cuando pasara por mi puerta al volver a la suya.

Media hora después, salí y cerré la puerta con llave.

No intenté ocultarme; eso nunca había funcionado aquí, para nosotros. Caminé justo frente a las casas, justo frente a las cámaras… “Solo fui a dar una vuelta”, como había dicho Ruby una vez.

En casa de los hermanos Seaver, vi flashes de la televisión a través de las persianas. Giré en el camino frente a la casa de Margo y Paul Wellman, recordando la cámara que había grabado a Ruby corriendo. Paseé lentamente por el camino de tierra, con cuidado de no hacer demasiado ruido. Pero giré la cara hacia la piscina cuando pasé por allí, porque imaginé a alguien allí una vez, mirándome. Ahora, la piscina parecía vacía.

A mi izquierda, el sonido en la maleza, en la orilla del lago, se hizo más fuerte. Una cacofonía de insectos y animales que tapaban mis pasos. Intenté mantenerme oculta, usé la luz de mi teléfono solo una vez para verificar el camino.

Acababa de llegar a aquel letrero; con los dedos recorrí los bordes de metal retorcido, el clavo sobresalido del tronco, que nos recordaba que nos alejáramos, cuando oí pasos que resonaban, en la distancia, en el contrachapado que cubría una parte del sendero.

Me agaché, miré hacia atrás, y entreví entre los árboles, fragmentado, el contorno de una cabellera larga y de piernas largas. Pensé que eran Whitney o Molly; me quedé inmóvil, esperando que no me hubiera visto, y que no preguntara qué estaba haciendo yo aquí, en el bosque, en la oscuridad.

Ella se acercó; sus pasos resonaban sobre los tablones; no tenía ninguna intención de esconderse. Pareció que me miraba fijamente.

—Whitney —dijo—. ¡Whitney! —Esta vez, un poco más fuerte. Sacó su teléfono y, con la linterna, iluminó el área a mi derecha, en al agua.

Contuve la respiración y ella dio otro paso, salió de los tablones, pisó sobre el terreno agreste. Era Charlotte, pensando que su hija estaba aquí, en el bosque.

Una carcajada penetrante resonó en el agua —aguda y rápida— antes de que la ahogaran otros sonidos. Los grillos y las ranas, un zumbido demasiado fuerte para provenir de un insecto.

—Mierda —murmuró Charlotte.

Ahora la veía claramente, iluminada por la pantalla de su teléfono. Se lo llevó a la oreja, pero nadie contestó al otro lado.

—Te estoy viendo —dijo, antes de colgar.

Se quedó allí, con las manos apoyadas en las caderas, escudriñando la oscuridad del lago, antes de emprender el camino de vuelta.

Mis ojos se habían adaptado a la oscuridad, y vi la sombra de un bote a la luz de la luna. Whitney y sus amigos. Lo que Javier debió de haber oído en su noche de guardia. Si Charlotte le hubiera dicho solo eso —que tal vez fuera Whitney quien estaba allí—, no habríamos pensado que era alguien que estaba vigilando a Ruby.

La verja de la piscina a medianoche, las pisadas que se perdían, el coche que arrancaba: todo se le habría atribuido a un grupo de adolescentes aburridos en verano.

En realidad, no había nadie más a quien culpar aquí. Éramos solo nosotros. Tenía las manos apoyadas en las raíces del árbol para llegar a la base del tronco, cuando oí que alguien tosió. Más cerca que los chicos en el lago.

Me puse de pie lentamente, con la mirada fija en el agua, buscando algo que se moviera. Otro de sus amigos, tal vez, que pensaba encontrarlos allí.

Al otro lado de la ensenada, creí ver la silueta de un hombre. Pero no estaba segura. No los llamó, pero la sombra se desplazó lentamente y de forma deliberada, como si intentara no ser descubierto.

Ninguno de nosotros estaba solo aquí.

Y eso que este era un vecindario pequeño, tranquilo. Todos estábamos vivos por la noche, en la oscuridad. Todo lo que teníamos que ocultar durante el día lo dejábamos escapar por la noche, cuando revelábamos nuestra verdadera identidad.

De lejos, no llegué a ver si la persona que estaba en la orilla del lago también me había visto. Si estaba viniendo hacia mí ahora. Un pinchazo en la nuca, y me agaché rápidamente, con el sentimiento repentino de que esa persona también me estaba mirando.

Contuve la respiración y empecé a arañar la superficie, a extraer bloques de tierra compacta. Después introduje la mano en la tierra fresca, más y más profunda, con pánico de haberme equivocado, de haberme olvidado de que el tiempo o los animales, o alguien más hubiera llegado primero. De que la lluvia se lo hubiera llevado. Pero con el dedo índice rocé algo frío y curvo.

Enganché los dedos en la anilla y tiré.

DOMINGO
7 DE JULIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: ¿Habéis visto esto?

Publicado: 12.30 a. m.

Margo Wellman: Acabo de ver este artículo: "Tercera muerte sospechosa en el vecindario de Lake Hollow". ¿Alguien más está pensando seriamente en mudarse ahora mismo?

Javier Cora: ¿Cómo creéis que afecta esto al valor de las casas? Pregunto como amigo.

Charlotte Brock: Esto es de muy mal gusto, en serio. Idos a dormir.

CAPÍTULO 20

ERA LA UNA DE LA madrugada y el llavero estaba ante mí, sobre la mesa de la cocina, secándose sobre un montón de toallas de papel, después de haberlo enjuagado en el fregadero, y de que fango y tierra se escurrieran por el desagüe. Esta vez, repasé los rótulos con más cuidado e hice una lista de todas las llaves:

T: Truett (¿Tina?)
B: Brock
S: Seaver
M: Monahan (¿Margo? ¿Mac?)
C: ¿Cora? ¿Chase Colby?

Aposté a que las letras eran las iniciales de los apellidos; aparentemente, era un patrón que encajaba con cada nombre, aunque había algunos con más de una posibilidad. Y había una forma fácil de verificarlo: siempre y cuando, el banco no hubiera cambiado las cerraduras después de asumir la propiedad de la casa vecina.

De ningún modo iba a dejarme atrapar con las manos en la masa invadiendo la propiedad de los Truett. No con las cámaras que había y gente caminando por ahí, los vecinos despiertos, mirando por la ventana. No con la policía interrogándonos sobre lo que estábamos haciendo. Charlotte aún debía de estar de guardia y yo ya la había esquivado una vez.

Sabía que, por algún motivo, la verja de los Truett no tenía el cerrojo echado; que estaba entreabierta la noche que estuve de guardia. Como si alguien más hubiera estado allí.

Tal vez, alguien logró abrirla con un palo de golf desde arriba.

Salí por el patio trasero, pero olvidé que Ruby había llevado la silla Adirondack blanca al otro lado del patio y, camino a la puerta, en la oscuridad, me la llevé por delante. Me maldije a mí misma, deseando que Tate y Javier Cora no me hubieran oído —ni a mí ni a la madera, que se arrastró contra el suelo de adoquines—; después deseé que no

oyeran que se abría mi propia verja, rechinando en la quietud. Tate había dicho que hacía varias noches que la despertaban los ruidos; el embarazo empezaba a afectar su capacidad para dormir.

Me aseguré de cerrar bien la puerta tras salir, después miré hacia los árboles antes de deslizarme por el borde de la cerca hasta la verja trasera de la casa de los Truett.

Su verja era fácil de abrir desde fuera, no tenía cerrojo. Pero el chirrido de las bisagras en la noche me dio escalofríos. La dejé entreabierta, para no hacer más ruido que el necesario. La casa de Charlotte estaba justo enfrente, y su habitación principal estaba abajo, cerca de la parte trasera.

Con el llavero en la mano, subí los peldaños de su patio. Introduje la llave con la T en la cerradura, pero fue innecesario. Me di cuenta incluso antes de intentar girar la llave. El picaporte se movía libremente y la cerradura de seguridad tenía agujeros profundos alrededor del borde. También los tenía el tapajuntas del marco.

Moví la llave hacia un lado y hacia otro, solo para probar, pero no funcionaba. O bien no era la llave de esta casa, o el banco sí había cambiado las cerraduras.

Pero alguien había estado dentro. Por el estado de la cerradura de seguridad y de la madera alrededor, alguien había entrado por la fuerza.

Pasé el dedo por las muescas profundas; la madera estaba astillada a intervalos. Me pregunté quién había estado aquí. Si también habían tratado de forzar la entrada de mi casa.

Ya me había dado cuenta de que la verja no tenía el cerrojo echado unas noches atrás. Mi propia verja se había abierto y se balanceaba con el viento, aunque siempre tenía cuidado de echar el cerrojo. Era posible que las hubiera abierto la misma persona. Como si alguien hubiera estado espiando en las dos casas. O como si alguien hubiera ido y venido entre nuestros patios.

Ruby había salido al patio de atrás la primera noche que estuvo aquí; oí el chirrido de la puerta trasera. Y a la mañana siguiente, estuvo sentada en la silla Adirondack, con los pies sobre el escabel de madera, mientras Tate y Javier discutían en la casa de al lado.

Había trasladado la silla, pensé, al único sitio donde daba el sol en el patio. Pero tal vez, la había movido en algún momento de la noche. El asiento era de madera maciza, igual que los apoyabrazos, y ahora estaba justo detrás la cerca de los Truett.

Tal vez, después de buscar las llaves y ver que no estaban, decidió hacer lo que fuera necesario para entrar.

Sacudí la cerca que separaba nuestras parcelas para verificar la estabilidad. No se movió. Estas cercas, que estaban pensadas para soportar tormentas y vientos y el desgaste, se conectaban de patio a

patio, lo que reforzaba su fortaleza.

Un escalofrío recorrió toda la extensión de mis brazos hasta la espalda. Como si ella estuviera aquí conmigo ahora. Claro que era ella. Siempre fue ella.

La vi con claridad, vi su decisión: abriendo la verja de mi patio trasero, para poder regresar más tarde. Arrastrando la silla Adirondack al otro lado del patio, subiendo a la base, trepando al apoyabrazos, pasando una pierna sobre los postes planos de la cerca, más sólidos, y cayendo sobre el suelo de adoquines al otro lado, donde ahora yo estaba de pie.

Las marcas alrededor de la cerradura de seguridad; mi cuchillo en sus manos, para forzar la entrada.

Ruby había estado aquí, estaba segura. Ruby había entrado.

Volví a subir los escalones de ladrillo, giré el picaporte, siguiendo su recorrido. Desesperada por saber qué había encontrado, qué había descubierto.

La puerta se abrió al primer intento.

Dentro, me golpeó una ola de humedad densa y aire estancado. Pulsé el interruptor de la pared, pero no pasó nada. Hacía mucho que habían cortado la electricidad. Y con ella, el aire acondicionado y cualquier posibilidad de que circulara el aire. Respiré superficialmente cubriéndome con el brazo, como lo había hecho el día que los encontramos.

Comenzaron a emerger sombras de la oscuridad a medida que los ojos se me fueron adaptando. Algunos muebles sueltos que quedaron después de que el hermano de Brandon vendiese o donase lo que pudo: una silla con respaldo contra la pared, una mesita de café en medio de la habitación, un taburete junto a la barra de la cocina; la vista parecía el esqueleto de una casa.

Incluso respirando sobre el brazo, había algo fuera de lugar en el olor. Todo lo que había en esta casa apestaba a algo malo.

Usé la luz de mi teléfono para guiarme, buscando alguna señal de que hubiera un intruso aquí. Pero el silencio y la quietud tenían su propia presencia.

Pasé junto a la ventana de la cocina que una vez, presa del pánico, abrí con fuerza de par en par. Apunté la luz hacia abajo, para que nadie me viera aquí.

Después, la puerta del garaje, donde Chase me había gritado que pulsara la apertura automática —la respuesta mecánica fue dolorosamente lenta en medio del caos— mientras Charlotte iba corriendo hacia las ventanas de la sala de estar y también abrió la puerta trasera.

Seguí por el pasillo, apunté la luz al techo, a ese pequeño círculo descolorido donde alguna vez había estado el detector de monóxido

de carbono. La escalera a la derecha, por donde yo había seguido a Chase.

Lo encontré al pie de la cama de los Truett.. Nunca olvidé la expresión de su rostro. A veces, no podía mirar a Chase sin verlos también a ellos. No podía imaginar por qué alguien querría meterse aquí ahora. Especialmente Ruby.

Al final del pasillo, el olor cambió de pronto. Se volvió playero, más fragante. Un aroma para tapar otro olor. Cuanto más me acercaba hacia el frente de la casa, más intenso se hacía el aroma.

Los Truett habían convertido el comedor principal, de la parte delantera, en el despacho de Fiona, con puertas francesas. Una de esas puertas estaba abierta de par en par, y se reveló el origen del aroma: una vela azul en el medio del suelo de madera, ahora extinguida, pero consumida hasta que se derritió toda la cera. La etiqueta declaraba que se trataba de “Brisa oceánica”.

Me acerqué lentamente a esta única señal de vida en la que, por lo demás, era una casa árida. El despacho estaba vacío, salvo por un único escritorio arrimado contra la pared del fondo, y yo no quería usar la linterna aquí, porque quedaba muy a la vista desde la calle por las ventanas sin cortinas.

Casi no lo vi en las sombras: una pila de tela en un rincón, bajo el escritorio, amontonada contra la pared.

Con mi luz apagada, me arrodillé y me acerqué lentamente, con la mano extendida hacia la tela. El roce del material, la forma de algo envuelto…

Un saco de dormir que estaba arrinconado.

Como si alguien hubiera estado viviendo aquí. Había oído hablar de este problema en otras casas abandonadas: personas que forzaban la entrada y se instalaban. No en este vecindario. No con todos tan cerca que siempre alguien se daría cuenta si había gente entrando y saliendo, que oirían algo por la noche.

Cogí el saco de dormir y cayó una libretita negra desde donde estaba haciendo equilibrio. La cogí y retrocedí hasta un lugar de la habitación donde pudiera usar la linterna sin temor de ser vista.

En la mitad, había un lápiz marcando una hoja como si fuera un marcapáginas. Al abrirla, reconocí la caligrafía de inmediato. Tuve la certeza de quién había entrado por la fuerza y de quién había estado viviendo aquí.

Era de Ruby.

En el margen superior de la hoja había una fecha. El día anterior a la fiesta. El día anterior a su muerte: 3 de julio. Parecía que sus anotaciones estaban escritas según un sistema complejo que yo no llegaba a descifrar. Letras y flechas, fechas y horas.

Pasé a la primera hoja para ver si podía encontrar la lógica. Con

trazo leve, ella había escrito una serie de números en la cubierta interior: 28619

28-6-19.

La fecha de su liberación.

Volví la página, y cayó un trozo de papel doblado.

Lo desdoblé, tenía una impresión de ordenador antigua. Como si fuera de nuestro chat.

Pero no era reciente. Lo reconocí como de hace mucho tiempo. Era una captura de pantalla de nuestro chat de los primeros días de la investigación:

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: REVISAD VUESTRAS CÁMARAS

Publicado: 4.48 p. m.

Chase Colby: Todos visteis el vídeo de los Seaver, parece Ruby, pero no es una toma clara porque tiene la capucha puesta. Necesitamos vídeos tomados entre la medianoche y las dos de la madrugada. Necesitamos rastrear a Ruby, y tiene que ser irrefutable. Revisad las cámaras de vuestros videoporteros automáticos, cualquier vídeo de seguridad, todo aquello que captase algún sonido… Informadme de lo que encontréis.

Margo Wellman: ¿Y si encontramos otra cosa?

Chase Colby: No lo hagáis.

Javier Cora: Qué gracioso.

Preston Seaver: Solo está siendo sincero. No tiene que haber nada más. Un abogado se agarraría de esto para sembrar dudas, para tergiversar la historia y que caiga otra persona. Cualquiera que haya salido de su casa. Cualquiera podría ser el próximo sospechoso. Es un comentario, nada más.

Chase Colby: Tiene razón.

Tina Monahan: Está claro que fue ella.

Charlotte Brock: Borrad esto.

Este intercambio había aparecido brevemente en el chat cuando Chase lo borró. Pero fue suficiente. Y estaba en manos de Ruby.

La publicación que lo había desencadenado todo. El enfoque en la secuencia de lo que ella había hecho, en definitiva, terminó en su condena, sí. Y también en su liberación. La captura de pantalla que había llegado a la abogada meses después del juicio, que inició una investigación interna en la policía. Que revirtió su condena.

Ruby tenía una copia, y como con una lista de sospechosos, ella los observaba a todos.

El papel me empezó a temblar en las manos a medida que recorrí los nombres. Mis vecinos, gente que una vez fue mi amiga. Todo parecía tan inocente en ese momento: una idea que tomaba impulso lentamente, con pruebas que se iban adaptando para respaldarla.

Yo pensaba que todos tenían buenas intenciones. Pero, tal vez, estaba equivocada.

Los habitantes de Hollow's Edge, conspirando contra ella, para acabar con ella. Para ponerla en su lugar. Para demostrárselo: "Oye, mira lo que somos capaces de hacer". Nosotros, como grupo, éramos poderosos. Éramos una apisonadora que iba ganando fuerza y no había modo de detenerla.

Había salido de la cárcel con una misión. Había mentido y había entrado a la fuerza en esta casa; nos había seguido, nos había espiado. Se había burlado de nosotros con lo que sabía.

Si este vecindario se había convertido en algo distinto durante la época en que ella estuvo ausente, bueno, ella también lo había hecho.

Yo no podía saber si ella se habría comportado igual antes o si la prisión la había cambiado. O si todo lo que había pasado antes había cambiado su visión del sistema judicial. ¿Qué sentido tenía seguir las reglas si ella era la única que lo hacía? ¿Si el sistema le había fallado?

Aunque tampoco estaba segura de que Ruby hubiera seguido las reglas alguna vez. Después de todo, tenía esas llaves.

Pero hace dos semanas, yo no habría estado aquí. No habría desenterrado las llaves, ni entrado en esta casa que no me pertenecía.

En definitiva, todos estábamos demasiado cerca de ser unos delincuentes. Lo único que hacía falta era un buen motivo.

Me llevé el diario. No tenía intenciones de quedarme en esa casa más de lo necesario. No me imaginaba cómo se las había arreglado Ruby —con el calor opresivo, con el olor asfixiante—, sabiendo todo lo que había pasado aquí. No pude cerrar la puerta trasera, porque la llave no funcionaba, pero volví sobre mis pasos, salí por la verja del patio, entré por la mía, y me senté en el borde de mi sofá tratando de encontrarle sentido a las anotaciones de Ruby.

CAPÍTULO 21

AL MEDIODÍA, TODAVÍA NO HABÍA dormido, pero creí que había descifrado el sistema de Ruby; que sabía lo que estaba haciendo en esa casa por las noches, envuelta en un saco de dormir en la habitación delantera.

Ruby nos estaba vigilando. Nos estaba siguiendo el rastro.

Estuvo en esa casa, incluso cuando yo creí que se había ido.

Por su diario, era obvio que había estado aquí todo el tiempo, observándonos.

Bajo el encabezado para cada día, había una lista de iniciales, y flechas y horas en columnas. Me di cuenta de que estaba llevando un registro de quién pasaba frente a la ventana y en qué dirección. Nos observaba durante el día y la noche.

Me preguntaba cuándo dormiría, salvo por las pocas ocasiones en que la había visto en la habitación de arriba de mi casa.

Hasta me encontré a mí misma en esas páginas. “HN, pasa frente a la ventana de la casa de los Truett, va hacia la derecha”, cuando yo iba a la piscina o a casa de Charlotte. Me dieron escalofríos cuando recordé que una vez había visto a Ruby allí. Que esa sensación en la nuca había sido siempre ella: el destello de un movimiento en la ventana del frente cuando yo pasaba. La sensación de que alguien me estaba vigilando.

También había anotado las idas y venidas de Mac. “MS a la izquierda”, para visitarme a mí. Me invadieron las náuseas como una oleada, aunque ella estuviera muerta. Claro que lo sabía. Debe de haber sabido lo de Mac casi desde el principio.

Al anochecer, marcaba los movimientos de los que hacían la guardia: Mac y Javier y yo, caminando en cada turno.

Todos esos desplazamientos mundanos; de todos ellos había llevado un registro.

Empezó el 29 de junio, sabía que nada iba a estar tranquilo en el vecindario. Sabía del revuelo que había provocado con su regreso y que las personas iban a mostrarse, a revelarse. Creía que íbamos a

tener miedo.

Y tuvimos miedo.

No del daño físico del que era capaz, sino de algo más, de algo que tal vez supiera. El año anterior, fuimos una apisonadora que cobraba fuerza, pero esa fuerza había cambiado de dirección. Ella había sobrevivido, había regresado y sabía qué habíamos hecho.

Esta vez, era ella la que tenía el poder, y nosotros teníamos miedo.

Yo no sabía qué había hecho con mi coche los días en que yo creí que se había ido. Por qué quería que yo no dispusiera de él. Si tal vez quería dejarme atrapada aquí.

O tal vez necesitaba un tiempo sin que estuvieran buscándola, mirándola… para poder vigilar sin temor a ser vigilada.

No necesitábamos cámaras en Hollow's Edge. Solo teníamos que abrir ojos.

El cuaderno registraba, página tras página, su actividad. Como si Ruby se hubiera perdido en esos detalles, girando en círculos cada vez más profundos, muy segura de que algún patrón, alguna verdad, iba a emerger desde la página.

Pero lo que me resultaba muy extraño era el modo en el que le había seguido el rastro a Margo. Las letras MW, siempre entre signos de interrogación, como si no pudiera descubrir qué hacía Margo. Como si hubiera algo que a ella le resultase extraño. Algo digno de atención.

Sabíamos que Margo no dormía mucho. El bebé la mantenía despierta, eso fue lo que nos dijo. Y era evidente que ella y Paul tenían problemas. Tal vez, ella llevaba al bebé a pasear cuando se despertaba por la noche, para que se durmiera con sus arrullos. Tal vez, salía sola, para sentirse libre, cada vez que podía.

Pero Ruby tenía su nombre marcado con mucha frecuencia, y solo bien entrada la noche. Con una flecha orientada hacia la izquierda.

Siempre se dirigía hacia mí, hacia Tate y Javier Cora, hacia Tina Monahan… a la izquierda.

Por el chat, veía que Margo estaba despierta por la noche, tarde. Pero también otros: Javier, Charlotte. Yo. No daba la sensación de que ninguno durmiera mucho.

Ruby había conservado esa publicación, y usó los nombres como guía. Tenía la llave de la mayoría de las casas. Seguramente sabía que nuestros vecinos ocultaban cosas.

Ahora yo tenía esas llaves. Había algo de poder en la sensación del llavero en el bolsillo cuando volví a salir. Imaginé a Ruby haciendo lo mismo, escuchando.

Los secretos que contábamos detrás de la cerca de nuestros patios, como si fueran protectores. Las discusiones que llegaban por las

ventanas abiertas o mal aisladas. Las unidades exteriores de los aires acondicionados que actuaban como máquinas de ruido blanco, hasta que se detenían abruptamente, exponiendo todo.

Lo que la gente revelaba cuando estaba asustada.

Pasé frente al jardín de Tate y Javier Cora —silencioso, vacío—, pero oí a los padres de Tina Monahan en el patio de atrás, discutiendo sobre la comida. Si esperaban a Tina para ver qué traía de la tienda. Tina había salido. No habría nadie dentro de la casa ahora. Me temblaron los músculos por los nervios, pero tenía que saber.

Era curiosidad sobre todo. No tenía intención de entrar. Solo quería saber si M era por Monahan o por Margo. Los dos nombres habían aparecido en la publicación del chat que Ruby había guardado.

Y la anotación reiterada —¿MW?— seguía acosándome. El modo en el que seguía la pista de Margo me ponía nerviosa. Como si me estuviera perdiendo de algo.

Quería saber la privacidad de quién había invadido Ruby. Quién tendría algo que esconder en ese entonces, y algo que todavía valía la pena mantener oculto.

En la esquina, di la vuelta por la acera del frente y desanduve el camino hacia la casa de Tina. No me preocupé por ser vista en la casa de los Monahan —“¿Para qué querría yo una cámara de seguridad, agente?”— cuando subí la escalera principal, con la mano sobre el llavero, dentro del bolsillo.

Tenía planeado hacerlo rápidamente. Deslizar la llave en la cerradura y girar, e irme. Fingir que estaba llamando, y que nadie atendía, porque Tina estaba en la tienda y sus padres en el patio de fondo.

Con el llavero apretado en la mano, deslicé la que estaba marcada con la M dentro de la cerradura…

La puerta se abrió de golpe, con fuerza, y la llave quedó en el aire; todavía la tenía bien agarrada. La señora Monahan estaba de pie en el umbral, con los ojos bien abiertos y actitud amistosa.

—Me pareció ver que subías la escalera, querida —dijo—. ¡Hace tanto que no hablamos!

Dejé caer la mano rápidamente a un lado en el intento de esconder todo el llavero en el puño cerrado.

—Es cierto —asentí, fingiendo una sonrisa amistosa.

Oía los latidos del corazón resonándome en la cabeza. Lo sentí golpeando contra las costillas. El miedo. La fiebre. La excitación de haber estado tan cerca…

—¿Está Tina? —pregunté, dejando caer las llaves en el bolsillo.

—No, ha ido a comprar algo de comer. Pero nos vendría bien tu ayuda, si tienes un minuto. Pasa —me pidió, sin esperar mi respuesta.

Me hallé siguiéndola al interior de la casa; pasamos frente a la

cocina, atravesamos la sala de estar, hasta la puerta trasera, que estaba entreabierta.

—George está atascado —afirmó, mirando por detrás del hombro cuando abrió la puerta que daba al patio.

—No estoy atascado —negó él desde el borde de la rampa de madera del patio.

Frunció el ceño cuando me vio, como si estuviera esperando a otra persona. La misma mirada de cuando me encontré con él y Tina durante mi turno de guardia. Lo único que me preguntó en ese momento fue si Ruby había vuelto.

—Está muy atascado —susurró la señora Monahan.

La silla de ruedas del señor Monahan estaba en la base de la rampa. Parecía que el borde inferior se había roto o astillado, y que ninguno podía subir las dos ruedas delanteras hacia arriba.

—Chase dijo que iba a ayudarnos a reparar la rampa este fin de semana, pero me parece que lo ha olvidado. Es normal. Pero se ha roto más y no puedo arreglarme sola —explicó la señora Monahan.

—No hay problema —respondí, y me dirigí al patio. Levanté la silla sobre las ruedas de atrás, retrocedí y avancé, y la puse al comienzo de la rampa.

—Listo —dijo la señora Monahan, cuando entrábamos.

—¿Iba a venir Chase? —pregunté.

—Ah, sí, nos ayuda mucho. Cuando Tina no está. Ese es un buen hombre.

Dudé que pensara lo mismo si se enterara de todo lo que había pasado durante el juicio. Si entendiera que era objeto de una investigación interna; que, por haberse metido en el caso, lo había contaminado todo.

—¿Quieres beber algo mientras esperas, querida? —preguntó, mientras el señor Monahan seguía por el pasillo, hacia la sala, hasta la parte delantera de la casa.

—No, gracias, seguramente la veré más tarde…

—Esa chica volvió —dijo el señor Monahan, mirando con los ojos entrecerrados por las ventanas del comedor, que daban al jardín del frente.

Me recorrió un escalofrío. Lo mismo que dijo cuando yo estaba haciendo mi ronda de guardia, cuando estaba con Tina y preguntó si esa chica había vuelto.

—¿Qué? —pregunté.

Me volví, esperando ver el fantasma de Ruby. Si alguien podía regresar, fingir su propia muerte, convencernos de que había muerto y en realidad segur allí, sería ella. Vislumbré un mechón de cabello oscuro —una mancha en el borde de la ventana— y después nada.

El señor Monahan refunfuñó.

—Se cree muy lista. Se escabulle por los porches para que las cámaras no la graben, para que no la vea nadie. Pero nosotros sí. Nosotros la vemos. —Se acercó más a la ventana y yo me puse junto a él para mirar.

—George, no causes problemas —pidió la señora Monahan.

Él hizo un gesto con la mano, como si no hubiera que hacerle caso, pero ella no lo vio.

—¿Quién era? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Una de las hijas de Charlotte. Ella fue quien descubrió el truco —dijo, y siguió mirando con los ojos entrecerrados—. Si uno pasa muy cerca, y el detector de movimientos no lo capta, las cámaras no graban. —Meneó la cabeza. "¿Volvió esa chica?", había preguntado después de que alguien dejase a una de las hijas de Charlotte en su casa; no por Ruby, en absoluto.

—¿Dónde va? —pregunté.

—Al lago. Ataja por la arboleda. Allí.

Apuntó con un dedo al cristal de la ventana y yo lo seguí con la mirada. Los árboles por el camino. El otro lado de la ensenada, con el acceso de tierra, la fogata abandonada.

—Ja —gritó la señora Monahan desde la cocina—. Como si tú lo supieras. ¿Qué? ¿Ahora andas siguiéndola?

—No, pero todos hablan cerca de mí como si no estuviera. Como si por no estar a la altura de los ojos no supiera lo que están diciendo. Oigo muy bien —respondió levantando la voz—. Ella y ese joven estaban haciendo planes en la fiesta de la piscina, de pie, justo a mi lado. Antes…

No terminó la frase. Antes de los fuegos artificiales. Antes de que encontraran muerta a Ruby. Antes de ser envenenada.

Antes de que alguien la envenenara.

Pero yo me había quedado con el comentario anterior.

—¿Qué joven? —pregunté.

—Ya sabes —dijo, moviendo el brazo, como si estuviera buscando algo. La señora Monahan entró en la habitación y me dirigió una mirada cómplice. Como si su mente ya no fuera lo que debía ser. Como si tuviera que tomar todo lo que contase con pinzas—. Dijo que había una fiesta allí. Que iban a encontrarse en la hoguera la noche siguiente. Le preguntó si esta vez iría.

La hoguera. Así debían llamar al pequeño claro del otro lado de la ensenada. Donde Javier pensó que los chicos estaban echando al agua un bote. Donde vi la silueta en medio de las sombras espiando a los chicos, en el lago, anoche.

—Son solo adolescentes, George —los disculpó la señora Monahan —. Ni siquiera sabías cuál de las dos chicas era. —Se volvió hacia mí

—. Se parecen mucho, ¿verdad? Durante mucho tiempo, George llamó Whitney a las dos.

—No —negó con una sonrisa—. Les decía Molly a las dos.

Volví a ver el diario de Ruby. Las iniciales que puso en la página, por la noche, entre signos de interrogación.

No Margo Wellman.

Dudaba entre Molly y Whitney. Ruby había visto a una de ellas escabullirse por las noches, y también el señor Monahan.

—De cualquier modo —continuó—, es la mayor. La de la fiesta de graduación. Esa era la que estaba haciendo planes para reunirse por la noche. Ella es la que se escabulle allí fuera.

—Whitney —respondí.

—¿Seguro que no quieres nada? —preguntó la señora Monahan, una forma amable de decirme que era hora de irse.

—No, gracias —negué.

Abrí la puerta principal y la señora Monahan se retiró a la cocina.

—Se lo dije a Charlotte —dijo el señor Monahan en el umbral, con una mano en la puerta. Bajó la voz—. No me gustaría que mi hija saliera con todo lo que está pasando. Ya fue un buen susto que saliera aquella noche.

Pestañeé dos veces, tratando de elaborarlo.

—¿Qué noche?

—La noche que los Truett… —Dejó la frase sin terminar, se llevó la mano a la cabeza, como si tratara de recordar algo.

—¿Usted vio a Whitney en la calle esa noche? —pregunté, en voz baja.

Ruby había dicho que oyó a alguien más en la calle, y tal vez fuera eso. Tal vez, había estado diciendo la verdad.

—Sí. Se lo dije a Chase. Vi a una de las hijas de Charlotte yendo hacia allí antes esa noche. —Volvió a menear la cabeza—. La vi a ella y a Ruby. Pero no tenemos cámaras y, aparentemente, alguien de ochenta y cinco años no es el testigo más confiable en plena noche. Como dije, no estoy ciego. Podría haber ayudado. Pero supongo que ellos no lo necesitaban.

—Un momento —pedí, con los ojos cerrados. Me lo sabía de memoria: el camino que había tomado esa noche. La dirección en la que había ido. La dirección por donde había vuelto. Toda la cronología de los hechos—. ¿Usted vio a Ruby?

Había ido al lago, por la derecha, pasó frente a la casa de los Brock, de los Seaver, de los Wellman. Había vuelto por el otro lado, por detrás de nuestras casas. Entrando a hurtadillas por la verja trasera.

—Sí —dijo el señor Monahan—. Claro como el día. Activó la luz de movimiento de nuestra puerta. Supongo que no conocía el truco. Se cubrió los ojos frente a la casa y puso mala cara. —Abrió mucho los

ojos—. Ya conoces las caras que podía poner. —Parecía estar seguro, pero podía haber visto mal.

—¿Usted vio a Ruby yendo en esa dirección, hacia el lago? —Señalé a la izquierda, hacia la arboleda de la vereda opuesta, en la dirección en la que acababa de ver a Whitney.

—No. No. Iba para su casa —dijo, y con el pulgar señaló hacia la derecha.

Empecé a bajar los escalones del porche mientras él cerraba la puerta detrás de mí. Tratando de entender, me quedé parada en el jardín, mirando la calle. Más allá de la casa de Tate y Javier Cora. Directamente a la mía.

No era de extrañar que Chase no le creyera, que no confiara en él.

Si Ruby hubiera vuelto a casa, la habría grabado la cámara de Tate y Javier. Habría aparecido en sus vídeos. Pero ninguno de los Cora había visto ni oído nada esa noche. Llegaron tarde, no había nada en su cámara.

Detrás de mí, sonó el motor de un coche, Tina estaba aparcando en la entrada. Mierda. Yo estaba paralizada en el jardín, inventando una excusa —“Solo quería asegurarme de que estabais todos bien”— cuando Tina salió disparada del coche hablando.

—¿Se lo has contado? —preguntó, y yo negué con la cabeza, porque no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Dios mío, es horrible —exclamó. Miró al porche, después a mí—. Me llamó Chase. No sé cómo voy a decírselo. —Estaba más impresionada que la última vez que la vi—. Anticongelante —susurró, sacudiendo la cabeza, con los ojos cerrados.

Yo sentí que la sangre se escurría de mi cara y se acumulaba en el estómago. La palabra me zumbaba en la cabeza.

—¿Están seguros? —pregunté, fingiendo que estaba enterada, que sí, por supuesto, había venido aquí para confirmar que ella también lo sabía.

—Encontraron trazas en su organismo —dijo—. Está en el informe de la autopsia.

Y Chase la había llamado. Y empecé a temer que hubieran entendido que yo sería la principal sospechosa, y habían empezado a tomar distancia en consecuencia.

—¿No se habría sentido mal? —pregunté, sintiendo que yo misma me estaba poniendo mala.

Tina debía de estar sintiendo lo mismo, porque tenía una mano apoyada en el estómago y la cara pálida, la piel deshidratada.

—Lo más probable es que, al principio, pareciera que estaba borracha —dijo Tina—. Había estado bebiendo. —Cruzó los brazos y se los frotó como si tuviera escalofríos—. Tiene un gusto dulce, nos lo enseñaron en la facultad; por eso es una causa común de

envenenamiento accidental. —Cerró los ojos, pero vi que los movía bajo los párpados—. Había vomitado cuando la encontré…

Pero esto, eso no fue un accidente. Fue en la piscina, durante una fiesta, después de una discusión; cuando todos estábamos asustados. El anticongelante pudo ser de cualquiera de nuestros garajes, con las heladas repentinas del invierno y los coches aparcados al aire libre.

Algo que podría haber hecho cualquiera.

La policía, yo lo sabía, iba a volver. Iba a observar de cerca. Examinaría nuestras vidas, buscaría nuestros motivos, extraería nuestros secretos.

Se abrió la puerta de los Cora y Tate salió corriendo hacia nosotros.

—¿Lo habéis oído? —preguntó, con los brazos cruzados sobre el abdomen.

Tenía la cara colorada y los ojos rojos, y me di cuenta, por su expresión, que había estado llorando.

—Por Dios. Le podría haber pasado a cualquiera de nosotros —dijo —. Todos estábamos allí. Todos estábamos bebiendo…

Las jarras de limonada, la sangría; todos habíamos bebido de las mismas. Nuestros vasos sin vigilancia. El hielo comunitario que pusimos en ellos y que estaba en las neveras.

Tate nos miró a las dos, con los ojos bien abiertos, tan distinta a como era habitualmente, centrada y decidida. De pronto, se volvió vulnerable y frágil. Esta noción de no saber dónde estaba el peligro, de que no lo vimos venir. Había estado cerca, mientras se abría paso en silencio y la mataba lentamente.

—Fue alguien que estuvo en la piscina —susurró Tina, y vi el movimiento en la garganta de Tate.

Las frases a las que nos habíamos apegado en la reunión, eso en lo que queríamos creer, ya no era posible.

Ya no se podía escapar de la verdad.

Tuvo que ser uno de nosotros.

—¿Cómo puede haber dos personas dispuestas a matar…? —dijo Tate, llevándose la mano a la base de la garganta.

Como si no pudiera creerlo. La oscuridad en nuestro corazón, aquí, con nuestras vistas al lago y nuestros perezosos días estivales. Nuestras barbacoas, y las amistades y las fiestas. Una familiaridad tan íntima. Un lugar tan tranquilo.

Vi los ojos de Tina y supe que ella estaba pensando lo mismo. No había dos asesinos aquí. Nunca los hubo. Siempre fue uno solo.

Traté de quedarme despierta esa noche. Vigilando la ventana de mi cuarto, como debió de hacerlo Ruby. Pero las noches en vela pudieron conmigo, el miedo, como un pico de adrenalina que baja rápidamente. Vi que Preston Seaver pasó alrededor de las diez para hacer su

guardia. Pero yo no entendía qué estaba vigilando.

Revisé las cerraduras. Cerré las cortinas. Temía lo que podría llegar a encontrar esperándome por la mañana. Pero me estaba adormeciendo y no podía evitarlo.

Lo único que podía hacer era cerrar con llave todas las puertas y cerrar las ventanas, tener el teléfono cerca, dormir con un cuchillo de cocina bajo el colchón y esperar.

LUNES
8 DE JULIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: Han vuelto *Publicado: 9.06 a. m.*

Tina Monahan: Están yendo casa por casa para tomar declaraciones complementarias. Solo aviso.

***

Asunto: BASTA

Publicado: 9.23 a. m.

Preston Seaver: Quien sea que esté dejando estas notas infundadas y amenazantes, deje de hacerlo ya, hostia.

Margo Wellman: Lo mismo digo.

CAPÍTULO 22

Yo no era la única que recibía mensajes.

Alguien también había dejado mensajes a los otros, y nos había puesto a todos al límite. A Margo Wellman. ¿A Preston Seaver? A juzgar por su publicación, yo me había equivocado completamente.

Tal vez, esa nota que yo había encontrado en el suelo de su despacho —"Te veo"— no estaba dirigida a mí, sino que la habían dejado para Mac o Preston. Algo que uno de los dos había encontrado y que arrugó en un ataque de ira.

La línea entre culpable y víctima seguía cambiando.

¿Cuánto había interpretado mal yo por haber guardado mis secretos tan celosamente? Como todos.

Ruby tenía razón en eso, en que ninguno de nosotros hablaba de frente. Que hablábamos unos de otros, sobre los otros, ventilábamos nuestros enfados en comentarios poco velados en el chat. Una competencia de agresiones pasivas.

¿Desde cuándo habían recibido las notas los demás? ¿Cuántos éramos? Todos guardamos un secreto frenéticamente. Temerosos y avergonzados de lo que pudieran descubrir; hasta que, de todos nosotros, Preston tuvo las agallas de mencionarlo.

Quise hablar con ellos. Pero parecía que Preston quería mantenerme a distancia. Y no tenía el teléfono móvil de Margo. Todo este tiempo, viviendo en la misma calle, y nos comunicábamos por el chat o cuando nos cruzábamos en la calle.

Era lunes por la mañana y, seguramente, Margo estaría en casa. La encontraría antes de irme a trabajar si me daba prisa.

Antes de cambiar de opinión, abrí la puerta, pero retrocedí al ver la figura que estaba de pie en el porche.

Era el agente Locke; los ojos de un azul nítido y los labios, una línea apretada. Estaba vestido igual que la última vez que lo vi, con el uniforme abotonado y la corbata negra, pero hoy, una sombra de barba gris le cubría la mandíbula, y eso lo hacía parecer mayor, más

solemne.

—¿La interrumpo, señora Nash? —preguntó.

—Iba a salir… —No terminé la frase—. Tengo trabajo.

No vi su coche negro, pero debía de estar aparcado por algún lado. Como nos había advertido Tina, estaba yendo casa por casa.

—Solo quería compartir algunas novedades con ustedes —continuó, mientras yo salía al porche y cerraba la puerta—. Pero parece que casi nadie está en casa esta mañana —agregó, mirando hacia la casa de Tate y Javier Cora.

La camioneta de Javier ya no estaba en la puerta.

No contesté, no sentí la necesidad de explicar por qué mis vecinos estaban o no en casa un lunes por la mañana. La pausa se extendió hasta volverse incómoda, y dijo:

—El médico forense dice que la muerte de Ruby fue un homicidio.

Se me hizo un nudo en la garganta, sentí que empezaba a sudar frío.

—Ah —exclamé; el pánico avanzaba, aunque yo sabía que esta visita iba a tener lugar.

Él arqueó las cejas y avanzó hacia la puerta.

—¿Está segura de que no quiere que hablemos dentro?

Miró la calle silenciosa de derecha a izquierda, como si yo tuviera que tener miedo de lo que él tuviera que contarme. Como si debiera temer que me vieran con él. Tal vez, entendía este lugar mejor que cualquiera de nosotros.

Negué con la cabeza y le hice un gesto para que continuara.

Suspiró.

—Encontraron un vaso térmico junto a ella —me informó—. Como, aparentemente, todos se sirvieron de las mismas jarras y estaban bien, tenemos que preguntarnos si el vaso no fue el origen.

Asentí con la cabeza, aunque cerré los ojos. Tal como lo había imaginado. Mi vaso azul con el veneno dentro.

—Hay muchas huellas en ese vaso, además de las de ella —dijo, y abrí los ojos de golpe—. Parece que pasó por las manos de varias personas.

—El vaso es mío —aseguré, tratando de adelantarme. Porque era obvio que mis huellas iban a estar allí—. Todo lo que estaba usando era mío. Todo lo que hay en esta casa pasó por mis manos.

Me reservé el hecho de que el vaso azul era el que yo estaba usando esa noche, porque no parecía que la verdad fuera a hacerme libre. Parecía que iba a atraparme, a arrinconarme: “Alguien que haya tenido acceso a ese vaso. Que haya estado en sus manos. Que haya tenido un motivo y la oportunidad”.

—Claro —dijo, asintiendo lentamente—. Esa es la impresión que me estoy haciendo.

Yo no sabía con quién había estado hablando, o qué le habían dicho, pero me preocupaba la facilidad con la que podían sesgar la investigación hacia mí. Qué lógico sería, para la policía, para los vecinos. "Estaban discutiendo; ese era el vaso de Harper; tuvo tiempo más que suficiente para envenenar la bebida".

—¿Notó si lo cogió alguien más? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—La gente deja el vaso en las mesas. Ya sabe cómo son las fiestas. La gente va con ellos de aquí para allá. Sirven bebidas a los demás. Todos lo hacemos.

De todos modos, si la idea era envenenar a alguien, supongo que tendría cuidado de no dejar las huellas en el vaso, pero me guardé ese pensamiento para mí. Tal vez, era algo bueno que los vecinos no abrieran la puerta esta mañana.

—Nos gustaría mucho que viniera a la comisaría de policía e hiciera una declaración oficial. Para aclarar discrepancias.

"Discrepancias". Yo no sabía a qué se estaba refiriendo y, aparentemente, quería que se lo preguntara. Pero se olvidaba de que ya habíamos pasado por esto antes. Cuando vimos lo que pasó con Ruby. Conocíamos los pasos y entendíamos que la verdad estaba determinada por las pruebas presentadas, e incluso así, estaba sujeta al contexto que se le daba.

Yo no tenía ni idea de lo que estaba buscando él. Si esas notas de amenaza, y todo lo que implicaban, también habían llegado a la policía del estado. Necesitaba saber qué estaba pasando aquí antes de seguir hablando con él. Antes de hacer una declaración que me comprometiera. Tenía que asegurarme.

—Todo esto es horrible… —aseguré; mi tono de voz era auténtico —. Pero tengo que trabajar. Hay mucho que hacer después de la semana de vacaciones. Y he estado muy dispersa con todo lo ocurrido.

—¿Mañana, quizás? —preguntó, y como no estuve de acuerdo, agregó—: Yo la llamo, Harper.

—Gracias por informarme —dije.

Después de un segundo, finalmente empezó a bajar las escaleras del porche.

—Muy bien —se despidió—. La dejo seguir su camino.

Me quedé en el porche mientras él se iba, lo vi pasar frente a la casa de los Truett, en dirección a la casa de Charlotte Brock.

Necesitaba esperar a que se fuera antes de ir a buscar a Margo. Era demasiado tarde para preguntar sobre esas fotos antes de que él llamara a su puerta. Y le acababa de decir que yo tenía que ir a trabajar.

Me pregunté cuántos estarían revisando sus garajes, debajo de los fregaderos, sobre los armarios de sus lavaderos, para ver si había

anticongelante en su casa.

Cuántos miraríamos a los que vivían con nosotros y dudaríamos.

Yo acababa de volver a salir con mi bolso y, cuando iba hacia mi coche, la camioneta de Javier se detuvo en la acera, detrás de mí. Tate bajó del asiento del copiloto y él volvió a arrancar. Ella se colgó el bolso al hombro, mirando hacia abajo.

—Hola —dije.

Tate se quedó paralizada en su entrada y me miró rápidamente.

—Hola —contestó.

—El tipo de la policía estuvo por aquí. Acaba de llamar a tu casa.

Ella asintió con la cabeza y siguió su camino.

—¿Todo bien? —pregunté, señalando con un gesto el lugar donde acababa de estar la camioneta de Javier.

Me miró con desconfianza.

—He tenido una consulta con el médico —dijo; volvió a apoyar la mano sobre el vientre—. Todo bien, salvo por las ganas infinitas de comer azúcar. Javi fue a comprar unos dónuts.

Me acerqué, llegué a la mitad de su jardín y sentí que estaba invadiendo su vida.

—Tate —le pregunté, bajando la voz—. ¿También a ti te llegaron notas?

Cruzó los brazos, con la mirada aguda, sin nada de la vulnerabilidad que le había visto ayer.

—¿Y a ti? —preguntó.

—Sí. —Volví a mirar sobre mi hombro, pero no vi al agente Locke por ningún lado—. Fue un homicidio, Tate —le informé; las palabras de él

volvían como un eco, el pánico me revoloteó en el estómago—. Es oficial.

Miró el porche; la cámara, apuntada hacia nosotras. Tragó con dificultad.

—¿Quieres pasar? —preguntó.

Dentro, la casa de Tate y Javier había empezado a transformarse. Habían pintado las paredes de un gris cálido, sumaron una mesa baja al área amplia de la cocina. En una de las esquinas de la sala de estar habían puesto una mecedora verde claro con un reposapiés haciendo juego, en el lugar donde una vez hubo un carrito de bebidas. Todo parecía más mullido dentro, como si quisieran eliminar cualquier potencial borde afilado.

Estábamos frente a la ventana de la cocina; Tate, apoyada suavemente contra la encimera, cambiando el peso de un pie al otro. Desde allí, se veía el interior de mi sala: el brazo de mi sofá, una

esquina de la pantalla de la televisión.

Yo los había oído discutir, por esta misma ventana, la semana pasada: “Tal vez, tendrías que tranquilizarte de una puta vez”.

“Y a lo mejor eres tú el que debería irse de una puta vez”.

—Vi los comentarios en el chat esta mañana —aseguró—. Pero no me ha llegado ninguna nota.

Y aquí, creí que se estaba preparando para hacer una confesión sobre notas dejadas para ella o para Javier.

—Ah —dije, decepcionada—. Pensé que, tal vez, nos habrían llegado a todos. —Meneé la cabeza—. Al principio, pensé que era Preston el que me las estaba dejando. Encontré un papel en su casa muy parecido al que me dejaron a mí, pero, por lo que publicó esta mañana, creo que él o Mac deben de haberla recibido.

Aunque aparentemente la había encontrado Preston, yo no sabía a cuál de los dos estaba destinada.

—Dios, suena a algo que podría haber hecho Ruby —afirmó Tate, separándose de la encimera.

—Bueno, es obvio que no ha sido Ruby —dije, mirando por la ventana, directamente a mi casa.

Y, sin embargo, las notas habían logrado lo que Ruby hubiera querido: ponernos a todos contra todos, sembrar sospechas. Tensarnos al extremo.

—¿Por qué nosotros? —pregunté. Nos las dejaron a mí y a Margo y a uno de los Seaver, al menos—. ¿Por qué perseguir a este grupo?

—Bueno, ¿qué decía? —preguntó.

Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, como si sintiera una curiosidad genuina. Curiosidad por saber si yo iba a responder. Si alguien aquí le confiaría sus secretos a alguien más.

—Encontré la llave —dije, obligándome a decirlo, a medida que se le agrandaban los ojos a Tate. Levanté las manos, las palmas hacia afuera, en declaración de inocencia—. No la encontré en ese momento, durante la investigación. La encontré esta primavera, cuando estaba cavando en el jardín. Pero no estaba solo la llave de los Truett. —Bajé la voz como si alguien estuviera oyendo, debajo de la ventana, escondido—. Tenía más llaves, además de esa. Tenía muchas, Tate. Las llaves de la mayoría de las casas de esta calle. Debió de esconderlas durante la investigación.

Yo no sabía si Ruby las había escondido por la llave de los Truett o si sabía lo que implicaban: que ella no era inocente. Tal vez no fuera una asesina, pero tampoco todo lo que hacía era legal. La policía podría arrestarla por una cosa mientras construía un caso por la otra.

—¿No se lo dijiste a la policía? —preguntó Tate.

—¿Para qué? Ella ya estaba en la cárcel. Condenada. Tenía miedo de que, de algún modo, usaran las llaves en mi contra, así que fui

hasta el lago para deshacerme de ellas, y alguien me vio. Alguien me sacó una foto. —Solté el aire lentamente—. Eso es lo que he recibido. Mi foto con las llaves. —Y la amenaza tácita que venía con ella.

—¿Estaba mi llave? —preguntó Tate.

—Creo que sí —dudé. Probablemente, Ruby copió la que yo tenía desde hacía mucho, cuando éramos amigas.

Vi que un destello de ira le atravesó la cara antes de que desapareciera.

—Eso es sobre mí. Pero no tengo idea sobre los demás. De qué están tan asustados…

Tate tamborileó suavemente en la encimera.

—Margo está aún más asustada que de costumbre. Pensé que había sido por la vuelta de Ruby, pero quién sabe.

—Antes era mucho más dulce —dije.

—Antes, también dormía —me respondió Tate con una mueca.

Miró rápidamente hacia un lado, se llevó la mano al vientre y, por primera vez, vi miedo. Miedo tal vez no solo por esto, sino por lo que estaba por venir.

—Lo cierto es que parece que Paul no colabora una mierda —dije, porque me preocupaba que Tate estuviera viendo su propio futuro, la persona en que se convertiría contra su voluntad. Y Javier no se parecía en nada a Paul.

—Ahí está —asintió. Se mordió la uña del pulgar, con los ojos entrecerrados hacia la ventana—. No tienen que ver con Margo, pero… —carraspeó—. Hubo rumores… de las chicas del equipo que entrené en la primavera.

—¿Sobre quién? —pregunté.

Se pasó la mano por el escote, como si tuviera demasiado calor.

—Preston. —Puso las manos hacia adelante, en un gesto de defensa, como si ya hubiera dicho demasiado—. No lo dijeron con todas las letras, pero yo lo deduje. Oí a unas chicas hablando de uno de los de seguridad, el que usa la sala de entrenamiento—bajó la voz—. Que, a veces, hacía fotos allí. —Se estremeció al decirlo—. No estoy segura de que sea él, pero hice un informe. Para que, al menos, alguien se fije.

—¿Crees que es él? —pregunté.

Levantó un solo hombro sin demasiada energía.

—Ya había oído cosas. Pequeñeces. Que aparece en fiestas y lleva a algunas estudiantes a su casa. Es el modo en que hablan de él, ¿sabes? Parece demasiado amigable. —Hizo un gesto, y yo recordé la chica que llevó a la fiesta del 4 de Julio, Tate le preguntó si ella era una estudiante y lo miró cortante.

—¿Crees que lo sabe alguien más que trabaja en la universidad? ¿Qué le están dejando notas por eso? —pregunté.

—Honestamente, no tengo idea. Solo te cuento lo que sé.

—A veces tengo la sensación de que Preston sacaba fotos en la piscina—informé—. Pensé que era paranoia mía.

Oí las palabras de Ruby que volvían a resonar: "Algo pasa con esos chicos Seaver, ¿eh?". Y la sospecha creciente de que ella sabía algo. Si yo la hubiera presionado... Pero no pregunté porque quería evitar la conversación, quería evadir cualquier referencia a Mac.

Tate apretó los labios, meneó la cabeza.

—Me siento tan mal por esa novia suya. Ella no tiene idea.

Parpadeé dos veces, sentí el pulso caliente del remordimiento que volvía a aparecer, como un rugido, en la superficie.

—¿Sabías lo de Aidan? ¿Que se iba a ir? —pregunté. De pronto, el pasado justo detrás de nosotras—. No pareció que te sorprendiese.

Miró hacia un lado y negó con la cabeza; la coleta se sacudió hacia un lado y hacia otro.

—No, yo no. Javi me lo dijo justo antes de que tú llegaras. Dijo que, finalmente, Aidan había decidido irse, dejarte, y entonces, sonó el timbre. No sé cuánto tiempo hacía que lo sabía, pero te juro que yo me acababa de enterar. Solo unos minutos antes de que tú me informaras, eso es todo.

—Creía que habías sabido lo de Aidan todo el tiempo. Me mortificaba el hecho de que tú lo supieras y no hubieras dicho nada.

—Después tú te distanciaste mucho —siguió ella—. Pensé que necesitabas tiempo. Pero más tarde, me pareció que solo querías amigas que estuvieran en pareja. Que por mí misma no merecía la pena.

—Nunca pensé eso —dije—. Tú me ignoraste por completo.

Giró la cabeza en mi dirección.

—Yo no te ignoré. Te estaba dando tiempo. Te mandé flores.

—¿Qué? —Y entonces, poco a poco, me fui dando cuenta—: ¿Tú mandaste las azucenas?

Abrió mucho los ojos en un gesto que yo conocía tan bien: "Claro que yo te mandé las azucenas".

—Sí, las dejé en el porche. Te escribí una carta. La firmé con mi nombre, Harper. No fue ningún misterio.

Pero yo estaba negando con la cabeza, quería volver atrás en el tiempo, para ver la simple verdad cuando realmente contaba.

—Nunca me llegó —aclaré—. Ruby me dijo que me las había traído ella.

La expresión de Tate se endureció, se le tensó la mandíbula, y supe que si Ruby estuviera viva, Tate la habría hecho pagar por ello. Fue Ruby la que provocó esa separación entre nosotras. La que forzó esa historia. Al decirme que mi amistad con Tate no era sana. Al hacerme creer que ella era la que se preocupaba. La única.

Quise preguntarle a Tate qué decía la carta. Qué había querido decirme. Quería acercarme a ella, volver, tomar otras decisiones, para llegar a otro lugar. Pero me parecía imposible, una distancia demasiado grande para poder salvarla; un movimiento pequeño que llevaba a otro, hasta que se estaba demasiado lejos en el camino como para desandarlo. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Bueno, bueno —dijo—. Aquí estábamos, a pesar de todo.

Se hizo un silencio: el zumbido de la nevera, el clic del aire acondicionado que se encendía, el ruido blanco que circulaba, guardando nuestros secretos.

—Tate, ¿puedo preguntarte algo? —susurré.

—Dispara —contestó, en su estilo directo.

—El señor Monahan dijo que vio a Ruby esa noche —comencé, abriendo el camino a la pregunta.

—¿Qué noche? —preguntó, y se volvió rápidamente; su coleta se sacudió detrás de ella, como si hubiera olvidado algo. Como si supiera qué iba a preguntarle.

—La noche que mataron a los Truett —contesté.

—Bueno —dijo, abriendo la nevara, de donde sacó la limonada; luego sacó dos vasos de un armario—. ¿Quieres?

—No, gracias —rehusé, mientras ella servía con una mano en la base de la jarra para sostenerla—. Dijo que Ruby iba frente a nuestra calle de camino a casa. Pero entonces, también tendría que haber aparecido en tu cámara. ¿No?

Apoyó la jarra, tomó un sorbo de su bebida, después inclinó más el vaso y se la bebió de un trago.

—Dios, esto ya no hace efecto como antes. —Se rio para sí misma y se detuvo.

—Tate —pregunté, recordando lo que la abogada de Ruby había dicho en las noticias sobre que se destruyeron pruebas. Y a Chase, diciendo “No os compliquéis”. La discusión entre Tate y Javier que yo había oído, sus voces que salían por la ventana de la cocina. La tensión que fermentaba tras esas paredes—. ¿La viste esa noche?

Dejó el vaso en la encimera con demasiada energía, así que el líquido salpicó por el borde.

—Está muerta. En realidad, ya no importa.

—Sí que importa —repliqué.

Porque alguien la había matado y yo había entrado en la casa de los que, tal vez, habían destruido las pruebas, y Javier iba a volver pronto.

—No, te lo aseguro. No importa.

—¿Había alguien más en tu cámara de seguridad? ¿Una de las hijas de Charlotte?

Se sorprendió.

—¿Las hijas de Charlotte? No, ¿por qué dices eso? Era ella, siempre fue solo Ruby.

La verdad, entonces. El señor Monahan tenía razón. Y Ruby había aparecido en la cámara de Tate y Javier.

—Entonces, ¿por qué lo ocultaste?

—¡Porque…! —Levantó las manos en el aire—. Porque no podía entregar un vídeo de treinta segundos de Ruby caminando. Porque iba a tener que entregar la grabación de toda la noche. Desde medianoche hasta las dos, eso era lo que quería la policía, ¿no?

Asentí con la cabeza, sin entender.

—Soy profesora —dijo—. De instituto. Los dos lo somos, Javier y yo. No puede haber nada —se le quebró la voz, ahora era casi un susurro—, nada, en nuestros expedientes. Nada.

—Tate, no te entiendo.

Se terminó la limonada, después hizo girar el vaso a un lado y al otro sobre la encimera, y me miró directamente a los ojos, como si estuviera decidiendo algo.

—Volvimos después de medianoche —prosiguió.

Asentí, alentándola a que continuara. Después de todo, eso ya lo había oído.

—Estabais en la fiesta de un amigo.

—Así fue. Y bebimos demasiado.

Entonces, ¿los había grabado la cámara trastabillando en la puerta principal, un poco borrachos? Pensé que difícilmente a la policía pudiera importarle. Pensé que difícilmente pudieran acusar a los Cora de algo y que la acusación prosperara.

—Atropellamos a un ciervo. —En cuanto lo dijo, con los ojos muy abiertos, empezaron a brotar el resto de las palabras, como si las hubiera retenido demasiado tiempo—. Fue grave, Harper. El coche quedó hecho un desastre. Hasta el punto de necesitar un paragolpes nuevo. Hasta el punto de tener suerte de volver a casa de una sola pieza. —Cerró los ojos con fuerza—. En realidad, tuvimos suerte de llegar a casa. Fue una idea espantosa, espantosa. Pero continuamos el camino, con la idea de que solo necesitábamos llegar a casa, y eso es lo que se iba a ver en la cámara de allí fuera. —Señaló la puerta principal—. Los dos, prácticamente cayéndonos del coche; casi no podíamos mantenernos en pie. Sacamos el otro coche del garaje para esconder el accidentado dentro. Porque no podíamos llevarlo a arreglar hasta que estuviéramos sobrios. Porque teníamos que fingir que habíamos atropellado al ciervo en otro momento. Decidimos que íbamos a decir que pasó el día siguiente. Y después llevaríamos el coche al taller para que lo repararan.

Se llevó la mano a la boca, le temblaban los dedos.

—Se suponía que iba a ser algo sencillo —continuó—. Pero

entonces, la policía llegó temprano por la mañana, y al principio, pensé que venían por nosotros. Yo había tenido pesadillas esa noche, que habíamos atropellado a otra cosa, no a un ciervo. Lo cerca que estuvimos de… arruinar nuestra vida.

Un escalofrío la recorrió y me lo traspasó. Las pequeñeces que ocultábamos para protegernos. Todos los pequeños errores que podían llevarnos a incriminar y a destrozar a otro.

—Javier tuvo que alquilar un coche en el concesionario, y los vecinos quisieron saber por qué, por supuesto, porque querían saber qué hacía un vehículo desconocido en la calle. Hasta las hijas de Charlotte se asustaron. Estábamos todos demasiado asustados en ese entonces, ¿te acuerdas? Así que dijimos que lo habíamos comprado nosotros. Que habíamos cambiado el viejo. Que lo cambiamos por este. Así que sí, fue temerario y estúpido, pero no estaba relacionado, te lo juro. Eso no la habría exonerado. Lo único que habría hecho es arruinar nuestra vida.

—Sí importaba —dije. La cronología de Ruby aquella noche era lo único que importaba. Y tenían que hacerla encajar—. Nadie supo que había pasado por la parte delantera. No se agregó a la cronología de los hechos.

—Eso fue por culpa tuya —me acusó, volviéndose contra mí, otro lugar donde depositar la culpa.

—¿Qué?

—Tu insistencia en que había entrado a las dos de la madrugada. Tal vez oíste mal; la puerta principal, la puerta trasera, tú estabas arriba, ¿no? Pero la hora no coincidía por lo que decías. Íbamos a decirle a la policía que la habíamos visto, pero no íbamos a decir que fue en el vídeo. Íbamos a decirlo, porque pensamos que era lo correcto. Pero Chase dijo que lo mejor era no complicarse. No iba a cambiar nada. Y las cámaras valían más que un testigo.

—¿Chase dijo eso?

Había mentido. Cuando le dijo a Javier que no se complicara, en realidad, estaba tratando de cerrar en qué orden habían sucedido las cosas. Tratando de hacerlo coincidir.

—¿A qué hora fue? —pregunté.

Miró el reloj sobre el horno, después a mí.

—A las cuatro de la madrugada.

—¿Estás segura? —dije—. ¿Estás segura de que era ella? ¿Que volvió a casa a las cuatro de la madrugada?

—Eso es lo que vimos.

No tenía sentido. Era posible que Ruby hubiera vuelto a salir y a entrar. Pero habría permanecido escondida. No tenía sentido, y Ruby no hacía nada sin sentido: el modo en que enturbió mi amistad con Tate, el modo en que provocó discordia; pensaba que era mejor que

todos nosotros. No habría cometido ese error.

Había solo una respuesta, y me daba náuseas. Me hizo retroceder, aunque Tate me estuviera llamando.

—Tengo que irme —me despedí.

—Por eso no dijimos nada —explicó—. Solo complicaba un caso simple.

Pero estaba equivocada. La explicación era alarmantemente simple. Horriblemente clara.

Ruby había llegado a casa a las cuatro de la mañana, no a las dos.

Alguien más había estado allí fuera, como había dicho ella.

Y quienquiera que fuera fue quien entró a hurtadillas por la puerta trasera de mi casa esa noche.

A quien oí… no fue a Ruby.

CAPÍTULO 23

CADA VEZ QUE OÍA EL chirrido de la puerta trasera al abrirse en mi memoria, me estremecía.

Hubo alguien más. Alguien más en esta casa. Alguien más que tenía acceso. Que descubrió el modo de entrar.

De ninguna manera iba a volver al trabajo. Rápidamente llamé a Anna a recepción, para que no me esperaran.

—Lo siento mucho, no me siento bien… —empecé.

Pero ella ya estaba hablando.

—Ay, Dios mío, todos están comentando… lo que pasó… —Yo no sabía si era una afirmación o una pregunta.

—Es horrible —me quejé, porque lo único que podía hacer era apegarme a la verdad—. Anna, ¿hay un coche en el aparcamiento? ¿Uno blanco? —Ese coche había estado en el aparcamiento dos veces, y pensé que podía ser un periodista que seguía el caso de Ruby. Y ahora seguramente iba a volver.

—No —negó. Oí como se esforzaba para poder ver mejor—. No, estamos nosotros solos. ¿Es la prensa? ¿Tenemos que cerrar con llave?

La última vez tuvimos que hacerlo antes de que se metieran dentro, a buscar una declaración, una foto. La muerte de Ruby iba a aparecer en todos los informativos, a circular por toda la comunidad, a lo mejor incluso más allá.

Me asomé por la ventana del frente, para fijarme si el agente Locke volvía a pasar.

—Sí —dije—. Cerrad con llave.

Necesitaba saber qué había pasado realmente la noche en que mataron a los Truett.

Ruby debió de haber estado desesperada por probar su inocencia, pero ahora yo también. Eran mis huellas las del vaso. Era mi imagen en la foto que dejaron en mi casa. Había demasiadas piezas que se podían volver contra mí si alguien quisiera hacerlo.

Era posible que lo que hubiera recibido Margo ofreciera algunas

respuestas. Todos esos secretos que protegíamos de otros: Tate, yo y los demás.

Estuve pendiente hasta que Javier volvió a casa y también después, cuando el agente inmobiliario se fue en su coche negro. Él seguramente se había dado cuenta de que mi coche todavía estaba aquí, una pieza más que podía usarse para construir una historia.

Parecía que no había nadie en la casa de Charlotte Brock, o en la de Mac y Preston Seaver. Todos los coches que solían estar aparcados frente a las casas no estaban. Tal vez, todos habían vuelto a trabajar, en una exhibición de normalidad y rutina, salvo yo.

No sabía si había alguien en la casa de Margo y Paul Wellman —los coches no estaban en la entrada—, pero llamé al timbre, esperando no despertar a un bebé que dormía. No contestó nadie. En cuanto empecé a bajar la escalera, escuché risas que venían desde la piscina.

Al cruzar la calle, vi el amarillo brillante del flotador de Nicholas que resaltaba contra los verdes y los marrones de los árboles.

Ya no había ningún cartel colgado en la reja de la piscina para que no entrásemos. Según parecía, se había desprecintado la escena de la muerte de Ruby para su uso habitual.

Margo era la única persona allí, de pie en un charco de agua que se iba agrandando en el borde de la piscina, envolviendo a Nicholas en una toalla. Estaba a dos metros, más o menos, de donde habían encontrado a Ruby.

—¿Margo? —llamé.

Se irguió lentamente, acomodándose la parte de arriba del bañador.

—Eh —Saludó. Pero no se acercó.

—No tengo llave. ¿Me dejas entrar?

Me miró a mí y después a su bebé, al que sentó en su cochecito.

—Espera un minuto —pidió.

Se tomó su tiempo para asegurar las hebillas, ajustar la sombra, servirle Cheerios en la bandeja de la comida. Empecé a pensar que me había olvidado hasta que, por fin, vino hacia mí, aunque se volvía para mirar a Nicholas según se acercaba. Dio un paso atrás cuando cedió la verja, y se dirigió enseguida hacia el carrito, atándose la toalla a la cintura.

—Acabo de pasar por tu casa —empecé, siguiéndola.

—Ajá —dijo, ocupada en guardar sus cosas.

Miré rápidamente la terraza y me dieron escalofríos; yo era consciente de dónde estaba en ese momento. De dónde habíamos estado la última vez todos nosotros.

—No sabía que la piscina estuviera abierta otra vez.

Asintió rápidamente; se le estaba empezando a aflojar el moño alto.

—Tenemos que irnos —se despidió—. Tengo que mantenerlo ocupado y seguir la rutina, para que duerma una buena siesta por la

tarde, ¿sabes? —Meneó la cabeza.

—Margo, yo también he estado recibiendo cartas —dije, y por fin, Margo dejó de moverse.

—No tendría que haber dicho nada —admitió, tranquila, todavía mirando sus cosas para la piscina.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Yo pensaba que era la única. —Pero no respondió—. Margo. —Le puse una mano en el hombro—. Margo —repetí, acercándome aún más.

—¿Es algo horrible? —preguntó, escrutándome, con los ojos azules muy abiertos y brillantes—. La foto, digo. ¿Es algo que realmente pueda hacerte mucho daño?

Asentí lentamente.

—Es bastante grave. —Cerré los ojos, volví a ver la imagen—. Oculté algo después del juicio —confesé. Ahora lo entendía, tenía que dar información para obtenerla a cambio. Y yo no tenía nada que perder—. Es muy grave, de verdad.

Volvió a mirar a Nicholas, después se acercó un poco más, y las palabras salieron a borbotones.

—Hace unos meses, yo necesitaba un descanso y dejé al bebé con Paul. Él debió de salir a hacer algunos recados. Dos pájaros de un tiro, muy Paul. —Respiró profundamente—. Yo estaba durmiendo cuando volvió, pero lo oí. No oí al bebé. —Se acercó al cochecito—. Nicholas estaba en el coche, Harper. Paul se había olvidado de él. —Se llevó la mano a la boca, como si no pudiera creerlo—. Estaba bien. Está bien. Solo fueron unos minutos. Tuvimos una pelea muy fuerte, y cree que ya no confío en él por lo del bebé, y tal vez sea cierto…

Vi que le temblaban las manos, y le cogí una para calmarla.

—Está bien, Margo. Tienes razón, él está bien. No pasó nada.

—No, pero alguien debió de haber… —No terminó la frase, la mirada perdida en el camino vacío, detrás de mí—. Pero alguien debió de haberlo visto allí. Alguien hizo una foto, Harper. Una foto de mi bebé en un coche. Ya sabes lo caluroso que fue este año. —Se le escapó un sonido de la garganta—. ¿Sabes qué le pasa a la gente así? Se los denuncia en el mejor de los casos. ¿Y en el peor?

—Ay, Dios, Margo, lo siento. —Su comportamiento reciente era entendible, una reacción frente al miedo. Siempre con el bebé; nunca lo perdía de vista. El miedo y el estrés de saber que alguien lo había visto. Que uno de nosotros lo había visto—. Todos te apoyaríamos, lo sabes. Eres una gran madre. Y no se puede decir por una foto si fue un minuto, o si fueron cinco o diez. Eso no probaría nada.

Tuvo un escalofrío visible.

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó—. Quien lo hizo no trató de ayudar. No llamó a nuestra puerta para avisarnos. Solo hicieron una foto, Harper. ¿Qué clase de persona hace eso?

Sentí frío a pesar del calor. Empecé a sudar frío, porque tampoco yo sabía qué clase de persona haría eso.

—Quizás hubieran vuelto —intenté consolarla—. Dijiste que te habías dado cuenta en seguida.

—No lo sé —dijo—. Ya no conozco a nadie aquí.

Carraspeó, se alejó un paso de mí rápidamente. Seguí la línea de su mirada, hacia la verja de la piscina. Chase Colby estaba caminando por la acera y cambió de dirección para cruzar la calle cuando nos vio.

—No digas nada —me pidió, y me apoyó la mano húmeda en el brazo—. Por favor.

—No diré nada —aseguré, caminando junto a ella, mientras atravesaba la verja con el cochecito.

Chase se detuvo junto a nosotras, en la zona de cemento donde el césped estaba empezando a crecer por las grietas. Llevaba puestas las gafas de sol, y no pude descifrar su expresión.

—He venido a ver cómo estabais, chicas. A asegurarme de que haya salido todo bien con la policía del estado.

Me quedé mirándolo, ya no estaba tan segura de qué lado estaba él. De qué lado había estado siempre. Él sabía lo que el señor Monahan había visto esa noche. También sabía que Tate y Javier habían visto a Ruby.

—Va todo bien, Chase. Tengo que acostar a Nicholas —dijo Margo, llevando el cochecito en otra dirección.

Sentí la mirada de Chase sobre mí, incluso detrás de las gafas, como si me estuviera esperando para que yo lo pusiera al tanto.

—No deberías involucrarte —le advertí en cuanto Margo ya pudo escucharnos—. Se supone que no lo estás haciendo. Esto es todo es culpa tuya, ¿sabes?

Levanté el brazo y traté de abarcar el vecindario entero; el pasado y el presente, todo, por su intervención. Yo tenía un lugar donde concentrar mi rabia. Mi miedo.

Pero su expresión casi ni se inmutó, y su voz era firme y comedida.

—Oye, no, Harper, no te atrevas. Yo solo he usado la información que vosotros mismos me disteis.

—Tú nos presionaste para que lo hiciéramos —dije, recordando la publicación del chat que encontré entre las pertenencias de Ruby.

—No hubo que presionar a nadie. Todos estuvisteis más que dispuestos a darla.

Me acerqué a él, bajé la voz.

—Sé lo que el señor Monahan vio. Lo que vieron Tate y Javier. Y tú lo ocultaste.

Se le relajó la expresión.

—¿Dos personas que creen que, tal vez, vieron a alguien en la oscuridad? Los testigos visuales no son tan convincentes como las

pruebas tangibles, especialmente en plena noche. Teníamos las pruebas. El resto era ruido. Lo único que hice fue brindarles transparencia absoluta. A todos y cada uno. Si cometí algún error, fue ese.

—No te correspondía decidir a ti.

—Tienes razón —aceptó, y empezó a hablar más rápidamente y a ser más mordaz—. Al final, fue decisión de ellos no decir nada. ¿Queréis culpar a alguien? Miraos en el espejo, todos vosotros. Solo quise proteger este lugar. Solo traté de protegeros a todos. Vosotros eran mis amigos. Mi comunidad. Os conocía a todos. Sabía que ninguno de vosotros lo haría. Dime, ¿me equivoqué?

—Debes de haberte equivocado con alguien, Chase.

Respiró profundamente por la nariz.

—Está bien, Harper, continúa. ¿Quién crees que lo hizo si no fue Ruby? —Se levantó las gafas como si esperara que yo lo entendiera. Y lo entendí, incluso aunque yo estuviera luchando justo contra eso. La misma verdad que entendíamos todos: si no fue ella, debe de haber sido uno de nosotros. Y ninguno de nosotros quería creerlo.

—No lo sé —contesté.

—¿De verdad, ahora lo dices? —Se acercó un poco más, así que tuve que levantar la cabeza para verlo—. Sé lo que Ruby le dijo a Mac en el lago.

Me estremecí, y vi en su rostro que él sabía que había cometido un error. Mac me dijo que Ruby casi no había hablado, que estaba borracha y decía incoherencias. Mac había mentido.

—¿Qué le dijo? —pregunté.

Chase hizo un gesto con la mano y dio un paso atrás.

—¿Qué dijo, Chase? Hablaste de transparencia, así que demuéstrala.

Asintió una vez, como si me diera la razón.

—Por lo que parece, dijo “Harper, justo ella, ¿puedes creerlo?” —Y sonrió—. ¿Qué crees que quiso decir con eso?

Meneé la cabeza. Lo dijo porque yo había estado viéndome con Mac. Tenía que ser eso. O tal vez, porque yo había desenterrado las llaves que ella había escondido. O porque acababa de gritarle allí, en la fiesta. No quiso decir lo que Chase estaba sugiriendo. Pero los demás podían hacer que lo pareciera.

Mac lo sabía y no dijo nada. Pero se lo contó a Chase.

—Solo os estáis cuidando entre vosotros —le aseguré, y me alejé un poco.

Y Chase no era diferente. Trataba de limpiar su nombre. Para convencerse a sí mismo de que todo lo que había hecho valía la pena. Di otro paso atrás y él se quedó allí, mirando.

—Te dije que tuvieras cuidado desde el principio, Harper. Te dije

que ella era peligrosa.

Y recordé que estábamos en el único lugar donde no había cámaras. Que alguien la había envenenado a unos metros de donde estábamos nosotros. Que alguien también había visto al bebé de Margo en el coche y que lo había dejado allí.

Que aquí todos éramos personas peligrosas.

Yo ya no tenía el control de nada. Podía sentir que todo giraba en círculos a mi alrededor. Que giraba en círculos hacia mí.

Necesitaba saber quién se había metido en mi casa la noche que los Truett murieron. Y cómo lo hicieron.

Tal vez, la puerta del patio se había quedado abierta —no la cerrábamos muy a menudo en ese entonces, porque creíamos en la seguridad que percibíamos—, pero la puerta trasera de la casa tendría que haber estado cerrada con llave. Sobre todo porque, según parecía, Ruby había salido por delante.

Salí al patio. Ruby siempre tuvo una llave, por supuesto. Pero empecé a preguntarme si ella no habría dejado otra allí. Ya había escondido el llavero allí fuera. Pero no podía imaginar que escondiera una llave de más.

No había tantos lugares donde pudiera estar. No había plantas en macetas ni felpudos donde esconder una llave. Recorrí la parte superior del marco de la puerta con la mano, pero solo encontré tierra y mugre, y retiré los dedos con moho húmedo pegado. Intenté levantar los adoquines del borde del patio para ver si había algo metido debajo, pero estaban firmemente pegados al suelo.

El único mueble que había fuera era la silla Adirondack y el reposapiés a juego, el rincón perfecto para leer. Pasé las manos bajo los apoyabrazos, revisando los espacios entre los listones. Las retiré vacías, salvo por los residuos depositados por el clima y el tiempo.

Por último, le di la vuelta al reposapiés de madera, y se me hizo un nudo en el estómago. Una tira plateada de cinta adhesiva atravesaba la tabla inferior; las esquinas de la cinta, sucias y despegadas de la madera por el uso reiterado.

Al quitar la cinta, sentí que estaba siguiendo un fantasma a través del tiempo.

Motas de pintura se desprendieron cuando tiré, y allí, pegada a cinta plateada, había una única llave.

Temblé al imaginar lo segura que me sentía tras mis puertas cerradas con llave y mis ventanas con pestillo. Lo terriblemente insegura que estuve todo el tiempo. Siempre hubo un modo de entrar.

Ruby sabía que no se podía confiar en una cerradura. Dormía con un cuchillo bajo la cama para protegerse.

Esa noche horrorosa de la primavera pasada, alguien más supo que

esta llave estaba aquí. Alguien a quien se le había dicho que siempre era bienvenido aquí.

Alguien que entró la noche que mataron a los Truett. Alguien que subió las escaleras a hurtadillas y usó la ducha para deshacerse de cualquier prueba.

Para lavar todo lo que había hecho.

Tenía que hablar con Charlotte. Pero cómo se le pregunta a la vecina: ¿tu hija me está dejando notas de amenaza? ¿Tu hija es una criminal? ¿Sabes dónde estaba la noche que mataron a Brandon y a Fiona?

Yo no entendía qué había pasado esa noche. Por qué alguien hubiera querido muertos a los Truett.

Ruby debió de haber sospechado algo, debió de haber descubierto algo cuando nos vigilaba. Algo que, en definitiva, hizo que la mataran. Y ahora yo estaba siguiendo sus pasos.

Yo no sabía en quién confiar. No en Chase, que había mentido, que había forzado los hechos para que recayeran en Ruby y mantuvo la investigación centrada en ella. No en la policía, que estaba sometida a una investigación interna relacionada con Ruby. No en ese agente del estado, al que apenas conocía. Porque, como me había advertido mi hermano, había que asegurarse. Antes de entrar en un sistema y salir triturado.

Aun siendo inocente, no se sale igual. Él no salió igual. El pasado nunca dejó de perseguirlo, se negaba a dejarlo ir.

El sistema no era infalible. Estaba hecho de personas y reglas instituidas por nosotros, con jugadas que podíamos considerar justas o no.

Si se volvía en tu contra, era difícil encontrar una salida. Te perseguía, se volvía parte de ti, así como tú te volvías parte de él.

No sabía si Charlotte estaba en su casa. Estuve esperando toda la tarde alguna señal que lo indicase. Hasta le mandé un mensaje de texto, algo inocente —“¿Podemos hablar?”—, pero no hubo respuesta.

Mientras esperaba, seguí leyendo el diario de Ruby, sus notas sobre Whitney, que pasaba frente la casa todas las noches. Yo daba por sentado que había sido ella. Entonces y ahora.

Alguien a quien le habían dicho que siempre podía contar con Ruby si llegaba a necesitarla.

Alguien que sabía dónde estaban las cámaras y cómo evitarlas.

Una chica que había venido a mi trabajo en primavera por una entrevista para entrar en la universidad, con la taza que la miraba de frente desde el otro extremo de la habitación: “¡HOLA!”. Ella la usó

para provocarme.

Pero lo que no lograba entender es qué había desencadenado la elección del momento para dejar las notas. La primera —“COMETISTE UN ERROR”— había llegado la noche de la reunión en el club social, mientras nos apuntábamos para la vigilancia vecinal. La segunda —“LO SABEMOS”— llegó la noche en la que yo misma estaba de guardia; la habían dejado, temerariamente, dentro de mi casa.

Como el día iba haciéndose noche sin tener respuesta, cogí la foto y, con paso decidido, caminé los pocos metros que me separaban de la casa de Charlotte.

La cámara de seguridad de los Brock estaba apuntada al camino de la entrada. Me acerqué por allí para que me vieran llegar. Llamé al timbre y vi un movimiento fugaz detrás de la ventana. Alguien miró hacia fuera. Pero nadie vino a abrir la puerta.

Llamé a la puerta con el puño hasta que se abrió de repente, y apareció, balanceándose, el largo cabello de Molly.

—¿Qué pasa? —preguntó

Habló haciendo equilibrios sobre la línea que separa el susurro del grito. Tenía la misma expresión con la que me había recibido la semana pasada, cuando vine a buscar a su madre antes de la reunión del club social. Llena de suspicacia y miedo.

—¿Dónde está tu madre? —pregunté.

La casa, detrás de ella, estaba silenciosa, con las luces bajas. Como si ella estuviera tratando de fingir que no había nadie.

—No está en casa —dijo, con expresión estoica, mientras cerraba la puerta.

—Espera —pedí, metiendo el pie para evitarlo.

Porque pensé que, por fin, había entendido qué había desencadenado el envío de esos mensajes.

Yo.

Yo, en este umbral, diciéndole a Molly que no estaba probado que Ruby fuera culpable.

Y Molly insistiendo en que sí lo era.

Volví a ver esa expresión: incertidumbre y desconfianza. No por Ruby, tan cerca de su casa, sino por mí, por la posibilidad de que yo hubiera averiguado algo. Porque yo había llegado hasta su porche ese día, con la intención de hablar con Charlotte. Porque yo insinuaba que Ruby podía ser inocente.

Y no tenía que ser inocente. Si lo era, había otro culpable.

“¡HOLA!”, decía el último mensaje. Era de alguien que había entrado en mi oficina. Preston, pensé en primer lugar. Como parte de la seguridad del campus, tenía acceso a todos los edificios y a mi oficina.

Cuando llegué aquí, pensé en Whitney. Whitney, que había

solicitado el ingreso y que había tenido la oportunidad de ver mi oficina. Que debió de haber visto esa taza con el texto en negrita.

Pero Whitney tuvo la entrevista en el vestíbulo. Fueron Charlotte y Molly quienes se quedaron conmigo a esperarla.

—En realidad, estoy aquí para hablar contigo, Molly. —Saqué la foto de mi bolsillo trasero, la sostuve frente a ella, vi que abrió mucho los ojos, vi el movimiento en la garganta—. No tengo problema en que hablemos aquí, si lo prefieres. —Retrocedí hasta el borde del porche, donde sabía que la cámara grabaría la conversación.

Molly abrió la puerta y retrocedió al interior.

Dentro, la casa estaba impecable, como siempre. Las encimeras limpias, los platos guardados. Pero yo empezaba a ver las grietas en su apariencia. Los objetos que se les habían escapado a su control. La puerta del armario de debajo del fregadero, con una bisagra suelta. Las fotos familiares en las paredes, que no habían cambiado: Bob junto a Charlotte, y las chicas que casi no les llegaban a los hombros. Como si todavía existieran así. Como si Charlotte nunca hubiera querido reconocer la verdad.

Dejé la foto sobre la mesa con un golpe.

—¡Hola! —exclamé—. ¿Quieres contarme porqué me dejas estas notas?

Molly tragó, se llevó la mano a la base del cuello.

—A mí me parece que estás haciendo algo ilegal —dijo, pero su voz era suave, y miraba hacia atrás, como si estuviera asustada.

Me di cuenta de que la había sorprendido, la había encontrado con la guardia baja. Que nunca habría esperado que nadie fuera tan directo.

—Eh, pero si yo no he sido —la imité—. Y Margo… ¿Qué estás haciendo, Molly? ¿Por qué nos amenazas? ¿Qué crees que dirán cuando descubran que eres tú?

—Todos hacen como si fueran tan buenas personas… —aseguró, cruzándose de brazos—. Pero yo los veo. Veo lo que hacen.

—Esto es extorsión —afirmé, aunque ella no aclarara qué quería a cambio.

—Es solo lo que veo —aclaró, encogiéndose de hombros. Sonrió con malicia—. ¿Sabías que, una vez, el señor Wellman dejó a su bebé en el coche?

La habitación se vació; sentí un agujero en la base del estómago.

—Sí, Molly, lo sabía. Y sé que no hiciste nada para ayudar.

Puso un gesto hosco.

—No es buen padre. Se distrajo con una llamada cuando estaba aparcando, dejó al niño en el coche cuando entró a su casa. Pero la señora Wellman tuvo un ataque. Un ataque total. —Meneó la cabeza —. No es seguro hacer cosas así.

Tal como lo había afirmado Tate, una pequeñez así podía arruinar una vida.

Pero Molly no era una transeúnte inocente.

—Y tú lo dejaste allí. ¿No se te ocurrió llamar a la puerta? ¿Avisarles?

Pestañeó rápidamente, como si no se le hubiera ocurrido.

—El bebé estaba bien —aseguró—. Habría avisado. Por supuesto.

Pero yo me di cuenta de que la había alterado.

—Me parece que no entiendes lo que ves —dije.

Entrecerró los ojos.

—Lo entiendo perfectamente. Veo más que todos vosotros. O sea, Preston vive en la casa de al lado y coquetea con mi hermana, que tiene dieciocho. Y nadie dice nada. ¿Sabías que la trajo a casa una vez? ¿El año pasado?

Negué con la cabeza.

—No lo sabía.

Pero yo había aprendido a quedarme callada, que la mejor defensa era un buen ataque, y exactamente eso era lo que estaba haciendo Molly. Estaba sacando todo a la luz —lo que todos se esforzaban por mantener oculto— para justificar sus actos.

—Fue a una fiesta en la universidad, y supongo que él se metió allí, la encontró. La trajo a casa.

—Parece una actitud responsable —comenté.

—¿Sí? —preguntó con una mueca—. El rumor que corre en la escuela es que hay un tipo de seguridad que va a las fiestas para ponerles fin. Pero a veces no lo hace. Solo actúa como si lo hiciera.

“TE VEO”.

Estaba claro que la nota que encontré en el despacho de los Seaver era para Preston. Yo, Margo… Preston. Ese era el hilo en común. Todos habíamos declarado en el juicio de Ruby.

La amenaza estaba implícita: “Decid que fue Ruby. No cambiéis vuestras declaraciones. Tuvo que ser Ruby”.

Había demasiadas cosas que queríamos mantener en secreto, y ella nos estaba recordando el único hecho del que siempre estuvimos seguros: todos podíamos convertirnos en sospechosos. Si no fue Ruby, debió de haber sido alguno de nosotros.

—Ninguno de vosotros está prestando atención —continuó Molly —. Nadie lo controlaba. Ruby sí.

—¿Ruby lo estaba controlando?

—Ella lo sabía. Me preguntó por ello una vez... ya sabes que me daba clases. Me preguntó a mí, y le preguntó a Whitney, si había algo que quisiéramos contarle. Nos prometió que podíamos contárselo, que iba a asegurarse de que nadie descubriera que lo habíamos dicho nosotras. —Puso los ojos en blanco—. Pero conociendo a Ruby, estoy

segura de que solo quería joderlo.

Preston sabía que lo había estado vigilando, y no confiaba en ella. Quizás, pensó que yo también lo sabía. Quizás, Ruby se lo contó a Mac cuando fue a visitarla. Y después, él vino a mí, para ver qué sabía yo.

Quizás, yo estaba paranoica. Veía peligro en todos lados, en todo el mundo. Dudaba de cada motivo, de cada relación. Como si los cimientos de todo el vecindario se hubieran construido sobre medias verdades y mentiras piadosas.

—¿Hiciste tú esta foto? —pregunté.

—Él no tendría que andar tonteando con mi hermana. ¿No tendrían que prohibirle vivir aquí? —Se llevó las manos a la cadera, concentró su energía—. ¿Crees que se van a enfadar conmigo cuando lo descubran?

—Sí —afirmé. Porque no había sido solo Preston—. Pienso que se van a enfadar mucho.

Molly me devolvió la foto a modo de aviso: era hora de irse, y yo tenía que recordar quién tenía el poder aquí. Pero yo no había terminado.

—Ruby os dijo que podíais recurrir a ella en cualquier momento —dije—. Lo recuerdo.

—Sí, bueno, por suerte no lo hicimos nunca.

—Dejó una llave en el patio —continué—, y te dijo dónde estaba.

Molly tragó con dificultad, no dijo nada.

—Sé que Whitney había salido esa noche —aseguré.

Y Molly debe de saberlo también. Charlotte lo sabía. Todas ellas lo sabían. Proyectaban sospechas hacia afuera para proteger a alguien más.

Había hecho las maletas para llevarse a sus hijas de aquí tras el regreso de Ruby. Para alejarlas. Como cuando las mandó con su padre después de la muerte de los Truett. No solo para cuidar a sus hijas del peligro. Charlotte temía por lo que ellas pudieran haber hecho.

Molly se encogió de hombros en un gesto exagerado.

—Sale de casa, se encuentra con amigos en la otra orilla del lago. ¿Y qué? —Pero miró hacia un lado.

—Molly… ¿qué hiciste?

—¿Yo? Nada. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Oye, no hagas como si Ruby fuera inocente. No te atrevas. Era una exconvicta. —Oí un eco de su madre en ese momento—. Os tenía a todos engañados. ¿Pero sabes qué estaba haciendo? Estaba jugando con todos vosotros.

“No —pensé—, te estuvo vigilando a ti”. Para entender qué había pasado. Para reconciliarse con la verdad. Y ahora estaba muerta.

—Ruby mentía en todo —continuó Molly—. Mi madre nos lo dijo. Y todavía lo hace. Sabes que tiene un coche, ¿no?

—¿Qué?

Una corriente de aire frío recorrió la habitación y Molly sonrió. Como si supiera que por fin me había vencido. Yo había olvidado cómo eran los diecisiete años. Tan cercanos a la adultez, se saboreaba la libertad, el poder.

—Tiene un coche blanco, aparcado fuera del camino, cerca de la hoguera. Whitney lo vio allí. Ruby podía ir y venir cuando quisiera, pero oí que, aun así, se llevó el tuyo. Estaba jugando contigo —me aseguró Molly—. Porque podía hacerlo.

Cerré los ojos, negué con la cabeza. Claro que había sido Ruby. Claro.

—No dije que fuera una buena persona —repliqué—. Pero eso no la convierte en asesina.

Se le endureció el rostro.

—Mi madre dice que van a volver a abrir el caso. Tiene que haber sido Ruby. —Se le quebró la voz en el medio de la frase.

Sentí pena por ella. Incluso ahora, después de todo. Lo que se llega a hacer para proteger a un hermano. Sin saber si se está ayudando o haciendo daño, pero se intenta de todos modos, porque no hacer nada es peor.

Las pequeñas mentiras que les contábamos a nuestros padres —“No, no salió de casa”— que se volvían naturales. Yo me quedaba despierta por la noche, atenta al sonido de mi hermano que volvía a casa.

Un miedo que alimentaba las mentiras más grandes, enterradas en la profundidad del corazón de una familia.

La dejé allí, en su casa vacía, completamente sola. Sabiendo que, un día, iba a tener que enfrentarse cara a cara con lo que era… y con lo que había hecho.

CAPÍTULO 24

Un coche blanco.

Según Molly, había un coche blanco fuera del camino, cerca de la hoguera.

Pero estaba oscuro, y los investigadores del estado estaban pasando casa por casa, y el haz de luz de una linterna recorría la acera, a lo lejos, y se estaba acercando. Pasó frente a la casa de Tate y Javier Cora, después se detuvo brevemente frente a la mía.

Me quedé inmóvil… una sombra en la oscuridad mirando hacia fuera. Sintiendo lo que Ruby debió de haber sentido, observando a cada persona que pasaba frente a la casa de los Truett, ignorantes de que había alguien dentro, viéndolo todo.

Su cara se volvió, por un instante, hacia la luz del porche —Preston—, antes de seguir adelante, caminando lentamente por la acera. Tal vez, estaba vigilando esta noche otra vez. Tal vez, estaba buscando algo. Alguna amenaza que sabía que estaba fuera, pero que no podía encontrar.

“Te veo”.

¿Alguna vez nos vimos como lo que realmente éramos?

Tan pronto como se perdió de vista, salí por atrás y cerré la verja cuidadosamente. Me pegué a la cerca, oyendo las rutinas nocturnas de cada casa a medida que avanzaba; dentro de ellas se iba haciendo silencio, solo quedaba el zumbido de los aires acondicionados en la noche.

Cuando giré en la esquina, los sonidos exteriores cobraron fuerza; la cacofonía del lago se hizo más fuerte cuando crucé la calle corriendo. Los grillos, la llamada de las ranas diciéndome que me acercara, que me adentrara en la arboleda frondosa, que contenía la promesa de algo.

Al internarme en la arboleda, me desorienté por completo. Allí no había un sendero claro; solo árboles y ramas y cosas que se movían entre la maleza. La vuelta era más fácil, porque se veían las luces del

vecindario, que guiaban el camino.

Cerré los ojos, escuché los sonidos para orientarme. El agua golpeaba la orilla delante de mí, así que me dirigí a la izquierda, me interné más en la arboleda. Era imposible perderse porque aquí el bosque no era tan espeso. En algún momento iba a llegar al camino o al agua. Sentí la brisa que venía desde el lago, a mi derecha.

Después de andar algunos pasos, encendí la luz de mi teléfono para ver el camino, pero no quería atraer atención hacia mí, en caso de que hubiera otros allí fuera. Lentamente, mis ojos se adaptaron al bosque. La luz de la luna era nítida y clara, y las sombras empezaron a diferenciarse: la silueta de un árbol, las ramas, la maleza densa que me arañaba las piernas.

Y entonces, de pronto, salí. Los árboles dieron paso a la nada. Al cielo abierto.

Iluminé el espacio con mi luz: un círculo de tierra nivelada, la hoguera con las cenizas en el centro. Pequeñas señales de que otros estuvieron aquí en el pasado: colillas de cigarrillo donde había estado la llama; una botella de cerveza en el borde del claro; marcas de arrastrar algo en la tierra, como si alguien hubiera empujado un bote por el bosque.

No había ningún coche a la vista. Desde donde estaba yo, a la derecha estaba el agua; donde los chicos debían de haber salido con el bote. Me dirigí a la izquierda, donde terminaba el claro y empezaba el acceso de tierra. El sendero era angosto y rocoso, se hundía y tenía curvas que seguían el terreno; no era lugar para un coche. Era fácil perder una rueda, o algo peor.

Pero en la siguiente curva lo vi. Un resplandor de metal a la luz de la luna. Blanco, brillante, apartado a un lado del camino de tierra.

Aceleré el paso y me fui acercando. Hasta que supe que era el coche que había visto antes. Tenía los cristales tintados y las ruedas llenas de barro. No tenía matrícula.

Pero no había forma de saber si este era el coche de Ruby. No había forma de saber por qué Whitney y Molly habían dado por sentado que era suyo. O si Molly solo estaba tramando otra historia para mantener a Ruby en el centro.

Empecé a rodearlo con cuidado, como lo había hecho Preston en el aparcamiento de mi oficina. Entre la oscuridad y los cristales tintados, no pude ver el interior. Encendí la linterna y apunté a la ventana, pero solo vi sombras más oscuras dentro.

Respiré hondo al tomar la manilla de la puerta; estaba preparada para oír una sirena ensordecedora en la noche, pero la puerta del copiloto estaba cerrada, y no sonó ninguna alarma. Intenté con las otras manillas, pero todas las puertas estaban cerradas. Había un teclado bajo la manilla de la puerta del conductor.

“Las llaves no sirven como protección…”.

Busqué en el teléfono la marca y el modelo del coche; quería averiguar si había algún modo de resetearlo. Todo lo que descubrí en la página del fabricante era que se accedía con un código de cinco dígitos, pero que solo tenía tres intentos antes de que me negara la entrada para siempre, y después tendría que llamar al concesionario.

Estuve a punto de marcharme. No tenía pruebas de que ese coche fuera suyo, y tampoco modo alguno de entrar. Pero tenía tres intentos, y decidí usarlos.

El primero fue el cumpleaños de Ruby. Sabía el día y el mes de memoria, hice las cuentas para calcular el año, y tuve la esperanza de que las cerraduras se abrieran con un clic.

No sucedió.

¿Qué otras claves podían ser? Conociendo a Ruby, ella pensaría que sería inteligente ir contra todas las expectativas. Ni siquiera necesitaba ser más inteligente que nadie.

Marqué 1-2-3-4-5, porque ¿qué otra opción me quedaba?

Tenía un último intento, pero no se me ocurría ninguna otra fecha. Caminando de un lado a otro, traté de recordar el cumpleaños de su padre, o algún evento significativo de su vida, y entonces, me quedé helada.

La fecha que había escrito en la tapa de ese diario. 28-6-19.

El día que la liberaron de prisión. Algo significativo. No estaba escrito en su diario arbitrariamente, sino que estaba anotando su clave.

Contuve la respiración mientras lo intentaba ahora: 28619

Las cerraduras hicieron clic, se rompió el silencio. Y yo supe, sin dudas, que este había sido su coche.

Lo había aparcado en mi lugar de trabajo, sabiendo que todos estábamos de vacaciones. Se lo llevó cuando descubrió que yo había estado allí y que seguramente lo había visto.

Molly tenía razón. Ruby se había llevado mi coche y no había ido a ningún lado. Se lo había llevado porque quería mi juego de llaves. Porque podía. Actuaba como si no hubiera conducido durante más de un año. Actuaba, siempre actuaba.

Como si lo hubiera estado planeando durante mucho tiempo. Algo que se agitó dentro de ella durante catorce meses. No llegó a casa en su coche, sino en un taxi. Actuó como si necesitara ayuda, como si me necesitase.

No había vuelto solo a por el dinero o el juego de llaves que había dejado. Estaba planeando espiarnos a todos para llegar al fondo. Para concretar su venganza.

Dios, cómo debe de habernos odiado. Catorce meses para que ese odio echara raíces en lo profundo de su corazón y creciera.

Abrí la puerta del conductor, se encendió la luz del techo y me delató.

"Ruby, la mentirosa. Ruby, la asesina. Ruby, la víctima".

Quise saber a cuál me estaba enfrentando. Cuál era la verdadera Ruby.

No había nada, salvo un recibo de compra en la guantera. Envoltorios de caramelos y una lata de refresco llenaban el posavasos, como si un niño se hubiera escondido aquí. Seguí con el asiento de atrás, donde había una manta en el hueco entre el asiento y el suelo, como si hubiera dormido aquí o tuviera planeado hacerlo.

O, tal vez, simplemente se estaba preparando. Siempre lista para irse. En caso de que el fiscal del distrito decidiera que estaban listos para reabrir el caso. No podía confiar en que el sistema funcionara a su favor, nunca más.

Retiré la manta y encontré lo que escondía: una caja archivadora con la tapa puesta.

La caja que estaba en mi oficina, con los efectos personales de Brandon Truett.

Abrí la caja y vi todo lo que había guardado yo: la foto de él y Fiona, que me sonreía, sobre un montón de revistas enviadas al domicilio equivocado. Una tarjeta de regalo Visa, arrancada de la tarjeta de cumpleaños, ahora enganchada en la esquina del marco.

Inclinada sobre uno de sus lados, estaba la cajita que habían entregado en la oficina después de su muerte. La di la vuelta, pero Ruby ya la había abierto. Los bordes estaban destrozados, los lados comprimidos, incluso la parte superior estaba doblada sobre sí misma.

Separé los lados de cartón, miré qué había dentro; en ese momento, me inundó una oleada de náusea, subió la temperatura, se me fue erizando la piel desde el cuello hacia abajo.

Era una caja blanca con una etiqueta simple: "detector de monóxido de carbono".

La foto que estaba debajo de la etiqueta demostraba, por la marca y el modelo, que era el que estaba dentro de su casa. El mismo en todas las del vecindario.

Como si Brandon Truett lo hubiera comprado y, por accidente, hubiera hecho clic en el domicilio de trabajo para la entrega. Como si hubiera usado la tarjeta de regalo que le habíamos dado, sentado en el escritorio donde trabajaba, para hacer este pedido.

Y cuando llegó, estaba muerto.

Cerré los ojos, y traté de respirar profundamente, porque finalmente entendí lo que había descubierto Ruby.

Nadie se había llevado el detector de monóxido de carbono. Nadie lo había escondido ni lo había tirado al lago después de planear esas muertes oscuras y crueles.

Lo más probable es que los Truett lo hubieran quitado —un silbido incesante que no se detenía nunca, un modelo roto que había que reemplazar— y que el nuevo todavía no hubiera llegado para evitar lo sucedido.

¿Quién sabía que lo habían quitado? Esa persona ¿se aprovechó de la situación y planeó matarlos, silenciosamente, por la noche, sin necesidad de deshacerse del detector?

O…

O…

Ruby creyó otra cosa.

Oí un ruido en el bosque, y giré la cabeza con el corazón retumbando.

Un mapache se escabulló por el camino de tierra, frente al coche, y desapareció en la vegetación, al otro lado.

¿Era posible?

Necesitaba verlo. Necesitaba hacer el recorrido para creer, como sabía que Ruby había hecho, la simple, la horrible verdad: que nadie los había matado.

Empecé a correr, con la caja del detector apretada bajo el brazo, lo único que importaba ahora. Pruebas. Pruebas si podía encontrarles el sentido.

Pruebas, pero tenía que verlo. Tenía que estar segura.

Corrí por el bosque; las ramas me arañaban las piernas desnudas, la respiración se me entrecortaba. Vi el reflejo de luces entre los árboles; lejos, Hollow's Edge, guiando mi regreso.

¿Qué habíamos hecho? ¿Qué habíamos hecho?

¿Habíamos encubierto un accidente trágico? ¿Habíamos hecho responsable a Ruby?

Porque las negaciones eran más difíciles de demostrar. Las ausencias, más difíciles de encontrar.

Aparecí en el camino; ya no me preocupaba que me vieran. Ni siquiera me importaba Preston, ni los investigadores del estado, ni los vecinos que tal vez estarían mirando por la ventana, que podían llegar a oír mi respiración frenética desde sus patios, del otro lado de la cerca.

Ahora importaba una sola cosa.

Esa casa. Lo que había pasado en esa casa.

No me detuve en mi casa, seguí hasta la de los Truett. Abrí la verja, atravesé corriendo el patio, donde habían dejado al perro. “Donde, tal vez, lo habían dejado toda la noche…”.

Abrí la puerta trasera y llegué a la sala de estar, donde me volvió a golpear una ola de humedad. Fui hasta el centro del vestíbulo mirando hacia arriba. Al círculo descolorido que había quedado. “No lo había

quitado el asesino, sino los Truett, días antes: un silbido que no paraba, algo que funcionaba mal y había que reemplazar…”.

Me detuve en la puerta del garaje, la que había quedado abierta, donde comenzaban las escaleras. Las llaves de Fiona a del garaje, Brandon trató de detenerla, cerró la puerta del garaje…”.

Una discusión. El ruido de la puerta del coche al cerrarse con fuerza, grabado en el vídeo de los Brock, cuando ella volvió a entrar con él, solo un segundo…

“Por favor, vamos a hablarlo…”.

Una discusión que siguió en la cocina, por las escaleras, sin caer en la cuenta de lo que habían olvidado.

Ahora, yo los estaba siguiendo —a sus fantasmas— por la escalera hasta el dormitorio principal. Sobre el garaje.

Los imaginé sucumbiendo al agotamiento, emocionalmente exhaustos, sin pensar. O sucumbiendo a otra cosa. Una fatiga lenta, pero pesada, que caía sobre ellos.

Me quedé mirando la habitación vacía desde el mismo lugar donde había estado hacía mucho, el lugar donde los habían encontrado, no en habitaciones separadas, como lo había asegurado Ruby, sino juntos.

Inspiré lentamente, vacilante, con un nudo en la garganta por el recuerdo… y lo oí.

Un crujido que demolió el silencio al pie de la escalera.

Se me tensaron los hombros, me puse en estado de máxima alerta.

Otro paso, y tuve la certeza: no estaba sola.

MARTES
9 DE JULIO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW'S EDGE

Asunto: ¿Alguien ha oído eso?

Publicado: 12.13 a. m.

Margo Wellman: ¿Eso ha sido un puto DISPARO?

CAPÍTULO 25

ME PUSE LA CAJA CON el detector de monóxido bajo un brazo y busqué el teléfono en el bolsillo de atrás.

—¿Hola? —se oyó una voz de mujer desde el pie de la escalera—. ¿Hay alguien aquí?

—¿Charlotte? —respondí, dirigiéndome a la escalera.

Estaba en la penumbra, abajo, de pie en el segundo escalón.

—Ay, Dios mío —exclamó; retrocedió y se rio para sí misma—. Casi me matas del susto. ¿Qué estás haciendo aquí dentro, Harper?

Bajé los escalones. Ella todavía estaba agarrada a la barandilla, como si necesitara orientarse en la oscuridad.

—He encontrado algo —dije, con la caja apretada bajo el brazo. Pruebas. Pruebas de que Ruby era inocente.

—¿Aquí dentro? —preguntó—. ¿Forzaste la puerta? Oí algo en la puerta de atrás…

Miré por el pasillo: la puerta de atrás estaba entreabierta.

—No —dije—. Fue Ruby.

Charlotte se burló de mí.

—Y vaya si se metió. —Incluso en la oscuridad, le veía el pelo que se le movía sobre los hombros cuando meneó la cabeza—. ¿Y qué es eso, Harper?

Señaló la caja que yo llevaba bajo el brazo. Pero había cosas que yo tenía que explicarle primero. Cosas que yo tenía que saber.

—¿Podemos…? ¿Podemos salir de aquí? ¿Ir a mi casa?

Hacía calor, y yo no podía respirar allí dentro, y no llegué a interpretar su expresión.

Pasé junto a ella, para abrir la puerta principal, para salir, pero me rodeó la muñeca con la mano y me detuvo. Casi no hizo fuerza, pero la intención era clara.

—Estás cometiendo un allanamiento de morada, Harper —dijo con esa voz tranquila, sin fisuras—. Dime ahora mismo qué has encontrado.

Aun con el calor que hacía, sentí que estaba completamente helada.

Ella era mi vecina y la conocía desde siempre. Estuve en su casa, acepté sus consejos, acepté su ayuda…

Pero en ese momento, era una extraña para mí.

—El coche de Ruby —dije. Algo cierto, algo inofensivo, para que pudiésemos salir de esa casa. Deseaba estar frente a las cámaras. La percepción de seguridad, lo intimidatorio que era sentirse observadas —. Puedo enseñártelo.

Pero Charlotte no se movió, y tampoco me soltó la muñeca. Sentí sus dedos fríos sobre la piel en el calor opresivo de la casa.

—¿Tenía coche? —preguntó—. Dios, en serio, nos engañó a todos. Era una mala persona, de verdad, Harper.

Lo mismo que le había dicho en la fiesta. La mano de Charlotte se aflojó, y retiré el brazo. Pero aún estaba de pie entre la puerta principal y yo y no hacía ningún ademán de irse.

—Ella no lo hizo —dije, y retrocedí un paso. Había otra puerta, otra salida…

—Lo hizo. Y ahora está muerta. Ya es hora de que sigamos adelante, de que sanemos esa herida.

Mi vecina, la voz de la razón, la controlada, calmada y eficiente, la que dijo: “Creo que es mejor ignorar a Ruby”.

—Harper, para —me ordenó.

Justo en ese momento, me di cuenta de que había estado retrocediendo por el pasillo lentamente y que ella me estaba siguiendo, paso a paso.

—Escucha —le pedí, con la mano levantada para mantenerla a distancia, aunque no supiera qué temer. Teníamos la misma altura. Allí, no había personas violentas. Evitábamos los enfrentamientos; en vez de eso, lanzábamos comentarios velados—. Sé que Whitney salió la noche que murieron los Truett. También estuvo en mi casa. Pensé que era Ruby, pero no. Fue Whitney quien estuvo en mi casa.

Solo se oyó su respiración profunda en el silencio.

—¿Tienes alguna prueba? —preguntó.

Pero yo estaba paralizada, preguntándome por qué quería saberlo. Qué estaba buscando. La amenaza de una prueba podría mantenerme a salvo. A salvo hasta que ella la encontrara por sí misma.

—Tú lo sabías —dije—. También pensaste que había sido Whitney. —El señor Monahan le había dicho que ella había salido esa noche…

Charlotte se acercó, bajó la voz, como si alguien estuviera escuchándonos, incluso ahora.

—Tú habrías hecho lo mismo —aseguró—. Algún día, cuando tengas tus propios hijos, lo entenderás.

—¿Se lo preguntaste a ella, Charlotte? —Elevé la voz solo por la angustia que suponía—. ¿Se lo preguntaste siquiera?

—En algún momento, cuando son adolescentes, los pierdes —dijo,

como si hubiera vuelto a su típico papel, el de consejera—. Se quedan callados y tienes que prestar atención, tienes que anticipar sus necesidades.

Dios mío, aquí nadie hablaba con nadie. No se hacían preguntas directas. Y había que ver en qué nos habíamos convertido. Había que ver lo que habíamos creado.

—Whitney no hizo nada —apunté—. Estaba en una fiesta en el lago. Ruby los oyó. —"Había alguien más fuera", había asegurado a quien quisiera oírla—. Whitney vino a nuestra casa después porque Ruby le dijo que siempre sería bienvenida allí.

Esa cronología de los hechos tan precisa que habíamos trazado con los pasos de Ruby. Como si ella hubiera ido hasta allí solo a deshacerse de las pruebas antes de volver.

Yo no sabía si Whitney necesitaba ayuda aquella noche; si quería hablar con alguien; si quería lavar las pruebas de una salida nocturna antes de volver a casa. Al día siguiente, estaba todo olvidado, cuando descubrimos lo que había sucedido.

Todos ocultamos lo que habíamos hecho esa noche.

—Te lo juro, Charlotte —dije, hablando más enérgicamente—. Whitney no les hizo nada a los Truett.

Charlotte se quedó inmóvil un segundo antes de asentir.

—Entonces, hice lo correcto. Ruby era culpable.

Volvía a crearse a sí misma como una persona justa. Alguien cuyos actos estaban justificados.

Temblé. ¿Quién era esta persona junto a la que había vivido durante tantos años?

—¿Hiciste lo correcto? ¡La envenenaste! ¿Ibas a contármelo cuando yo cogí su vaso?

Entendí, horrorizada, que el anticongelante había estado en el vaso de Ruby todo el tiempo. Que Ruby debió de haberlo dejado en cualquier sitio, olvidó dónde estaba y después cogió el mío. Pero ya se lo había bebido al principio de la fiesta; por eso parecía borracha, cada vez más inestable. Y la vimos sucumbir a la bebida lentamente, sin saberlo.

—Vi cómo lo enjuagabas, Harper. No seas tan dramática.

—Que no sea tan… —Cerré los ojos, la rabia crecía en mi interior —. ¡No lo hizo nadie, Charlotte! —ahora gritaba—. ¡Nadie mató a los Truett! Fue un accidente. Un terrible accidente de mierda. Una tragedia. Pero no lo hizo nadie. —Le enseñé la caja que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué es eso? —preguntó, porque estaba muy oscuro allí dentro, y nada parecía estar claro. Todo quedaba enterrado bajo una bruma de calor y desorientación.

—Ven —le pedí dirigiéndome hacia la puerta del fondo, y ella no se

opuso.

Pero me cogió del brazo cuando bajamos las escaleras. Para cualquiera que nos viese, parecería que me estaba ayudando.

—Para —me ordenó cuando llegamos al centro del patio.

Tomé una bocanada de aire, le mostré la caja. El dibujo era visible a la luz de la luna. Las palabras de la etiqueta eran claras a simple vista.

—Un detector de monóxido de carbono —la informé—. Brandon lo encargó antes de morir. El que tenían funcionaba mal. Nadie lo desmontó ni se lo llevó a ningún lado. Solo fue un terrible accidente. No fue culpa de nadie.

Su mirada se encontró con la mía, y sus ojos reflejaron mi propio horror a la luz de la luna.

—Eso no lo sabes —dijo—. La policía lo habría encontrado. O lo habrían visto en su tarjeta de crédito.

—Lo compró con una tarjeta regalo —expliqué—. Llegó a la universidad y yo nunca lo abrí. Pero Ruby lo encontró.

Ruby tuvo catorce meses para repasar la sucesión de los hechos, para desenredar todos y cada uno de ellos, con la certeza de que ella no era culpable. Y si ella no lo había hecho, entonces, ¿quién fue?

La sospecha alimentó su búsqueda. La verdad nauseabunda que había descubierto. Una defensa difícil de probar: no había nadie a quien culpar. No había nadie a quien desenmascarar.

No había nadie.

—Déjame verlo —pidió Charlotte, y trató de quitármelo. Pero yo lo tenía agarrado con fuerza.

—¿No ves lo que has hecho? —pregunté, con la expectativa de que cediera algo, de que diera alguna muestra de remordimiento o arrepentimiento. De que mostrara algo real.

Pero no podía hacerlo. Había llegado demasiado lejos, había avanzado demasiado en el camino. No había vuelta atrás ni salida alguna. Entonces la vi, vi todo lo que había hecho para llegar a esta situación y lo que estaba dispuesta a hacer para preservarla. La causa justa: proteger a su familia, construida a base de supuestos y mentiras.

Se quedó mirándome, y después vi que recorría el patio con la mirada, la puerta abierta, y entendí que no iba a parar.

Salí del patio corriendo, la puerta chirrió, la madera golpeó la cerca del otro lado. Tenía que llegar a casa, cerrar la puerta con llave, llamar a alguien…

—¡Párate! —me ordenó, y sentí que me doblaba el brazo hacia atrás, justo antes de llegar a mi casa.

—¿Qué estáis haciendo? —La voz vino desde atrás. Nos volvimos al mismo tiempo para verla.

Tate estaba delante de nosotras con una pistola en la mano,

apuntada con descuido al suelo.

—¿Por qué tienes una pistola, Tate? —pregunté.

Se había hecho un moño y llevaba un pijama; parecía tan joven, tan desconectada de la pistola que tenía en la mano.

—¿Tú que crees? —preguntó, haciendo un gesto con ella—. Para protegerme. Para protegernos. ¿Por qué estabais en la casa de los Truett? —Sacudió el brazo en dirección a la verja abierta que estaba detrás de nosotras, y me encogí cuando el arma pasó delante de mí dibujando un arco.

—Tate —dijo Charlotte—, por Dios, baja el arma. Solo estamos hablando…

—Os he oído —afirmó, mientras la verja de su casa chirriaba detrás de ella, y se balanceaba con el viento—. Oí los gritos.

—No pasa nada —la tranquilizó Charlotte—. Tate, vuelve a la cama. Guarda la pistola y…

—Charlotte mató a Ruby —dije.

Lo solté rápidamente. Para que lo supiera alguien más. Para que la prueba —la verdad— no desapareciera. Para que alguien que estaba sembrando sospechas en otro lado no la enterrara. “Pide ayuda, llama a la policía, haz algo”.

Pero Tate se quedó allí, con la pistola a un lado, mirando al espacio que había entre Charlotte y yo.

—Harper, ya basta —me ordenó Charlotte entre dientes—. Todos estamos del mismo lado aquí. Se terminó, está hecho. Está muerta.

—Porque tú la mataste —repetí.

—Deja de decir eso. Os puse a todos a salvo. Era peligrosa, Tate, lo sabes. Sabes lo que hizo. Era demasiado peligrosa…

Era peligrosa, pero no por lo que ellos pensaban.

—No mató a los Truett —dije.

—Eso no es posible, Harper —objetó Tate—. Te lo dije, no había nadie más en la cámara…

—Nadie los mató, Tate —aclaré.

—¿Qué? —preguntó con un susurro.

—Fue un accidente. Un accidente horrible, pero no lo hizo nadie. Y creo que puedo probarlo.

—Tate —dijo Charlotte, haciendo un gesto tranquilizador con las manos—. Todos tuvimos algo que ver. Todos somos responsables. —Con un gesto, señaló la caja que yo tenía bajo el brazo—. Coge eso, por favor.

Tate miró a una y a otra lentamente, como si se estuviera debatiendo. Decidiendo. Analizando los dos caminos posibles para evaluar cuál sería mejor para ella.

Ruby tenía razón: lo habíamos hecho todos. Habíamos conspirado contra ella, aunque no hubiera sido nuestra intención.

Individualmente no podríamos haberlo hecho. Pero juntos éramos poderosos. Podíamos dictar leyes, hacer cumplir las reglas, lograr que alguien se sintiera bienvenido o excluido.

Todo eso que sabíamos unos de otros; todo eso que teníamos para acusarnos unos a otros. Todos con miedo de hablar, de perturbar el equilibrio y delatarnos a nosotros mismos.

—Tate —dije, cuando ella avanzó—. Por favor. No lo entiendes. Ruby encontró esto. Ruby sabía…

—Deja de hablar —ordenó Tate, con la pistola apuntada hacia mí —. Las dos, parad ya.

Ambas levantamos los brazos por instinto.

Yo ya no sabía con quién me estaba enfrentando.

Todos hacían fotos de todos, los grababan, así que teníamos que existir en dos niveles. Uno en el que sabíamos que nos estaban observando y uno en el que creíamos que no.

Un secreto cuya existencia se cocinaba a fuego lento detrás de las fachadas.

—Tate, tú sí que lo entiendes —dijo Charlotte; ya no había tranquilidad en su voz, sino ruego—. Lo que harías por tus hijos. Lo que harías para protegerlos.

—Lo entiendo —contestó Tate, tomando una posición más firme.

Yo pensaba que ella quería seguridad. Yo pensaba que tenía la pistola para protegerse. Pero había distintos tipos de seguridad. Diferentes cosas que proteger.

Solo las conocía superficialmente. No sabía de qué éramos capaces, ninguna de nosotras.

Tate quitó el seguro de la pistola, lo oí desde donde estaba; también oí que mi corazón se aceleraba.

—Espera, espera, espera —rogué.

Pero siguió levantando el arma hasta que apuntó directamente sobre su cabeza. Cerró los ojos con fuerza y disparó al aire; hubo un ruido ensordecedor.

Me agaché por instinto, dejé caer la caja, me tapé los oídos, hasta que el zumbido se detuvo. Cuando abrí los ojos, los de Tate estaban muy abiertos, con la mirada fija en la pistola. Había retrocedido varios pasos, no estaba preparada para el retroceso, como si no tuviera ni idea de qué iba a pasar cuando accionara el gatillo.

Solo que alguien vendría.

El sonido de los pasos que se acercaban, el chirrido de la verja que se abría, y Javier que salía a la noche, de prisa, en calzoncillos.

—¡Tate! —gritó, deteniéndose en seco.

—Javier —dijo ella, apuntando el arma hacia nosotras mientras hablaba—. Coge esa caja.

Él hizo lo que le dijo, casi ni me miró cuando se inclinó delante de

mí para coger la caja. La miró con atención, arrugó el ceño, después volvió a mirar a su mujer, como si nunca la hubiera visto antes.

Chase fue el siguiente en llegar, corriendo a toda velocidad desde la dirección opuesta, tras haber oído el sonido del disparo de un arma.

—Eh —pidió—. Tranquilizaos todos. —Miró hacia atrás para ver si venía alguien más—. Mierda.

La verja de Charlotte se abrió lentamente, y vi unos ojos que se asomaban desde la oscuridad.

—¿Mamá?

Whitney salió con una camiseta que le quedaba demasiado grande, estaba despeinada y se frotaba los ojos. Estaba muy lejos de ser una adulta en ese momento, sin comprender todo lo que había pasado para llegar a ese momento. Sin tener ni idea del papel que ella había tenido en esto.

Molly apareció detrás de ella; sus ojos asombrados se encontraron con los míos, como si ella sí lo entendiera. También se quedó mirando en silencio.

Estábamos todos allí, junto a la arboleda, detrás de las cercas de los patios, sin cámaras y sin testigos.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —preguntó Preston, de pie junto a Chase, como si ellos fueran la autoridad, y no nosotras tres, que sabíamos lo que pasaba y teníamos el arma.

—Llamad a la policía —dije.

Fue más bien un ruego. El miedo a la inacción, el peligro de la inacción.

—Harper, basta —me ordenó Charlotte—. Escucha, somos una gran familia. Toda familia tiene secretos. Cosas que tenemos que ocultar juntos. Un lazo que nos hace más fuertes.

Otra cerca se abrió y todos se volvieron para mirar.

—Chicas —dijo Charlotte, tomando el control, con las manos todavía levantadas, temerosa de hacer algún movimiento brusco—. Volved a entrar. No digáis ni una palabra.

Pero las dos se quedaron, mirando la escena que se desarrollaba frente a ellas.

Preston miró a Mac, lento para llegar, lento para reaccionar. Chase nos miraba a todos, tratando de descifrar lo que pasaba.

—Harper dice que nadie mató a los Truett —informó Tate.

Se miraron unos a otros, se tantearon unos a otros, con los ojos bien abiertos, en silencio.

—Ruby era inocente —aseguré—. La muerte de los Truett fue un accidente, y Charlotte no quiere que ninguno lo sepáis.

Molly miró a su madre y después a su hermana.

—Ella envenenó a Ruby —continué, aunque no tenía pruebas. Solo lo que habíamos hablado dentro de la casa y que nadie más había

oído.

No éramos una familia.

Nosotros, con nuestra afición por los programas basados en crímenes reales y los cotilleos. Con nuestras vistas a la casa de los demás, nuestro deseo voyerista de ser parte de algo más grande que nosotros mismos.

Sí, éramos tan poderosos como nos habíamos imaginado, en nuestra búsqueda del peligro, en nuestro anhelo de poder encerrarlo. Nos habíamos engañado a nosotros mismos. Nos convertimos en mentirosos, o en algo peor. Estábamos aceptando nuestra propia realidad. Porque teníamos que creerlo, aceptar que hubo un asesino y que vivía muy cerca, justo aquí.

Fácilmente podía ser uno de nosotros. Podía ser cualquiera. Todos, un paso más cerca.

Tenía que ser alguien más.

Habíamos conjurado monstruos de la nada. Habíamos manifestado miedo.

La verdad distorsionada por el grupo; la muerte causada por la mentira.

—¿Nadie va a llamar a la policía? —grité, con voz vacilante—. ¿De verdad?

Y Tate, con el arma y los brazos abiertos, abarcándonos a todos en un gesto, amenazante.

—Ya la habéis oído. ¡Llamad a la puta policía!

Javier hizo el gesto de buscar el móvil y se dio cuenta de que estaba en calzoncillos; después se metió en su casa. Preston ya tenía el teléfono en la mano.

Pero, de pronto, tuve miedo. De lo que iban a decir. De pensar a quién iban a proteger.

De la visión que tenían de la seguridad.

Saqué mi teléfono del bolsillo de atrás; me temblaban los dedos. Todos miraban mientras yo marcaba el número. Nadie me detuvo cuando me lo llevé a la oreja. Cuando les indiqué la dirección.

—Soy Harper Nash. Hay problemas en Hollow’s Edge.

Todos se quedaron mirando, la tensión iba en aumento. La revelación de que todos éramos cómplices. De que habíamos cometido errores o que habíamos contado pequeñas mentiras, pequeñas cosas que se fueron acumulando y que terminaron con la condena de una persona inocente.

La revelación de que todos pusimos nuestro grano de arena en los hechos que llevaron a su muerte.

—Mi vecina mató a Ruby Fletcher —dije, para que quedara claro, para que quedara grabado en algún lado.

Una pausa.

—Charlotte Brock.

Nos quedamos allí, esperando, mientras se acercaba el sonido de una sirena.

Nos miramos unos a otros, tratando de entender los pasos que nos habían traído hasta aquí. A Tate, con una pistola en la mano. Y a Charlotte, con las manos en alto, rogándonos que no llamáramos a la policía. Y a mí, con la prueba.

Miramos a tres de nosotros, muertos, y al resto, fuera de sus casas en plena noche, como si nos viéramos por primera vez.

Habíamos buscado el mal acechando bajo la fachada perfecta, eso que estábamos tan seguros de que existía. Como si lo hubiéramos conjurado aquí.

Éramos buenas personas con malas intenciones. O malas personas con buenas intenciones.

Nos imaginamos jueces y jurados, protectores de nuestra comunidad.

Nos convertimos en monstruos y, a partir de ahí, en asesinos.

Nos convertimos en lo mismo que temíamos.

JUEVES
1 DE AGOSTO

COMUNIDAD DE VECINOS DE HOLLOW’S EDGE

La página que busca ya no existe.

CAPÍTULO 26

Yo estaba clavando el cartel de "Se vende" en el jardín del frente, cuando el coche aparcó detrás de mí.

Oí que bajaban la ventanilla y empezaban las preguntas:

—¿Harper Nash? ¿Me permite un minuto?

—Sin comentarios —dije, casi sin mirar hacia atrás. Los periodistas venían con menos frecuencia, pero algunos perseveraban.

—¿Está segura?

Su voz fue lo primero que reconocí, y me puse de pie lentamente, limpiándome las manos en los pantalones cortos.

Blair Bowman me dedicó una sonrisa forzada desde detrás del volante de un todoterreno negro después de apagar el motor.

Miré rápidamente a un lado y a otro mientras se acercaba, con el pelo lacio, negro, detrás de las orejas, pero llevaba un atuendo informal, vaqueros y una camiseta, como si estuviera de paseo.

—Mejor vamos dentro.

Sonrió aún más.

—Supe que iba a reconsiderarlo.

Dentro, Blair Bowman miró toda la casa, como si estuviera imaginando a Ruby aquí.

Pero la casa había cambiado porque yo la había preparado para ponerla en venta. La planta baja olía a pintura fresca y suelos pulidos. Ya había quitado la mitad de mis cosas para que el espacio pareciera más grande. En la planta alta, la antigua habitación de Ruby se había vuelto a convertir en despacho. No había detalles personales en ningún lado, una tabla rasa para que otros imaginaran su vida, su futuro.

Algunos días, si tenía suerte, no veía su fantasma.

—Así que se muda. ¿Dónde va? —preguntó.

—Todavía no lo sé —dije. Pero sentía la atracción por alejarme de todo esto. De Ruby, de Lake Hollow, y de la vida que había construido aquí. La atracción por las posibilidades que existían en cualquier otro

lado—. Mi hermano vive cerca —le comenté—. Voy a quedarme con él por un tiempo.

Asintió.

—Probablemente, sea una buena idea en este momento. Aunque supongo que finalmente volverá si hay un juicio.

Todavía no había demasiadas pruebas para incriminar a Charlotte, solo lo que dijo aquella noche: a mí, a Tate, a los vecinos que estaban escuchando. Solo el anticongelante en su garaje (en el garaje de tantos). El proceso recién empezaba. Era demasiado pronto para saber qué haría ella, qué harían otros. Si iba a aceptar un acuerdo. Si alcanzaría para dictar una condena.

Blair se internó más en la casa, caminó por el pasillo, hacia la cocina.

—Supongo que sabe por qué quiero hablar con usted —dijo, y se volvió hacia mí.

"Porque Ruby estaba viviendo aquí. Porque yo fui la única que llamó a la policía esa noche para decirles que Charlotte era culpable. Para compartir lo que Ruby había descubierto".

Sin embargo, no dije nada. Esperé a que hablara ella.

Sonrió con suficiencia.

—No es tan difícil rastrear un correo electrónico, Harper.

Me estremecí, aunque supuse que yo sospechaba el motivo por el que se había presentado en mi casa. Yo pensé que había sido muy cuidadosa.

—Un correo anónimo, enviado desde el campus de la universidad, con una publicación del chat… Era una lista corta.

Me crucé de brazos.

—Muchos de nosotros trabajamos en la universidad y vivimos en este vecindario —dije. No tenía por qué ser yo.

Meneó la cabeza y levantó las manos dándome la razón.

—Llegado el caso, no sería difícil de probar. ¿Tiene alguna idea de la información que hay almacenada en las imágenes digitales? —Cerró los ojos por un momento—. Mire, no estoy aquí para hacerle pasar un mal momento. Pero hay tanto interés en el caso, en la liberación de Ruby, en su muerte, que alguien más va a venir a investigar.

Y, sin embargo, ella era la única que estaba aquí.

—No sé qué quiere que diga —protesté.

—Supongo que estoy aquí para satisfacer mi propia curiosidad —dijo—. Pasar página, podría decirse. —Se apoyó en el otro pie, me miró con atención—. ¿Siempre supo que ella era inocente, Harper?

—No —dije. La verdad—. No estaba segura de que fuera culpable.

Le había mandado el correo a la abogada en enero. Después de pasar la Navidad con mi hermano, cuando le conté lo del juicio y mi participación en la condena de Ruby.

Él me había preguntado si yo sabía que ella era culpable, y no pude responder. Esa mirada en sus ojos —esa pregunta— se me quedó grabada.

Se le debió de haber grabado a él también, porque me volvió a llamar por esto mismo en la víspera de Año Nuevo. Sin embargo, su disculpa no me absolvía.

¿Estaba segura?

¿Lo estuve en algún momento?

En ese entonces, yo creía que el sistema iba a aclararlo todo, pero fue una ingenuidad. Nosotros éramos el sistema. Decidíamos qué entraba y qué quedaba fuera.

Y así, como pasé sola en esta casa vacía las vacaciones de invierno, lo revisé todo, en un intento de convencerme a mí misma.

Había guardado todas las publicaciones del chat, muy segura, como lo estábamos todos, de que la verdad iba a surgir entre líneas. Me lo probaría a mí misma. Así que sabía que habíamos hecho lo correcto, lo que era justo.

Cuando vi esa publicación casi ni la recordaba. Pero empecé a imaginar los motivos detrás de los comentarios. El sentido detrás de las preguntas. Margo: "¿Y si encontramos otra cosa? Y Chase que le contestó: "No lo hagáis". Javier, Tina, Charlotte y Chase, todos ellos redoblando la apuesta sobre Ruby. Y yo no sabía por qué.

—Pensé que iba a hacer que volvieran a revisar el caso. Que le concederían una apelación si era posible —dije—. Para que todos estuviéramos seguros. No sabía que todo iba a volver a la casilla de salida. No sabía que iban a liberarla por eso.

En ocasiones, yo estaba convencida de su inocencia. Hubo otras, más adelante, como cuando encontré las llaves enterradas en el jardín, en que creí que era culpable.

Y ahora, Blair Bowman estaba en mi casa, hablando de pasar página, como si eso fuera posible. Yo fui la responsable de la liberación de Ruby, sin saber con seguridad, en ese momento, si era inocente o culpable. Me sentía responsable por ella: por lo que hizo y por lo que le hicieron.

—¿Cree que valió la pena? —le pregunté a Blair.

Habían liberado a Ruby, pero la mataron precisamente por eso. Si lo que buscábamos era justicia, no creí haberla conseguido.

Blair no contestó, volvió a mirar la casa.

—Le dije que no volviera aquí —fue su respuesta. Como si también tratara de perdonarse por todo lo que pasó después. Como si sintiera algo de esa misma culpa—. Le dije que no viniera a verla. Me prometió que no lo haría.

La miré, la revelación me conmovió.

—¿Sabía que había sido yo?

—Por supuesto. Vio ese correo y lo supo enseguida.

Se me puso la piel de gallina al recordar aquellas últimas palabras, las que, supuestamente, le había dicho a Mac en la orilla del lago: “Harper, justo ella, ¿puedes creerlo?”.

—Nunca me comentó nada —dije.

¿Cuántas cosas habrían sido diferentes si lo hubiera dicho? ¿Si hubiera preguntado? ¿Si hubiéramos hablado de todos los pasos que nos llevaron donde estábamos?

—Supongo que no estaba segura de sus intenciones.

Miré el reloj de pared. Tenía que terminar de recoger, tenía que ponerme en camino pronto si quería llegar antes de que oscureciera.

—Tengo que seguir —me despedí, y la acompañé a la puerta.

—¿Quiere un consejo, Harper? —dijo al salir.

—Por supuesto.

—Si no quiere que alguien se ponga a remover, borre la cuenta. Asegúrese de que no haya nada en su ordenador. Finja que nunca existió. Y si alguien viene por aquí, finja que no está en casa.

Y luego se dirigió al coche alejándose por las escaleras.

—No se preocupe —le aseguré—. Sé mantenerme callada.

Ella me echó una mirada rápida, incierta, por encima del hombro, al abrir la puerta del coche.

Como si ella hubiera olvidado lo buenos que éramos todos aquí fingiendo.

Eso a lo que temíamos y en lo que nos habíamos convertido.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que contribuyeron a encauzar este libro desde la chispa original hasta el producto terminado.

A mi agente, Sarah Davis, en cuya guía y sabiduría confié durante cada etapa del proceso, en todos y cada uno de mis libros. Gracias por creer en estas historias.

A mi brillante editora, Marysue Rucci, por su profunda lucidez, sus comentarios y su apoyo, desde la idea inicial hasta el último borrador. Y a todo el equipo de los sueños de Simon & Schuster; entre ellos, Richard Rhorer, Hanna Park, Elizabeth Breeden, Maggie Southard Gladstone, Kassandra Rhoads, Jackie Seow, Marie Florio, Laura Wise y tantos otros que hicieron sus aportaciones para que este libro viniera al mundo. ¡Les estoy muy agradecida a todos!

Gracias a Elle Cosimano, Ashley Elston, Megan Shepherd, Beth Revis y Carrie Ryan por los intercambios de ideas, las primeras lecturas, el apoyo durante todo el camino y la amistad.

Como siempre, gracias a mi familia por todo. Y, por último, a todos los lectores. Gracias.

Si te ha gustado esta novela…

Estamos convencidos de que te encantará *La casa de los suicidios,* de Charlie Donlea. Ambas historias entrañan escalofriantes y misteriosas muertes sucedidas en ambientes apacibles y seguros.

La casa de los suicidios narra la investigación de los extraños sucesos acaecidos en el prestigioso instituto de bachillerato Westmont, ubicado en Indiana, donde dos estudiantes aparecen salvajemente asesinados y un profesor es condenado, pero inexplicablemente algunos de los alumnos que sobrevivieron a la masacre vuelven para encontrar la muerte allí. Parece que el juego no ha terminado.

Esta extraordinaria novela está protagonizada por la detective forense Rory Moore y su socio Lane Phillips, especialista en psicología criminal, a los que Charlie Donlea nos presentó por primera vez en *Hay quienes eligen la oscuridad,* una terrorífica historia de un asesino en serie.

¡Emoción asegurada!

El equipo editorial de MOTUS.



Escanear el código QR
para ver más información
de *La casa de los suicidios*

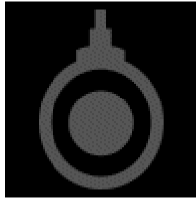


MEGAN MIRANDA es considerada una de las escritoras estrella de thrillers psicológicos. Sus novelas *El último invitado* y *La chica de la tormenta*, publicadas por este mismo sello, han sido un éxito de ventas en español.

Su sitio web es: meganmiranda.com


MOTUS





 MotusThriller

www.motus-thriller.com

¿Quién fue el último en llegar a la fiesta? ¿El último en verla?



MEGAN MIRANDA

EL ÚLTIMO INVITADO

MOTUS

El último invitado (versión española)

Miranda, Megan
9788418711039
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Seleccionado por Club del Libro de Reese Witherspoon, la famosa actriz estadounidense.

En producción para serie de TV de las hermanas Dakota y Elle Fanning.

"El thriller por excelencia ... Es la última noche del verano en esa playa de Maine, y Avery Greer descubre que su mejor amiga ha desaparecido. ¿Fue asesinada? ¿Fue un suicidio? Esta novela mantiene la intriga hasta el final ". Reese Witherspoon

¿Quién fue el último en verla?

Alguien mató a Sadie porque conocía una incómoda verdad. Solo hay que hacerse las preguntas adecuadas para descubrirlo. Avery Greer y Sadie Loman pertenecen a dos mundos muy opuestos pero comparten un mismo lugar de vacaciones: Littleport, en Maine. Sadie aparece muerta durante la celebración de la fiesta de final de verano. La policía cree que se trata de un suicidio... pero empieza a hacer indagaciones, y los principales sospechosos son las personas más cercanas a la joven: su hermano, Parker y su mejor amiga, Avery, con la que comparte todos los veranos desde hace años. Ella está decidida a llegar hasta el final, a limpiar su propio nombre y a conseguir que el verdadero asesino de Sadie pague por ello. Avery no pertenece al lujoso mundo de Sadie, y sabe muy bien cuáles son las diferencias que las separan, como el dinero que se gana, o el que se hereda. En su mente se encuentran todos los elementos que, bien encajados, pueden revelar lo que realmente ocurrió en aquella fiesta del final de verano.

Cómpralo y empieza a leer

La rescataron, pero nunca ha estado a salvo

MEGAN MIRANDA

LA CHICA DE LA TORMENTA



MOTUS

La chica de la tormenta (versión española)

Miranda, Megan 9788418711350
360 Páginas Cómpralo y empieza a leer

La rescataron, pero jamás ha estado a salvo.
Arden Maynor era solo una niña cuando desapareció durante días en una noche de tormenta mientras caminaba sonámbula. Todo el pueblo se movilizó en su búsqueda. Se organizaron grupos de rescate y se realizaron vigilias. La gente rezaba para que regresara sana y salva. Contra todo pronóstico, la encontraron viva dentro de una alcantarilla. "La chica de la tormenta" se convirtió en un milagro viviente. Su caso se hizo famoso. Aficionados y acosadores la seguían, por eso cuando Arden tuvo la edad suficiente, cambió su nombre por Olivia y huyó. Se acerca el vigésimo aniversario de su rescate y otra vez es noticia. Olivia siente que alguien la sigue. Vuelve a caminar dormida, tal y como lo hacía cuando era niña. Una noche se despierta en su jardín y a sus pies está el cadáver de un hombre. Lo conoce de su vida anterior. Ha llegado la hora de saber lo que realmente le pasó aquella noche. El peligro no ha desaparecido.
"Esta es una gran novela negra. Megan Miranda usa creativamente artículos periodísticos, pasajes de libros y registros de audio para reconstruir una historia fragmentada que termina con un giro escalofriante", Library Journal

Cómpralo y empieza a leer

LAS DOS LO AMABAN. ¿QUIÉN LO ASESINÓ?

LA EX / LA MUJER

TESS STIMSON

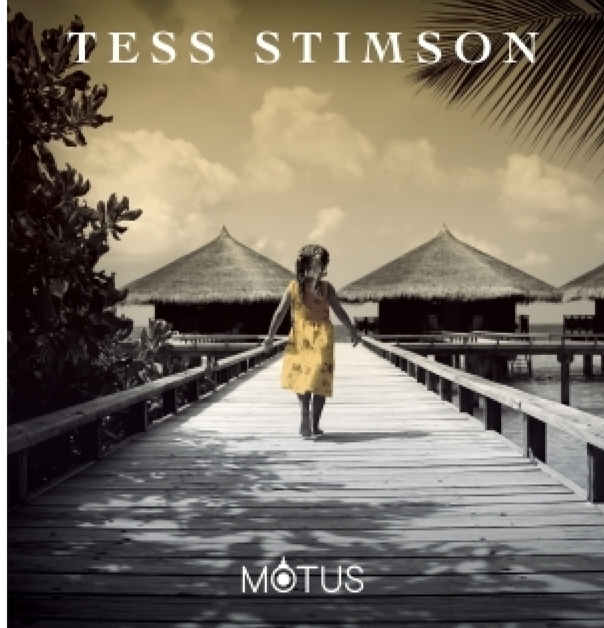


La ex / La mujer (versión española)

Stimson, Tess 9788418711053
384 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Más escalofriante que "Perdida", y con más *plot twists* que "La chica del tren".
"Oscura, llena de twists, adictiva", autora best seller Lisa Jewell

Un triángulo amoroso se convierte en un triángulo asesino.
Louise ha tenido que soportar que su marido, Andrew, que la abandonó hace cuatro años, haya creado una nueva familia. La "otra" es ahora su mujer, pero Louise no está preparada para dejar que Caz disfrute de la vida que una vez fue suya, ni para dejar marchar al hombre que aún ama.
Cuando Louise empieza a hurgar en el pasado de Caz, las buenas intenciones de mantener una buena relación entre ambas empiezan a desvanecerse. Mientras cada una de ellas intenta destruir a la otra, descubrirán el espantoso secreto que esconde el hombre con el que ambas se han casado.
Y cuando Andrew aparece asesinado durante la celebración de una fiesta familiar, Louise y Caz son las únicas personas que se encuentran junto al cadáver… ¿Cuál lo mató?


Pensaste que estaba a salvo. Te equivocaste.
ROBADA
TESS STIMSON
MOTUS

Robada (versión española)

Stimson, Tess 9788418711336
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

EL NUEVO THRILLER PSICOLÓGICO DE LA AUTORA DE L*A EX/LA MUJER*

Pensaste que ella estaba a salvo. Te equivocaste...

Alex sabe que Lottie nunca deambulaba sola por un lugar extraño. Entonces, cuando su hija de apenas tres años desaparece de esa idílica boda en la playa, Alex inmediatamente cree lo peor. La desaparición de Lottie se convierte, a los pocos días, en una búsqueda internacional, pero no pasa mucho tiempo antes de que las sospechas recaigan sobre su madre. ¿Por qué no estaba cuidando a su hija?

Alex sabe que no es una madre perfecta, pero ama incondicionalmente a Lottie. Y como todos la culpan, teme que nunca se descubrirá la verdad a menos que se ocupe ella misma de encontrarla.

Con la ayuda de Quinn, que fue corresponsal de guerra, seguirá las pistas que la llevarán de Florida a Dubai, y de vuelta a Inglaterra. Aunque va atando cabos, los meses pasan y su hija sigue perdida. ¿Quién se llevó a Lottie Martini? ¿Alguna vez volverá a casa?

Cómpralo y empieza a leer

EL TERROR SIEMPRE PUEDE VOLVER

HUÉSPED DE UNA NOCHE



HEATHER GUDENKAUF

MOTUS

Huésped de una noche

Gudenkauf, Heather
9788418711794
336 Páginas

"Magistral, terrible y absolutamente adictiva".
—*Kirkus Review*

Wylie es una escritora de *true crime* que ha decidido terminar su nuevo libro en una cabaña lejos de todo, en los campos de Iowa. Se desata una brutal tormenta de nieve que la deja en pocas horas sin electricidad, y casi no le queda leña para su fuego.
Muchos años atrás, en una calurosa noche de agosto, una niña corría para no ser alcanzada por unos disparos, y lograba salvarse escondida en los campos de maíz. Solo esperaba que su pequeña amiga también hubiera escapado. Esa misma noche dos personas fueron asesinadas a sangre fría, muy cerca de allí.
Ahora, en medio de la tormenta, Wylie va a buscar a su perro y descubre a un niño pequeño, solo, muerto de frío. Pronto queda claro que la granja no está tan aislada ni segura como ella creía.

Cómpralo y empieza a leer